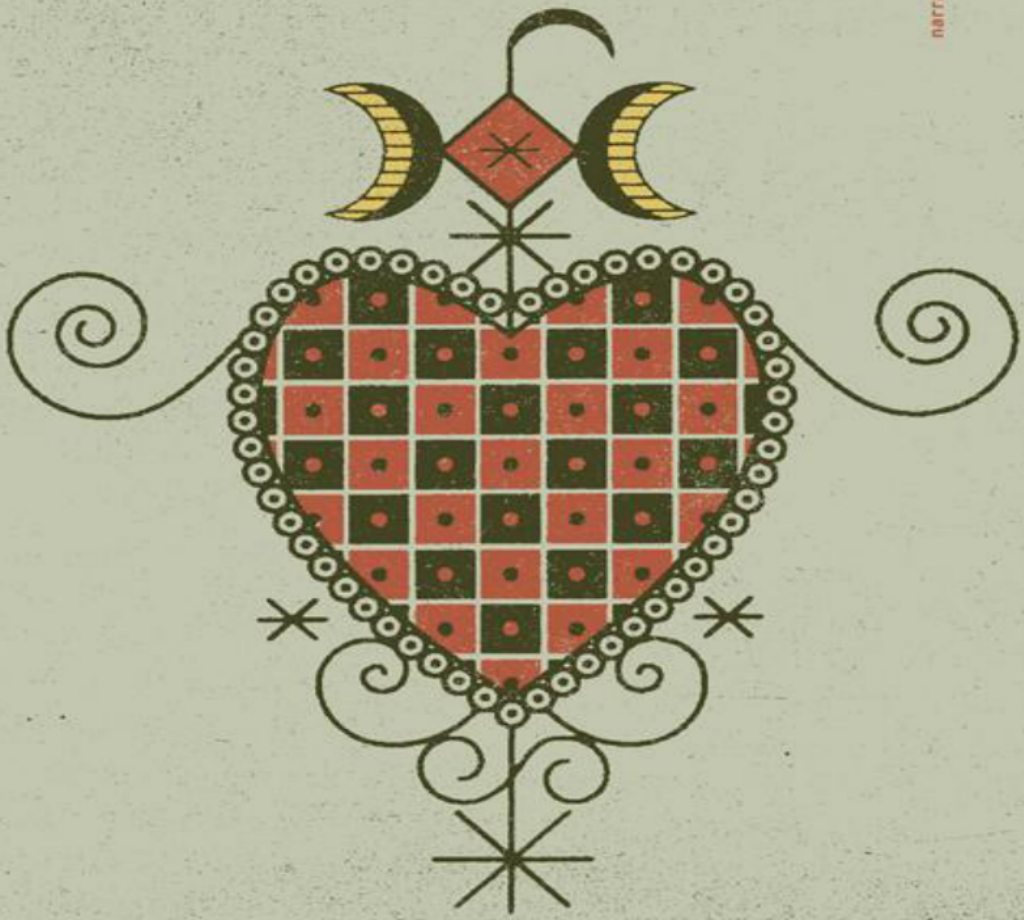
BEN FOUNTAIN

Encuentros fugaces con el Che Guevara

TRADUCCIÓN DE MARCELO COHEN

narrativasextopiso



ENCUENTROS FUGACES CON EL CHE GUEVARA

BEN FOUNTAIN

TRADUCCIÓN DE MARCELO COHEN

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.
Título original
Brief Encounters with Che Guevara

Copyright © BEN FOUNTAIN, 2006

Primera edición: 2021

Traducción
© MARCELO COHEN

Imagen de portada
© MÜNSTER STUDIO

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2021
América, 109,
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
c/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierdo
28014, Madrid, España
www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-18342-56-1

A Sharie

AVES CASI EXTINTAS DE LA CORDILLERA CENTRAL

«Le ofrecí al comandante la oportunidad de pasear conmigo por la Bolsa
y pareció razonablemente intrigado».

RICHARD GRASSO, presidente de la
Bolsa de Valores de Nueva York;
Bogotá, Colombia, 26 de junio de 1999

Qué va, le insistía Blair a quien le preguntara, ninguna banda de rebeldes extorsionistas que se preciase iba a querer secuestrarlo a él. Era paupérrimo, más pobre aún que los campesinos miserables que picaban las montañas y las reducían a pilas de escoria muerta; John Blair, graduado, siervo auxiliar y aspirante a doctor cuya idea del dinero era un billete de veinte dólares. En caso de que surgieran problemas llevaba cartas de presentación de la Universidad de Duke, el Instituto von Humboldt y el Instituto Geográfico de Bogotá, cuyo director era conocido por tener contactos en el Movimiento Unido de Revolucionarios de Colombia, el MURC, que controlaba amplísimas zonas de las cordilleras del suroeste. Durante tres semanas Blair atravesaría lo que quedaba del bosque nuboso; luego volvería a Duke y rascaría suficientes becas para pasarse el año siguiente en el departamento de Huila, donde pensaba estudiar los efectos de la fragmentación del hábitat en raras especies locales de periquitos.

Podía hacerse; se haría; había que hacerlo. Antes incluso de haber publicado a los diecisiete años «Notas de campo sobre la crianza y la dieta del periquito de Tovi» en *Auk*, una revista científica, Blair ya era consciente de que probablemente la suya fuera la última generación en ver montones de ejemplares de esa especie en la selva, algo que había alentado una urgencia central en su pasión infantil —obsesión, habrían dicho los perplejos padres— por todo tipo de ave. Adelante a toda marcha, pues, y al diablo la política; pero el caso fue que cerca de Popayán lo agarró un grupo en ropa de combate, de una eficiencia brutal, que hizo bajar del bus a todos los animales y la gente. Blair se

encorvó, tratando de mezclarse con los compactos indios, pero un gringo alto y flaco con una mochila enorme no se habría delatado más con un turbante en la cabeza.

—Tú —dijo el comandante con una voz impasible—. Te vienes con nosotros.

Blair empezó a explicarle que él era un becario, por lo tanto sin ningún valor en cualquier sentido monetario —había contado con que su formidable habilidad para las lenguas le permitiera sortear cualquier situación—, pero uno de los rebeldes ya había derramado en el camino el contenido de su mochila, entre otras cosas los cuadernos de notas, los prismáticos Zeiss-Jena y la Leica con el teleobjetivo y zoom de 200. Sus posesiones más valiosas; más caras que su coche.

—Es un espía —anunció el rebelde.

—No, no —corrigió educadamente Blair—. *Soy ornitólogo. Estudiante.*

—Eres un espía —afirmó el comandante hurgoneando las libretas de Blair con la punta del fusil—. En nombre del Secretariado quedas detenido.

Como Blair protestó, le dieron un tremendo castañazo en el estómago, y en ese momento supo que su vida había cambiado. Lo llamaban *la merca*, la mercancía, y durante los cuatro días siguientes marchó a duras penas por las montañas comiendo arepas frías con sardinas, aguantando interminables bromas sobre pelotones de fusilamiento, aunque gracias al hábito de correr doce kilómetros diarios se mantuvo más entero que los ejecutivos del petróleo y los ingenieros de minas que los rebeldes solían secuestrar. El primer día simplemente agachó la cabeza y anduvo, soportando las penurias solo porque tenía que hacerlo, pero a medida que la columna se internaba más en las montañas empezó a afirmarse en él una sensación de posibilidad, una señal demasiado tenue para llamarla idea. Al este la cordillera estaba abrasada y roída, en ruinas tras décadas de agricultura desesperada. En los pocos, someros restos de selva que subsistían, reinaba un silencio inquietante, pero una vez que cruzaron la frontera de la zona controlada por el MURC, la vegetación se cerró en torno a ellos con la densidad de una cueva. Por la noche Blair detectaba un continuo de succión profunda y gorgoteo, el motor del vasto sistema de aguas del bosque; por la mañana lo despertaban los chillidos del guardabosques gritón; luego las bandadas mixtas empezaban su contrapunto de quejidos, cuchicheos y avisos que daban al bosque el sonido de una obra en construcción. En tres días de camino Blair no dudaba de haber visto catorce de las especies amenazadas de la lista del CITES, así como *unaHapalopsittaca* extremadamente rara posada en un helecho del tamaño de una miniván. Estaba pasmado, y se lo dijo al joven comandante, que por

un momento le echó una mirada amable.

—Sí —contestó—. Para la Revolución la ecología es importante. Como estudioso —le asomó una leve sonrisa, posiblemente irónica— tú podrás valorarlo. Y dio un breve discurso sobre el medio ambiente y cómo la *firmeza revolucionaria* había expulsado de todas las zonas liberadas a las «mafias» multinacionales de la madera y la minería.

Al cuarto día la columna llegó al campamento base y entró en el complejo fortificado del MURC andando pesadamente bajo un diluvio. Arrastraron a Blair derecho a la Oficina de Quejas y Reclamos, donde estuvo dos horas sentado en un pasillo húmedo mirando afiches de Lenin y el Che, preguntándose si los rebeldes planeaban fusilarlo ese día. Cuando por fin lo llevaron al despacho principal, las primeras palabras del comandante Alberto fueron:

—Tú no tienes pinta de espía.

Sobre el escritorio estaban algunas de las pertenencias de Blair: prismáticos, cámara, mapas y compás, las libretas con los microscópicos garabatos blairianos. Seis o siete subcomandantes estaban sentados a lo largo de la pared mientras Alberto estudiaba a Blair con la calma del que exhala anillos de humo. Parecía un Jerry García del último período en ropa de fajina: un hombre fornido con gafas de montura metálica, bolsas dobles bajo los ojos y una densa mata brillante de pelo grisáceo.

—No soy espía —respondió Blair a su manera grave y telegráfica —. Soy ornitólogo. Estudio aves.

—Claro que si querían espiarnos —continuó Alberto— no iban a mandar a uno con pinta de espía. Así que el hecho de que no parezcas espía me hace pensar que eres un espía.

Blair lo consideró.

—Y si pareciese un espía, ¿qué?

—Pues pensaría que eres espía.

Los subcomandantes farfullaron como borrachos revolcándose en el barro. ¿Entonces era todo una broma, quería saber Blair, o de veras su vida estaba en juego? ¿O las dos cosas, lo cual significaba que probablemente se volviera loco?

—Soy ornitólogo —dijo, con un leve jadeo—. No sé cómo más decírselo, pero es verdad. Vine a estudiar los pájaros.

Alberto torció las mandíbulas; mascó como si estuviera tratando de comerse la lengua.

—Esto es para que el Secretariado tome la decisión. Todos los casos de espionaje van al Secretariado. E incluso si eres lo que dices ser, tendrás que quedarte con nosotros hasta que se arregle tu liberación.

—Mi liberación —repitió Blair con amargura—. Usted sabe que en

la mayoría de los países el secuestro es un delito. Por no hablar de la violación de los derechos humanos.

—Esto no es un secuestro. Es una *retención* en el contexto sociopolítico de la guerra. Simplemente te guardamos hasta que se pague una suma por tu libertad.

—¿Qué diferencia hay? —gritó Blair, y como Alberto no respondía quedó levemente irritado—. Escuche —dijo—. Yo no tengo dinero. Soy un estudiante, ¿se entiende? De hecho, valgo menos que nada. Debo veinte mil dólares en créditos universitarios. Y si no estoy de vuelta en Duke dentro de dos semanas —siguió, con la voz rajada por la rabia y la incorrección del asunto—, le van a dar mi plaza de auxiliar a algún otro. Entonces, por favor, ¿no quieren ahorrarnos todo un montón de problemas y dejarme ir?

En vez de eso escanearon la foto del pasaporte y la publicaron en su página web exigiendo un rescate de cinco millones de dólares, lo que hasta los insurgentes más radicales sabían que era una barbaridad.

—El Sexto Frente caza a los tíos de la Exxon —murmuró el subcomandante Lauro— y nosotros cazamos a un científico con las botas agujereadas.

En el campamento todos lo llamaban «John Blair», siempre con nombre y apellido juntos, *Johnblair*, pero como *John* se les atascaba en la garganta terminó saliendo como el aun más ridículo *Joan*. En cualquier caso, al parecer no podían decir su nombre sin sonreír; treinta años de guerra de baja intensidad habían dado a los rebeldes un claro sentido del absurdo y la presencia de Blair era demasiado fértil para ignorarla, un gringo tan embotado, tan monumentalmente ajeno que se había entrometido en una guerra para estudiar un puñado de pájaros.

—Un favor, Joan Blair —podía abordarlo algún subcomandante, señalando los chorros de trinos y rubatos de un saltarín o las tangaras que surcaban el aire como lluvias de meteoros—, ¿tú me dirías qué especie es esa?

Sabía que lo estaban probando; en principio le buscaban grietas en la fachada, pero sobre todo se regodeaban en la necia broma andante que parecía seguirlo a todos lados. Cosa que él manejaba contraatacando al instante con un cascabel de nombres latinos e ingleses, y muy a menudo españoles, junto con el género y toda la historia natural que pudiera reunir antes de que el rebelde agitara los brazos y se retirase. Pero en Blair se estaba alzando un implacable sentido de misión. Veía la bruma del bosque rozar los muros del complejo y sabía que algo capital lo estaba esperando.

—Si me dejan hacer mi trabajo —le dijo al comandante Alberto—, voy a probarles que no soy un espía.

—Bueno —respondió Alberto—. Tal vez. —Hombre de silencios imponentes y lenguaje cuidadoso que llevaba su *gravitas* como un par de botas pesadas, tenía la costumbre de estudiarse las manos mientras hablaba y de girarlas lentamente hacia arriba y hacia abajo a la vez que declamaba retórica marxista con la voz profunda de un río que corre entre rocas gigantescas—. Primero tiene que revisar tu caso el Secretariado.

Siempre el Secretariado, el grande y poderoso mago de Oz del MURC. Por las noches los oficiales se reunían en la escalera de sus dependencias a escuchar la radio y beber té aromático. Paulatinamente Blair fue dejándose caer por el primer peldaño y en un par de semanas de noticieros de la Radio Nacional comprendió que Colombia estaba atareada en hacerse trizas. Todas las semanas gigantescos coches bomba sacudían las ciudades; jueces y periodistas eran asesinados a granel; diversas bandas, milicias y guerrillas combatían contra el ejército y la policía, mientras los señores de la droga y los revanchistas patrocinaban brigadas paramilitares de «autodefensa» que parecían especializarse en masacrar campesinos inermes. En su propia zona, Blair oía tiros por la noche, y durante el día un sordo fragor de helicópteros. Patrullas rebeldes llevaban al complejo cadáveres y ensangrentados prisioneros de las autodefensas, en tanto aviones de reconocimiento de la Fuerza Aérea de Estados Unidos cuadriculaban el cielo sobre los cultivos de coca locales.

—¿Dónde está esa zona desmilitarizada —preguntó Blair durante una pausa comercial— que mencionan todo el tiempo?

—Donde estás ahora —respondió el comandante Tono, a lo cual, con un gruñido burlón, Lauro añadió:

—¿Vas a decir que *no te diste cuenta*?

Algunas noches se les unía Alberto, por lo general cuando emitían alguna entrevista con él; se instalaba en los escalones con una taza de té y se escuchaba instruir al país sobre la inevitabilidad histórica, la lucha bolivariana o las estrategias venenosas del Banco Mundial. Después de uno de esos programas le preguntó a Blair:

—Dime pues, Joan Blair, ¿qué piensas de nuestra postura?

—Hombre —dijo Blair en su español latino más formal—, desde luego que apoyo estas cosas como principios generales: el fin de la pobreza, un sistema educativo igualitario, elecciones libres para todos. —Entre los oficiales hubo un murmullo condescendiente y guiños mutuos. En medio de su agotador esfuerzo por expresarse, Blair apenas si lo notó—. Pero, para ser franco, creo que su aproximación es demasiado tímida. Si realmente quieren cambiar la sociedad tendrían que empezar a pensarlo en términos más radicales.

El grupo guardó silencio unos momentos hasta que Alberto se aclaró la garganta:

—¿Por ejemplo, Joan Blair?

—Bueno, hablan continuamente de la reforma agraria, pero acéptenlo: están evadiendo el verdadero problema. Si realmente quieren resolver la cuestión de la tierra, van a tener que desprenderse de las vacas. Son demasiado grandes, sobrecargan todo el ecosistema. Lo que tienen que hacer es olvidarse de las vacas y sustituirlas por una dieta de hongos e insectos.

—¿Hongos e insectos? —gritó Lauro—. ¿Tú te crees que estoy aquí jugándome el culo por hongos e insectos?

Pero Alberto se reía:

—Cállate, Lauro. Fue una respuesta sincera. Me gusta este chico, no anda diciendo pendejadas. Dame cien como él y tomo Bogotá en unas dos semanas.

Durante el día Blair era libre de vagar por el complejo; por mucho que hablaran de él como un espía, a los rebeldes no parecía importarles que los observara adiestrarse, aunque por la noche lo dejaban esposado a un camastro desnudo en una cabaña de almacenaje. Le había crecido una barba de un siena insulso y gracias a la dieta rica en almidones y amebas su constitución, ya aerodinámica, empezó a perder kilos, proceso este favorecido por los parásitos crónicos que sentía como tornillos en la pared de la tripa. Pero estos padecimientos eran leves comparados con la formidable soledad y, como han hecho todos los prisioneros desde el inicio de los tiempos, se pasaba innumerables horas saboreando la dulzura perdida y ahora refinada de los días corrientes. Las personas de su vida —padres y hermanos, secretarias del Departamento de Biología, sus profesores afables pero egocéntricos y profundamente fallidos— le parecían adorables: *¡los quiero a todos!*, les habría dicho. Echaba de menos los libros, las largas carreras de fin de semana con los amigotes; echaba tanto de menos a las mujeres que le daban ganas de roerse el brazo. Para impedir que la mente se le pudriera en esa ciénaga modelo gulag pidió que le devolvieran uno de sus cuadernos en blanco. Alberto accedió, menos por impulso humano alguno que para ver qué haría el gringo. Pocos días después Blair había escrito extensas notas sobre el contracanto entre los fruteros escamosos y los alardes agnósticos de las cotaras, además de una detallada glosa a la teoría de la especiación de Haffer.

Alberto cogió la costumbre de charlar con Blair cada vez que se cruzaban por azar en los pasillos del complejo. Le preguntaba por la investigación, admiraba los bosquejos del cuaderno y, en general, se ablandaba con Blair como un tío benevolente. Alberto resultó ser un exbanquero, un *burguesito* de ciudad con varias carreras; veinte años atrás lo había dejado todo para unirse al MURC.

—Era falsa esa vida burguesa —le confió a Blair—. Yo era el típico

parásito social.

Pero por muy cálidos y francos que fueran esos intercambios personales, Blair no podía sacudirse la sensación de que Alberto se burlaba de él, que ocultaba cierta parte esencial de su personalidad.

—Sabes —dijo una vez—, a mi abuela también le gustaban mucho los pájaros. La mujer era una santa: salía al jardín, abría los brazos y los pájaros volaban de los árboles a posársele en las manos.

—Extraordinario —dijo Blair.

—Yo era un mocoso, claro, y pensaba que ese truco podían hacerlo todas las abuelas. Pero no, ahora lo sé: era que ella los quería de verdad. Si estamos en la tierra es para admirar la belleza que creó Dios, decía.

—Vaya.

Los labios de Alberto dibujaron una triste sonrisa nostálgica.

—Yo pienso que la belleza está muy bien, sabes, pero solo es un entretenimiento. Creo que los hombres deben dedicar la vida a cosas útiles.

—¿Y quién dice que la belleza y el placer no son útiles? —disparó Blair, con la sensación de que Alberto volvía a hurgarle la cabeza—. ¿Acaso no buscan las revoluciones belleza y placer para todo el mundo?

—Caray —rio el comandante—. Puede ser. Voy a tener que pensarlo.

Tanto dependía pues de la buena voluntad de los rebeldes: vivir o no de acuerdo con los ideales de sus solemnes consignas. Blair había sabido desde el principio que el honor de aquellos hombres era la mejor garantía de su vida, y con el tiempo atisbó la esperanza de haber encontrado un grupo humano con una pasión, un sentido del propósito parecidos al suyo. Parecían estar auténticamente concienciados, entregados ferozmente a la lucha; para confusión inicial y recurrente de Blair, también estaban forrados de dinero. Tenían lo último en ordenadores y móviles, uniformes elegantes, todoterrenos de relumbrón, y un potente arsenal de alta tecnología —por no hablar de *walkmen* y videograbadoras—, todo, según la radio, financiado por las ganancias ilícitas del narcotráfico.

—¡Es un impuesto! —gritaban los rebeldes cada vez que un portavoz del Gobierno empezaba a clamar contra la «narcoguerrilla» del MURC—. Gravamos la coca como se grava cualquier cosecha. —Un impuesto que según la radio rendía seis millones de dólares al año, suma que a Blair le daba una sensación de extracorporalidad y mareo. Por otro lado estaban las clases de literatura y los seminarios de rotación de cultivos que los rebeldes patrocinaban para los campesinos locales, que sin embargo allí parecían tan escuálidos como en las

zonas no liberadas. ¿Era pues una revolución a conciencia o una operación de tráfico bellamente maquillada? O un poco de cada cosa: Blair barruntó que la ratio reflejaba aproximadamente sus probabilidades de salir con vida.

El cuaderno se transformó en su forma de sintonizar con la realidad, de ordenar un tiempo que parecía haberse estancado o acaso estar retrocediendo. Lo único que decía la guerrilla sobre la negociación de su rescate era que tal vez Ross Perrot lo pagaría, algo que, imaginaba Blair —aunque no podía estar seguro—, era una suerte de chiste interno. Un grupo de rebeldes más jóvenes —los punketos, muchachos despiadados de las comunas de la ciudad— se dedicó a gastarle novatadas: cada vez que pasaba Blair quitaban el seguro de las pistolas, dejando tras de él una cascada de rápidos clics, como el preludio de un festín de pirañas. Algunas noches se despertaba totalmente desorientado, sin saber bien dónde estaba ni quién era; otras le parecía que en vez de dormir realmente se hundía en un supurante trance submetabólico que a la mañana lo dejaba malhumorado y vago. Una de esas noches estaba a la deriva en una bruma así cuando un punketo irrumpió en el cobertizo proclamando entre *riffs* de risa histérica que iba a volarle la cabeza.

—No te lo recomendaría —dijo Blair, rotundo.

El chico soltaba risitas y se movía sin parar; literalmente vibraba, colgado de bazuco, apostó Blair. Probablemente llevase horas fumando.

—Que te jodan —dijo, metiéndole a Blair la pistola detrás de la oreja izquierda—. Si me da la gana te mato.

—Tendrás un minuto de emoción después de apretar el gatillo. —Blair estaba improvisando, inventando sobre la marcha; lo principal, calculó, era seguir hablando—. Luego será como estar con resaca toda la vida.

—Cállate, mamón. Cierra el puto pico. Cállate, así te mato.

—Pero es verdad. Yo sé de qué te hablo.

—*¿Tú?* Tú nunca mataste a nadie en tu vida.

—¿Bromeas? Estados Unidos es un país violentísimo. Habrás visto películas, ¿no? *Rambo*. *Duro de matar*. Al lado de donde yo vivo esto parece un parvulario.

—Mientes como un cerdo —dijo el chico, aunque menos seguro.

—¿Tú por qué crees que estoy aquí? Me deprimía tanto tener las manos bañadas en sangre que estaba dispuesto a matarme. Entonces se me apareció la Virgen; vino a mí en un sueño —enmendó, recordando cómo los rebeldes se hincaban de rodillas cuando el cura español iba a dar misa, y que los punketos siempre eran los que más lloraban y le babeaban el anillo—. «Sigue a los pájaros y tendrás paz».

Eso me dijo Ella en el sueño. «Sigue a los pájaros y tu alma conocerá la paz».

—Huevadas —bufó el chico plantando el arma en la nuca de Blair.

—Estoy aquí, ¿no? ¿Y no se te ocurre que solo un hombre desesperado vendría a este lugar? Vine por los pájaros —siguió Blair en un arrullo—. Aquí viven los pájaros más increíbles del mundo, y hacen cosas que te alucinan. Por ejemplo: ¿sabías que la llamada de la cotinga se puede oír a varios kilómetros de distancia? Al contrario que el silbido suave, celestial del bigotudo, que canta justo antes del amanecer y calla el resto del día. Luego está su famoso guácharo, que solo vuela de noche guiándose por el radar que tiene en la cabeza… — Y con la más hipnótica monotonía imaginable siguió catalogando las maravillas de la fauna aviaria de Colombia hasta que al fin el punketo salió tambaleándose a la noche, si embelesado o estupefacto habría sido difícil de discernir. Pero cuando amaneció y él aún estaba vivo, a Blair lo inundó un extraño sosiego, junto con los imperativos de una convicción irresistible. No bien le quitaron las esposas, atravesó el patio hasta Quejas y Reclamos, ignoró a la guardia y entró en el despacho de Alberto sin llamar siquiera. Alberto y Tono estaban desplegando mapas sobre el escritorio del gran jefe; al ver que se abría la puerta los dos se llevaron la mano a la pistola, un reflejo que por poco le cuesta a Blair la cabeza.

—¡Ya está bien! —los desafió—. Déjenme hacer mi trabajo o mátenme de una vez.

Había en Blair un fuego, una furia lúgubre que la mayoría de la gente habría asociado con los locos y los mártires. Los comandantes miraron al gringo con una recelosa prudencia y a él se le ocurrió que, en ese momento al menos, lo estaban tomando realmente en serio.

—Bien —dijo Alberto con cautela—. ¿Tú qué piensas, Tono?

Tono parpadeó:

—Creo que es un buen hombre, comandante. Y la ecología es importante para la Revolución.

—Sí —concordó Alberto—. Para la Revolución la ecología es importante. —Intentó sonreír, inyectar cierta ironía a la situación, pero su boca parecía más bien una palpitante herida abierta.

—De acuerdo, Joan Blair, hagamos como quieres. Tienes mi permiso para estudiar tus pájaros.

La primera vez que ocurrió, Blair tenía doce años y estaba de visita en un zoo: al encontrarse con el bullicioso revoloteo de cacatúas, guacamayos y cuabas del aviario había sentido como si lo atravesara un arco voltaico. Y desde entonces esa sacudida, esa precisa punzada en el corazón regresaba cada vez que veía *psittacidae*; supuso que

algún día desaparecería, pero no: como una fuerza primaria, los colores imposiblemente vívidos le enardecían el núcleo líquido del alma.

Había sabido que aquellas montañas guardaban un milagro; lo había sentido en los huesos. Durante cinco días lluviosos anduvo fuera de la base en círculos cada vez más anchos, a través de riscos y collados, trajinando por valles mientras la guardia armada lo seguía paso a paso. Hernán, supuso, era una broma más de los comandantes: un joven mestizo claro de aspecto gatuno y un talante tan inexpresivo y escamoso como ceniza fría. A esas alturas Blair reconocía a un asesino al primer vistazo: a Hernán le daría lo mismo matar a alguien que arrancarse un padrastro. Pero a medida que avanzaban trabajosamente bajo una llovizna gelatinosa, empezó a comprender el subtexto de la elección de los comandantes.

—¿Y desde cuándo estás con el MURC?

—Desde siempre —respondió Hernán con voz soñolienta.

—¿Siempre?

—Ese otro chico —ahora era un ronroneo gaseoso—, el niño al que llamaban Hernán, ese murió. He sido un revolucionario toda mi vida,

Blair estudió al muchacho y volvió a escrutar las copas de los árboles. Alberto le había devuelto los prismáticos, pero no la cámara.

—Me imagino que entonces habrás estado en muchos combates.

—Sí —ronroneó Hernán, y pareció reflexionar—. Sí, muchos.

—¿Cómo es? —preguntó Blair toscamente, pero la catatonia del chico lo estaba sacando de quicio.

—Hombre, no tan malo. En cuanto empiezan los tiros todo anda bien.

Lo que Blair tomó por una respuesta sincera. Cinco días atravesando algunos de los parajes más escabrosos y bellos del mundo y el chico no mostraba más emoción que una tortuga. Tanto le habría dado toparse con un tiroteo, un cazo de estofado o un viaje a Disneylandia: todo lo habría afrontado con la misma mirada fija y borrosa. Pero cuando el quinto día Blair le pasó los prismáticos, señalando valle abajo un bosque de palmas de cera, y los pájaros dando vueltas como engranajes sueltos, Hernán enfocó, estuvo un rato en silencio y se echó a reír.

—¡Están loquitos! —gritó.

Y lo estaban, convino Blair. Era una encantadora colonia de pericos capelo cuyo bullicio en vuelo daba la impresión de un cóctel concurrido. Nadie había visto al perico capelo rojo, *purpureicephalus feltisi*, también conocido como carmesí de Felty, desde 1973, cuando Tetzlaff *et al*. habían localizado un único par reproductor en Pichincha, Ecuador. CITES incluía la especie en la lista de las

críticamente amenazadas, aunque la literatura más pesimista daba por sentada la extinción. Aquel día Blair contó sesenta y un pájaros, un grupo vocal, gregario, de corona flamígera, fornido cuerpo verde esmeralda y plumas interiores moteadas de azul y rojo como M&M relucientes. Sesenta y un pájaros querían decir que Dios era bueno. No solo había allí una razonable posibilidad de salvar la especie; si Blair sobrevivía y lograba volver a casa con los datos intactos, el mundo de la ornitología iba a caerse de culo. En pocos días alzó con Hernán una enramada de matas de pasto y hojas de palma y se programó en modo trabajo de campo sin pausa. Trazó el mapa de los terrenos de forraje; registró los potenciales huecos para nidos, las perchas y rutas de vuelo a lo largo del valle; identificó en la bandada las parejas de apareo, tomó notas sobre la fuerte afinidad de la especie con la palma de cera —*Ceroxylon andiculum*, en sí misma amenazada— y conjeturó que había una relación trófica. Los pericos hablaban constantemente, con complejos repertorios de sonidos, y charlaban de una forma brusca, sociable, mientras trepaban por las ramas o iban de árbol en árbol, las alas cortas y finas batiendo el aire con un ruidito de juguetes de cuerda.

En unas semanas tuvo un perfil etiológico elemental. A cambio del privilegio de investigar sobre el terreno, cada tarde tenía que hacer tareas en el campamento; pero tres años en la escuela de posgrado lo habían hecho inmune al trabajo servil y la vida de subsistencia. En ciertos aspectos esto era mejor que el posgrado: tenía comida y alojamiento, trabajaba sin apenas interrupciones y le proporcionaban un guía y escolta gratis. Hernán se demostró hábil en rastrear a los pájaros durante las rondas de alimentación; mientras guiaba a Blair por la selva, lo dos abrían la oreja a la caída de desechos entre las hojas y luego a la cháchara y los zureos que indicaban que los carmesíes estaban sobre ellos. En la enramada donde solía dormitar tendido de espaldas, de tanto en tanto se incorporaba para decir cosas sorprendentes sobre él mismo.

—Yo tuve una novia —le confesó una vez a Blair con voz adormilada—. No me dejaba besarla, pero le gustaba morderme la oreja.

En el mismo murmullo ausente contaba toda clase de espantos: combates que había librado, cómo había ejecutado prisioneros, patrullas en que su columna había descubierto cadáveres de campesinos carbonizados y bebés clavados a tablones. Eran tan de pesadilla esas historias que Blair se preguntaba si Hernán no estaría hablando dormido, drenando sueños que se alzaban de su inconsciente herido como gases de un pantano. Hernán tenía doce años cuando las autodefensas habían matado a toda su familia y barrido el pueblo por haber elegido alcalde a un exinsurgente.

—A veces los veo —murmuraba dormido a medias, un brazo sobre los ojos, los tobillos cruzados—. A veces estoy de noche en mi catre y abro los ojos y veo a toda mi familia de pie allí. Y es como si estuviera en un cajón, sabes. Mi familia está viva y el muerto soy yo, y han venido a mi velorio para despedirme.

El horror impulsaba a Blair a escribirlo todo. La barroca espiral de ciclos de masacre y venganza se mezcló con las notas sobre el acicalado mutuo entre las parejas de carmesíes y las danzas de cortejo de los machos no apareados, sus pavoneos de vanidoso en una cuadrilla francesa.*Enfermedad*, escribió al margen de las notas, *hay una enfermedad en el mundo*, junto con: *Loros, las aves más inteligentes y bellas, también las más amenazadas: una clave de la naturaleza de las cosas (?)*. Escribía todo porque todo le parecía ligado de una manera escandalosamente obvia que no llegaba a entender bien. Afanándose por el bosque, Hernán y él se encontraban una y otra vez con gigantescos laboratorios de cocaína, de donde el personal de matones los alejaba machete en mano. Los cultivos de coca de los alrededores del recinto no paraban de ampliarse; los informes radiofónicos sobre las embrionarias conversaciones de paz cobraban un aire espectral, con el MURC insistiendo en que se prenegociaran temas que en lo sustancial se habrían podido tratar más adelante. Cada pocas semanas, Hernán partía en una misión y al cabo de tres o cuatro días regresaba arrastrándose con otros supervivientes, más flaco aún, con sombras cadavéricas bajo los ojos pero por lo demás siempre el mismo, y al amanecer siguiente él y Blair ya estaban de nuevo en la enramada, mirando a los pájaros saludar el día con su borbollón de cotorreos. En marzo los machos empezaron a marcar territorio y, cuando las hembras desarrollaron pautas de cría, Hernán se ofreció a trepar a los árboles para echar un vistazo a los nidos, una tarea que, sabían ambos, no estaba al alcance de Blair. Después de un año en las montañas, de lo que había sido antes quedaba una figura como un palo con ronchas, propensa a fiebres que le hacían sentir la cabeza como una bola de nieve agitada con fuerza. A veces tosía con tal violencia que le sangraba la nariz; tenía el intestino como cartón piedra, le dolían las encías y lo más robusto de él parecía ser la barba de aspecto decididamente rabínico.

—Anda, ve —respondió Blair, y en un abrir y cerrar de ojos Hernán estaba a veinte metros del suelo, transmitiendo información desde el árbol mientras él anotaba. Nidada, dos; huevos blancos; nido: del tamaño de una jarra gambiana. Hernán había dejado el rifle apoyado en un árbol cercano; Blair, mirándolo, fantaseó con la posibilidad de huir, intentó olvidar la certeza de que si escapaba darían con él antes de que terminara el día. Aun así el rifle disparaba una pregunta fastidiosa: ¿cómo podía escaparse ahora, en medio de la

investigación, aunque tuviera la oportunidad? Pero quizá no irse fuera una forma lenta de suicidio. Tarde o temprano algo lo liquidaría, bien la enfermedad, bien un punketo borracho o un ataque de la autodefensa, y podía ser que el Secretariado decidiese demostrar algo a sus expensas. Últimamente la línea dura se había recluido en la retórica del MURC, lo que Blair suponía era en parte una postura para las conversaciones de paz, en parte exasperación por la tónica de los tiempos. La Unión Soviética había implosionado, el muro de Berlín era escombros y la aventura cubana necesitaba respiración artificial; sin embargo el MURC insistía en seguir combatiendo.

—Algunos dicen que llegó el fin de la historia —entonaba Alberto para los periodistas—. Podemos tener interpretaciones muy diferentes de lo que ha sucedido en el mundo durante estos años tan complejos, pero la verdad del asunto es que la mayoría de las cosas no han cambiado. Hambre, injusticia, pobreza, todas las cuestiones que llevaron al MURC a tomar las armas siguen entre nosotros.

Cierto, pensó Blair. Él quería creer en la Revolución, en su presunta entrega a la razón y la justicia, pero la Revolución se negaba a devolverle la cámara siquiera por un día. Como no la certificara una foto o un espécimen, toda su investigación sería considerada hipotética. Sin foto nada de conferencia, y antes que capturar un espécimen él quemaba su cuaderno.

—Yo podría robar la cámara —se ofreció Hernán—. Creo que sé dónde guardan tus cosas.

—¿Y qué pasa si nos pillan?

Hernán reflexionó.

—A mí nada; puedo desaparecer y listo. —Se encogió de hombros —. A ti, es probable que te corten los dedos y se los manden a tu familia.

Blair lo consideró un segundo y sacudió la cabeza. Todavía no. Todavía no estaba tan desesperado.

Cuando las crías rompieron el cascarón, Hernán volvió a trepar e inspeccionó los nidos mientras padres y asistentes se encrespaban alrededor de su cabeza como belicosas cometas. Rompía un huevo y pocos días después rompía otro; como Blair sabía que cada segundo polluelo era un seguro condenado a morir a menos que el hermano mayor muriese primero, esbozó un programa para tomar los segundos y criarlos en cautiverio.

En cierto modo los carmesíes lo habían salvado; tal vez él los salvara a su vez, pero antes tenía que saber todo sobre ellos.

—En nosotros hay algo que falla —le dijo un día a Hernán. Estaba observando los huecos de nido para los polluelos que pronto echarían

plumas y pensando en las noticias, las últimas masacres y el crecimiento estimado de los cultivos de coca. Los Estados Unidos habían prometido a Colombia 1,6 billones en ayuda —consejeros, armas, helicópteros, de todo— y Blair se preguntaba si sus compatriotas habrían perdido la cabeza. Colombia ardía en llamas y Estados Unidos planeaba apagar el incendio con gasolina.

—¿En quiénes? —preguntó Hernán abriendo de golpe un ojo—. ¿En quiénes hay algo que falla?

—En nosotros. La gente. La raza humana.

Hernán se apoyó torpemente en un codo, miró alrededor, se dejó caer de nuevo y cerró los ojos.

—La gente es mala como el diablo —dijo, entumecido—. La única persona decente que existió fue Jesús. Y la Virgen. Y mi madre —añadió.

—Dime de veras, Hernán… ¿Tú me matarías si te lo ordenaran?

—Puf… No me lo pedirían nunca.

—¿No? —Blair sintió una inusual oleada de esperanza.

—Pues claro que no. En los pelotones de fusilamiento siempre ponen a los novatos, para endurecerlos. A los tipos como yo nunca los usan para esas cosas.

En los días siguientes siete crías se bambolearon afuera de los nidos y Blair emprendió la tarea de seguir a la bandada durante la educación de los jóvenes. Volvía al cobertizo con libretas y papeles atiborrados de datos, con plumas, fragmentos de cascarón y muestras de excremento, todo mezclado con una buena colección de semillas. De vez en cuando Alberto subía la montaña hasta la enramada para inspeccionar a Blair y los últimos avances con «los pelaos», como se había acostumbrado a llamar a los loritos. En esas visitas se lo veía suelto y alegre, aunque sin deponer su reticencia esencial; siempre respondía con un murmullo evasivo a las presiones de Blair para iniciar el programa de cría en cautiverio.

—Pongámoslo en marcha, Alberto —insistió Blair un día—. Sería un gran golpe de relaciones públicas que el MURC rescatara una especie en peligro. Yo podría ayudaros más allá de la frontera como consultor en cuestiones ambientales. Tú sabes bien que estamos del mismo lado.

Alberto iba a hablar, pero se echó a reír mirando al gringo loco que tenía delante. Blair llevaba un astroso uniforme de faena —la ropa civil se le había estropeado hacía ya mucho— y, macilento, curtido y barbudo como estaba, parecía tan duro como cualquier guerrillero. Los reclutas nuevos en el campamento solían tomarlo por un zelote del mítico pelotón suicida.

—Joan Blair, me recuerdas a un hombre que conocí una vez. Un

hombre de convicciones, un verdadero héroe de la causa. Desde luego, murió en Bolivia hace muchos años.

—¿Haciendo qué?

—¡Luchando por la Revolución, coño!

A Blair se le crispó la cara. Luego se desprendió de un espasmo de miedo.

—Bien, ¿y qué hay con el programa de cría?

Alberto soltó una risita y le palmeó el hombro.

—Paciencia, Joan Blair, aprende a ser paciente. La Revolución es mucho más complicada de lo que piensas.

—Te están negociando —le dijo Hernán pocas semanas después—. Se supone que pronto vendrá un pez gordo.

—Huevadas —dijo Blair. El recinto era un hervidero de rumores, pero nunca pasaba nada.

—De veras, Joan Blair. Creo que te vas para casa.

—A lo mejor me quedo —dijo Blair examinando la idea para sí—. No hay un solo ornitólogo en el mundo que esté haciendo lo que yo hago aquí.

—No, Joan, pienso que tienes que irte. Puedes volver cuando ganemos la guerra.

—¿Qué, a los ochenta años? —Blair mordió una brizna de hierba y reflexionó un momento—. Todavía no tengo la foto. Sin eso no me voy a ningún lado.

Los rumores persistían y paulatinamente se fueron ramificando en complejos subrumores. Solo para asegurarse, Blair puso sus datos en orden, pero aun así fue una conmoción ver un día que los helicópteros aparecían en el cielo rugiendo, atajaban por las laderas trazando una curva ostentosa y se dirigían al recinto. Blair y Hernán estaban volviendo para las tareas de la tarde y, si alguna vez había habido una duda sobre las intenciones del ornitólogo, sus piernas la despejaron por él llevándolo senda abajo a toda velocidad. Los helicópteros habían aterrizado en el campo de fútbol: dos Hueys excedentes de los Estados Unidos con el distintivo celeste de la Comisión de Paz en el casco. Campesinos y guerrilleros confluían en el complejo; Blair tuvo que abrirse paso entre la muchedumbre para alcanzar a ver el edificio de Quejas y Reclamos, en cuyos escalones de entrada tenía lugar cierto evento oficial. Varias facciones diferentes se habían agrupado alrededor del micrófono. A un lado estaban Alberto y los subcomandantes, junto con otros mandos superiores que Blair no reconoció; a la derecha, una pulcra delegación de civiles, colombianos de pelo bien cortado y delicadas cadenas de oro. Blair identificó enseguida a los enviados estadounidenses: los delataban la piel lisa y

lechosa, la ropa caqui de turismo de aventura y la misma expresión de preocupación bien fundada. Todo el mundo se inclinaba hacia el micrófono, por el cual un colombiano hablaba sobre el estancamiento de las negociaciones de paz.

¿Por qué no me lo dijeron?, por poco grita Blair. Un equipo de la televisión nacional filmaba la ceremonia; los fotógrafos se apiñaban como perros tras los restos de una comida. *¿Y yo qué?*, quería aullar. *¡Digan algo de mí!* En vano intentó hacer contacto visual con los americanos, que se habían dispuesto en parejas. Los dos de edad mediana, típicos ejemplares de club de campo robustos y entonados, eran los más separados de la acción; cerca del centro estaban los otros dos: un caballero mayor de pelo menguante y nuez puntiaguda, y pegada a su lado una joven maciza, corta de estatura, hiperalerta, linda como un cohete. *Las muestras de apoyo de la comunidad internacional*, decía el que hablaba. *Un mensaje de esperanza de los círculos financieros de los Estados Unidos*. Blair sintió que se le acercaba uno de sus accesos de vértigo; una bruma reluciente le empañó los ojos; se desplomó y dejó que lo sostuviera la multitud; Hernán había desaparecido por el camino. Cuando la delegación empezó a entrar, Blair la vio desvanecerse como en un sueño y en el último momento se despertó.

—¡Eh! —chilló en inglés—. ¡Yo soy americano! ¡Eh, gente, soy americano!

Solo pareció oírlo la mujer, que descargó por encima del hombro una mirada rápida, confundida, y entró. Blair empezó a seguirla, pero un guardia le bloqueó el paso.

—Alto, Joan Blair. Aquí solo entran los importantes.

—¿Quién es esta gente? —preguntó Blair, alargando la cabeza para atisbar más allá de la puerta. Que se cerró de golpe.

—Bueno —dijo el guardia como quien instruye a un chico particularmente lerdo—, está el señor Rocamora, el comisionado para la paz, y está el señor Gonzalo, el ministro de Finanzas.

—Pero los americanos, ¿quiénes son?

—¿Y yo qué coño sé? Peces gordos, supongo.

Blair no se atrevía a irse, ni por un segundo, pero sentía el sol horneándole los jugos. El gentío se dispersó arrastrando los pies, decepcionado sin saber en realidad por qué. Las fritangueras pusieron sus parrillas y empezaron a freír tortillas; un zopilote rascaba el cielo en círculos ociosos. Al cabo de un rato la americana salió a la galería para hablar con los periodistas. Blair pasó a un pelo del guardia y en un segundo estaba arriba interceptando a la mujer cuando volvía hacia la puerta. Instintivamente ella iba a esquivarlo; con esa barba de náufrago y la ropa de faena mugrienta parecía un loco, el brillo de los

ojos azules a través del desastre la detuvo en seco.

—¡Ah! ¡Usted debe ser John Blair!

Él habría llorado de gratitud.

—¡Sí, John Blair! ¡Y usted sabe quién soy!

—Desde luego. El Estado nos informó sobre su situación. Soy Kara Coleman, integrante de… —Una ráfaga de sílabas le brotó de sus labios a tijeretazos—. Caray —continuó, mirándolo de arriba abajo—, está usted hecho una… —*mierda*, evitó apenas decir—. Lleva aquí un buen rato.

—Quince meses y seis días —respondió Blair al instante—. ¿Usted está con el Departamento de Estado?

—No, estoy con el… —Ella volvió a soltar ese chasquido de tijeras —. Soy la asistente de Thomas Spasso, el jefe de nuestro grupo. Thomas *Spasso*—repitió con firmeza, y Blair comprendió que supuestamente debía conocer el nombre—. Presidente del Nisex —añadió casi irritada, pero Blair seguía sin tener idea—. El New York Stock Exchange —dijo como si le hablara a un necio—. *La Bolsa.*

Blair estaba confundido, pero seguía siendo perfectamente capaz de racionalizar la confusión. Sabía que quince meses en los Andes podían haber hecho puré su marco de referencia en Estados Unidos. Así que tal vez no fuese tan raro que el rey de Wall Street se apareciese allí, en el corazón selvático del territorio del MURC. De todos modos la percepción que Blair tenía de la Bolsa, declaradamente vaga, era la de una institución casi gubernamental.

—Claro —dijo, esforzándose por ligar todo. El poco familiar inglés le empastaba la lengua—. Por supuesto, entiendo. Pero ¿quién…? Es decir, ¿qué…, eh…, por qué están aquí exactamente?

—Hemos venido a transmitir el apoyo de la comunidad financiera a la iniciativa de paz en curso. La inversión extranjera podría hacer mucho por este país y se nos ocurrió que acaso el MURC fuese más flexible si conociera las oportunidades que podemos ofrecerles. Y el señor Spasso tiene un interés especial por Colombia. Sabrá usted que es muy amigo del embajador Moreno.

Blair cerró los ojos y se preguntó si no habría perdido el juicio.

—¿O sea —murmuró con la voz hecha añicos—, que esto no tiene nada que ver conmigo?

—Bueno, no, vinimos sobre todo con el proceso de paz en mente. Lo siento. —Ella comprendió el efecto que estaba causando—. Lo siento de veras, me doy cuenta de lo insensibles que debemos parecerle en su situación.

Blair flaqueaba; de repente se sentía muy muy cansado.

—¿No hay nada que puedan hacer por mí? —gimió imperceptiblemente—. ¿Nada?

Kara le tocó el brazo y lo miró con tristeza. No era inhumana, se dio cuenta Blair, sino más bien de esas personas que pueden llorar en el cine o dar trocitos de su *bagel* a un perro vagabundo.

—Puede que el señor Spasso tenga alguna idea —dijo—. Acompáñeme. Intentaré conseguirle unos minutos con él.

Condujo a Blair a través de la puerta y, por un pasillo corto, hasta la gran sala de hormigón armado donde todos los martes y jueves los comandantes zanjaban disputas entre campesinos. En el centro los delegados estaban sentados en círculo como en una sesión de terapia de grupo. Thomas Spasso hablaba por medio de un intérprete y a Blair solo le hicieron falta unos segundos para comprobar que era un sujeto quisquilloso, desapacible, uno de esos acelerados intratables que dicen exactamente lo mismo estén donde estén.

—La paz va a traerles grandes beneficios de los inversores globales —les decía a los comandantes—. Los mercados de capitales hacen cola, quieren asociarse con ustedes en la tarea de hacer de Colombia parte integral del bloque económico de las Américas. —Siguió parloteando sobre los mercados, la inversión extranjera, la importancia de que Moody's calificara bien el riesgo en los bonos. Sentados en uniforme de combate y gorra a lo Castro, los comandantes asentían con la cabeza, sonriendo, pero Blair se daba cuenta de que apenas podían contener la risa. No se atrevían a mirarse (una ojeada y se tentarían), pero el desafío supremo llegó cuando el presidente los invitó a visitar Wall Street.

»Yo personalmente extiendo a todos y cada uno de ustedes una invitación a recorrer las salas de la Bolsa conmigo —dijo Spasso, la voz redoblando de un *vibrato* sincero. Sin duda creía estar ofreciéndoles la emoción de sus vidas, pero Blair ya se figuraba las carcajadas de los rebeldes esa noche en los escalones. *¡Jooo, qué honor inmenso, recorrer con él las salas de la Bolsa burguesa!* Ya ahora, con los ojos desorbitados, los comandantes temblaban por el esfuerzo de contenerse, y si no cayeron de la risa con sillas y todo fue en virtud de una disciplina suprema. Spasso, halagador pero inconsciente, seguía hablando.

—Es muy apasionado —le susurró Kara a Blair, que estaba pensando cuánto mejor funcionaban ciertos sistemas cuando negaban la existencia de realidades adversas. Al cabo de un rato el comisionado para la paz logró decir unas palabras; luego el ministro de Finanzas y luego Alberto, que se limitó a reconocer la utilidad de la mecánica de mercado «siempre y cuando se alcance la justicia social para las masas». A continuación los asesores hicieron circular una propuesta de declaración conjunta y el encuentro se disolvió en corros y remolinos mientras cada grupo revisaba el lenguaje.

Kara esperó a que Spasso se levantara a estirar las piernas.

—Señor Spasso —lo llamó, dándole a Blair un empujoncito—, este es John Blair. —Spasso se giró, vio a Blair y pareció que había perdido el habla—. El rehén —dijo ella, afable—. Está en su carpeta informativa. El de Duke.

—Ah, sí, desde luego, el caballero de Duke. Cómo está, qué gusto verlo.

¿Qué gusto verlo? ¿Quince meses en el infierno y *qué gusto verlo*? Para Blair fue como si cayera un telón.

—Señor, John y yo hemos conversado sobre su situación y, si bien él entiende que nuestra visita tiene unos fines muy precisos, se preguntaba si no podríamos hacer algo que, ehm, le facilitara el regreso a casa. En un posible momento futuro.

—Bueno —dijo Spasso—, como usted sabe, hemos venido con la intención de sellar un intercambio del sector privado. Aunque ciertamente esta mañana en la embajada se mencionó su nombre.

Hizo una pausa porque se acercaba otro americano, un rubio de pelo plateado y mirada intensa, segura.

—Trabajando en los números finales —le dijo a Spasso, y agitó un bloc de notas—. Después ya podremos irnos. Gracias por arreglar esto, Tom.

Spasso asintió y miró su reloj mientras el otro se retiraba. La sala grande era un torbellino de conversaciones y choques de hombros.

—Emm…

—John Blair —apuntó Kara.

—Por supuesto, el señor Blair. Me temo que su situación es algo problemática. Hay leyes… —miró a Kara buscando una confirmación —. Al parecer en Colombia hay leyes que prohíben a los ciudadanos privados entablar negociaciones en casos de secuestro. ¿Es correcto, Kara?

—Desafortunadamente cierto, señor.

—Instigar o secundar una negociación por secuestro. Creo que esos son los términos. Hemos de evitar cualquier acción que acarree el cargo de instigar o secundar negociaciones por un secuestro: son las estrictas instrucciones que nos dio el Departamento de Estado. Y que a usted deben de parecerle bastante duras, lo sé… —Blair había gemido —. Pero estoy seguro de que apreciará cuánto nos limita esto. Por mucho que queramos ayudarlo, tenemos las manos atadas.

Pedazo de idiota. Blair quería pegarle, o al menos sacudirlo lo bastante para que le entrara un poco de aire en el cerebro.

—Escuche —dijo en su voz más decidida—. Me amenazan todo el tiempo con matarme. Dicen que soy un espía. Podrían sacarme de aquí y pegarme un tiro no bien ustedes se vayan.

—No lo dude, soy consciente de la gravedad de su situación. —

Desde el otro lado de la sala alguien llamó en voz alta: *Señor Spasso*—. Créame, me hago cargo perfectamente de lo que usted está pasando. Pero toda buena voluntad que podamos promover aquí, en adelante redundará en su beneficio, estoy seguro.

Señor Spasso, estamos listos.

—¡Voy! Puedo asegurarle que hay gente trabajando por su liberación. Gente de primer orden, extremadamente capaz. Aguante, pues, y que Dios lo bendiga.

Spasso se unió a la corriente que iba hacia la puerta.

—Lo siento mucho —dijo Kara. Hurgó en su cartera y sacó un puñado de barritas energéticas—. Tenga, tome esto. —Se las puso a Blair en la mano—. Hablaré con usted antes de que nos vayamos.

Se fundió con la multitud. Blair dejó que la corriente lo sacara a la galería, donde se apoyó en una columna y cerró los ojos. No llegaba a comprender qué le estaba pasando, pero tenía alguna relación con la crueldad despreocupada de gente que nunca se había saltado una comida ni había sentido una pistola en la nuca. Spasso y compañía se reunieron alrededor del micrófono; mientras repetían los mismos discursos que dos horas antes, Blair se comió las barritas y lloró discretamente, aunque al cabo de unos minutos se rehízo y decidió hacer un último ruego de ayuda. Después de escrutar el patio y la galería en busca de Kara entró en el edificio, donde la encontró en la gran sala de hormigón. Ella y otros dos americanos estaban sentados con Alberto y uno de los comandantes principales. Hablaban en un tono calmado, razonable, con las sillas tan cerca que las rodillas casi se tocaban. A Blair lo impresionó la visible comodidad entre ellos, la atmósfera íntima que envolvía al grupito.

—¡Ah, John! —exclamó Kara—. Tal vez John pueda ayudar —les dijo a los otros indicándole a John que se acercara—. John, aquí tenemos un problemita de idioma. A ver si puedes echarnos una mano.

El americano rubio se levantó con su bloc de notas.

—Tantos años de español en el instituto —rio— y no me acuerdo de nada.

—John es americano —dijo Kara—. Está en el posgrado en Duke.

—¡Súper! —El hombre acercó a Blair por el brazo—. Mira, estamos tratando de cerrar el tema de las cifras y al parecer no nos entendemos. Yo les ofrezco trescientos cincuenta por cincuenta unidades, es decir cincuenta mil pies tabla. ¿Se lo puedes traducir?

Blair miró los números garabateados en el bloc.

—Trescientos cincuenta…

—Dólares USA.

Siguió escudriñando el bloc; los números se le escapaban. Parecía

importante aclarar el embrollo.

—Pies tabla…

—Es la unidad estándar de la industria. Un pie cuadrado por una pulgada de grosor.

—De tabla —dijo Blair—. Estáis hablando de madera.

—Y tanto.

—¿Usted quién es?

El hombre tendió la mano.

—Rick Hunley. División de maderas preciosas de Weyerhauser.

—¿Van a talar la zona?

Blair miró a Alberto, que le devolvió una hosca mirada escurridiza. Por la puerta llegaban los graznidos y voces de la conferencia de prensa, y Blair comprendió que aquello era un simple espectáculo, un suflé de sonrisas sin sustancia y palabras vacías. El trato se estaba sellando en esa sala.

—Alberto, ¿cómo eres capaz? —gritó en un español como una cuchilla—. ¿Cómo se te ocurre hacer algo así?

Alberto encogió los hombros y se apartó como de un mal olor.

—Mantener un ejército es muy caro, Joan Blair. La Revolución no vive del aire, ¿sabes?

—Por Dios, mira toda esa coca. ¿Cuánto más dinero puede necesitar la Revolución? Si taláis allá arriba no va quedar un loro vivo.

—Tenemos que salvar el país, Joan Blair.

—¿Qué? ¿Por eso se lo dan a estos tipos?

—Basta.

—¿Y te crees que cuando acaben quedará algo que salvar?

—Basta, Joan Blair. Hablo en serio. —Alberto chasqueó los dedos como si matara una mosca—. Fuera de aquí, ya me cansé de escucharte. Lárgate. Dónde están los putos guardias…

Pero Blair ya se había girado hacia Hunley.

—Aquí arriba hay un perico —dijo en un inglés acelerado—, una especie extremadamente rara, probablemente sean los últimos pájaros de su especie que hay en el mundo. Si talan allí lo más seguro es que los borren del mapa.

—Uau, primera noticia que tengo. —Hunley y su compañero cambiaron miradas graves. Hunley se volvió hacia Alberto—. Comandante, le aviso ahora mismo que como vayamos a atascarnos en problemas ambientales nos vamos de aquí sin más. No tenemos tiempo que perder en esos temas.

—*No hay ningún problema* —dijo Alberto, en el bronco inglés que podría emitir un oso.

—Hombre, según su intérprete lo hay.

—No lo hay, se lo aseguro. Aquí no hay ningún problema de pájaros. Olvídelos.

—No voy a apoyar esto —afirmó Blair de plano—. No lo acepto. No lo pueden hacer.

Los labios de Alberto se retrajeron, tensos, conteniendo una sonrisa, aunque Blair vio emerger en los ojos la mezcla casi letal de pena y desprecio.

—De acuerdo, Joan Blair, ¿por qué no nos paras? —se burló, pero en la mirada empezaba a filtrársele algo nervioso y avergonzado, un gris vapor de llovizna que sofocaba toda luz. Trató de intimidar a Blair, pero no pudo, y en el momento en que se apartó, Blair lo supo: la Revolución había llegado al clásico estado de madurez en que solo existía para su propio bien.

—Muy bien —dijo Alberto cogiendo el bloc de Hunley—. Creo que podemos cerrar el trato. —Trazó un círculo alrededor de una cifra—. Por esto, ¿sí? Por este precio acordamos. Pero hay algo más. Tienen que llevarse a este hombre.

—Ni hablar —dijo Blair—. Olvídalo. No se van a librar de mí tan fácil.

—Sí, sí, tú te vas. Estamos hartos de alimentarte, Joan, tienes que irte a casa ahora mismo.

—Vete al demonio, Alberto. Yo no me muevo de aquí.

Alberto hizo una pausa y se volvió hacia los americanos.

—Este hombre —dijo severamente y señalando a Blair— es un espía. Se lo voy a dar en prueba de buena voluntad, así que háganme el favor de llevarlo a casa. Y si no se lo llevan hoy, ahora, se le pegará un tiro. Porque eso es lo que hacemos con los espías.

Kara ahogó un grito, pero los mundanos ejecutivos de la madera se rieron.

—Bien, hijo —dijo Hunley mirando a Blair—. Supongo que entonces te vienes con nosotros.

Blair se negaba a mirarlos. Spasso, Kara, los demás: no quería deberles nada a los individuos sonrientes sentados a su alrededor. Mantuvo la cara vuelta hacia la puerta abierta del helicóptero, mirando la explosión de polvo cuando el motor arrancó, los saludos de la gente en el vendaval de los rotores.

El aparato vibró, se estremeció, se despegó del suelo tímidamente y, cuando se elevaba, en el gentío Blair entrevió a Hernán, que agitaba la mano bailoteando como un boxeador. En el caos del abordaje el chico había atravesado el vago cordón de seguridad y le había dejado una cápsula en la mano: película, había sabido Blair sin mirarlo; un

carrete de 35 milímetros. Ahora Blair lo llevaba metido en el bolsillo del pantalón, mientras apretaba sobre las rodillas la mochila con el puñado de datos y artefactos: el primer y probablemente último estudio exhaustivo del perico capelo rojo. Se agarró del asiento mientras el Huey aceleraba y, en un brusco ascenso vertical, le atrapaba el estómago en el vacío. El mundo cayó como una pelota arrojada por la borda; las torques y espirales de las lomas de la selva menguaron en volutas de verdor sembradas de guijarros. El aparato se elevó y giró el morro hacia el este, y el valle de los carmesíes, con sus palmeras frágiles como cerillas, pasó frente a la cabina como un cuadro sellado. Desde esa altura Blair pudo ver lo fácil que sería barrer ese tenue ciliado de árboles. Cosa de nada; y los pájaros amparados, mero polvo incidental.

¿Qué se siente?, le estaba gritando Spasso al oído. *¿Cómo es recuperar la libertad?* Se elevaban, se elevaban, podía no acabar nunca. Blair cerró los ojos y, echando atrás la cabeza, se rindió a la espantosa ingravidez. Como morirse, les habría dicho a todos, como la muerte; triste y totalmente perdido como te sentirías si hubiese desaparecido lo más precioso. La pena última que todos guardan para el final, Blair la estaba gastando. Todas las reservas las iba quemando mientras el helicóptero lo alejaba.

RÊVE HAITIEN[1]

Al atardecer, después de terminar sus rondas, a menudo Mason bajaba su tablero de ajedrez al Champ de Mars y se sentaba en uno de los bancos de cemento a esperar algún contrincante. Como gesto de solidaridad vivía en Pacot, el desvencijado barrio de clase media del corazón de Puerto Príncipe, mientras que la mayoría de los otros observadores de la OEA había alquilado casas en Pétionville, un barrio residencial de moda. Mason había insistido en Pacot por afinidad con la gente, pero después le había cogido cariño al lugar, los jardines selváticos y las tramas salvajes de maleza urbana, las descascaradas casas como de pan de jengibre y las calles de empedrado. Y además estaba estratégicamente situado, lo que era importante para Mason, que se tomaba la tarea de observador muy en serio. Desde su casa podía seguir los disparos nocturnos, el volumen y el peso del fuego, distinguir qué intención tenía, si era una simple rociada provocadora o algo más grueso, un mensaje de carácter más directo. Por las mañanas siempre sabía dónde buscar cadáveres. Y cuando había estallado la guerra entre dos facciones del ejército, él, acostado mientras cerca de allí tronaba lo que parecía la invasión largamente anunciada, había sido el primero de los observadores en saberlo. La mayoría de sus colegas no se había enterado hasta la mañana siguiente, al topar con los controles camino al trabajo.

Los jueves iba al Oloffson a escuchar a la banda, y los fines de semana recorría los bares de hoteles y casinos de Pétionville. De no ser así, a menos que después de un día demasiado lúgubre no pudiera hacer más que beber cerveza mirando la pared de la cocina, cogía el juego de ajedrez y bajaba al parque pasando frente a las salmodias de las vendedoras ambulantes, las manadas de perros raquíticos color zurullo, el loco que en cuclillas junto a la iglesia del Sagrado Corazón se untaba el pecho con puñados de tierra. En el parque, que parecía un solar céntrico bombardeado, elegía un banco con vistas al palacio y disponía las piezas, y a los pocos minutos una turba de charlatanes chicos de la calle estaba mirándolo jugar con los rivales del día. Mason rara vez ganaba; esa era toda la gracia. Creía que, con el derrocamiento y el exilio del amado presidente, el infierno metódico del régimen militar y ahora el embargo que amenazaba con

aplastarlos a todos, el ego popular necesitaba un aliciente. Les hacía bien ver a un haitiano batiendo a un *blan* en el ajedrez; era un motivo para reír, presumir a expensas de él, y ciertas tardes pensaba que perder esas partidas era lo más constructivo que había hecho en el día.

A medida que mejoraba su creole comprendió que las bromas de los chicos no eran tan amistosas. Sin embargo, perseveró; los haitianos necesitaban algo que los mantuviera en marcha, y a él las partidas le permitían observar bajo cuerda el palacio, la rutina vespertina de los militares asesinos que mandaban en el país: el Gobierno *de facto*, como insistían en decir diplomáticos e informativos refiriéndose básicamente a cualquier sujeto con un arma. Se fue corriendo la voz sobre las partidas vespertinas, y los zazús empezaron a llevarle juegos de ajedrez —con piezas artesanales a menudo de tema haitiano: los dioses del vudú, por ejemplo, LeClerc *versus* Toussaint, o Baby Doc como el rey, Michèle como la reina y *macoutesnotorios* en papeles de apoyo— para que se los comprara. A veces algún lance provocaba tal tumulto que Mason temía que los guardias del palacio abrieran fuego. Y más allá de las partidas siempre se dejaba tiempo para llegar a su casa antes de que oscureciese. Por la noche ni siquiera un *blanpodía* estar seguro en la calle.

Una vez, avanzada una tarde, apenas había preparado el tablero cuando un retazo de piel y huesos apareció corriendo hacia él. *¡Blan!*, gritó el chico con una sonrisa maligna, *veni gon match pou ou*! Mason guardó las piezas y lo siguió hasta un rincón apartado del parque que un grupo de árboles y maleza ocultaba del palacio. En el banco estaba sentado un mulato, un haitiano joven de piel cobriza, impresionante nariz de halcón y una masa de pelo negro que le rozaba los hombros. La camiseta y los tejanos eran lo típico de la calle, pero los ajados mocasines blancos parecían sugerir un antiguo bienestar, y también una actitud, una vida resueltamente sexual abandonada un tiempo atrás. Se limitó a señalar dónde debía sentarse Mason y empezaron a jugar.

El mulato ganó la primera partida en siete movimientos. Mason se dio cuenta de que con este podía probar más cosas; la partida siguiente duró once jugadas.

—Eres muy bueno —dijo Mason en francés, pero el mulato solo esbozó un rictus paranoico y volvió a ordenar sus piezas.

En la partida siguiente Mason concentró todos sus poderes mentales, pero el mulato sabía cómo pinzar al otro con los peones y los alfiles y clavar los caballos en la pasta de su defensa. Esta vez iban trece jugadas cuando Mason admitió que había perdido. El mulato se reclinó, lo abrasó con la mirada un minuto y por fin dijo en inglés:

—Todas estas noches has tratado de perder.

Mason encogió los hombros y se puso a reordenar las piezas.

—No me imaginé que alguien pudiese ser tan estúpido, ni siquiera un *blan* —dijo el mulato—. Te estás burlando de nosotros.

—No, no, para nada es eso. Solo sentí… —Mason se debatió por decirlo con cortesía.

—Te damos pena.

—Algo así.

—Quieres ayudar al pueblo haitiano.

—Es verdad. Quiero.

—¿Eres un buen hombre? ¿Un hombre valiente? ¿Un hombre de convicciones?

Mason, a quien nunca le habían hablado en términos tan solemnes, necesitó un segundo para procesar la pregunta.

—Bueno, claro —dijo, y muy en serio.

—Pues ven conmigo —dijo el mulato.

Rodearon el palacio y entraron en la dura barriada conocida como Salomon, un infame hormiguero de casuchas de cemento y cajas de embalaje, escaparates temblones y mendigos gimoteando en el suelo. Entre el humo de leña, el polvo y los remolinos de gases de escape, el sol del ocaso cobraba un resplandor ocre y una luz rojiza iba inundando las calles mugrientas y picadas. Dunas de basura colmaban los espacios vacíos, erupciones tan ricas en desechos coloridos que se acercaban a la abstracción. Con Mason siguiéndole la zancada al trote, el mulato acortó por callejones y pasajes donde hatajos de haitianos se tambaleaban hacia ellos por todos lados. De las casas apretadas surgía un rugido hirviente, una vibración que repicaba en los oídos mezclada con un lento rumor de coches, el balido de las bocinas y rachas de música latina triturando el aire. Había allí algo poderoso, hasta exaltado; Mason lo sentía siempre que estaba en la calle: una suerte de espasmo, una excitación como un ligero mareo de cuelgue avivada por la pura música del lugar.

Era al fondo de un callejón cerca del cementerio: una desescamada casita verde mar, desprendida de pedazos propios, medio oculta por arbustos y una embarrada hilera de árboles jóvenes. El mulato cruzó el portón y entró sin decirle nada al grupo reunido en la escalera, una pareja madura y cinco o seis chicos mirones. Mason lo siguió por la penumbra de la habitación delantera, con una vaga conciencia de camas, desparejos muebles de plástico, un reloj barato con la forma del *skyline* de Nueva York. La habitación siguiente estaba atestada y con la única ventana y los postigos cerrados olía a moho. El mulato encendió la desnuda bombilla del techo y fue hasta un armario que ocupaba la mitad del espacio. También estaba cerrado y le clavó una llave con la cólera del que se toma esos detalles como insultos.

—¿Esta es tu casa? —preguntó Mason echando un vistazo al rincón donde un desparrame de ropa sucia y libros rodeaba una cama.

—A veces.

—¿Quiénes son esos de allí fuera?

—Haitianos —disparó el mulato, frustrado.

Al final tuvo que girar la llave Mason, que abrió con un simple clic. El mulato suspiró y sacó del armario dos bolsas de residuos.

—Esto —dijo yendo hacia la cama por delante de Mason— es el tesoro del pueblo haitiano.

Mason retrocedió mientras el otro sacaba de las bolsas unos lienzos enrollados, desanudaba los lazos de trapo y dejaba los lienzos en la cama.

—Hyppolitte —dijo resueltamente, desenrollando sobre el colchón una criatura serpentina con cabeza de hombre—. Castera Bazile —continuó—, la crucifixión —y extendió sobre el mutante reptil Hyppolite una pintura de un anguloso, ensangrentado Cristo en la cruz —. Philomé Obin. Bigaud. André Pierre. Aquí están representados todos los maestros haitianos. —A primera vista las pinturas tenían una calidad leñosa, y sin embargo Mason, cuya trayectoria biográfica apenas había rozado el arte, se sintió frente a algo vital y real.

—Préfète Duffaut. —El mulato seguía desenrollando lienzos—. Lafortune Felix. Saint-Fleurant. Hyppolite, su famosa pintura de Erzulie. En esta habitación hay un millón de dólares en arte.

Era un montón, aun descontando el talento haitiano para inflar.

—¿Cómo las conseguiste?

—Las robamos. —El mulato le lanzó una mirada arrogante.

—¿Las robasteis?

—Poco después del golpe. La mayoría en una sola noche. No fue difícil. Yo sé en qué casas tienen el arte. Algunas obras vinieron después, pero la mayoría de los artículos los conseguimos en lo que duró el golpe.

—Ahá. —Mason pensó que era mejor un acercamiento cauteloso—. ¿Tú eres artista?

—Soy médico —dijo el mulato con una arrogancia que parecía confirmarlo.

—Pero te gusta el arte.

El mulato hizo una pausa y siguió como si Mason no hubiese hablado.

—El arte es lo único valioso que hay en mi país. El tesoro nacional, lo que Haití tiene para ofrecer al mundo. Vamos a usar su tesoro para liberarlo.

Mason ya había conocido suficientes haitianos delirantes, pero ahí estaban las pinturas, y ahí estaba él, un hombre con el porte de un

rey. Un hombre que le había destrozado en trece jugadas su mejor partida de la tarde.

—¿Y eso cómo vais a hacerlo?

—En París hay un perista que comercia con arte haitiano. Ofrece metálico, ochenta mil dólares, si conseguimos llevar las pinturas a Miami. Un precio vergonzoso si se tiene en cuenta que es nuestro tesoro… —El mulato miró hacia la cama y por un momento dio la impresión de extraviarse—. Pero esa es la opción. En Haití las únicas opciones que tenemos son malas opciones.

—Supongo que queréis el dinero para las armas —dijo Mason, que llevaba en el país el tiempo suficiente para suponer. Fantasiosos y rebeldes había en todas las esquinas.

—Sin duda las armas jugarán un papel en el plan.

—¿En serio creéis que la solución es esa?

El mulato se le rio en la cara.

—Por favor, ¿tú has estado bebiendo?

—Hombre… —Como todos los observadores, a Mason no le gustaba que lo considerasen un ingenuo—. Al ejército le costó un millón de dólares echar a Aristide, y ya tenía las armas. ¿Y vosotros creéis que es posible derrotarlo con ochenta mil?

—Tú eres americano y para ti todo es cuestión de dinero, claro. El honor y el coraje no cuentan nada, la justicia, *el miedo*… Esos tíos del palacio son unos cobardes, ¿de acuerdo? En cuanto empiecen los tiros de verdad te aseguro que escaparán. Meterán su dinero sangriento en las maletas y a correr.

—Bien, pero primero tenéis que conseguir las armas.

—Primero hay que llevar las pinturas a Miami. Tú eres observador; eso es como tener inmunidad diplomática. Si te las llevas nadie va a revisarte las maletas.

Cuando comprendió qué le estaban pidiendo, Mason se echó a reír; con todo, el mulato tenía razón: el par de veces que había volado fuera del país, con solo mostrarles la credencial los de la aduana lo habían indicado que siguiera.

—¿Qué te hace pensar que podéis confiar en mí?

—Que perdías en el ajedrez.

—Quizá es que soy malo.

—Eres muy malo, es cierto. Pero nadie es tan malo.

Mason empezó a entender la lógica del asunto en retrospectiva: extrañamente, las partidas de ajedrez eran la mejor garantía. Era lógica haitiana, lógica del otro lado del espejo; también una prueba de lo desesperado que tenía que estar el mulato.

—Debes hacerlo —lo oyó decir en una voz perentoria. Y sin embargo los ojos rogaban como los del mendigo más rendido—.

Debes. Por la honestidad.

Mason se volvió como para estudiar los lienzos, pero estaba pensando en lo peor que le había pasado ese día. Había atravesado con su camión La Saline, el proliferante chabolerío de la marisma salobre situado a lo largo de la bahía como una lesión que partía la tierra. Al verlo acercarse, una mujer en cuclillas, flaca y de mirada vacua, se había levantado para extender hacia él un bebé; pidiendo, había pensado al principio, jugando con su piedad para que soltara unas monedas, y entonces había notado lo extrañamente que la cabeza del niño colgaba hacia atrás, la palidez gris de la piel rugosa. La conciencia le había llegado como un lento *shock* eléctrico: *muerto*, el niño estaba muerto, pero mientras él pasaba, la mujer no había dicho nada. Solo lo había mostrado en un testimonio silencioso, y Mason no había podido mirarla; había tenido que alejarse. Con el embargo se estaban muriendo todos los bebés.

—Vale —dijo, sorprendido de la firmeza de su voz—. Lo haré.

Resultó que en realidad el mulato no era médico. Había cursado dos años de medicina en la Universidad de Haití antes de que lo expulsaran por liderar una protesta contra Duvalier, «una estupidez minúscula», según la describía; había hecho cosas mucho peores sin que lo agarrasen. Hasta donde Mason sabía, apenas se ganaba la vida como *dokté fey*, una especie de sanador naturista y *hougan* barato que por azar tenía cierta base en ciencia médica occidental.

Había escondido pinturas robadas por toda la ciudad. Mason nunca sabía cuándo iba a presentarse en su casa con un nuevo lote, un hato de mordaces Zephirins o etéreos Magloires para añadir al contrabando de su armario. Pero era siempre después de oscurecer, casi siempre en noches en que arreciaban los disparos. Mason oía un solo golpe en la puerta y la abría con un crujido para encontrar al mulato con una bolsa verde de basura, el pelo erizado, virando los ojos como un yonqui. Él le daba una cerveza, miraban las pinturas y el mulato lo instruía en arte e historia de Haití.

—Aquí está pasando algo increíble —podía decir cuando, sentados con las cervezas en la cocina, estudiaban las imágenes de demonios, zombis y santos—. Algo vital, un renacimiento de nuestra verdadera naturaleza, que se muestra tan claramente en el milagro de este arte. «Ici la renaissance». Qué extraño que así se llamara el bar donde se descubrió a Hyppolite. *Ici la renaissance*. Es verdad, se acerca un renacimiento del mundo, una comprensión de que con lo material no basta, de que debemos aplicar la misma disciplina a lo espiritual. Y el centro de ese renacimiento será Haití; por eso mi país fue el único donde triunfó una rebelión de esclavos. Dios nos quiso libres porque tiene un plan.

Podía perorar así durante horas, fraguando texto en su inglés preciso, como un profesor en una clase formal. Si Mason seguía destapando botellas, al cabo de un tiempo había pinturas desparramadas por toda la casa; entonces el mulato se paseaba de habitación en habitación explicando trucos de perspectiva y color y poniendo ciertos detalles en contexto histórico.

—Pero el sueño está muriendo —dijo una noche—. Esos criminales del palacio nos van a matar a todos. Mientras ellos tengan el poder no habrá ningún renacimiento.

—Son duros —concordó Mason—. Los apoya el negocio de la droga. Y probablemente también la CIA.

—Pero son cobardes. El destino exige que ganemos nosotros.

No le decía a Mason cómo se llamaba; parecía obrar en base a un juicio exagerado de la amenaza que representaba para el régimen. Algunas noches Mason no dudaba de que se había unido a un loco, pero se acordaba del ajedrez, de las páginas y páginas de Baudelaire o de Goethe que el hombre era capaz de citar o de la cura que le había prescrito a él para una flojera de vientre. «Tienes que beber un vaso de ron con un diente de ajo entero». Mason lo había hecho y al día siguiente estaba recuperado. Que a veces el mulato pareciese un poco errático podía deberse a que era un genio o al estrés de una infancia pasada en el Haití de Duvalier. Una noche Mason le propuso jugar una partida de ajedrez, pero se negó.

—No juego al ajedrez desde que era chico. La partida contigo fue la primera en quince años.

—¡Pero si eres impresionante!

El mulato se encogió de hombros.

—El año que cumplí doce fui tercero en el campeonato nacional, y cuando mi padre lo supo tiró mi tablero, mis piezas y todos los libros de ajedrez. Dijo que en el mundo no hay sitio para un ajedrecista haitiano.

—Pero si eras lo bastante bueno…

—Dijo que no iba a serlo nunca. Y probablemente tuviera razón. Mi padre era un hombre muy listo,

Mason titubeó. En Haití el pretérito siempre estaba cargado.

—¿Qué era?

—Médico. *Ophtalmologiste.*

Mason volvió a titubear.

—Bajo Duvalier la mayoría de los médicos se fueron.

—Mi padre se quedó. Era una eminencia. El último haitiano que leyó una ponencia en el Congreso Internacional de Oftalmología. —Calló un momento, como para rehacerse—. Sobresalir en tu campo podía protegerte, pero al mismo tiempo significaba que Duvalier te

viese como una amenaza. Por famoso que fueses, no podías permitirte un resbalón, la menor muestra de ser vulnerable. Un descuido y te llevaban. —El mulato hizo una nueva pausa—. Mi padre nunca resbaló, pero creo que eso lo chifló un poco. Tenía un arma en casa: vivíamos en Champ de Mars y por la noche se oían los gritos de los torturados en el palacio. Una noche cogió el revólver, mi padre, y con las balas en la palma de la mano me dijo: «Esta bala es para ti, esta para tu hermano, esta para tu madre. Y esta es para mí. Porque si vienen no van a llevarnos vivos».

¿Qué iba a decirle Mason? Con la vida estúpida que había llevado él, cualquier comprensión o consuelo que intentara ofrecer serían falsos. Así que siguió escuchando sin abrir la boca, aunque las noches en que veía al mulato especialmente abatido le insistía en que durmiera en el sofá cama. A veces aceptaba; por la mañana siempre se había ido. Mason cerraba el sofá, comía sus tostadas con mermelada de mango, conducía hasta la oficina y recibía sus órdenes para la jornada. Ciertos días daba vueltas en su 4Runner con la bandera de la OEA flameando en la brisa: «mostrar la azul» se llamaba eso, y se hacía para que los golpistas supieran que los estaban observando, aunque con el tiempo Mason llegó a atribuirles cierta capacidad de avergonzarse. Otras veces lo asignaban a la ventanilla de quejas por violaciones a los derechos humanos. En esos días no pasaba gran cosa; todo el mundo sabía que el edificio estaba vigilado y recibir denuncias era deprimentemente raro.

Una vez por semana conducía hasta Tintanyen a hacer el recuento de los cadáveres que tiraban allí, y esos eran días de horror. Tintanyen era una ancha llanura de estiércol mierdoso retenido por una fétida extensión de hierbas de aulaga. Se entraba por un par de arruinados zaguanes de piedra —las puertas del infierno, no podía dejar de pensar Mason— y se bajaba de la furgoneta a una olla a presión, una ráfaga de calor húmedo, denso, malsano, silencioso salvo por un zumbido de moscas y mosquitos. Los mosquitos de Tintanyen eran únicos: una variedad de camisa gris y negra que parecía deleitarse con el olor del repelente. Mason y sus colegas atravesaban pesadamente el fango, sudando, lanzando manotazos a los bichos asesinos, arrancando hierbas hasta que daban con un cuerpo, cualquiera de los embarrados, maniatados, agusanados infelices que a los golpistas les hubiera parecido conveniente arrastrar hasta ahí. Desde la sombra de los árboles que bordeaban el campo siempre los miraba una manada de perros salvajes, alertas, previendo una nueva comida. Esos perros, les confió una vez el chófer haitiano, eran *de factos*, como llamaban a los golpistas.

—¿Los perros? —preguntó Mason, preguntándose si su creole no le habría jugado otra mala pasada.

—Seguro —dijo el chófer, y explicó que eran *zobop*, hombres que podían tomar forma animal—. Esos perros de allá eran espías golpistas.

Entornando los ojos hacia los perros, Mason asintió. *M'tandé*, dijo. «Te he oído».

Cada semana Mason fotografiaba los cuerpos, redactaba el borrador de su informe y más tarde se lo entregaba a su jefe, el cada vez más desmoralizado abogado argentino. Todos eran abogados, todos instruidos en la autoridad de las palabras, aunque ahora sus palabras se hacían polvo y sobre la misión caía una mortaja de impotencia y futilidad. Los más débiles se entregaban al placer; aprovechaban los seis mil dólares libres de impuestos que recibían por mes para comprar el mejor arte, comer en los mejores restaurantes y follarse ristras de bellas chicas haitianas empobrecidas. Los mejores se cocían lentamente en una depresión de grado bajo: uno tenía que mirar, ese era su trabajo: *observar* aquel desastre. Una misión ridícula, autodestructiva.

—¿Qué significa? —le preguntó una noche al mulato. Estaban sentados en su cocina durante un apagón, estudiando el *Rêve Haitien* de Hyppolite a la luz de las velas. El lienzo estaba pegado con cinta adhesiva al respaldo de una silla, frente a ellos como una muda tercera parte en la conversación.

—Es un sueño —dijo el mulato, despatarrado en su silla. Solía liquidar la primera cerveza en dos tragos y luego se aplastaba en sí mismo como una pila de toallas húmedas.

—Hombre, sí —dijo Mason—. *Sueño haitiano*, eso me lo dijiste.

Y por cierto que los colores eran deslucidos como en un sueño: el opaco rubor linfático de los rosas cambiantes, el monótono mate de los azules y grises, los pocos coágulos de marrón moroso. Al fondo una mujer desnuda dormía en una cama de hierro forjado. Más cerca estaba de pie una impávida pareja burguesa, el hombre sosteniendo un libro para que la mujer leyera. La habitación era una acogedora pero algo rebuscada mezcla de cortinas, mesas y sillas, cuadros y plantas en tiestos, mientras que al frente dos ratas pasaban corriendo delante de un gato agazapado. Como en un sueño, la disonancia parecía elocuente, significativa; el efecto total era de vaga amenaza.

—No le veo pies ni cabeza —dijo Mason—. ¿Y eso qué es? —siguió, señalando lo que parecía el marco de una ventanita entre la cama y el resto de la habitación.

—Es parte del sueño —dijo el mulato, casi sonriendo.

—Diría que es una ventana.

—Sí, creo que tienes razón. Si Hyppolite pone ese objeto extraño en medio de la pintura es porque trata de decirte algo. Te está

hablando de una manera de mirar las cosas.

En noches así los disparos sonaban atenuados, débiles explosiones en los oídos como cambios de presión, aunque si las rondas eran cerca, al mulato empezaban a temblarle los ojos como a un ratón acorralado. He aquí un hombre, pensaba Mason, que vive del aire y la inspiración, que se mantiene entero por la fuerza de voluntad. Es tan apasionado del arte como del odio a los que han llevado Haití a la ruina. «Este no es tu sitio», habría querido decirle. «Tú te mereces un lugar mejor». Pero eso valía para casi todos los haitianos que había conocido.

—Sabes, mi padre pensaba que Duvalier era retrasado —dijo una noche el mulato. Estaban mirando un inexpresivo retrato de la icónica primera familia hecho por Obin hacia 1964; detrás de las gafas los ojos de Papa Doc tenían la mirada severa, hierática de un mosaico bizantino—. De veras. En los cincuenta habían trabajado juntos con enfermos de pian. Todas las semanas viajaban juntos a Cayes a tratar pacientes. Duvalier se sentaba en el coche con traje y sombrero y nunca decía una palabra en seis horas. Nunca bebía, nunca comía, nunca se aliviaba, no le decía una sola palabra a nadie. Al fin un día mi padre le preguntó: «Doctor, ¿sucede algo? Está usted siempre tan callado. ¿Lo hemos disgustado? ¿Está enfadado?». Duvalier se volvió hacia él muy despacio y dijo: «Estoy pensando en el país». Y desde luego era así realmente, sabes. Políticamente el hombre era un genio.

Mason meneó la cabeza.

—Era despiadado, nada más.

—Pero la falta de piedad también es una forma de genio. Muy pocos de nosotros somos capaces de algo tan puro, pero ese era su fuerte, su verdadero *métier*: todas las formas y aplicaciones de la crueldad. La fuerza del bien siempre remite a algo que está más allá de nosotros; nos anulamos para servir a esa cosa más alta. Pero el mal es puro; el mal solo sirve al sí mismo o al ego, el único límite que te pone es tu imaginación. Y Duvalier a esto, este aparato del mal, lo concebía bello como una máquina elegante. Una máquina elegante que puede no parar nunca.

—Veo que lo has pensado.

—Por supuesto. En Haití estás obligado a pensarlo.

Era cierto, reflexionaba Mason durante las rondas. Haití te lo tiraba a la cara. De día conducía por las calles lívidas, buscaba maneras de dar coherencia a la crisis. Por las noches cerraba la puerta con llave, bajaba todas las persianas, desplegaba veinte o treinta lienzos por la casa y vagaba por las habitaciones mirando en silencio. Al cabo de un rato iba a la cocina, preparaba un tazón de arroz o fideos y vagaba un poco más, mirando mientras comía. Se parecía a ver una película en vídeo; pero mejor, decidió. Esto era real. Con el

tiempo los colores empezaron a sangrarle en la cabeza y se encontró pensando en ellos durante el día, proyectando los verdes y azules iridiscentes del artista fuera del coche, en las calles, una manera de ver que parecía cargar la ciudad de significado. El estilo que al principio le había resultado primitivo e infantil cobraba un cariz subversivo, como un comentario taimado sobre la marcha del mundo en los últimos quinientos años. De las superficies aplanadas, las perspectivas torcidas, la porfiada crudeza de los rostros le llegaba el sentido de una manera de ser que había sobrevivido detrás de los mitos preponderantes. Con la visión directa, con la cosa misma sin el filtro emoliente de los artificios técnicos, paulatinamente se le hacía todo tan real que al mirar las pinturas sentía como si se contrajera incómodo en su piel, a la defensiva. Una oscura sutileza se iba deslizando en el arte. Eran cosas pintadas que solo percibía tenuemente, pero con el tiempo empezaba a ver allí una riqueza, una abundancia de sentido que se fundía con las fotos, nunca alejadas de su mente, de los archivos de la misión sobre muertos haitianos.

La vida allí tenía la lógica fracturada de un sueño, sus propias reglas internas. Mirar una pintura no era como mirar la pintura de un sueño; era una entrada en la corriente del sueño. Y para Mason el sueño tenía un sesgo peculiar: soñaba con hacer algo real, algo digno. Un sueño de *blan*, y quizá por eso tanto más frágil.

Metió sesenta y tres lienzos en una bolsa de lona y nadie le puso una mano encima. Tuvo que afrontar la prueba solo, sin un alma que le diese ánimo o consejos. Como el último saco de pinturas le había llegado por un chico junto con un mensaje de una sola palabra —*Ve*— ni siquiera había tenido el consuelo de ver al mulato antes de partir. Pero Mason era blanco y tenía un buen semblante; todo resultó tan absurdamente fácil que habría llorado, aunque lo que hizo en cuanto estuvo en su habitación del hotel fue buscar el canal de la MTV en la tele y pasarse un par de minutos saltando en la cama.

Había ido de Haití al corazón de la distinguida South Beach de Miami. Aunque el hotel se alzaba frente al mar en bloques de cemento terso, como un pastel de cumpleaños de colores suaves, durante el primer día Mason tuvo que conformarse con mirar el agua desde el balcón. Cuando por fin recibió la llamada, cogió el bolso marinero y anduvo tres calles hasta el Magritte, un hotel aún más chic donde los hombres eran más viejos, las mujeres más jóvenes y el aire de corrupción, palpable. Vaya, pensó, buen sitio para que te lleven preso; pero en la habitación solo había un francés y un tipo silencioso, vagamente asiático, que no le quitaba los ojos de encima. No había artículos personales; debían de haber reservado el cuarto para una hora. Mason tuvo que sentarse a mirar mientras el francés desplegaba

las pinturas sobre la cama como rollos de tela industrial. Era dinámico, condescendiente, más joven de lo que Mason había esperado, de cara ancha y tosca apenas refinada por un bigote escrupuloso y una perilla.

Los dos llevaban elegantes trajes oscuros y el pelo alisado. Se los veía en forma al modo de los que se obsesionan con el ejercicio y la dieta. Gánsteres de la Nueva Ola: Mason sentía en ellos una vacuidad absorbente, el vacío que viene de la concentración absoluta en uno mismo. Le daba asco entregar las pinturas a esa gente.

—¿Y el Bigaud? —preguntó el francés en inglés—. *¿Los bañistas?*

—No pudo conseguirlo.

Una mueca rápida de disgusto, luego una cálida sonrisa indulgente; era cortés como un profesional enredado con *amateurs*. Se comportaba como un caballero pero no lo era. Mason solo pensaba así desde que vivía en Haití; solo desde que había conocido al primer auténtico caballero de su vida.

Le dieron el dinero en una bolsa azul de nylon y los hizo esperar hasta que lo contó. Más tarde, perversamente, iba a pensar que era lo más valiente que había hecho nunca: contar el dinero soportando las miradas de sarcasmo perplejo. Cuando hubo terminado y cerró la bolsa, el francés le preguntó:

—¿Y ahora qué harás?

Confundido en un primer momento, Mason se mostró luego categórico:

—Volver, por supuesto. Tengo que darle el dinero.

La calma del francés vaciló durante un momento ínfimo. Parecía sorprendido y, en el silencio que se hizo, Mason se preguntó si tan extraña sería su honra. Y luego la sonrisa se restauró, al parecer con una calidez real, y Mason se dio cuenta de que se estaban burlando de él.

—Claro, sin duda. Todos te están esperando.

En la casa de Pacot metió el dinero en un tambor vudú de diez dólares que había comprado meses antes en el Mercado de Hierro. Luego se instaló y siguió con sus asuntos, por las noches levantado hasta tarde por si llamaban a la puerta, de tarde bajando al parque a recibir su paliza diaria de ajedrez. Se dio cuenta de que tenía dotes para esa clase de vida, la mentira de hacer una rutina normal mientras se mantenía preparado para el golpecito en el hombro y la mirada del extraño que diría: *Ven. Encontrémonos*. Entrada la noche oía a las ametralladoras lacerando las casuchas, un débil ruido fantasmagórico que hacía del miedo una suerte de embrujo. De día veía las montañas, allá arriba, como enormes, altísimas olas verdes cerniéndose sobre la

ciudad y pensaba: que vengan ya, que aplasten todo.

Extrañaba las pinturas con el mismo dolor visceral con que habría extrañado a ciertas mujeres que significasen algo para él. No había palabras para decir cuánto extrañaba al mulato, el hombre cuya aura de denuedo ardía tanto como para encender incluso a un *blan* precavido. Mi amigo, pensaba Mason cien veces al día, con tal constancia que la frase habría podido ser una plegaria. Tan buen amigo que ni siquiera sé cómo se llama. El aire pesaba, espeso de tardanza y expectativa, aunque el lento meneo de las hojas de palma aconsejaba paciencia. Hasta que una noche decidió que ya había esperado lo suficiente. Llevó el juego de ajedrez hasta más allá del parque, al barrio de Salomon, un riesgo terrible por el que seguramente el mulato lo regañaría, pero no se pudo contener. Tuvo problemas para encontrar la casa y ya casi se había dado por vencido cuando la vio aparecer en la medialuz cenicienta del ocaso. Giró y pasó por delante con aire despreocupado. No necesitaba más que echarle una mirada: las paredes verdes rayadas de hollín, los tocones carbonizados, las ventanas ennegrecidas, vacías como cuencas sin ojos. Solo una mirada, y sin romper ni un instante el balanceo del paso, sin perder el ritmo fácil de la respiración.

Al día siguiente volvió con su furgoneta y el conductor para hurgar por ahí con el pretexto de un asunto oficial. Golpeó puertas y se explicó; los vecinos arrastraban los pies, se agarraban las manos, hablaban mirando a un lado y otro de la calle. Una noche hubo un montón de tiros, decían, gente disparando en la calle. Bombas, y después el incendio, aunque en realidad nadie lo había visto. Al primer estampido se habían metido bajo la cama. A la mañana siguiente se habían asomado fuera y se habían encontrado la casa así; y desde aquel día ninguno había vuelto a acercarse. ¿Cuándo fue?, preguntó Mason, pero entonces entró en juego el elástico sentido del tiempo haitiano. Hace tres días, dijo un hombre. Otro dijo un mes. De vuelta en la oficina Mason revisó los registros diarios y encontró un incidente fechado días antes, la fecha de su partida a Miami. El texto del informe tenía un cuarto de página. El nombre de la calle estaba mal pero todo lo demás concordaba: tiroteo, explosiones, incendio; luego la respuesta de los golpistas a la investigación de la OEA. De la casa se habían recobrado siete cadáveres carbonizados, todos sin identificar, todos enterrados por el Gobierno. Se había descrito el incidente como actividad de bandas «probablemente relacionadas con drogas». Mason se estremeció al leer la frase. En la misión se había convertido en un mal chiste la explicación que obtenían cada vez que un grupo de *inconnus* aparecía muerto.

Aun así, él tenía esperanzas. Hacía sus rondas diarias por las calles malolientes, entre viejas barricadas, patrullas del ejército y famélicos

chicos de la calle de mirada furiosa, y cada tarde escribía su informe y miraba las tormentas rodar por las montañas como la mano de Dios. Por fin un día iba conduciendo camino a su casa cuando lo sintió: la certeza tajante de que su glorioso amigo estaba muerto. Cayó sobre él tras semanas de silencio; el peso acumulado de los días le expulsó todo el aire del pecho, y cuando volvió a aspirar no quedaba ninguna esperanza. Falso, pequeño, raído: así parecía ahora, mientras la verdad lo inundaba como un trastorno; qué estúpido había sido al pensar que tenían alguna oportunidad. En la casa fue derecho a la sala, donde bajó el tambor vudú de su estante y se sentó en el piso. Lenta, cansadamente lo tumbó y buscó dentro. Allí estaba el dinero, todo ese poder latente llenando el hueco, esperando nacer, dormido. Acunó el sueño informe en sus manos y se preguntó a quién dárselo.

LOS BUENOS YA ESTÁN PILLADOS

Era más de medianoche cuando al fin el C-130 rodó humeando por la pista, con su vasto bramido ciclónico, como un atinado reflejo del ánimo de Melissa. Se desató una ovación detrás de la valla, donde se encontraban las familias tensas, los niños en pijama y maltrechas pantuflas de dibujo animado, las madres extenuadas en el calor tratando de mantener todo en orden a la vez, pelo, maquillaje, críos frenéticos. Llevaban horas cociéndose en el vapor del aparcamiento, mientras del área restringida no paraba de llegar el rumor, *Demora, Demora, Demora*, hasta que Melissa pensó que iba a romper la tela metálica a mordiscos. Hacía ocho meses que esa joven esposa no veía a su marido, y para ella cada minuto superado con gran esfuerzo había sido el equivalente a una guerra de trincheras en el propio hogar. Hasta habían hecho trampa y les habían endosado diez semanas extras, *un alto honor*, había dicho el capitán cuando habían retirado el resto del equipo en marzo, *deberíais estar orgullosas*. Orgullosas, seguro; orgullosa habría estado ella de clavar a la pared el culo escurridizo de Clinton, ¿pero qué podía hacer una? ESPOSA DE BOINA VERDE, decían las camisetas en el museo de las fuerzas armadas, EL TRABAJO MÁS DURO DEL MUNDO, y ella suponía que estaba orgullosa o lo estaría una vez lo tuviera a él de vuelta. Incluso dentro de la élite Dirk se había probado especial; su vertiginosa fluidez en francés y creole le habían valido prestar servicio extra en las Vacaciones Haitianas, ese embrollo de misión que el resto del mundo conocía como Operación Defender la Democracia.

Tesorito, había escrito en su última carta, *cuando vuelvas te voy a follar hasta dejarte en coma*. Melissa tenía veinticuatro, con quince meses de matrimonio era casi una recién casada, y la partida de él había sido como una amputación: durante meses había tenido el síndrome de miembro fantasma, hormigueo y punzadas en la piel donde debería haber estado su marido. Como habría concordado cualquier hombre que la hubiera desvestido mentalmente o de otro modo, en un cuerpo como el de ella el celibato era un desperdicio: alta, pechos como cojines, el trasero compacto de un muchacho y abdominales aptos para hacer botar una pelota de golf, un conjunto más bien menudo con una linda cara en forma de corazón y

abundantes ondas de pelo alazán. Ser también inteligente, sensible y socialmente equilibrada no le ahorraba unos ataques de pánico en serie, el miedo a que el sexo fuera un motor capaz de arrastrarla entera. Un mes antes, tomando unas copas con amigos, se había encontrado con que un hombre maduro, guapo, de mandíbula de cajón y camisa a punto de reventar bajo uno músculos arrebatadores le estaba poniendo a prueba el temple. Era un tal James, exparacaidista, ex operaciones especiales, ahora bajo contrato privado con el Departamento de Defensa; su mera proximidad, el choque casual de codos y piernas, le habían encendido un zumbido sensual invasor, tal efusión de hormonas que sintió que se ahogaba. Después había habido un almuerzo, llamadas amistosas al trabajo y un *happy hour* que había terminado con su culo contra el Corvette rojo cereza de él, que a la vez conquistaba suave, dulcemente su boca con la lengua.

El chillido de la alarma del coche la había arrancado del apuro. Había conducido hasta su casa llorando, maldiciendo a Dirk por haberse ido y preguntándose cómo se las habían arreglado tantas y tantas mujeres leales, sufridas, que a lo largo de los siglos habían esperado que acabaran cruzadas y guerras mundiales, por no hablar de viajes en balleneros, expediciones a la selva o los polos y marchas inútiles al lugar que fuese solo porque estaba allí. James siguió llamando. Melissa recurrió a las duchas frías y la masturbación hasta que un día el capitán llamó desde Bragg para decir que Dirk ya iba camino a casa hoy, ahora, hora de arribo estimada 22:00 h. No estuvo segura de creerlo hasta que lo vio bajar del avión, la camisa remangada a lo marine, la boina calada hacia un lado, la cabeza en alto con el porte de un alce. Como si hubiera muerto alguien, así de intenso era el momento, de pronto toda la magnitud de la tragedia se precipitaba a la inversa: con un sollozo dragándole los suaves tejidos profundos de la garganta, Melissa tuvo que apoyarse en la valla. Luego levantó la cabeza y empezó a aplaudir.

Vivían fuera de la base, en una modesta rulot simple, al fondo de un arenoso camino de tierra en medio del bosque de pinos y liquidámbares de las afueras de Fayetteville, o Fayette-*Nam*, como se la conocía cuando Melissa era chica, a sesenta kilómetros de la base por la interestatal hacia el sur. Gracias a la poderosa capacidad de gasto de sus bases militares, Fayetteville alardeaba de más bares de alterne y puticlubs que cualquier otra población de su tamaño en los Estados Unidos, y la primera ocupación de Melissa como recién casada había sido mudarse más allá de los mugrientos tentáculos periféricos de la ciudad. *¿No te da miedo vivir allá tan sola?*, le preguntaba la gente, por lo general otras mujeres: su madre y sus hermanas de

Lumberton, tías posmenopáusicas, amigas del instituto que se habían asentado con jóvenes del pueblo. *Hay muchas cosas peores que temer*, respondía ella, sin decir nada de su sentido del matrimonio como algo más amenazador que cualquier serpiente o perro salvaje que pudiera arrojarle el bosque. La amenaza de despertarse un día y encontrarse con un extraño muy familiar a su lado la sentía a veces en las mandíbulas rígidas de Dirk, en sus derrapes en el estilo bruto, monosilábico que en veinte años podían llevarla a apartarse de él. Más extraños aún, y quizá más graciosos, eran los ruidos que hacía dormido, *puum-puum-pacpuum, puum-puum-pacpuum*, como un chico disparando un arma imaginaria. ¿A quién le disparaba en ese campo subterráneo de sueños? Pero cuando por la mañana ella lo asediaba con la pregunta, él se reía, y ese era el Dirk en que confiaba Melissa, el bobo amable que podía cantar «La bandera de rayas y estrellas» en regüeldos perfectamente afinados y tenía un don para lamerla detrás de las orejas. Había que estar un poco loca por los Boinas Verdes, guerreros implacables capaces de matar con las manos de treinta y siete formas diferentes.

—Ahh —sonrió él cuando entró en la caravana, dejando al cruzar la puerta ocho meses de servicio de combate.

Melissa se alzó de puntillas para darle un beso en la mejilla.

—¿Qué tal un chupito?

Ya había preparado las provisiones sobre la mesita de café: sal y limas, vasitos, una botella de tequila. Combustible para la turbina de la pasión.

—Bueno —se rio él, sonrojándose como una pareja de baile de promoción—, yo en realidad me moría por una cerveza. Pero antes déjame ir al lavabo…

Fueron en direcciones opuestas, él al lavabo, ella a la cocina. La caravana canalizaba el sonido con tanta eficiencia que podían hablarse de una punta a la otra.

—¡Está todo genial! —exclamó él desde el cuarto de baño.

—Más me valía. —Ella abrió las cervezas y cortó una lima en cuartos mientras un plato de nachos crepitaba en el microondas—. He estado ocho meses sin hacer nada más que limpiar la casa.

—¡Agua caliente! —gritó él por el pasillo—. ¡Toallas limpias! ¡Jesús, jabón Dial! Parece que hubieran pasado seis años.

—Cuéntamelo a mí —dijo Melisa entre los dientes apretados. Clavó un trozo de lima en el borde de cada cerveza—. Tenemos que recuperar un poco.

De nuevo en la salita, sentados muslo con muslo en el sofá, ella lo dejó comer unos nachos y dar un par de tragos a la cerveza antes de montarse en su regazo con la falda arteramente subida hasta los

muslos.

—Bueno, ¿qué te parece estar en casa? —preguntó, la cara a quince centímetros de la de él.

—Me parece bastante bien.

Ella se echó atrás y le lanzó una buena mirada. Tenía la piel de un castaño rojo cobrizo y estaba más flaco: sus bordes blandos se habían consumido. Lo había conocido hacía tres años en el despacho de abogados donde ella trabajaba; Dirk había llevado a un colega que estaba procesado por conducir borracho, y mientras el amigo recibía asesoramiento a puerta cerrada, él se había sentado en la recepción y charlado con Melissa. Hablaba con la lentitud cuidadosa de quien está masticando cactus; un cuerpo bruñido con un alma enternecedora, ojos marrón almíbar y pequeños nudos de músculo en los goznes de la mandíbula, pero era la sonrisa lo que le provocaba a Melissa una intensa y deliciosa ansiedad: la astucia de coyote, la petulancia como una droga fulminante. Ahora, a horcajadas sobre él, acariciándole el pelo corto y explorándole el rostro, decidió que lo veía casi igual; un poco abombado, quizá, y definitivamente más viejo, los ojos recién ajados por patas de gallo. ¿Tal vez Haití envejecía a la gente a ritmo de perro? Él solo tenía veintiocho años.

—Has perdido peso —dijo, masajeándole el pecho y las costillas. Lo sentía duro como una viga—. Vamos a tener que engordarte.

—No veo la hora.

Pasó a desabrocharle la camisa del uniforme soltando los botones con seguros toques de ganzúa. Asentó el trasero más abajo en el regazo; sintió cómo la barra se alzaba para encontrarla, la máxima expresión tensa en los pantalones; bastó con eso para arrancarle un gemido. La mente, fláccida, se le empezaba a vaciar; la conciencia se licuaba en pura sensación.

Dirk le cogió suavemente las muñecas y la apartó.

—Lissa, para. Tenemos que hablar, nena.

—Hablar es de arrugados —murmuró ella, arrastrando la voz como borracha. Volvió a ocuparse de él.

—No, escucha. En serio —dijo él, y esta vez la movió con firmeza. A ella le silbaban los oídos como mechas encendidas y se sentía aturdida y mareada por la pasión y la culpa. ¿Cómo sabía él? No podía saber. Entonces cómo sabía…

—Esta noche no podemos hacerlo —le dijo él. Uno de sus brazos le sostenía los hombros, comprensivo pero estéril, exudando una ternura fraternal que le ponía los pelos de punta—. Mañana vale, mañana podemos hacerlo todo el día, y francamente no hay nada que quiera hacer más. Pero esta noche no puedo. —Hizo una pausa—. No puedo hacer el amor los sábados.

A ella se le colapsaron los pulmones; no había aire, nada con que moldear una respuesta. Encontró una reserva en el borde mismo de la boca.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que digo es… Mira, es un poco complicado. Pero hay algo que quiero dejarte claro antes que nada. Sigo siendo tu esposo y te quiero más que a nada.

Ahora Melissa entró en pánico. Él nunca le había hablado así.

—Allá abajo sucedió algo. Algo maravilloso, en cierto sentido. Y no tienes por qué asustarte, eso te lo prometo. Tú solo ten paciencia. Explicar esto va a llevar un rato. Confía en mí, sencillamente, y todo va a salir bien.

—Dirk —gimió ella—, *¿qué está pasando?*

Al principio no entendió nada de la extraña historia que él le vertió encima sobre polvos venenosos, un sacerdote y su iniciación en una sociedad vudú; luego el confuso asunto de una ceremonia y alguien llamada Erzulie. Una persona, o quizá no del todo; ¿un espíritu? Melissa pensó que iba a vomitar.

—¿Quieres decirme que te casaste?

—Bueno, sí. Con una diosa. Allí no es tan raro.

Eso de la diosa Melissa no pudo procesarlo.

—Pero tú estás casado *conmigo.*

—Y eso sigue exactamente igual. —Le apretó la mano—. Sé que te costará entenderlo, pero confía en mí, no pasa nada. Seguimos casados, sigo amándote, sigo siendo Dirk, el mismo.

Lo miró: de hecho era el mismo, tanto que le partía el corazón.

—Si no cambió nada, ¿por qué no podemos tener sexo?

—Bueno, eso es solo los martes y los sábados. Son las noches que tengo que consagrarle a ella.

—*¿Consagrarle?*

—Estar con ella. Dormir con ella.

—¿Qué quiere decir dormir con ella? *¿Dormir* con ella?

—En cierto modo. Es complicado de explicar.

Sentía como si le hubieran seccionado una parte del cerebro, el lóbulo de la razón, de la lógica, del pensamiento basado en la realidad. Como todas las herramientas normales de la argumentación la abandonaban, pasó la mayor parte de las dos horas siguientes sentada en silencio mientras Dirk describía su viaje al vudú haitiano, que había empezado como parte de la misión dentro de una táctica estándar de las Fuerzas Especiales para ganar corazones y mentes: tomar contacto con la estructura de poder local y absorberla. En Haití esto suponía trabar amistad con el sacerdote vudú, que en el remoto pueblo costero donde tenía su base el equipo resultaba ser un tal

Moïse Dieuseul. El francés casi coherente de Dirk hacía de él el hombre clave del equipo para el enlace, y desde su primer encuentro Moïse mostró una afinidad especial por el joven americano.

—Me llamaba hijo —le contó Dirk—. Decía que Dios nos había reunido. Al principio pensé que solo estaba exprimiéndome, ¿entiendes? El tipo es un superviviente; se figuraba que estaba del lado ganador. Pero entre él y yo no paraban de pasar cosas raras y al cabo de un tiempo al fin me dije: vale, a lo mejor necesito pensar en esto.

¿Qué clase de cosas raras?

Sueños, coincidencias, premoniciones increíbles. Luego Moïse demostró su buena fe definitiva alertando a Dirk de un plan de los *macouteslocales* para envenenar al equipo de las Fuerzas Especiales íntegro, y después de eso Dirk ya estaba quedándose a sesiones de toda la noche, profundizando más y más en el vudú. Lo cual llevó a la iniciación, a la revelación, al matrimonio místico. Las historias se iban desdibujando en un puré irremisible cuando Melissa miró el reloj y vio que eran las cinco de la mañana.

—¿Estamos hablando de una mujer real?

—Es Erzulie, Lissa, una diosa, una *Iwa*. La diosa vudú del amor.

—Pero dijiste que había una mujer en traje de boda.

—Ya, sí. Es que Erzulie bajó y poseyó a una mujer del templo; en el vudú funciona así. Usó el cuerpo de esa mujer para la ceremonia.

Estremecida, Melissa avanzó.

—Vaya, ¿y después? Después de casarte. ¿Hubo…, digamos…, sexo?

—Pues… no. Sí y no. De veras que es difícil explicarlo. —Dirk hizo una pausa—. Es algo más bien espiritual.

Melissa balbució, puso los ojos en blanco: ¿le estaba dando la excusa más patética del mundo?

—Joder, Dirk, he estado ocho meses subiéndome por las paredes como una buena esposa militar y ahora vienes a decirme…, y ahora tú me dices…, uh… —Se encontró dando marcha atrás—. Allá abajo…, ¿te acostaste con otra? Quiero decir con un ser humano, con una persona viva, real. O cualquier otra cosa. *Lo que fuera.*

—Pero no, nena. No pasa así. —La volvió hacia él tomándole la cara entre las manos. Ella le buscó los ojos y encontró dos claros pozos de color ámbar; desde el fondo atisbaba su reflejo en miniatura—. Eso nunca —agregó él suavemente—. Tú eres la única. Para mí no hay otra más que tú en la Tierra.

La madrugada llenó las ventanas de una pálida luz lechosa. Fuera los pájaros rompieron a cantar, cientos de campanillas de notas dispersas e indiscriminadas como semillas. Cuando se alzó el sol Dirk

fue liberado de su promesa y en la primera mañana hicieron el amor, aunque no fue la película porno que Melissa había tenido en la cabeza durante meses. En cambio fue como si los arrastrara una corriente mansa, con Melissa llorando quedamente mientras Dirk se vertía detrás de una misteriosa sonrisa de complicidad.

Todo había empezado con unos sueños. Deliciosos, potentes sueños en que dos mujeres hermosas, una blanca y una negra, le hacían el amor. Dirk lo había achacado a la privación sexual de las misiones de campo, combinada con las fantasías de *Penthouse* de cualquier buen americano. Luego habían destinado su equipo a operaciones de estabilización en Bainet y Dirk había empezado a hacer las rondas entre los supervivientes de la élite del poder: el Hitler encapsulado en *député*, el cura católico afeminado y, finalmente, M'sieur Dieuseul, el renombrado sacerdote vudú local. Moïse recibió al joven sargento como si fuera el general Schwarzkopf en persona: lo invitó a la sombra del techo de juncos de su templo, donde, cafés de por medio, discutieron la *situation*, el cocido de la política internacional y las intrigas subterráneas que cada día parecían más inmanejables. Aquello era diplomacia básica, táctica rutinaria de corazones y mentes. Dirk ya estaba empezando a cortar su francés con un argot creole más terreno, y mientras hablaban echaba ojeadas a los dioses vudú pintados en las paredes, los *Iwa* astados, con cola de pez, vagamente humanoides como criaturas de un doctor Seuss drogado, y luego a las serpientes enroscadas al poste central del templo como ristras de ADN orladas de neón. El vudú ya se había vuelto una broma común en el equipo: *vudú, vudú, vudú*, era el tópico precocido para todo lo extraño y maravilloso en aquel fantástico mundo nuevo. Luego, de repente Moïse sonreía, le daba a Dirk una palmadita amistosa en la rodilla y le decía:

—A Erzulie la amadora le gustas.

Y procedía a describir el dúo que tan vistosamente se desenfrenaba en los sueños de Dirk: la belleza negra era Erzulie Dantor; la blanca, Erzulie Freda; encarnaciones gemelas de la diosa de amor. Una semana más tarde, patrullando las colinas, el equipo se detuvo en un poblado donde una anciana afirmó que veía a las Erzulies flotando alrededor de Dirk. Esa mujer… ¿No le faltaba un par de tuercas? Esa abuelita enrollada, pitufa con muescas en las orejas y un demencial surtido africano alrededor del cuello —amuletos, botellas selladas, bolsitas de arpillera—, lanzaba por el aerosol de la boca chillidos en creole proclamando lo *bueno* que era aquello para Dirk, ¡dos Erzulies! Como diciendo que con una cabeza tan bien equilibrada era un privilegiado. La novedad recorrió el mercado como una mecha desatando un súbito incendio de risas, *¡blan sa-a se moun voodoo li ye!*

¡El blanquito es vudú!

—¿Y entonces cómo son? —preguntó Melissa—. Esos sueños, digo.

—A veces muy calientes. Sueños húmedos, para ser claro.

—Dirk, *serás bruto.*

—Es como es, cariño, sexo desaforado. Lleno de esa verdad que quema, igual que entre tú y yo.

—Pse, vale. Muy bonito.

—¿No nos decíamos la verdad anoche? —dijo él, gallito como el día que lo había conocido, lo cual no significaba que no hubiera vuelto cambiado, más atento, más agradecido, con un nuevo don para la paciencia y el impulso macho al dominio mermado. Desde el principio ella había sido la que más se esforzaba, la que sacrificaba su orgullo a los humores y caprichos de él y se aliviaba con lágrimas de furia en el cuarto de baño, pero ocho meses de vida con los miserables de la tierra le habían devuelto un Dirk más amable que apreciaba el buen amor que tenía en casa. Sin embargo esos sueños preocupaban a Melissa; la sensación de fuerzas, vectores de conciencia y control que no llegaba a ver y no comprendía. ¿O sea que te pueden leer el pensamiento?, se preguntó. ¿Se te pueden meter en la cabeza?

—De todos modos —añadió Dirk—, probablemente también empiece a aparecer en tus sueños.

Melissa se erizó.

—No lo creo.

—Tal vez no, pero suele funcionar así. Ya estamos todos conectados.

¿Y James? ¿Estaba conectado él también? Cada pocos días la llamaba al trabajo.

—Aquí ando —decía—. Solo para vigilar cómo está mi chica. Porque tú eres una damita muy especial —le decía—. Quiero que seamos amigos siempre.

—Claro, James, podemos ser amigos.

—Pues si no te está tratando bien, me lo cuentas. Yo sé lo duro que puede ser el regreso de un soldado a casa, y si hay algo…, en fin, quiero que sepas que aquí me tienes.

—Lo aprecio mucho. Pero mi marido me está tratando muy bien, gracias.

—Si alguna vez necesitas hablar podemos encontrarnos a comer, o quizá a beber una copa, si quieres…

¿No se suponía que ir a la guerra los chalaba? Y sin embargo la que rumiaba y se contenía era ella, no exactamente fingiendo, pero luchando por preservar, tapando con una alegre sonrisa la olla a presión que tenía dentro. En la habitación de más Dirk montó un altar con un viejo armario de caoba.

—Para que cuando vengan visitas puedas cerrarlo —explicó—. No quiero que sientas vergüenza.

Dentro amontonó toda clase de trastos, un mercadillo de garaje en miniatura tambaleándose en los estantes: baratijas, perfumes, un juego de peine y cepillo de plata, caramelos, botellitas de champán y licor, una estatuilla de yeso de la Virgen María. Detrás de las puertas pegó estampas baratas de la Virgen, de hecho de dos vírgenes diferentes, una negra con cicatrices en la mejilla, la otra con una espada enjoyada atravesándole el corazón. Los martes y los sábados al ponerse el sol encendía velas en el altar, quemaba unas varillas de incienso y pasaba casetes de tambor vudú en la grabadora que había dejado allí, hasta que el *afrobeat* pendenciero traspasaba las paredes como la migraña más fuerte del mundo. Ovillados juntos en el sofá veían la tele y, cuando Leno o Letterman empezaban a alargarse, Dirk la besaba en la mejilla, le daba las buenas noches y con paso acolchado se iba por el pasillo a la habitación libre.

A mí, pues, apúntenme para *Oprah*, pensaba Melissa; en mi vida, la otra es una diosa vudú. La sensación de una tercera presencia crecía en ella como una culpa, como si le rondara todo lo malo que había hecho en su vida. Vudú en su propia casa. Era suficientemente baptista no practicante para saber qué dirían ellos: *¡DESHAZTE de ese demonio! ¡Vade retro, SATANÁS! ¡La ENTREGA es la llave de la sal-vación!* Allí, en la hebilla del Cinturón Bíblico, una tenía a mano mensajes religiosos de todos los estilos, desde el canturreo melifluo hasta el rezongo rústico o la estampida sónica de llamada y respuesta. Quien fuese susceptible podía encontrarse fácilmente bajo un bombardeo de señales, y ahora Melissa lo era, por primera vez, por mucho que el hecho religioso le pareciera extraño. Dios estaba allá lejos en algún lugar, creía, y fuera de eso todo lo demás estaba al alcance; pero a medida que, durante las primeras semanas, Dirk contaba sus historias, ella empezó a entender cómo una descarga eléctrica al sistema podía asestar una rara patada religiosa. Aunque, en realidad, ¿había alguna que no fuera rara? *Te golpea en la cara*: así resumía él Haití, un lugar donde todo pasaba junto, comida, sudor, mierda, gracia, dios, sexo y muerte, lo crudo y lo cocido de la vida embistiendo sin ningún barniz moderno.

—Un día montamos un puesto de control en la carretera —le contó — para registrar todos los coches y furgonetas en busca de armas. Entonces viene dando tumbos un camión grande de plataforma y apilada en la caja lleva una montaña de cabezas de vaca, cientos y cientos de cabezas de vaca sanguinolentas. Así que no bien se aleja nosotros ya estamos riéndonos y gritando: «Oye, ¿tú has visto eso?», «Mierda, ¿te lo puedes creer?». Porque, una vez que había pasado, dudabas de haberlo visto de veras.

Ella comprendió, más o menos, lo fluida y libre que se puede volver la mente cuando la vida cobra una calidad de alucinación. ¿Cómo puede eso mandar al infierno todas las estrategias de defensa? Dirk meditaba todos los días en medio de la salita de estar, algo que al principio Melissa tomó como una broma: los boinas verdes, esos *comeserpientes*, no meditaban, como no meditaba nadie que ella conociera, salvo la gente de Chapel Hill. Él se explicaba a sí mismo diciendo «Hay que ser realista»; mientras, Melissa tomaba cautelosa nota de sus sueños y veía su vida llenarse de fastidiosos signos y portentos. EL FRUTO PROHIBIDO CREA PROBLEMAS, decía el mensaje de la semana en el cartel callejero de la iglesia Bautista del Calvario, por donde Melissa pasaba cada día al ir y volver del trabajo. Unos kilómetros después, el de la Metodista Libre inquiría: ETERNIDAD: ¿FUMAR O NO FUMAR? Cavilando sobre Satán, llevando adelante su vida con aparente normalidad, ella no sentía tanto miedo como una suerte de desorientación tensa, quizá miedo diluido en la dispersión. Luego, un martes por la noche, acurrucados en el sofá, estaban viendo una reposición de M.A.S.H. mientras, insondablemente, una extática música vudú atravesaba las paredes. Empezó como una broma, una coquetería: la mano de Melissa subiendo como un cangrejo por el muslo de su marido, subrepticia, cada vez más arriba, hasta llegar a la entrepierna. Dirk sonrió sin desviar la mirada de la tele y delicadamente le apartó la mano.

Treinta segundos después ella avanzaba de nuevo.

—Melissa.

—¿Qué? —arrulló ella, toda inocencia buscona.

—Esta noche no puedes juguetear.

—Si no estoy haciendo nada —protestó ella blandamente, pero dejó escapar una risita tonta y cuando se volvió a apretujar junto a él, lo encontró tieso.

—¡Melissa! —La voz alarmada encendió en ella algo feroz. Estaba inerme, podía follárselo cuando quisiera—. Melissa, déjame en paz.

—¡Pero si no hago nada!

—Sí que haces. Y yo te estoy pidiendo que pares, por favor.

Entonces se montó en él con rabia, se alzó sobre las rodillas para desabrocharle el cinturón y se aferró a él mientras retrocedía por el sofá. Cuando lo tuvo contra los cojines ya reían, los dos con el resuello estallando en jadeos.

—Basta, Lissa.

—¡Venga, dame un poco de esto! —Le había aflojado el cinturón lo suficiente para menearlo como con un lazo.

—Melissa, para. No podemos hacerlo.

—¡Ríndete! —gritó ella.

—Vamos, Melissa, para —dijo él. La voz sonaba espesa, perdía convicción; ¿qué hombre no soñaba con ser violado así? Ella le había abierto el pantalón y empezaba a zambullirse cuando él se sacudió y agarrándole las manos la levantó sin más.

—Melissa —dijo con firmeza, sin crueldad—. Ya basta.

—Esta noche no vas a dormir allí dentro. —Le sorprendió su tono de harpía, el veneno que le manaba. ¿Podría tragárselo?

—Pero tengo que dormir allí.

—¡Chorradas! —Melissa quiso empujarlo y sintió la fuerza de las manos de él. De haber querido, habría podido quebrarle las muñecas como palillos.

—Hice una promesa…

—¿Ah, sí? Creo recordar que a mí me hiciste algunas.

—Cierto. Y no lo estoy olvidando.

—Pues a mí me parece que sí, te lo aseguro.

Lo que siguió fue la peor discusión de su vida matrimonial; en todo caso la peor para Melissa, que no pudo arrancar de él una aceptable palabra de furia. Era como tratar de limpiar a puñetazos una habitación llena de sombras, y su frustración culminó con un plácido beso de Dirk y el anuncio de que se iba a la cama.

—¡No vas a dormir con ella! —Se lanzó tras él—. ¡Te digo que no! —chilló mientras él doblaba por el pasillo—. ¡Joder, Dirk! —Un grito final antes de que la capturara la futilidad, la conciencia de lo absolutamente despistada que había que estar para creer que una controlaba algo de su vida. Fue a la cocina, estuvo un rato aporreando cacharros y sartenes y al fin se acostó con una depresión espantosa. Después de apagar la luz se masturbó, restregándose en un gesto desapasionado que como acto de venganza fue un fracaso total. Luego se quedó tendida, los ojos secos y completamente quieta, preguntándose si podría aguantarlo.

Cinco años antes, al final de la entrevista de trabajo, el señor Bryan había sentado a Melissa en su despacho de la esquina para darle lo que ella siempre describiría como «la charla».

—Aquí hacemos una faena asquerosa —dijo su futuro jefe, un hombre bajito, alegremente cáustico, con ojeras como bolsos de Gucci y una nube de pelo negro brea a lo Little Richard—. Tenemos violadores, asesinos, camellos, pedófilos; por esa puerta entra cuanto crápula se te pueda ocurrir, y nuestra tarea, *nuestro jurado deber constitucional*, es conseguir que no encierren a estos cerdos. ¿Crees que puedes lidiar con algo así?

Melissa aún no tenía diecinueve. Por primera vez vivía lejos de casa y habría cavado zanjas con tal de no volver.

—Sí, señor —dijo—. Creo que puedo.

Quizá Fayetteville no fuera la gran ciudad, pero ofrecía todas las emociones que una chica de pueblo podía desear. Durante los primeros años en el trabajo lidió con un exhibicionista, la amenazaron con una navaja, vio una pelea entre bandas en la recepción y llamó a los servicios sociales por una prostituta que había abofeteado a su pequeño tres veces en otros tantos minutos. En materia de educación no habría podido pedir más, y parte de esa educación, quizá la principal, había sido la extenuante ronda de sexo con cualquiera por aquel entonces. En su momento había pensado que la forma de vivir más auténtica era abriendo un túnel hasta lo más salvaje de sus entrañas, aunque lo que encontraba allí solía perturbarla. Se preguntaba si otras mujeres sentirían lo mismo. Sospechaba que tenía dentro cosas inexpresables, un agujero negro de lujuria que podía sorberle el pasado hasta un punto de no retorno, y asumía su parte expandiendo los límites; había cantidad de hombres más que felices de explotar su temperamento sexual. Por suerte Dirk había aparecido justo cuando ella se encontraba en la cúspide de un cinismo prematuro.

—Y bien, ¿cómo es el programa hoy? —preguntó el señor Bryan esa mañana. Tenía los ojos hinchados y la corbata suelta colgando del cuello.

—A las diez tiene la audiencia de estado mental, el tío que mató al perro de su ex —dijo ella a través de la puerta del despacho—. Luego, a las once y media, debe estar con el juez Hershoff, por su moción para retirar como prueba el kilo de James Fenner. Bien, ahora llamadas telefónicas. —Cambió el bloc por otro—. La señorita Blinn, nuestra estríper, ya sabe, ¿no?, llamó y dijo que se le rompió un manguito del coche; traerá el dinero en cuanto pueda, pero no va a ser hoy. La madre de Artis McClellan llamó para decir que el dispositivo de seguimiento en el tobillo de su hijo ha vuelto a causarle infecciones. Luego Roland Nash; me dijo que le dijera que D'Shawn Weems es un embustero de…, bueno, pues eso…, y que si usted le cuenta a la bofia lo que le ha estado contándole lo va a moler a palos y ponerle la cabeza bajo una cómoda.

Por la puerta del jefe salió un suspiro como polvo arrastrado por la corriente.

En las dos horas siguientes Melissa respondió el teléfono, tecleó cartas y peticiones, hizo malabarismos con las entradas y siguió los rastros de testigos movedizos. Si no manejó ella sola el sistema de justicia criminal, al menos impidió que su sección se atascara del todo, y esto pese a que esa mañana se sintiera ligeramente homicida. Sus emociones patinaban en una capa de hielo, eran un enorme tráiler cargado de ira y angustia zigzagueando entre el tráfico de una mañana

normal. Había salido a trabajar con Dirk todavía durmiendo, así que técnicamente la discusión seguía en marcha. ¡Tiempo muerto!, se dijo cuando llamó James, con una sensación parecida al alivio. Estuvieron charloteando un rato. Él la llamó «ángel». Tenía la voz suave y dulce como ron caliente con mantequilla.

—¿Qué tal si hoy vamos a comer algo juntos?

Ella vaciló.

—Venga, chica, es solo un almuerzo. Quiero llevarte a un sitio especial.

Melissa suspiró. Más que nada, la propuesta la ponía triste.

—No creo que pueda.

—¡No crees que puedas! —exclamó él, todavía alegre, todavía locuaz, aunque ella sintió que empezaba a enfadarse—. Tendrás que comer, ¿no?

—Sí, James, pero… —Bajó la voz—. Creo que deberíamos dejar de vernos.

—Melissa.

Ella tragó saliva.

—Es preciso que hablemos. Por eso te estoy pidiendo vernos. Tenemos que hablar de esa noche, lo que pasó al salir del bar…

—Sé lo que hicimos.

—Lo que yo siento por ti no es un capricho. Creo que entre nosotros hay algo muy especial.

—Vamos, James, lo que hubo fue una sesión de magreo en un párking.

—Tú sabes que fue más que eso. Sabes bien hacia dónde iba. Si no se hubiese disparado la alarma del coche…

—Pero se disparó. La vida es así. Y mi marido ha vuelto y ahora estoy en otro lugar.

Él respiró hondo.

—Vale. Vale. Pero yo he oído cosas de ti. Conozco gente que iba de juerga contigo. Me contaron lo salvajita que eras.

A ella le ardieron los ojos. *Joderjoderjoder…*

—… ahora puede que hagas de mujercita buena, pero yo sé qué cacho de zorra eres, putita chupapollas…

Ella colgó el teléfono y se apartó del escritorio de una patada. No, NO iba a llorar, pero con ese macho malnacido persiguiéndola y dos diosas sexomaníacas asediando a su marido, tal vez podía permitírselo; aunque a lo mejor estaba recibiendo su merecido, un mal que había derramado sobre Dirk y sobre ella misma a la vez. Como si hubiera segregado algo oscuro y ávido. *¡DESHAZTE de ese pecado!*, había aullado la radio por la mañana. ATENCIÓN, se leía en el cartel de la Bautista del Calvario, SOLEARSE EN EL HIJO PUEDE PREVENIR

QUEMADURAS. Veinte mil soldados de Estados Unidos habían invadido Haití y esa criatura, ese súcubo, había señalado a Dirk como el elegido. Había alguien a quien Melissa sabía que podía recurrir, alguien que todo el tiempo había tenido en mente, pero era de la familia, algo que, habitualmente, lo empeoraba todo. Durante casi toda la mañana se las arregló para demorarse, pero al fin plantó el listín telefónico sobre su escritorio. Al marcar el número consideró lo preocupante que era el hecho de que en las páginas amarillas PARAPSICÓLOGOS estuviera cerca de PSICÓLOGOS.

—¿Sí? —Su prima Rhee respondió al primer timbrazo. Melissa empezó a explicarle quién era: la hija menor de Margaret Pool y, por lo tanto, su prima segunda, sobrina segunda de…—. Sé quién eres —la interrumpió Rhee. Estaba tan poco desconcertada como si hablaran dos veces al día.

Ella le preguntó si podrían encontrarse. Para conversar sobre una…, eh…, cuestión personal.

—¿Qué te parece para comer? —sugirió Rhee.

—Claro, ¿por qué no?

Melissa se resistió a pensar que su prima había estado esperando la llamada. Quedaron en un restaurante y Melissa le preguntó cómo la reconocería. Llevaba años sin ver a su prima, mayor que ella, y a lo sumo tenía un recuerdo borroso.

—Uh —rio ella—. Descuida. Estoy bastante segura de que vas a reconocerme.

Tenía el pelo…, ¿cómo decirlo? Si no anaranjado, algo así, un color parecido al de una fogata. La prima de Melissa resultó ser una mujer baja y robusta de cincuenta y pocos, con una cara blanduzca pero agradable, tersas mejillas rosadas y ojos de un azul Wedgwood felices, directos y sagaces. A sugerencia de Rhee se encontraron en el restaurante India Palace, cerca de Bragg. Melissa nunca había probado la comida india, pero la penumbra del lugar parecía adecuadamente exótica. La sinuosa música de sitar del hilo musical la hizo pensar en gatos en celo.

—Ay, *cielo* —exclamó Rhee estrujando a Melissas en un abrazo portentoso—. *Qué alegría* verte. ¡Y mírate! Dios mío, qué preciosura de mujer te has hecho. —Oyendo la voz extrañamente familiar y vertiginosa de su prima, Melissa acusó enseguida la resaca de las relaciones familiares. Tenía un cariño enorme por su familia, pero al cabo de un par de horas en Lumberton siempre se sentía asfixiada por los lazos con los seres queridos, esa energía de muelle enroscado, comprimida en sí misma como una pelota de goma elástica.

Mientras seguía a su prima por la fila del bufet, Melissa consideró

su historia: la vida de conformidad ejemplar que había llevado hasta que la caída de la lámpara de la cocina la había dejado fría de un golpe. Después de aquello había empezado a actuar de forma rara, entendiéndose por «rara», hasta donde había colegido Melissa, hacer ejercicio, contestarle mal al marido y aprender a tocar la batería, así como mencionarles tranquilamente a algunos familiares que desde hacía un tiempo podía canalizar señales del otro lado. Al fin había dejado al marido y se había mudado a Fayetteville, donde para horror de los suyos había abierto una consulta como vidente. Una de las más exitosas, según todo el mundo: se comentaba que estaba muy solicitada por los detectives privados y las familias desesperadas, y que sus servicios no eran desconocidos para diversos cuerpos de seguridad.

De puros nervios Melissa se llenó el plato, mientras que Rhee no tomó más que pita y arroz. En la cola hablaron de los parientes de su pueblo; Melissa se sintió volver al sopor mascullante, que indefectiblemente parecía inspirarle la familia, pero una vez que se instalaron en un reservado y desenvolvieron los cubiertos, Rhee dijo:

—Así que te marchaste. Te felicito. —Melissa se enderezó; como si le hubieran clavado una aguja en la columna—. Y siendo todavía joven —siguió Rhee, regocijada—. Fíjate lo lista que eres. Yo necesité cuarenta años y un trancazo en la cabeza para entender que Lumberton me iba a matar. El genio es sabiduría más juventud; ¿tú sabes quién lo dijo? Yo tampoco, pero estoy segura de que no fue un genio. Me soplé media vida haciendo lo que todo el mundo esperaba de mí. Tenemos que vivir vidas propias y eso es lo que tú estás haciendo. ¡No sabes cuánto me enorgulleces! Y ahora cuéntame de ti.

Melissa le hizo un resumen ampliado —casa, matrimonio, trabajo — mientras Rhee comía su arroz a refinados bocaditos de *garden club*, un sello de estilo de su vida anterior. Melissa se oyó describir a Dirk como «un chico maravilloso»; el tema hijos lo despachó aludiendo a la etapa de estar pensándolo. Era consciente de que Rhee estaba escuchando con un nivel de atención que la gratificaba y al mismo tiempo era inquietante. Parecía absorber todo, pero por debajo de esa cara radiante, regordeta, una no tenía idea de qué pensaba esa mujer.

—Da la impresión de que te las arreglaste de maravilla —observó cuando a Melissa se le agotó el relato.

—He tenido suerte.

—Sí que la has tenido. —Rhee sonrió torciendo el gesto, como si hubiera surgido el nombre de un viejo novio—. Y confío en que seas *feliz*, Melissa, porque lo que quiero para ti es eso.

—Pues… —Melissa rio débilmente—, ¿digamos que en general? — Rhee estaba allí, simpática, paciente como un vendedor esperando dinero; después de varios momentos Melissa comprendió que su prima

no iba a romper el silencio y que la única alternativa era soltarlo.

—Sabes —dijo la mujer madura después de escuchar sobre Erzulie y Dirk—, esto nunca deja de asombrarme.

—¿No?

—Y sin embargo pasa todo el tiempo. Esta costumbre extraña y fabulosa del mundo de traer juntas una cosa y la totalmente opuesta. Piénsalo, Melissa: tu marido, un hombre blanco, un blanco *sureño* y soldado del país más poderoso del mundo, se conecta con un espíritu que es *una mujer negra de Haití*. La diosa del amor frente a la guerra. Y no es una simple aventura; *se casaron*. Dime, ¿puede haber algo más fuerte? —Los ojos de Rhee lanzaron una pasmosa salva de lágrimas; como abrumada o súbitamente soñolienta se desplomó contra el alto respaldo del reservado, con las facciones achatadas en una máscara lunar que tuvo en Melissa un raro efecto cautivante. Al cabo de un momento afloró sacudiendo la cabeza.

—Bien. ¿Y tú cómo te lo tomas?

—Pues…, creo que empiezo a volverme loca.

Rhee asintió como si fuera la respuesta más cuerda que cabía imaginar.

—¿Cómo te ha tratado Dirk desde que volvió?

De pronto abatida, Melissa paseó la mirada por el restaurante.

—Mejor que nunca —dijo, aclarándose la garganta con un sollozo.

—Pero tú te resistes.

—Supongo que sí.

—¿Por qué te resistes?

Había una precisión en la voz de Rhee, un tono de vigoroso amor propio, que obligó a Melissa a enfocar los pensamientos. Tal vez a decidir qué era real en su vida.

—Es que hubo un hombre. Cuando Dirk no estaba —le contó a su prima sobre James.

—¿Entonces te gusta?

—Ya no. En realidad nunca.

—Pero te sentiste atraída. Sexualmente.

—Pues… sí. Supongo que me atrajo.

—¿Te parece raro eso?

—Creo que está mal.

—¿Pero tú pensabas que ibas a pasarte toda la vida de casada sin querer acostarte con otro?

—No lo sé. Me imagino que nunca me paré a pensarlo.

Rhee la estudió.

—¿Se lo has contado a Dirk?

—No, no. Cielos, no. Nunca. —Melissa hizo una pausa—. ¿Crees

que debería?

Rhee se encogió de hombros.

—Dirk no tiene una aventura terrenal, tú lo sabes. No es que esté saliendo con otra.

—No.

—Y no se diría que trate de esconder nada.

—Dios mío, no. Quiere que lo sepa todo. Solo que… —Se concentró—. Me asusta —continuó, preguntándose si el miedo era el precio de que algo se hiciera real—. No sé con qué me enfrento, qué ha traído a casa, si se ha metido en un rollo maligno, satánico. ¿Me entiendes?

Todos los rasgos de la cara de Rhee adoptaron una neutralidad pensativa salvo la sonrisa, que no revelaba nada.

—Pues basándome en lo que me has contado, esa Erzulie suena como un montón de cosas diferentes. Una especie de furcia, una voluptuosa que también es una santa, algo así como una Virgen Madre despampanante… Dios mío, no me extraña que esté colado por ella. ¿Pero es mala? —Rhee dio la impresión de replegarse en sí misma—. Quizá necesite un par de días para pensarlo. Mientras tanto —había captado el gesto de pánico de Melissa— quiero que te lo tomes con calma. Sé amable con Dirk y déjalo ser amable contigo. Apuesto a que lo está pasando mal; piensa en lo que será volver a casa de un lugar como ese. Haz todo lo posible por verlo así.

—Vale. Pero ¿y James?

—¿Qué pasa con James?

—¿Qué hago si sigue atacando?

—Caray, Melissa, muy fácil. Llamas a la policía.

¿Había un vudú plantado delante de sus narices, una versión norcarolina de fritura francesa que todo el tiempo había pasado por alto? Parecía posible durante los viajes diarios al trabajo, cuando mirando los cultivos ordenados pasaba con su coche hacia el absorto muro de árboles lejano, ese velo barbado de verde luminoso que sustituía las menos penetrables selvas de su pensamiento. Si había vudú en Haití, ¿por qué no allí? Pinchándolo un poco, consiguió que Dirk le describiera las ceremonias, que daban una impresión de caos pero también de felicidad, como nadar en un oleaje encrespado. Melissa intentó imaginarse a su muy caucásico esposo bailando entre un par de cientos de haitianos.

—¿No te sentías raro en medio de todo eso, sin otro blanco que tú?

—Me sentía bien —dijo él—. Como en casa.

¿Entonces cuál era allí el mal? El mal era el minicampo de exterminio que él y sus compañeros habían hallado detrás de las

barracas del ejército haitiano, los veinte cadáveres que habían desenterrado con las herramientas de trinchera. El mal era La Normandie, el club social de los *macoutes* en Puerto Príncipe con fotos de asesinados pegadas en las paredes. El mal era la fantasmal omnipresencia de la muerte, los cementerios repletos de pequeñas tumbas de niños. Una noche, en la cama después de hacer el amor, Melissa sostuvo la mano de Dirk y escuchó las historias hasta que él derivó hacia los ejercicios de tiro. *Puum-puum-pacpuum*. Su permiso había terminado hacía una semana y ya se presentaba en Bragg a las ocho y estaba hasta las cinco entrenándose para la próxima gran tarea. Colombia, Bosnia, Oriente Próximo, o quizá Haití Segunda Parte: los rumores mutaban cada dos días. Y cuando partiera, ¿qué? Era eso lo que le daba miedo. En el trabajo siguió manteniendo llamadas en espera, mientras que el sábado y otra vez el martes aceptó de Dirk el beso de buenas noches y lo envió a dormir con su diosa. ¿Cómo vivía la gente normal? Trataba de acordarse. Entretanto esperaba la llamada de Rhee, como quien espera los resultados de un análisis clínico, sin darse cuenta de cuánto le demandaba. Cuando el miércoles Rhee telefoneó, Melissa sintió que la independencia que había cultivado todos esos años se derrumbaba en una parva de arrepentimiento. *Gracias a Dios que existe la familia.*

—Esto me está transmitiendo unas vibraciones raras —le dijo su prima—. Y pienso que nos ayudaría mucho que pudiera pasar un rato en tu casa. Realmente me gustaría echarle un vistazo a ese altar.

Quedaron para el día siguiente. Rhee encontraría a Melissa en la oficina e irían juntas en coche hasta la rulot, donde picarían algo.

Un simple almuerzo de amigas: esa sería la tónica. Colgaron y Melissa decidió que no estaba loca. Más bien parecía como si hubiera enloquecido la realidad y ella atravesase el torbellino montada en su trocito de cordura.

El jueves llegó caluroso y letárgico, con el cielo sucio de unas nubes del color de la grasa de tocino congelada. El aire estaba cargado de densidad malárica; había habido un raro brote cerca de Myrtle Beach, una prueba más del calentamiento global, y camino a la rulot Melissa había puesto el aire acondicionado del coche tan fuerte que los mechones sueltos se le arremolinaban como pequeños tornados. Tocaron el tema del novio de Rhee, un sargento retirado de la Fuerza Delta que cultivaba rosas de competición.

—Suena guay —dijo Melissa, mientras por las ventanillas pasaban tabacales fugaces como naipes barajados.

—Somos auténticamente felices —dijo Rhee— con las cosas tal como están. Nos tenemos el uno al otro y cada uno tiene su espacio y así está muy bien. A ninguno de los dos le interesa vivir en pareja.

—He oído que los de la Fuerza Delta son tipos duros.

—No lo dudes —respondió Rhee con brusquedad. Miró serpentear las colinas arenosas, las chaparras matas de brezo y los pinares de eliotis—. Aunque los hombres son raros. Todavía no he conocido a ninguno que no necesite que le hagas de madre, al menos un poco. Y me parece que la gente subestima ese lado del sexo, el lado maternal de lo que pasa en la cama. Está lo salvaje y está la carencia, pero de la necesidad no habla nadie. Para no sentirnos tan vulnerables, supongo.

—El sexo es un pantano —dijo Melissa a modo de acuerdo. Dobló por el camino asfaltado hacia el sendero de granola pisada que llevaba a la rulot mientras el bosque se cerraba en torno a ellas como una bruma verde. Álamos y pinos calaban el poroso dosel bajo, el ramaje de cornejo y encina; Melissa creía que los bosques espesos guardaban algo vigilante, una presencia alerta si no del todo sensible como una manzana de casas vacías. Al fondo del túnel de árboles divisaron el claro, la inundación de luz en el espacio abierto como el brillo de un alhajero.

—Qué precioso —dijo Rhee cuando iban saliendo. La rulot era una apaisada caja de aluminio con endebles postigos negros, pero Melissa se las había ingeniado para adornar el paquete con azaleas y parterres plantados a lo largo como pilas de almohadones. Dentro llevó a su prima hasta la habitación libre y al abrir la puerta se puso tensa. Ese día el altar parecía más ramplón que de costumbre, irrazonable como una rocola estridente. Melissa se demoró frente a la entrada preguntándose qué debía hacer.

—Me imagino que querrás estar sola…

—¡Da igual! —respondió Rhee, eficiente.

Pero Melissa sentía una urgente necesidad de ser útil. Salió, cerró silenciosamente la puerta y fue a preparar la comida en la cocina, donde reflexionó sobre el valor terapéutico de mantenerse ocupada. ¿Lo cual tal vez explicaba, se le ocurrió mientras aliñaba la ensalada de pollo, que las mujeres de su familia fuesen cocineras tan deslumbrantes? Unos minutos después estaba poniendo la mesa cuando oyó un tambaleo apaciguado y un porrazo al otro lado del pasillo, como si un saco de patatas hubiera caído al suelo.

—¡Rhee!

En la guarida el falso reloj antiguo dio tres tics de hierro.

—Rhee, ¿estás bien? —Se apresuró por el pasillo y llamó a la puerta—. ¿Todo en orden, Rhee? —Abrió la puerta. Su prima estaba despatarrada en la alfombra, los ojos cerrados, la boca abierta al cielo, con una plenitud de drogata en la cara. En un segundo se arrodilló junto a ella para tomarle el pulso y ponerle una mano en la frente; el pulso era regular, la respiración profunda y constante como las

mareas. Cualquiera que fuese el caso, decidió, se trataba de un episodio psíquico, no médico, así que se sentó y, acomodando la cabeza de Rhee en su regazo, le limpió el hilo de baba que había corrido hasta la barbilla. Siguió una larga serie de no-momentos, un arrullo forzoso como el de esperar entre el tráfico a que pasara un tren. Allí estuvo Melissa acariciándole el pelo a su prima, escuchando a los pájaros, a las cigarras y su bisbiseo de minúsculas sierras mecánicas. La poseyó un majestuoso sentimiento de calma, una suspensión de las angustias grandes y pequeñas; de pronto ya no importaba tanto que las cosas fuesen tan raras. Un rato después dejó de sentir el suelo, como si flotara en una placenta esférica de ligereza, y luego se dio cuenta de que estaba pensando en Dirk, un pensamiento errante, no muy enfocado, envuelto en un aura de ternura. Amaba a su marido, tenía la certeza; en ese punto basal parecía estar afirmándose una revelación, pero Rhee pestañeó y abrió los ojos, primero azorados, luego trabándose en Melissa del revés.

—Ahhh —dijo, sonriendo con un largo suspiro.

—No te muevas.

—No, si no pasa nada. Estoy bien. La vi, Melissa, es hermosa, una hermosa hermana negra. —Con un gruñido Rhee se deslizó hasta sentarse, como un mecánico saliendo de debajo de un coche—. También vi a la blanca, pero estaba mucho más atrás; hoy, en primera línea, en el centro, estaba la hermana. Uau. —Se pasó una mano por el pelo—. *Qué fuerte.*

—¿Te encuentras bien?

—Sin duda. Solo tengo que recuperar la cabeza. Por cierto, me vendría de maravilla un poco de agua; y un par de ibuprofenos, si tienes. —Estaba apoyando las rodillas, decidida a ponerse en pie; Melissa la ayudó a ir hasta la cocina, donde aceptó sentarse a la mesa —. Una hermana guapísima —dijo—. Con la piel muy muy negra y una trenza preciosa hasta el trasero. Un cuerpo de infarto, Dios mío, era tremenda.

—Vaya —dijo Melissa, yendo del fregadero al armario.

—Quisquillosa —siguió Rhee—, una especie de diva, una auténtica abeja reina. Y *vieja*, ha estado aquí desde el comienzo. Una de los antiguos.

—Qué bien. —Melisa se alegró de tener cositas que hacer—. Y dime, ehm, ¿y habló?

Rhee lo pensó un momento.

—¡De hecho no! No que yo recuerde. Estuvimos un rato mirándonos. A veces es así.

—Pero a veces sí… Que hablan, quiero decir. —Melissa puso el ibuprofeno y el agua sobre la mesa y se sentó.

—En realidad no es que *hablen*. —Al tragar la píldora a Rhee se le ensancharon los ojos—. Es más como enviar mensajes. Pensamientos directos de ida y vuelta.

—Ya. —Melissa vio desaparecer la segunda píldora. Se armó de valor. Realmente no había manera de decir aquello con soltura—. ¿Crees que es mala?

—Caray, Melissa, ¿cómo voy a saberlo? Es un poder que ha entrado en tu vida, una fuerza, una fuente, una causa, llámala como quieras. Naturaleza y algo más, así lo veo yo. —Rhee resopló con un ruidito de goma—. Más allá de esto, tienes que trabajártelo tú misma. Yo puedo ayudarte hasta cierto punto, pero si lo que pasa es bueno o malo depende mucho de ti. No puede entenderlo nadie más que tú.

No sabía bien por qué, en cierto modo Melissa había estado esperando esas frases: una variación del tema en un tiempo familiar *a ver si creces.* Al parecer, llegar a adulta requería ser tu propia médium. Almorzaron, aunque Rhee estaba atontada y casi no tocó su plato. En el viaje de vuelta a la ciudad se quedó dormida. Cuando entraban en el aparcamiento del bufete de abogados Melissa la tocó para despertarla.

—¿Crees que podrás conducir?

—Estoy bien —dijo Rhee. Parecía un poco ida.

—¿Seguro?

—¡Sí, sí, ningún problema!

—Muy bien. —Melissa la miró buscar su cartera—. Gracias. No sé cómo agradecértelo.

—Ay, Lissa, lo poco que hice lo hice contenta. ¡Somos familia! Y además tú y yo somos colegas, los bichos raros del clan. Pero créeme, tarde o temprano todos golpean a mi puerta.

Melissa rio; sentía alivio, junto con una necesidad abrasadora de saber.

—*¿Quiénes?*

—¡La vida es mucho más interesante que lo que la gente piensa! —Rhee encontró la cartera y tiró de la puerta—. Te asombrarías. Cuídate, Lissa.

Cuando esa noche Melissa llegó a casa, en el contestador había un mensaje de Dirk: volvería tarde; un informe del Mando de Operaciones Especiales iba a retenerlo en la base. Se cambió de ropa y salió a correr. Luego empezó a preparar la cena mientras el sudor le dejaba en la piel un residuo viscoso como resina de árbol. Había anochecido lo suficiente para ver luciérnagas por la ventana cuando notó el silencio; por lo general, cuando cocinaba ponía música y cantaba, pero esa noche se había olvidado, un lapsus que provocó un

ataque de inseguridad. Detuvo la tarea y prestando atención miró los árboles del otro lado de la ventana. Al cabo de un minuto empezó a sentir miedo, miedo basado en una convicción casi religiosa de que en el bosque estaba James observándola. Abruptamente dio media vuelta y cruzó la cocina hasta la puerta; echó el pestillo y se quedó ahí escuchando, con la cabeza inclinada y la mano en el pasador. Después de un momento quitó el pestillo de nuevo.

Bueno, ¿y harías esto si realmente pensaras que está allí? ¿De verdad serías tan valiente?, se preguntó. Recorrió el pasillo espiando en cada habitación, y en el camino de vuelta, sin un propósito real en mente, entró en el cuarto libre. La luz bastaba apenas para distinguir el altar, la raída mescolanza de mercado de pulgas desparramada por los estantes, los baratos colores de comic de las estampas de la Virgen. Se acercó al altar y juntó las manos como había hecho Rhee. Las dos madonas le devolvieron la mirada con la insípida petulancia de las modelos.

Melissa permaneció allí un rato, a la espera. Tomó conciencia de su respiración, del corazón alzándose dentro del pecho. Varios dolores y comezones se afirmaron. Al fin pareció que era necesario hablar.

—Yo —dijo, temblando. En la estrechez del cuarto la palabra estalló como un disparo. Yo ¿qué? ¿Te reconozco? Pero aquello sonaba cursi, falso. Tomó aire y volvió a probar—. Quizá pueda vivir contigo —dijo, preguntándose si finalmente había perdido la ocasión —. Pero quiero que sepas que Dirk es *mío*. Yo lo conocí primero, me casé con él, ya está ocupado. Y si te piensas que voy a cederlo… — Sintió un hormigueo, un escalofrío en la columna como una serie de alfilerazos. ¿Tendría algún significado?— … Bien, te llevarás un chasco.

Una suerte de espasmo, una sacudida de exasperación casi la hizo reír. ¿Qué estaba pasando? Se sentía grogui, floja de la cabeza, y con eso vino una oleada de afecto fraterno por esa *cosa*, la Erzulie esa que había vuelto el mundo del revés. Melissa empezó a ver la gracia que podía tener la situación, y hasta pareció que las madonas cobraban un aire alegre, que el chiste se expresaba en pequeñas arrugas alrededor de los ojos, bultos de sombras al borde de los labios. ¿Contra qué exactamente había estado peleando? Quiso responder que contra alguna fuerza interior, y por un rato se quedó asimilándolo con la certeza, aun así inexplicable, de haber llegado a algo. La claridad, tal vez. Una percepción de magnitudes equilibradas. Se sentía más vieja y entendió que acaso fuera positivo. Se cargó el sentimiento a la espalda y lo llevó a la cocina, y al encender el estéreo se preguntó si algo de eso quería decir que su vida había cambiado.

Cinco minutos después Dirk entró como un vendaval y pelvis al frente le dio un beso.

—Bueno, cariño —dijo—. Es Kuwait. —Melissa pegó un grito—. Eh, no está tan mal. Esa gente tiene tres millones de minas enterradas por ahí desde la guerra. Les vamos a enseñar a sacarlas.

Minas. Melissa aguantó el impulso de tirarse del pelo.

—¿Cuándo te vas?

—No antes de seis semanas. —La atrajo hacia él y deslizó la mano bajo los shorts—. ¿Crees que podrás soportarme tanto?

Más tarde esa noche Melissa tuvo ocasión de pensar en lo mucho que el sexo olía a ensalada mixta, esa con rábanos, hinojo, zanahoria rallada y quizá una cucharada de cebolleta. La idea le vino a la cabeza mientras, desnuda en la cama, hacía una tienda con la sábana sobre las rodillas dobladas. A su lado, Dirk, adormilado, balanceaba la cabeza mientras repasaban los acontecimientos del día. Melissa mencionó que había almorzado con su prima la médium.

—Médium —dijo él en una voz soñolienta—. ¿Yo conozco a esa señora?

—No la has visto nunca.

—Ahá. ¿Hace vudú?

—Bueno, más bien se guía por sí misma.

—Quiero conocerla —dijo él, como si se desvaneciera.

—Claro, antes de que te vayas la invitaremos. —Melissa se movió y las sábanas centellearon—. Bueno, y cómo se supone que es aquello. Kuwait.

—Mucho calor —balbuceó él—. Arena. La tira de tipos en camello yendo de un lado a otro.

—¿Hay vudú?

Él sofocó una risita y murmuró algo que ella no llegó a entender. Puede que pasara un minuto. Melissa oyó ulular un búho, a través de un metálico canto de grillos en tiempo perfecto, como miles de maracas sincronizadas.

—Aunque me imagino que un poco todo es vudú, ¿no?

—¿Qué?

Titubeando, ella midió cómo lo sentía; al cabo de un momento decidió que le parecía bien.

—Digo que en cierta forma todo viene a ser vudú. —Realmente no llegaba a asirlo, dijo, pero podía manejarlo. Si era importante en la vida de él, ella confiaría, trataría de entenderlo. Porque necesitaba que ellos…

—Ah, cariño, te quiero *tanto* —despachó él con una voz demasiado drástica, casi melodramática. Por un segundo Melissa pensó que se estaba burlando de ella, hasta que lo oyó seguir con el mismo tono de urgencia—. El capi se encarga, sí, lo tiene controlado. Imposible

aparecer, vaya fantasmada, inteligencia dice que el dato es firme, colega. Copiado. Bloqueo y carga. Vamos allá.

Conque estaba dormido; no había escuchado su gran discurso de aceptación. *Puum*, lo oyó dispararle al oído, *pacpuum, puum-puum-puum*;habían empezado los ejercicios de tiro de esa noche, en modo semiautomático. Melissa suspiró, estiró las piernas y la sábana cayó, cubriéndolos como una flor gigantesca. Así que en seis semanas volvería a estar sola. Tenía el episodio con James en la mente como una sombra, como una ominosa mancha oscura en una radiografía; temía que Dirk partiera, pero algo en ella se estaba alzando para hacerle frente, ansioso por ver si esta vez se las arreglaba mejor. Recordando su pequeño drama en el altar, por un momento intentó fijar en la memoria la verdadera experiencia, el hormigueo de una inmanencia que vista en retrospectiva tenía tanto ardor como atracción estática. No sabía qué pensar de nada de aquello. Vudú, deseo, espíritus hipersexuados, sueños que transmitían información como un flujo de vídeos: si eran reales, la cuestión de quiénes somos se traslucía sobre todo en el aire que nos rodea. Uno podía volverse loco, supuso. Algunos enloquecían; ¿encontrarían otros la paz? Pero al menos estaba eso, pensó rodando hacia Dirk, curvándose sobre su extensión de lomas y hondonadas. Trajera lo que trajese la vida, eso era real; finalmente no había palabras para expresarlo. Melissa besó el hombro de su marido, cerró los ojos y esperó el sueño.

TIGRE ASIÁTICO

La Copa de la Paz y el Liderazgo Iluminado de Myanmar era un torneo de una liga mediocre por donde se lo mirase, ni siquiera un punto habitual del Tour Asiático sino un satélite, el confín de una vía muerta del golf profesional. Y era donde Sonny Grous se ganaba la vida por entonces, cuando no estaba quedando por debajo del corte en torneos del Hooters Tour o colocando cien dólares bahameños en suburbios americanos; como novato de veintitrés años en el tour de la PGA había ganado dos torneos en nueve meses, lo que había inspirado al *Golf Digest* una nota de portada con el título de «GROUS ANDA SUELTO». Nacido en Austin, Texas, era un enorme chico sonriente con personalidad y un juego largo que sus pares llamaban «el obús enlatado». «Un gorila en un club de estríperes», lo describía Fuzzy Zoeller: ciento tres kilos maleables en un cuerpo de uno ochenta y siete y una cara amplia e intensa haciendo juego, guarnecida de rubios mechones de surfista. ¿Qué le impresionaba más de participar en un tour? «Todo lo que hay gratis», replicaba Sonny. «No puedo creer cuánto nos dan sin pagar». Pelotas, palos, bolsas, ropa, el kit completo; no mencionaba la barra prácticamente libre, el torrente de bebida, ni las mujeres que rondaban el *green* de entrenamiento en cada ciudad, poniendo a prueba a los jugadores con tops espeluznantes y unos shorts que provocaban sudor. Aquellos pocos primeros años de gira había vivido en sueños, arrullado por el éxito y el zumbido del sexo; para cuando despertó y se dio cuenta de que para llegar alto iba a tener que molerse, su bajón ya lo había borrado de la planilla del dinero.

Todo el mundo tenía que machacarse. Nicklaus, Watson, Norman, nadie podía dejar de pedalear; entender lo sangrienta que era la competición le dio miedo, y el relampagueo de sus triunfos primerizos. Paulatinamente aquellos trofeos se transformaron en lastres colgados del cuello, pero en esa etapa de su vida, la de la desesperación silenciosa, eran su ticket de comida, una garantía de aceptación automática en todo torneo irrisorio o certamen corporativo en busca de algo que pareciera un nombre de relumbrón. Myanmar, antes llamada Birmania, había dicho su agente: un sarpullido en la entrepierna tórrida del mundo. No exactamente un dechado de

corrección política; figuraba en todas las listas negras de derechos humanos y era uno de los mayores productores mundiales de heroína. El típico caso perdido tercermundista, con cárteles de droga, señores de la guerra, pobreza alucinante y un régimen al lado del cual los chinos parecían despreocupados, además de una genuina santa mártir que mantenían en arresto domiciliario, esa dama sexy —¿cómo se llamaba?— que había ganado el Premio Nobel. Por otro lado, los generales que gobernaban se desvivían por el golf. Después de treinta años de aislamiento incoherente estaban construyendo resorts y campos por docenas, palancas para elevar el deporte al mercado de divisas. Ahora financiaban un torneo para publicitar la imagen nacional, tan carente de marca, pero había un problema: ¿quién en su sano juicio iba a querer ir? A los profesionales estadounidenses de cierta talla les ofrecían correr con todos los gastos, más una promesa de diez mil dólares, más un chute del primer premio de sesenta mil de lo que prometía ser una competición tentadoramente tibia.

—No hables de política —dijo el agente.

—Fantástico —dijo Sonny, que no había votado desde el episodio de Dukakis y el carro de combate.

—Tú entras, haces tu juego y te vas. Dentro de dos semanas tienes una plaza que te he conseguido en el Abierto de los Ozarks.

Sonny bajó del avión en Rangún —Yangon en la nomenclatura postimperialista—, olió un tufillo de denso aire aluvial y pensó: ¿en casa? No, no podía estar más lejos de Linwood y el hedor a cloaca de la costa del golfo. Pero la desaliñada masa urbana de Rangún, las calles trazadas con una apresurada ética rural, daban una sensación de pueblo pequeño. El smog albergaba asombrosos estallidos de orquídeas y abono. Herrumbrosos techos de corrugado y estuco veteado de musgo parecían transmitir un estado de ánimo intemporal, más orgánico. A todas horas se oían gallos e incluso la hora punta carecía de una convicción de primera clase, solo un diminuto runrún rechinante que a Sonny le fastidiaba el oído como el chasquido de miles de *flippers*.

Desde la presunción genérica de su habitación del hotel podía ver juncos chinos deslizándose en el río, una maravilla solo superada por los propios locales, gente esbelta, airosa, de piel color cajú y un pelo que al sol tenía reflejos de azul profundo. Y había en eso otra maravilla: ¡no lo odiaban! Gente pobre que compraba los cigarrillos de a uno o dos y sin embargo no esgrimían su penuria contra él, ese americano ruidoso, bamboleante, rosado, cuya crasa rusticidad los hacía encogerse y reír tontamente. En Shwedagon Paya, siguiendo al guía por el complejo del templo, dejó a su paso una estela de agitación, gritos de *bo gyi*: «grandote». En el Patio de los Deseos Cumplidos, una chica tímida y encantadora vestida de amarillo y

blanco se le acercó a preguntarle:

—¿Amas a Buda el Señor?

—Muñeca —respondió Sonny, tan solo y conmovido que habría podido alzarla y llevársela a casa—, yo amo a todo el mundo.

Shwedagon: nunca había visto o siquiera imaginado algo así, un extendido parque temático en technicolor, seis hectáreas de templos y estatuas y santuarios incrustados de piedras preciosas alrededor del chapitel acampanado de la imponente *zedi* central. Sonny recorrió la deslumbrante masa de oro, el cuenco de la base y el afinado flujo vertical, y se dio cuenta de que estaba frente al *tee* de golf más grande del mundo, aunque cabeza abajo. ¿Un augurio? Mientras tanto el guía le entonaba las principales enseñanzas del Buda: le decía a Sonny que la vida es *dukkha*, toda sufrimiento e ilusión; que el ciclo de *thanthaya*, muerte y renacimiento, continúa mientras permanezca el deseo; y que por medio del *bhavana*, la meditación, se puede alcanzar el karma propicio a la iluminación y el nirvana. *Sí*, pensó Sonny, *muy cierto*, y sintió que algo se henchía en él, una ternura exhausta al borde del llanto, una rendición que acusaba como los primeros vislumbres de la sabiduría, y al bajar del zócalo acogió el momento dándole dinero a cada monje que veía.

El miércoles por la mañana en el primer *tee* había más monjes, ancianos marchitos de túnica anaranjada que estaban de pie a un lado salmodiando a media voz. Sonny musitó una breve plegaria, la elevó con el golpe de salida y durante cuatro días apuró el juego diseccionando *fairways* con fragorosos *drives* de trescientos metros, lanzando con el hierro bolas como bombas inteligentes de última generación, y en los *greens* blandiendo no su habitual *putter* flojo sino un auténtico *fire stick*. Su público aumentaba hora a hora, básicamente un montón de ineptos que por todo aliento gritaban: «¡Taiguer, el mehor!», y si bien la referencia a Tiger le partía el corazón, la agradecía recorriendo como una apisonadora el flamante campo para turismo de lujo. La tarde del domingo respondió a las ovaciones con un desvergonzado saludo a lo Rocky Balboa, pero el verdadero premio vino después del trofeo y el cheque, cuando lo condujeron a la Penthouse Suite del hotel, donde se encontró con que lo esperaba el consejo de generales. Ah, los generales… Después de los intentos de charlar con ellos en los diarios banquetes vespertinos, en realidad Sonny había acabado sintiendo lástima. ¿Para qué tener poder si uno estaba desahuciado? Eran unos raros hombrecitos menudos, domésticos, con panza, pelo ralo y teñido y el encanto líquido del formol. Sonny tomó asiento en medio del frío de su anticarisma y escuchó al general Hla abrir el juego: querían que él fuera el embajador de golf de Myanmar, su consejero en materia de turismo y deportes y el anfitrión de personalidades y empresarios visitantes. A

modo de compensación se le proveería de un coche, una suma razonable para gastos y un salario de veinticinco mil dólares al mes.

—También pedimos —añadió Hla al tiempo que sus colegas se adelantaban al borde de los asientos— que nos haga el favor de estar accesible para darnos lecciones privadas.

Claro que sí; ¿acaso tenía algo mejor que hacer? En Dallas, su mujer estaba a punto de incautarle el coche por no pagar la manutención de las niñas. Allá solo quedaban el fracaso y la angustia, la resaca permanente de una juventud desperdiciada mientras que en este lugar había pasado del suelo al cielo en un par de días.

—Caballeros —dijo, desplegando su más cursi seducción texana—, consideraría un honor ser su embajador de golf. Díganme dónde tengo que firmar.

El martes siguiente a la victoria tenía un Mercedes sedán, una gruesa cuenta en dólares estadounidenses en el banco Myawaddy y una cabaña libre de renta en el Club Nacional de Golf, una antigua joya residual de los tiempos del raj británico. Era una cancha ceñida estilo *link*, un reto sutil con muchos *approaches* ciegos y giros arteros, en tanto su *fairway* verde esmeralda y sus bosques como alamedas sugerían la húmeda, callada intimidad de un invernáculo tropical. Únicamente los militares —los «Tatmadaw»— y sus familiares e invitados tenían permitido disfrutar de los suntuosos beneficios del club. Los *forecaddies* perseguían tiros rebeldes entre los árboles mientras niñitos en paños menores esperaban en las lagunas, listos para bucear tras pelotas caídas al agua. En la sede del club, un legado maltrecho pero venerable, camareros en almidonadas chaquetas blancas servían lo mejor en cocina india y licores Premium.

«Queridas niñas», les escribió Sonny a sus hijas Carla y Christie, de ocho y diez años, «vuestro papi todavía es un golfista vagabundo»: esa era la broma semijocosa que compartía con ellas, su pobre manera de desactivar las críticas más feroces de su exmujer. «Pero ahora está ganando más dinero que el presidente Bush. La mayor parte voy a enviársela a vuestra madre, así que, por favor, decidle que deje de asustaros con el refugio para indigentes».

El primer día de trabajo compitió con los generales y una delegación de magnates japoneses del acero. *Cara feliz*, se decía, *sonríe, sonríe, ¿y qué si esto es el infierno del golf?* Arrancó el buen karma pensando en las niñas y lanzó un *drive* como un cañonazo, de una profundidad tan rara y punzante que todos los presentes —generales, magnates, *caddies* desdentados— exhalaron un «ahhh» sobrecogido, trascendente como los acordes postreros del gong más grande del mundo. De modo que estaba cumpliendo; antes de pasar a discutir sobre capacidad laboral y fijación de precios penetrantes los

peces gordos tenían que establecer vínculos, y Sonny entendió que su tarea era esa, proporcionar vibraciones positivas. Al día siguiente entró en la tienda profesional y encontró un hermoso jarrón oriental esperándolo.

—Es para ti —dijo Tommy Ng, el vendedor de la tienda. Era un hombre delgado, melancólico, de poco menos de treinta, que había empezado la vida en una barca de refugiados y aprendido su golf trabajando de *caddie* en el Keppel Club de Singapur. Su inglés era tan precipitado e idiomático que sonaba como una bañera escupiendo monedas.

—No me digas. ¿Para mí? —A Sonny le daba miedo tocarlo.

—Los tipos con los que jugaste ayer, los japoneses. Lo enviaron ellos.

—¿Y eso por qué?

Tommy titubeó.

—Quieren ser tus amigos. Quieren gustarte.

—Ah, caramba. —No era tanto un soborno como…, ehm…, un gesto, un poco de buena voluntad para aceitar los engranajes. Sonny no tardó en comprender que en la cancha se estaba gestando un gigantesco chanchullo empresarial. Si uno quería hacer negocios en Birmania tenía que congraciarse con los generales, y para eso no había mejor lugar que los elegantes *links* del Nacional. Lo que a él lo situaba en la clásica posición de goteo: en los días siguientes recibió una caja de Burdeos de financieros singapurenses, un elefante tallado de barones tailandeses de la teca y un bolso de golf de piel de canguro de comerciantes de gemas malasios.

—Qué popularidad —dijo Tommy Ng en una voz como hielo seco —. Dos semanas en Myanmar y mira cuántos amigos maravillosos tienes.

Pero Sonny estaba preocupado: ¿esa gente pensaba que podía chulear para ellos? Él no era más que el profesional, un humano amaestrado cuyo trabajo consistía en pasmarlos con su poderoso *swing* y, después de la vuelta, contarles historias pintorescas en la terraza. Todos, generales incluidos, implacables fanáticos del deporte ansiosos de información calificada sobre sus jugadores favoritos. *¿Alguna vez jugaste con Palmer?*, le preguntaban durante las copas. *¿Realmente Nicklaus fue el mejor? Cuenta: ¿Tiger es tan bueno como dicen?* Si Sonny no tenía una verdadera anécdota personal se la inventaba, algo dramático y divertido para satisfacer a todos.

—¿No te resulta extraño —dijo una tarde una voz detrás de él— que un tío de Texas sea campeón nacional de Myanmar?

Sonny estaba practicando golpes de tres metros en el *green* de entrenamiento. Al darse la vuelta se encontró con un caucasiano alto

que lo estaba observando, un hombre flaco, bien construido, con unos dientes impresionantes y un casco de pelo negro, lacio y brillante peinado hacia atrás. Con esos rasgos esculpidos y la mínima grasa corporal típica de puritano anglosajón, podría haber salido de una publicidad de Polo.

—Supongo —dijo Sonny, un poco dándole largas. No le gustaba mucho que lo fisgonearan—. Pero daría lo que fuese por un par de *cheeseburgersdecentes*.

El hombre rio y se presentó como Merrill Hayden. Añadió que ese día iban a jugar juntos.

—Te vi en el Master del 87 —dijo. La voz tenía una vibración etérea a lo William Buckley, la cadencia adenoidea de los marinos distinguidos y los sorbedores de champán—. El día que eras pareja con Crenshaw. Mi mujer y yo te seguimos por casi todos los últimos nueve.

—Ajá —dijo Sonny, educado.

—Fue una estrategia sublime. Hiciste la vuelta en setenta, creo.

Sonny parpadeó. ¿Quién era ese tipo?

—Cierto —dijo—. Aunque al día siguiente salió mucho peor.

Hayden volvió a reírse.

—El general Myint me dice que aquí tuviste un éxito espectacular. El consejo no podía estar más contento de que hubieras ganado. —Sonny supuso que estaban dándole coba otra vez.

—Hombre, hice mi juego. —Se agachó para leer la línea del *putt*—. ¿Así que conoces a Myint?

—Digamos que sí. Es el padrino de mi hijo menor. —Sonny asió el *putter* con las dos manos; la bola rodó y quedó a un metro del hoyo—. Pues bien, ¿qué tal si hoy tú y yo nos asociamos? Civiles contra militares. A ver cuánto daño podemos hacer.

—Vale —respondió Sonny con voz neutra—. Por qué no.

Jugaron un seis bolas, una antigüedad de cancha Thai con cocodrilos. Sonny y Hayden tomaron dos pares de generales, Hla y Zaw por un lado y Tun y Myint por el otro, y a cada pareja le dieron un golpe por hoyo. Era el núcleo duro de la élite, el club privado del consejo, y sin embargo la tarde transcurrió en un clima relajado, más de salir juntos que de primera cita; había una sensación de que entre Hayden y los generales las cosas pasaban en un nivel tácito, de comodidad y deferencia mutua, que sugirió a Sonny cuidarse de lo que decía. En las cinco horas que les llevó la vuelta, Sonny se enteró de lo siguiente sobre Merrill Hayden: que tenía viviendas en Aspen y en Nueva York, que se había graduado con honores enPrinceton; que sentía una alta estima por sí mismo, posiblemente justificada, y que dirigía su propia empresa de banca comercial, fuera eso lo que fuese.

Tenía tres de hándicap y un *swing* perfecto, pero después de varios hoyos Sonny apostó en silencio a que podía jugar incluso mejor. Sus pifias eran demasiado netas, demasiado pintorescas, y tenía un don para llegar cuando la prensa estaba en escena. Más obvio era su hábito de dar a los generales todos los *putts* dentro de un metro veinte.

—Algo apesta —dijo Sonny. Estaban echando un vistazo a un drenaje de barro monzónico en el trece, en busca de un *drive* errado de Hayden. El césped era desagradable, viscoso, de aspecto viperino, un *night club* natural para cobras calientes. Sonny deslizó su madera 3 de un lado a otro como un dragaminas.

—Yo no huelo nada —comentó Hayden,

—Hablo del partido —dijo Sonny—. Si vas a regalárselo a estos tipos al menos hazlo con tu pasta.

Hayden estaba tranquilo.

—Venga, Sonny, tú sabes cómo funciona esto.

—Sé que estamos ochocientos pavos abajo y no deberíamos.

—El poder tiene sus privilegios. Ellos esperan ganar.

—Pues entonces tendrían que jugar mejor. Allí está tu pelota. —Sonny dio media vuelta y se alejó—. Golpea.

Al final del día Sonny había perdido mil doscientos dólares: un mes de matrícula del colegio de Carla y Christie, o de colonia de tenis, o un ordenador nuevo con todos los chirimbolos. Se anestesió con un par de Tsingtaos mientras Hayden instruía a los generales sobre las actividades de perforación en el delta del Mekong. Unocal y Royal Dutch jugaban fuerte; British Petroleoum estaba husmeando las perspectivas en la península. Para cuando Sonny acabó su tercera cerveza, Hayden había adoptado un tono de seda para la Tesco Energy.

—Pagarán cinco millones por los datos sismológicos del bloque 8, más un adelanto de diez millones por los derechos de perforación de cada pozo. Myanmar Oil and Gas tendría además una opción durante cinco años para comprar una parte por hasta el veinticinco por ciento de la tasa de mercado. Y aun si no ejerce la opción obtiene las regalías normales.

—Nunca hemos hecho negocios con Tesco —dijo el general Tun acariciando su boquilla de marfil.

—No, pero conocen mis pautas y les aseguro que es una empresa tan sólida como todas las que les he traído. Con un campo de este tamaño necesitan el jugador más fuerte que puedan conseguir.

—Transporte —dijo el general Zaw, que estaba masticando hielo. Para el general Zaw era una frase larga.

—El transporte seguirá el oleoducto Yadana. En principio Unocal aceptó dejarnos utilizar su infraestructura. Y Tesco tiene plena

conciencia de la situación del país en cuanto a seguridad. Están dispuestos a esperar a que los rebeldes pacten.

Entre sorbos de cerveza Sonny miraba a su compatriota impartir un seminario sobre estrategias de venta no coercitivas. Hayden era uno de esos individuos que parecen irradiar un fulgor, una especie de aura aerográfica que chupa para ellos todo el dinero y el cariño. Nunca una palabra torpe, nunca una pausa mal ubicada; el hombre francamente derrochaba disciplina y estilo.

—La compañía cree que en ese bloque podría haber cuatro billones de metros cúbicos de gas —estaba diciendo—. Cuatro billones de metros cúbicos, ¿a cuántos miles de millones equivalen?

La mente de Sonny batía ceros como si fueran huevos revueltos. Los generales escuchaban, pero sin comprometerse, lo que no daba la impresión de turbar a Hayden. Cuando se dispersó el grupo, él se demoró junto a Sonny con el pretexto de terminar su bebida.

—Este trato está llegando a un punto crítico —le confió—. Necesito que me ayudes.

—A mí me parece que lo estás haciendo muy bien —rio Sonny.

Hayden lo favoreció con una sonrisa paciente.

—Déjame decirlo así, Sonny: lo que perdiste hoy lo cubro yo. Cada vez que hagamos pareja me voy a hacer cargo.

Sonny se desesperó: ¿estaba a punto de caer todavía más bajo? Y sin embargo no era mucho pedir.

—Soy un profesional, Merrill. Tal vez ya no tanto, pero nunca he… —Sentía palpitaciones, un vago mareo—. Sería malo coger ese hábito.

—Y yo nunca te pediría eso. —Cuando Hayden sonreía, pensó Sonny, era como si se estuviera pasando el hilo dental: un gesto sin ningún significado más allá del higiénico—. Tú sígueme la corriente, nada más. Comprenderás lo que está en juego…

—Supongo que me hago una idea.

Hayden empujó la silla hacia atrás y se levantó.

—Estamos hablando de unos cinco mil millones de dólares de gas natural. ¿Te ayuda esto a aclararte, Sonny? Hay mucha gente interesada en que este acuerdo salga adelante.

—Muy bien —dijo Sonny, tan de mala gana como pudo—. No voy a estorbarte, si es lo que me quieres pedir —añadió, y a Hayden pareció bastarle.

Una mañana un grupo de monjes se sentó en posición de loto ante la puerta de entrada del Nacional; pararon el tráfico y en general le complicaron el día a todo el mundo hasta que los soldados los sacaron a rastras como sacos de abono. Mirando todo desde la escalera de la casa del club, Sonny coligió que era una especie de protesta, una

manifestación pacífica contra… ¿qué? Ciertamente no contra el golf *per se*, ¿verdad? Se sintió paralizado por la calma sediciosa de los monjes, su silencio frente a los bocinazos.

—No les gustamos —comentó Tommy Ng. Estaba de pie a espaldas de Sonny, un escalón más arriba.

—Pero en el torneo había monjes —puntualizó Sonny—. Nos bendijeron.

Tommy lo pensó:

—Otros monjes. Diferentes.

De tanto en tanto llegaban al fax del club mensajes canallescos, andanadas de grupos internacionales de activistas con un ¡BURMA LIBRE! bramando en la primera página. Como un chiste, o quizá simplemente porque podía, antes de romperlos Tommy solía mostrárselos a Sonny, agitando esos documentos ilegales con una sonrisa lasciva como si fueran el porno más duro. A menudo traían destacados perfiles de Aung San Suu Kyi, la Premio Nobel que los generales habían confinado en arresto domiciliario

—Sabes, una vez intenté verla —le contó Tommy, tan inexpresivo que Sonny sospechó que era otra broma avinagrada de su colega—. Quería preguntarle cómo es no salir de tu casa durante siete años. Ni a dar una vuelta a la manzana… Debe ser raro, ¿no? Pero en cuanto doblé por su calle, los polis me saltaron encima, y eran de los malos, eh, se les nota enseguida porque llevan esas Ray-Bans tan guapas. Yo pensaba que me había metido en un lío hasta que el capitán descubrió que podía conseguirle unos hoyos. —Tommy parpadeó, su versión del *rimshot*—. Ahora somos buenos amigos —agregó de repente.

Sonny pudo atar cabos, unir los puntos. Cuando en sus raros días libres conducía por la ciudad, veía policías y soldados en cada esquina; el alambre de púas, los controles de seguridad y las estúpidas vallas de control mental, los letreros exhortando a los descarnados birmanos a hacer sacrificios aún mayores.

—Nuestro país —le dijo un día un cínico conductor de *trishaw*— lo dirige una pandilla de drogatas.

Hombre, si tú lo dices… Lo único que Sonny sabía con certeza era que en el golf los generales trampeaban como ladrones. Al principio le había chocado, no solo la trampa, sino la total desvergüenza, como si tuvieran derecho a poner *tee* a la bola en el *rough*, moverla de detrás de un árbol o devolverla al campo de una patadita, pueriles argucias de pacotilla, de ligas menores, que habrían debido estar por debajo de su dignidad de líderes nacionales, aunque con el tiempo Sonny empezó a unir otro juego de puntos en una serie de líneas que conectaban el poder político con el tipo de personalidad más banal. Pensó en la ronda semiprofesional que había jugado años atrás con

George Walker Bush, en los días en que el futuro presidente era copropietario de los Texas Rangers.

—Ya sabes cómo son los jugadores latinos —le había dicho el joven Bush con su característica sonrisita vanidosa—. Lo primero que hacen cuando consiguen un contrato de los grandes es comprarles un par de tetas nuevas a sus mujeres.

«Queridas niñas», escribió Sonny en la siguiente postal a sus hijas, «es la primera vez en mi vida que tengo jefes y ha sido una experiencia interesante, cuando menos. Tengo que trabajar casi *todos los días*… Supongo que lo tengo merecido por todos estos años de vagabundeo, ¡ja, ja! Pero he decidido que ser jefe es el mejor trabajo que hay. Estudiad duro y sacad buenas notas, que así podréis ser jefas».

Sonny sentía un cambio radical dentro de él, una diferencia de profundidad, tal vez una nueva amplitud de miras. Creía estar empezando a entender cómo se abrían paso en el mundo los triunfadores; la curva de aprendizaje avanzaba por los hoyos que jugaba con Merrill Hayden. Prestaba mucha atención a su compatriota, la ropa, la soltura física, las pulidas destrezas diplomáticas. Por ejemplo, la forma en que halagaba a los generales: nunca los elogiaba directamente sobre el trabajo que estaban haciendo, lo que habría podido entrañar una posible opinión diferente; en cambio insistía en que se esforzaban demasiado, que sacrificaban su tiempo libre en bien del país. Sí, concordaban los generales con gravedad, sí, es cierto; vivimos únicamente para servir a los deseos del pueblo. Al día siguiente de esas vueltas a Sonny le llegaba un sobre del hotel Strand; dentro encontraba suficiente efectivo para cubrirle las pérdidas del día anterior, redondeado a la centena más próxima.

Daba una sensación de sordidez, pero él se embolsaba el sobre mientras componía notas mentales de disculpa a sus niñas. Una tarde estaba cruzando la terraza del bar cuando Hayden lo llamó.

—Sonny, ven a beber algo.

Se acercó. Hayden estaba sentado con otro americano, un hombre compacto, musculoso, en la mitad de la treintena, con un pelo negro y corto que le cubría el cráneo como felpa. Lo presentó como Kel McClure, de la Embajada. McClure agregó que estaba en el área política.

Se sentaron. Con una seña al camarero, Sonny pidió una cerveza.

—Así que tú eres el tigre asiático.

Por un momento Sonny se quedó estupefacto.

—¿Cómo dices?

—Eres el Tiger Woods de Asia.

—Amigo, el único Tiger Woods de Asia es Tiger Woods.

—Sonny es un golfista brillante por mérito propio —dijo Hayden —. Y un instructor de primera. Ya ha bajado cuatro golpes el hándicap del general Myint.

—Excelente —dijo McClure sonriendo a Sonny. Tenía cejas negras como crisálidas y una larga mandíbula espatulada. La sombra de las cinco de la tarde le azulaba la mitad inferior del rostro.

Justo entonces sonó el celular de Hayden.

—Discúlpenme —dijo, comprobando la pantalla—. Tengo que responder, de veras. ¿Sí?

McClure se reclinó y dio un sorbo a su bebida. Siguió taladrando a Sonny con imbéciles miradas de macho alfa.

—¿Te gusta esto?

—Claro —respondió Sonny—. Al menos esa era mi opinión la última vez que la revisé.

—Espero que sepas que el futuro del país está en tus manos.

Sonny se rio.

—Crees que estoy bromeando. —McClure lo miró a la cara—. Pues no, en absoluto: el destino de la nación depende de ti. Si alguna vez se desarrolla aquí una sociedad civil pacífica, el golf va a jugar un papel primordial. Está documentado. — McClure se detuvo para echar un rápido trago compulsivo—. Hace un año el Estado emitió un informe especial; es un estudio notable. Muestra la abrumadora inclinación de los países de cultura golfística a la democracia, el mercado libre, vuestra clásica sociedad abierta. Los países de cultura golfística rara vez van a la guerra, y cuando van nunca luchan entre sí. En cambio los países no golfísticos tienen un perfil mucho más beligerante.

—Es un hecho —dijo Sonny, que no dudaba de que lo estaban engatusando.

—Y tiene sentido —continuó McClure—. El golf es el auténtico deporte burgués. ¿Y qué quiere la burguesía? Quiere paz. Quiere orden. Quiere seguridad. Quiere una estructura social favorable a los negocios para poder hacer lo que mejor se le da: ganar toneladas de pasta. Ese es el efecto civilizatorio de vuestra clase media burguesa, y, sin él, la democracia en Myanmar está básicamente muerta al llegar.

Sonny aceptó su cerveza y tomó un largo trago, agradeciendo la posibilidad de desviar la mirada; con su rollo arcano y sus miradas de asesino en serie, a McClure se lo podía tomar por un miembro presentablemente marginal de la familia Manson. Al otro lado de Sonny, Hayden negociaba un trato, una suerte de exótica permuta petrolífera con Kazajistán.

—Piénsalo un poco —siguió diciendo McClure—. Los negocios son cosa de relaciones y confianza, ¿correcto? Por eso, vayas adonde

vayas, si lo que buscas es cerrar tratos y ganar dinero a lo grande, lo primero que haces es poner proa al campo de golf. Fíjate por ejemplo en este —señaló a Hayden con la cabeza—, los tratos que ha cerrado en los últimos años; apuesto a que él solito ha añadido un par de puntos al PNB. Pero no habría conseguido nada sin el golf. Fue así como conoció a los generales, como se ganó su confianza. Ahora es el hombre de referencia en Myanmar; si alguien quiere alcanzar un acuerdo, Merrill es el que conseguirá que se cierre.

Para alivio de Sonny, Merrill cortó y guardó el teléfono.

—Perdón —dijo, agarrando su vaso.

—Le estaba diciendo a Sonny lo vital que es el golf para el futuro de Myanmar —dijo McClure—. Y lo bien situado que está él para hacer un verdadero aporte.

Hayden asintió.

—Así es. Sin duda a mi me ha facilitado ciertas cosas. Lo que me recuerda, Sonny, que quería ponerte al corriente de algo. Tenemos un grupo inversor que está ultimando el proyecto de un resort de golf en el sur de la península, y quisiéramos aprovechar tu competencia. Que visites el lugar, eches una mirada a los planos del arquitecto, cosas así. Creo que tu reputación le daría al proyecto una auténtica inyección de credibilidad.

Sonny casi se ríe: reputación, sí, ¿entre varios acreedores?

—No sé bien cuánto puedo hacer por vosotros, pero me alegraría ayudar.

—Estupendo, eso ya es mucho. ¿Te suenan razonables setenta y cinco mil? Tus honorarios, digo.

Sonny trató de mantener la calma.

—Seguro, suena justo. Más que justo.

McClure se reclinó, con una sonrisa burlona, y abrió los brazos.

—Me siento orgulloso de vosotros, muchachos. Es exactamente la clase de inversión que necesita Myanmar.

Hayden le dedicó una mirada insulsa.

—Eres más que bienvenido a sumarte, Kel. Todavía aceptamos inversores.

McClure se rio; empezó a retroceder apoyándose en las manos.

—Puf, tíos, vosotros jugáis en otra liga. Yo vengo de abajo, ¿os acordáis? Un mero servidor público honrado que intenta hacer su tarea.

Sonny no podía dormir. Por la noche la cabaña se cerraba a su alrededor como un ataúd, un drama personal recurrente intensificado por el colapso de la red eléctrica a las diez. Nada de luz, nada de aire acondicionado, ninguna forma de civilización. Allí tendido, Sonny roía

la tapa del ataúd con cada respiración y escuchaba los ruidos de la fauna más allá de las paredes, el bramido de turbina de las ranas en celo, el chirrido fricativo del sexo grupal de los insectos. Junto al barroso flujo de pensamientos en su cráneo, todo se fundía en un descontrol de delirio nocturno; y sin embargo algunas noches podía dejar el cuerpo y flotar por encima, como en un sueño donde se mirase desde fuera, y desde esa perspectiva la vida parecía más surreal que nunca. *Birmania*, susurraba, tratando de darle realidad, *Birmania, Birmania*, y tal exaltación y carga ponía en la palabra que bien habría podido estar rezando. ¿Cómo exactamente había acabado allí? ¿Y cómo iba a volver a casa? Pensar en sus hijas a medio mundo de distancia le daba ganas de llorar, y además tenía que tener en cuenta el dinero que había dilapidado, la gente herida y las amistades arruinadas por su abandono crónico al alcohol, la comida y el sexo, y el desperdicio de un talento otorgado por Dios; el pasado lo echaba de la cama como un enjambre de abejas asesinas, y a menudo el primer sonrojo de plata violácea del amanecer lo encontraba en el *green* descalzo y en calzoncillos, practicando *putts* de minigolf para despejar la mente. Este para el Abierto Británico, se decía: *clop*. Este para el Masters. Este para el PGA. De pequeño jugaba a lo mismo en la mejor alfombra de su madre, afinando su habilidad para la segura gloria por venir, y ahora las fantasías regresaban a su pesar, inundando el benigno espacio que trataba de despejar dentro de él. Ay, Dios, ¿alguna vez dejaría atrás el deseo, ese codicioso niño interior? Tal vez uno solo se liberaba con un verdadero triunfo; costaba imaginarse a Tiger Woods fantaseando con ganar el Masters, aunque quizá después de haber ganado simplemente venía la obsesión inversa: la cabeza repitiendo el triunfo una y otra vez y agrandando el momento hasta una perfección orgásmica tal que uno se volvía loco desde el otro lado.

Dios, qué imposible parecía a veces. Sonny tenía el aparato mental desquiciado, lo sabía, pero empezaba a tomar conciencia de otro camino, al menos teóricamente. Cuando en los días libres se aventuraba a salir del club, veía monjes por todas partes como un reproche visual; monjes mendigando en las calles, pululando en torno a los santuarios, cantando suavemente uno tras otro, ofreciendo al mundo un ejemplo práctico de claridad. Había un grupo en particular, una bandada de menudos monjes de edad avanzada, que rondaban el parque Mahabandoola, enfrente del banco desde donde Sonny enviaba el dinero a casa. Una vez acababa el trámite, miraba a los monjes hacer sus cosas, que en honor a la verdad no eran demasiadas. Algo de meditación, unos pocos ruegos, la ocasional siestecita: al parecer se tomaban la vida con calma, y Sonny los observaba buscando indicios de cómo lo conseguían. Sabía que el deseo le había estropeado la primera mitad de la vida, y su anverso, el remordimiento, iba a

estropearle la segunda mitad a menos que desentrañara el truco de esa serenidad.

¡Enseñadme!, quería gritarles. ¡Decidme cómo se hace! ¿Dónde hay que firmar? Pero siempre lo frenaba algo, cierta clave cultural inscrita en la médula: él era estadounidense, el mal karma era su pan de cada día. Sonny Grous pertenecía al campo de golf, donde los negociantes cerraban acuerdos de miles de millones de dólares y los dictadores jugaban sus hoyos relajantes tras una dura jornada aplastando a las masas. Y McClure, ¿dónde encajaba? Aparecía varias veces a la semana como invitado de uno u otro de lo más sórdido de la camarilla del Nacional, los miembros, se decía, vinculados al narcotráfico o la venta de niñas para el mercado sexual de Tailandia. Pero la gente de Kel eran las sanguijuelas de nivel superior; Sonny suponía que McClure trabajaba para la CIA, aunque no habría sabido explicarlo del todo. Una tarde a última hora estaba acabando una clase con el general Tha cuando el hombre, arrastrando los pies, subió al *tee* de entrenamiento con un cubo de pelotas.

—Profe —aulló—. Esto es una tortura, hombre. Dime qué hago mal.

—Echemos un vistazo —dijo Sonny—. McClure sacó su hierro 6 y estrelló tres ganchos seguidos entre los árboles—. Tienes el *grip* torcido. Gira la palma un poco a la derecha, ahí. Y ponte con la bola algo más adelante.

El golpe siguiente de McClure salió limpio y recto.

—Virgen santa. Mejor que una mamada. Eres un genio, Grous.

—Hazlo varias veces más. Que se te quede en la memoria muscular.

McClure golpeó unas bolas.

—¿Y qué has estado haciendo, Sonny?

—Escabullirme. Gira esa palma. Ya empiezas de nuevo.

Sonriendo, McClure ajustó el *grip*.

—¿Has visto a Merrill últimamente?

—Anda por aquí. De hecho, ayer jugamos.

—¿Cómo está?

—Bien. Merrill siempre está bien.

McClure rio.

—Buen chico. —Se preparó y lanzó un *swing*; la bola, cortada hacia la izquierda, acentuó la curva al caer. Apartó otra de la pila y la arrastró hacia él—. Sabes… —Volvió a prepararse y golpear. Los dos miraron la trayectoria combada—. Si cierra ese trato con Tesco, la obra será lo más grande que este país haya visto. Más grande que Unocal, más que el campo de Yetagun. Y nuestro buen amigo cosechará la madre de todas las comisiones. —McClure seleccionó otra

pelota—. Pero me pregunto cómo se las arreglará por el lado de los generales.

—Al parecer tienen una buena relación —dijo Sonny, a lo que McClure rebuznó una risa.

—Relación, esa sí que es buena, Sonny. Seguro que tienen una relación notable. —Hizo una pausa y golpeó—. Pero lo que me gustaría saber es cómo planea conseguirles el cinco por ciento.

Sonny no dijo nada. Que los generales aceptaban sobornos siempre lo había supuesto, una posibilidad que no había necesitado explorar. Él solo estaba allí de profesional; con todo lo otro no tenía nada que ver. McClure sonrió y ensayó un *swing* perezoso.

—El cinco por ciento de este contrato es una bomba, tío, una puta carrada de pasta. ¿Cómo va a mover tal cantidad de dinero sin que los federales lo agarren por el culo? Sabes, Sonny, en Estados Unidos hay la tira de leyes que prohíben cosas así. Probablemente también acaben involucrándole con el narcotráfico. —McClure calló para golpear otra vez—. Por cierto, ¿cómo marcha el resort de golf?

—No he oído nada. Supongo que está pendiente.

—Ya. —McClure trataba de ajustar el *grip*—. No puedo dejar de pensar que ese sitio es muy raro para un campo. Con los karen armando un jaleo de mil demonios. —Lanzó el *swing*; de pronto todo se enderezaba—. ¿Y Tesco va a invertir en ese proyecto?

—No tengo idea.

Suspirando, McClure le dedicó una sonrisa apenada. Sonny percibió que había decepcionado a su compatriota y que, tristemente, no era ninguna sorpresa.

—Bueno, son solo cábalas —dijo McClure con voz plácida. Golpeó unas bolas más y recogió su bolsa—. Gracias por la lección, profe. Creo que ahora va a estar chupado. Jo, hay días que adoro este juego.

El lunes siguiente Hayden entró en la tienda pro y le entregó a Sonny un cheque por setenta y cinco mil dólares a cuenta de la First Asia Golf Developement Corporation.

—Ya estamos listos para ir —dijo—. El doctor Maung nos hará el diseño. Volaremos este jueves para recorrer el terreno. También vendrán el general Myint y el general Tun. ¿Estás libre para unirte?

Sonny miró el cheque. Setenta y cinco mil dólares: la universidad para Carla y Christie; al menos un año o dos.

—Claro —dijo—. Estoy disponible.

Sonny trataba de recordar cuándo había volado en helicóptero por última vez. ¿En el 93? ¿El 94? Para el Buick Open del 94, decidió. Aunque aquel había sido un balde comparado con este, una esbelta máquina empresarial púrpura y verdeazul bien surtida de Coca-Cola,

agua Evián y pasteles *debei moq* recién hechos. Cada asiento iba equipado con auriculares y clavija de interfono, además de instrucciones en siete idiomas; sin embargo ninguna explicación se daba sobre los pilotos, que vestían el uniforme de combate del Tatmadaw: simplemente habían trepado a bordo con los demás y despegado. En minutos el confuso amasijo de Rangún había dado paso a las marismas del río Sittoung, y luego al golfo, a la vez que la barrosa descarga del río mudaba poco a poco en espirales estampadas de verde y azul eléctrico. Si se inclinaba hacia delante, Sonny podía divisar la escolta militar, tres helicópteros de un opaco verde oliva que rastrillaban el cielo en una diagonal tensa. Artilleros con casco se inclinaban por las abiertas puertas laterales, sacudiéndose al viento como insectos en un parabrisas.

La voz de Hayden chirrió en sus auriculares.

—Cruzaremos el golfo de Mottama por aquí —dijo, sosteniendo un mapa por encima del hombro—. Luego seguiremos la costa casi hasta Dawei. La propiedad está apenas al norte de allí.

Sonny asintió con la cabeza e intentó mostrarse lo más útil posible. Iba sentado detrás con el doctor Maung, un diminuto tailandés de edad avanzada que Hayden había presentado como el decano de los arquitectos del golf asiático. En ese momento el doctor Maung dibujaba furiosamente en un bloc el diseño de un hoyo par tres con una laguna envolvente.

—Una bandera engañosa —dijo Sonny señalando un bulto en el *green*—. Les estás tendiendo una trampa.

Maung sonrió como un maníaco.

—Hoyo *bogey*. Uno sobre pad, salvo tengas muy mucha suedte.

—¿Es para este campo?

Maung asintió.

—¿Agua en cantidad, por allí?

Maung encogió los hombros y dio un golpecito con la base del lápiz.

—Buena goma.

Los cascos amortiguaban el motor hasta el bramido de huracán. El cielo sin nubes estaba velado por una película pálida, lechosa, como un ojo con cataratas. Avistaron tierra cerca de Kyaikkami y buscaron el sur de la península siguiendo la línea de la costa con su irregular estela de islas. A la derecha el mar se desplegaba en azules lienzos de grano fino; a la izquierda se alzaban las montañas en un abrupto muro verde, y más allá las cumbres superpuestas en pliegues sinuosos.

—¿Qué te parece? —preguntó Hayden, girándose para captar la mirada de Sonny.

—¡Una maravilla!

—Es el paraíso —corrigió Hayden—. Y nosotros vamos a ser los primeros.

Sonny bebió una Coca. Maung seguía bocetando hoyos de fantasía. Mirar por la ventanilla indujo en Sonny un leve trance, una fuga de bajo nivel en la que bloques de minutos pasaban sin contenido. Al rato apareció el oleoducto de Unocal, un rompecabezas de tanques, estaciones de bombeo y edificaciones anexas. Un tajo como trazado con regla señalaba su ruta por las montañas.

—Ya casi estamos —dijo Hayden mirando su reloj—. Hemos llegado rápido.

Viraron hacia tierra y cruzaron una serie de lustrosas lomas verdes cuyo follaje exhalaba una bruma fosforescente. Sonny notó un breve destello, y luego otro, pinchazos amarillos en medio del verdor. Miraba afablemente, con el cerebro a fuego lento en una fascinación adormilada.

La voz de Hayden volvió a sisear por el interfono, lacónica, tenuemente divertida.

—No miren, caballeros, pero creo que estamos bajo fuego.

Sin preaviso el helicóptero se inclinó hacia la izquierda y luego pareció dejarse caer unos sesenta metros. El doctor Maung empezó a barbotar una serie de chiflidos y risitas frenéticas como si tuviera un cortocircuito interno. Penachos de humo rosa surgían de las colinas como brotes de diente de león; uno de los pilotos le estaba gritando algo a Hayden, que había apartado uno de los cascos. Tras un minuto asintió y volvió a colocárselo.

—Parece que hemos volado sobre una pequeña escaramuza en la selva —les dijo a Sonny y Maung—. El ejército ha sacado a unos rebeldes de la conejera. De todos modos —dio un golpecito en su ventanilla—, allí está nuestro campo de golf. En un par de minutos vamos a aterrizar.

Sonny se oyó reír.

—¿Vamos a aterrizar allí?

Hayden fue cortante.

—Para eso hemos venido.

Minutos después saltaban del helicóptero a la amplia cumbre de una colina con vista al mar. Estaba picada de cráteres y boquetes de un bombardeo reciente, y la hierba que la cubría lucía chamuscada en constelaciones irregulares. Uno de los aparatos militares ya se había posado; el general Myint, el general Tun y su escolta estaban reunidos, estudiando con sus binoculares la selva que se extendía al este. Los otros dos helicópteros casi rozaban una cumbre lejana, con los motores gimiendo como desbrozadoras.

BUUM.

—¡Jesús! —gritó Sonny, agachándose.

—Morteros —dijo Hayden, desplegando un mapa topográfico para orientarse. A su lado, bloc de dibujo en mano, escaneaba velozmente el terreno con los prismáticos. A media distancia empezó a repicar una ametralladora.

BUUUM BUUUM. Dos explosiones en rápida sucesión.

—¡Mierda! —chilló Sonny, y se agachó de nuevo. El impacto era increíble: como si le blandieran tapas de cubo de basura en el oído.

—Es más lejos de lo que parece —dijo Hayden, mirándolo con calma. Disparos de arma corta tronaban como pegadizos redobles de tambor, y después de la siguiente ronda de morteros lo único que Sonny quería de verdad era tirarse boca abajo en la hierba y temblar un rato. Al parecer la batalla era en la colina de al lado.

—Vale, Sonny —dijo Hayden—, la cosa es así. Vamos a hacernos con toda esta colina desde aquí arriba hasta la línea de pleamar. Al norte, nuestro límite —miró el mapa y apuntó a un paso distante— está allí, y al sur la línea corre por algún lugar de aquel valle. En total son alrededor de novecientas hectáreas, lo que nos da espacio de sobra para un resort de primera. ¿Cómo lo evalúa usted, doctor Maung?

—Excelente —se pronunció el arquitecto. Con los ojos en los prismáticos y las gafas de sol sobre la frente, tenía un aire de bicho mutante—. ¿Está minado?

—No hay minas que yo sepa —respondió Hayden.

BUUM BUUM. La nueva serie de andanadas le dejó a Sonny un cosquilleo de vacío en los huevos. Ahora los helicópteros estaban machacando las alturas; a lo lejos los morteros vibraban como sierras continuas. Sobre la colina flotaban jirones y trizas de humo que le dejaron a Sonny un regusto a aspirina.

—Merrill —observó, armándose de toda la calma posible—. Aquí hay una guerra.

Hayden se rio.

—¿Vas a decirme que cuando hacías el Tour nunca pasó esto?

—Hombre… —empezó a decir Sonny, pero no le dio el ánimo para terminar.

—Relájate, Sonny, está todo bajo control. Los buenos tienen la situación dominada.

BUUM BUUM BUUM.

En ese momento Sonny habría dado todo su pelo por una cerveza. Pero en vez de eso arrastró los pies detrás de Hayden y el doctor Maung, que recorrían la cima estudiando la zona; Hayden exponía los temas generales mientras el doctor Maung aportaba los detalles. Habría hierba dhobi en las calles y de Serangoon en los *greens*, búnkeres Harrison, montículos y colinas como los del Old Course;

parecían estar creando una antología de los grandes logros del diseño golfístico.

—Tanques —iba diciendo Maung, y Sonny se desesperó hasta que se dio cuenta de que el doctor hablaba de *estanques*, lagunas. ¿O no? La realidad estaba transformando el cerebro de Sonny en un chicle, retorciéndole la mente en una trenza de restos y flecos pringosos, pero allí estaba pasando algo que superaba la mera locura. Podía aceptar que el chiflado era él o eran ellos, de acuerdo, pero no era así como se diseñaba un campo de golf. Se llevaban ingenieros, se llevaban topógrafos, se exploraba el denso bosque primitivo y se cartografiaba metro por tedioso metro; pero plantarse allí y conjurar hoyos del aire, no señor, nada que ver con la realidad; era una especie de broma.

BUUM BUUM.

Pero quizá estar loco es eso, pensó. Que todo el mundo pille el chiste menos tú. Y si caes y se dan cuenta de que no lo pillaste, ¿luego qué? Una falange de helicópteros tronó en vuelo bajo, llenos hasta los patines de tropas del Gobierno. Una humareda de bengalas rodeaba la colina con una nube rojo caramelo de un resplandor tóxico. En algún lugar una radio de dos vías despotricaba contra sí misma.

—Bueno, ¿y qué opinas? —Hayden se había vuelto hacia él y sonreía.

—Por Dios —dijo Sonny en un borbotón—. Creo que es el mejor lugar para el golf que he visto en mi vida.

—Sonny, cuánto me alegra que estés de acuerdo. ¿Qué piensas de la idea de Maung para adobar los *greens*?

—Ah, para mí funciona.

BUUM BUUM BUUUM. Sonny logró sonreír y hasta hizo una o dos sugerencias. Pese a las náuseas y la debilidad del *shock*, podía sostenerse, claro que podía, podía fingir como si le fuera la vida. Enseguida subieron a la cresta de la colina, desde donde los generales y sus asesores supervisaban el combate. El general Myint bajó los binoculares.

—¿Está contento, señor Hayden?

—Sí, gracias, general, muy contento. Hemos llevado a cabo lo que vinimos a hacer.

De las colinas del este surgían espirales de humo que borroneaban la selva como espuma de jabón sucia. Los helicópteros incursionaban en los valles con un denso contrapunto de metralla. Fueran quienes fueran los rebeldes, los estaban masacrando; Sonny, que se había repuesto lo suficiente para hacer un cuidadoso examen de caras, notó las expresiones anodinas, casi aburridas, de todos los que lo rodeaban. Así que a lo mejor el chiste era ese: no horrorizarse. Simular no ya que aquello fuera bueno, sino simplemente normal. Tal vez te dieran ganas

de gritar de furia, tal vez incluso pensaras que lo normal habría sido hacerlo, pero te lo tragabas sin alterarte. Porque allí lo decisivo era jugar sin rodeos. Seguir la corriente, entender el chiste. Concentrarse, comprendió con una especie de asco, en el golf.

Dos semanas después, el *Myanmar New Light* anunció el acuerdo en un artículo de primera página; la venta de los derechos de extracción del Bloque 8 a la compañía Tesco era una «transacción gloriosa» que regocijaba a todo patriota, decía el *Light* en su acostumbrado estilo de eunuco de la corte: «Sabiamente, los queridos guías de nuestro Consejo protector han asegurado el cumplimiento de los Deseos del Pueblo».

Había empezado la estación de los monzones, con diluvios como Sonny solo había visto en películas bíblicas. Kraits rayadas y serpientes de cascabel buscaban los terrenos altos de los *greens*, por la noche, detrás de la ventana de Sonny; las ranas coreaban serenatas como mormones ebrios de fervor. Se pasaba los días en la casa del club, haciendo trucos de naipes para los *caddies*, viendo llover y ayudando a Tommy Ng con el inventario de la tienda, haciendo el recuento de carísimos palos y polos. La oposición seguía atacando el fax del club con denuncias e invectivas a todas horas: TRABAJO ESCLAVO EN EL OLEODUCTO DE UNOCAL, decía un titular, y arriba, alguien había garabateado: ASESINOS.

—¿Es verdad? —preguntó Sonny.

—¿Qué cosa?

—Asesinos. Trabajo esclavo.

Tommy lo pensó mientras cortaba el fax en tiras finas como lápices.

—Mira, Sonny, lo que yo creo es esto. Creo que la mayoría de las veces la verdad es solo una posibilidad más.

«Queridas niñas», escribió Sonny en su tercera postal a Carla y Christie, «es la temporada de monzones y llueve *todo el tiempo*; se me está poniendo verde la caspa y ayer vi a un hombre con una sarta de animales, dos de cada clase, jaja. Os echo de menos. Os echo muchísimo de menos. ¿Cuánto? Como de aquí a Texas, así. Enviad toallas. Os quiere, Papá».

Sonny sospechaba que estaba deprimido, o aterrorizado, o con estrés postraumático, alguna enfermedad de nefasta índole psicológica que supuestamente solo padecían otros individuos. Se había sentido así desde aquel día en medio de la guerra. La aventura nunca se le había ido totalmente de la cabeza, y se sorprendía repitiéndola a varias velocidades y desde distintos ángulos, intentando atrapar su resbaladizo meollo. El cual era, empezó a imaginar, una suerte de

transacción, una reunión de inteligencias. El chiste que no había entendido. Cuando había cesado el tiroteo, habían volado a la colina siguiente para unirse a los generales en una ronda por el campo de batalla. Habían puesto los cuerpos de los rebeldes al borde de un claro, once o doce hasta donde Sonny pudo contar, aunque «cuerpos» parecía una palabra demasiado amable para describir lo que había visto.

«Carne molida» parecía una expresión más apropiada. «Animales atropellados». «Morcillas». Lo que más temía era que lo arrastraran allí otra vez, razón por la cual las pocas veces que había vuelto a encontrar a Hayden no había mencionado el resort. Varios días después del anuncio de Tesco, Hayden apareció de nuevo, un martes hacia el final de la tarde, cuando la lluvia había amainado en una portentosa llovizna. El terreno estaba demasiado húmedo para jugar, pero el campo estaba abierto y, mientras llenaba un balde de bolas, Sonny ofreció sus felicitaciones por el acuerdo. Hayden sonrió y asintió; con elegante modestia, agarró el balde y se dirigió al *tee* de práctica. Veinte minutos después entró en la tienda McClure.

—Hola, Sonny,

—Hey, Kel.

McClure llevaba chaqueta y corbata. Tenía la inquietud aguda y la mirada brillante de un perro a punto de ser desatado.

—¿Merrill todavía está por aquí?

En un momento Sonny se había organizado más o menos las ideas, sabiendo que la gente como Kel conocía bien esos asuntos.

—Debería estar. Salió hacia el campo hace unos minutos.

McClure asintió.

—Ven, Sonny. Quiero que veas esto.

Enfilaron el sendero de piedra hacia el *tee* de práctica. Un par de encargados de mantenimiento escurrían con rasquetas el agua del *green deputting*, en medio de remolinos de niebla como vapor de ducha. Más lejos divisaron a Hayden solo en el *tee*, golpeando bolas metódicamente. Cuando los vio acercarse, abandonó la postura de golpe.

—Kel, Sonny. —Notó la ropa de oficina de McClure—. ¿Algún problema?

—Para nada —dijo McClure, cruzando el *tee* a paso resueltamente elástico—. Solo que pasaba por aquí y se me ocurrió felicitarte por ese acuerdo brillante.

—Vaya, cuánto lo aprecio. Muchas gracias por decirlo, Kel. —Hayden sonrió, plegando las comisuras de los labios hacia abajo en un gesto de ironía, de indulgencia. Sin duda sabe que McClure está loco, pensó Sonny.

—Dentro de poco serás más rico que Bill Gates —dijo McClure.

Hayden dejó escapar entre dientes una ligera risa sociable.

—No puedo negar que estoy contento con nuestra retribución, pero lo que más me gustó fue ver cómo iba cogiendo forma el acuerdo, cómo al fin encajaron todas las piezas. Para mí la verdadera satisfacción estriba en eso.

McClure se rio.

—Apuesto a que sí. Pero me preguntaba qué sucedió con el campo de golf.

—El campo de golf.

—Tu complejo, el gran campo de golf en Dawei.

—Ah, eso. —Hayden frunció el ceño, desvió la mirada y balanceó su palo en corto a la Bob Hope. Cada vez que alguno de ellos se movía, el césped succionaba bajo los pies con un siseo de sexo mojado.

—Bueno, de momento eso está parado. Topamos con algunas pegas.

—Caramba. Cuéntame, quizá puedo ayudar.

—En realidad no creo que…

—No, por favor. Insisto.

Aún eran cordiales, observó Sonny esperanzado. Aún se podía fingir que conversaban con normalidad, aunque había un filo, un matiz irritante como de llave deslizándose por un alambre.

—Bueno, es que hacer negocios aquí tiene sus riesgos, ¿sabes? —empezó Hayden—. Así es el carácter de la bestia. Hay ciertos elementos de la sociedad… ¿cómo decirlo? Lo que en ausencia de una expresión mejor llamaríamos «el elemento gangsteril». La gente que se gana la vida fuera de las reglas. Con todo, yo pensé que podíamos lidiar con eso, sabes. Tomamos precauciones, creímos tener a la gente correcta en los sitios adecuados. Pero cuando colocamos los fondos de la compra en depósito… —La voz se le fue apagando. Barrió la hierba con un *swing* de una mano—. ¿Qué puedo decir? Hubo un cambio en el trato, pero nadie nos avisó. El caso es que el dinero se lo quedaron las personas incorrectas.

—Las personas incorrectas —dijo McClure con una voz brillante—. Sonny, ¿tú sabes quiénes son esas personas?

Sonny, sacudió la cabeza, Era como un examen médico invasivo; uno solo quería que terminara.

—Esas personas, Sonny, son los tipos con que tú y Merrill jugáis al golf. Se daba por supuesto que el dinero iría a la puta gente incorrecta.

—No fue así para nada —objetó Hayden, temblando, pálido y feroz. Era, pensó Sonny, un acertado despliegue de indignación justa

—. En absoluto. Fue un trato limpio. Repasamos las cláusulas de financiación con peine fino.

McClure se reía. Con las manos en las caderas se reía de Hayden.

—Cada paso que dimos lleva la firma de nuestros abogados y tengo los documentos para probarlo. Nadie puede alegar que no actuamos de buena fe.

—Estoy seguro de que es así, Merrill. Seguro que pasasteis por todos los aros. Solo quería que Sonny supiera que te sirvió de fachada. Cuando a la gente la están usando debe saberlo, pienso yo.

—Nadie usó a Sonny.

—Vale. Lo arrastrasteis a zona de combate para su beneficio.

—Contratamos los servicios de Sonny de buena fe. Y podría añadir que se le pagaron muy bien.

—Hombre, es verdad, recibió su cheque. Todo bien para Sonny, pero ¿y tus inversores, Merrill? ¿A ellos como los compensas? Aunque, vaya, tal vez ya lo hiciste. Tal vez hay un cuadro general que no alcanzo a ver.

—Todos conocían los riesgos —dijo Hayden.

—Claro que sí. —Por un momento pareció que McClure iba a estrangularlo, pero al fin ladró una risa como el arranque de una sierra mecánica—. Bueno, se acabó. Vamos, Sonny. Lamento haberte hecho salir.

Pero no lo lamentaba, verdaderamente no. En marcha hacia la casa del club se lo veía de lo más satisfecho consigo. A mitad de camino a Sonny le vino algo a la cabeza.

—¿Debería devolver el dinero?

McClure se rio.

—No, Sonny, guárdatelo. Prefiero que lo tengas tú antes que esos gilipollas.

Sonny se desconcertó.

—¿Pero no tendré problemas?

McClure ya casi había parado de reírse, pero la frase lo disparó de nuevo.

—Nooo, no tendrás problemas. Nadie tendrá problemas. Mira, me importa un bledo cómo llegó Merrill a ese acuerdo. Pero que no vaya a creerse que puede montar esas mierdas sin que yo lo sepa. Nanay, no mientras yo esté aquí. Es lo único que no voy a permitirle. Además, ¿sabes?, odio un poco a ese hijo de puta. —Dándole a Sonny una punzante palmada amable en la espalda, McClure viró hacia el aparcamiento—. Dentro de un tiempo te llamaré, profe. Así nos juntamos a vagar un rato.

Sonny entró en la tienda con el aire aturdido de un hombre que no recuerda dónde dejó los pantalones. Tommy Ng estaba haciendo girar

una pelota sobre la cara de una cuña de arena, un ejercicio zen que era capaz de mantener horas enteras.

—Sonny, ¿te encuentras bien?

Sonny se sentó en el taburete, detrás del mostrador. Si seguía teniendo el dinero, si seguía teniendo el trabajo, ¿por qué se sentía tan mal?

—Creo que me estoy volviendo loco —dijo.

Tommy hizo saltar la pelota en la mano.

—Ah, menos mal, por un momento pensé que era algo serio. Loco, te aseguro, no es problema, aquí todo el mundo enloquece tarde o temprano. —Esperó un par de segundos a que Sonny volviera en sí. Como no pasaba nada, siguió hablando, ahora con más cuidado—. Oye, Sonny, ¿quieres una cerveza? Es casi la Hora Feliz, ¿por qué no vamos a por una cerveza?

—Sí —dijo Sonny. Estaba tratando de reconciliar los dos retratos que tenía en la cabeza: sus hijas al lado del demente McClure. Por qué pensaba en sus chicas justo en ese momento no habría podido decirlo, pero la falta de ellas parecía doler de otra manera; ¿cómo un tumor en la tripa? Como si tuviera vedada la esperanza. Fuera había empezado a llover de nuevo. Al fondo, en el vestuario, los generales jugaban a las cartas. Sonny miró la lluvia y decidió que nunca iba a entender nada.

—Claro —le dijo a Tommy—. Bebamos una cerveza.

BOUKI Y LA COCAÍNA

Syto Charles vio las *go-fast* antes que nadie. Empezaron a llegar en primavera, después de que se fueran los cuerpos de paz, siempre por la noche, siempre muy veloces, irrumpiendo del sur como arpones, con un rugido estrepitoso, crispante, que para él solo auguraba problemas. Pronto cada haitiano de la costa sur sabía de las lanchas rápidas que atravesaban el mar en diez horas triturantes con los cargamentos de cocaína y los suministros criminales que sus socios del lado haitiano necesitaban para montar el negocio. Michelet, el jefe de policía de Marigot, salía al aire seis veces al día denunciando esa nueva y bárbara amenaza. «Todo aquel que tenga información, sírvase recordar que debe comunicarse con nosotros», aullaba por Radio Lumière, con voz profunda pero gorjeante falta de peso tonal. «Para combatir esta plaga terrible es preciso que todos los ciudadanos colaboren con la vigilancia». A todas horas de la noche iban y venían de Jacmel aviones que, decía la gente, llevaban la droga a Estados Unidos. Bandas rivales se tiroteaban en Puerto Príncipe mientras en las montañas, por encima de la capital, mansiones dignas de Miami acorralaban las granjas.

—Ajá —dijo Lulu, mirando pasar una *go-fast* a cuatrocientos metros de su proa, rumbo al sur como un rayo en la turbia luz de la madrugada. Louis, el hermano menor de Syto, era un hombre fornido en la flor de la vida, alegre y cáustico a la vez. La misma gracilidad que atraía a las mujeres hacía de él un tripulante de primera en la barca, aunque últimamente venía declarándose artista y se volvía más y más flojo para pescar—. Así que esos son los vagos que están arruinando el país.

Syto estaba desprendiendo un trozo de coral de una de las redes.

—Por si no lo notaste, el país ya es una ruina.

—¿Van y vienen así como así, y nadie los para?

Syto miró ceñudamente la red.

—Puedes probar tú, cuando gustes.

Por un momento miraron la lancha, una fuera de borda de casco abierto y perfil bajo, con tres cabezas como vainas metidas tras el parabrisas. Grandes remolinos se abovedaban desde la popa; era una

lancha hermosa en la grisácea luz violeta, hermosa de una manera fría, cruel.

—*Fout* —murmuró Lulu; y con un poco más de malicia—: mira tú esta lancha. —Por encima del hombro echó un vistazo amargo a su aparejo, al balandro chato con mástil de bambú y un desparramo de toda clase de trastos: redes, remos caseros, boyas de espuma desmenuzadas, una pila de piedras para tirarle al eventual ladrón—. Vale, ¿y cómo lo hacen? —preguntó—. ¿Se encuentran con sus socios en la costa y se la pasan?

—En ocasiones, supongo. —Syto se encogió de hombros—. Otras simplemente la dejan allí.

—*¿La dejan?* ¿La tiran en la playa y esperan a que sus colegas aparezcan?

—Bueno, sobre las rocas de Bois Rouge. Al fondo de la caleta.

—¿Tú *viste* eso?

—Sí, a veces al amanecer. Voy allá por camarones y veo los sacos sobre las peñas.

—Diablos, tío, ¿por qué no los agarraste? —Lulu se movió por la borda como un gran gato. En un momento había agarrado el timón y estaba cazando la vela; el palo crujía por la fuerza del viento embolsado.

—Lulu, espera un segundo.

Lulu torció la barca y puso proa a Bois Rouge.

—Espera, Lulu. —A Syto le daba más miedo romper con hábitos seguros, embotadores, que provocar la ira de una banda despiadada—. Venga, ¿qué se supone que vamos a hacer con eso?

—¿Hace falta preguntarlo? Se lo daremos a los polis, por supuesto.

Bois Rouge era una pequeña bahía profunda con un festón de playa al fondo, donde grupos de rocas irrumpían de la arena como oxidados restos de naufragio. Los hermanos encontraron tres bolsos marineros camuflados entre las rocas, cada uno con cien kilos, cada kilo con triple envoltorio de grueso plástico transparente. Cargaron los bolsos y zarparon hacia Marigot; a media mañana habían desembarcado en la playa pastosa, alquilado un par de chicos con un *bouret* de ruedas bamboleantes y transportado los bolsos a la jefatura de policía, antiguo cuartel amarillo pus del ejército haitiano remozado en un blanco hiriente con ribetes de azul regio. Pertenecía a la nueva policía civil postinvasión, reclutada y entrenada por los estadounidenses para resguardar la naciente era democrática, y mientras esperaban los dos en un despacho exterior, Syto consideró que sí, definitivamente había en el lugar otra atmósfera. No era solo la pintura, los escritorios y sillas haciendo juego, la lustrosa garantía de los faxes y ordenadores. Los viejos policías solían rondar arrastrando los pies o repantigarse

como una panda de punkis, hasta que tenían que buscar a alguien y entonces se movían bien deprisa, pero este personal se comportaba con la misma vivacidad seca que la agencia tributaria.

Y sin embargo, allí estaba Michelet al mando, Michelet con su cabeza oblonga, extrañamente chata, como un grano de café aplastado entre el pulgar y el índice: un hombre de altura media, con ojos enérgicos y el bigote cinematográfico que había lucido en el ejército, una brizna que parecía trazada a lápiz, como una publicidad de la buena opinión que el mundo debía tener de él. De militar no había sido ninguno de esos violadores o verdugos destacados, aunque de tanto en tanto abofeteara a algún que otro ladrón de gallinas. Tenía una hoja de servicios lo bastante limpia para que los americanos lo reciclaran en policía, un profesional capaz de asegurar la situación el tiempo suficiente para que los *blans* se golpearan el pecho y partieran.

—Bien, pues —dijo, entrando en el despacho con la barbilla alzada hacia los astrosos pescadores—. Bien, ¿de qué se trata?

Lulu se rio, un pequeño abuso más del tiempo de Michelet.

—Lo escuchamos hablar por la radio —le dijo. Varios policías se habían reunido en torno a ellos—. Sobre las lanchas rápidas, quiero decir. Bueno. —Descargó un pie descalzo contra los bolsos—. Aquí está su vigilancia.

Michelet frunció el ceño e hizo un gesto con la cabeza. El policía más joven se arrodilló a desatar uno de los bolsos. Miró dentro, se echó atrás para una corta risita histérica y miró de nuevo.

—Es cocaína.

—Qué coño —dijo Michelet, pero cayó de rodillas, espió en el bolso y levantó un kilo con las dos manos—. ¿Dónde encontrasteis esto? —les ladró a los hermanos.

—En Bois Rouge —respondió Lulu. Syto miraba callado. Se acordaba de Michelet; el *chef*, desde luego, no se acordaba de él—. En las rocas de Bois Rouge. Vimos partir la lancha, fuimos y los cogimos.

Michelet atacó los otros dos bolsos, bregó hasta abrirlos, removió la primera capa y metió el brazo hasta el fondo. Cuando se sentó y miró a los hermanos estaba sudando, empapado y trémulo como una virgen sobre la media luna.

—Contadme, entonces —dijo como un bobo, prácticamente amordazado en su sonrisa—. ¿Por casualidad visteis más de estos?

Esa noche Syto partió a pescar solo, tan regular en su trabajo como las estaciones y las mareas. Pescaba con luna llena, como todos, y pescaba con luna menguante, cuando ninguno se molestaba en salir, y con luna nueva, lo que era aún peor, y antes de los huracanes, una verdadera futilidad, pero desde que su hija había muerto, años atrás,

la pesca no era para él una preocupación. La mayoría de las noches las únicas barcas que veía eran las *go-fast*. Si estaba trabajando cerca de la costa, apuntaban hacia la suya, tal vez atraídos por la *lampe-batterie*; él se concentraba en las líneas y los anzuelos, ignorando el alarido de *banshee* que se le acercaba, y al ver que era un pescador daban la vuelta, con un destello del casco raso y pálido en la noche.

Esa noche cebó los anzuelos con *pisket* y tripas de pollo, alumbró el agua con la *lampe-batterie* y luego se dejó derivar, menos pensando en cosas concretas que demorándose en cierta conciencia de su vida. *Réfléchi*: más valía eso que pensar directamente en problemas del mundo que uno nunca podría resolver de verdad. El problema del contrabando, por ejemplo, o las marañas de la política, o las complicaciones que causaba la necesidad de comer todos los días. O la muerte de niños, algo brutalmente habitual en Trois Pins. Él y su mujer habían perdido cuatro, los tres primeros de criaturas, y la última, Marie-Lucie, casi a los siete años. Esa hija nunca se le alejaba de la mente: una niña obstinada, activa, que había insistido en empezar la escuela a los cinco años y fastidiado al padre hasta que la había inscrito en la maltrecha École Supérieure de Marigot. Un día había estado cantando sus lecciones mientras saltaba a la cuerda y al siguiente temblaba de fiebre en su estera con el tobillo fofo y blanquecino como pescado podrido. Por la mañana tenía las dos piernas hinchadas y los ojos vidriosos y distantes. Syto le pidió a un vecino su zaina, abrigó a Marie-Lucie en una toalla, la cargó atravesada en la silla, como en una cuna, y no se apearon hasta que la desgarbada yegüita los llevó hasta Jacmel. Por el camino Marie-Lucie, enloquecida de fiebre, se puso a hablar y cantar con una exuberancia tan familiar que Syto pensó que iba a volverse loco de pena. En la clínica el médico meneó la cabeza. No había antibióticos: el embargo se había cuidado bien de eso; no había ni siquiera una aspirina para darle. Le dieron a Marie-Lucie una cama y a Syto una estera; aquella noche la vida se derramó de ella como agua de un cubo y al día siguiente, con el cuerpo otra vez acunado en la silla, Syto no había querido tanto estar muerto él como echarse en una zanja a esperar a que su tiempo terminara. Los que andaban por el camino entendían enseguida; se paraban, se quitaban el sombrero e inclinaban la cabeza, y muchos lo llamaban «hermano» y ofrecían una plegaria. Pero justo cuando pasaba frente a la *Avant-Poste* de Marigot, los soldados de la galería se habían echado a reír. Una fila entera estaba ahí haraganeando a la sombra, las sillas reclinadas contra la pared, los rifles apoyados a mano; Syto recordaba que uno de ellos era Michelet, con sus galones de sargento y su bigote remilgado, los pantalones elegantemente metidos dentro de botas relucientes. En aquel momento Syto había sentido un impulso asesino —*cómo se atreven*—, pero luego

había comprendido que no se reían de él; que ni lo habían visto pasar.

Alguno había contado un chiste, nada más; las risa no había tenido nada que ver con él. Sin embargo le había dejado una cicatriz y el resentimiento había durado, y cuando Syto surcaba las olas por la noche, la mente reproducía sin cesar aquel sonido.

Una semana después todos los policías de Marigot conducían Land Cruisers. El propio Marigot había pagado en efectivo una de las mejores y más grandes granjas cercanas a Cyvadier; al menos eso decían los rumores, y al fin salió por la radio a defenderse. «Todo el contrabando ha sido enviado a la jefatura de Puerto Príncipe», declaró, y él en persona, «criatura y sirviente de Dios», estaba dirigiendo la lucha local contra la droga, «con la ayuda del departamento antidroga americano».

La gente encogía los hombros; tenías la verdad a la vista, ¿pero qué podías hacer?

—Nuestro problema —dijo un día Lulu en la barca— es que somos unos imbéciles. Dejamos que esos tipos nos pasen por encima.

—No hables así —objetó Syto. Estiró la mano por encima de la borda para echarse agua en la cabeza. Era un día tórrido, sin nubes; como el agua de alrededor estaba del mismo azul deslumbrante que el cielo, Syto tenía la sensación perturbadora de que flotaban en el espacio—. Somos pescadores, nos ganamos la vida honradamente. Respétate un poco, Lulu.

—¿Qué me respete? Vamos, Syto, esto es igual que Bouki y Ti-Malice, y nosotros somos el pobre bobo de Bouki. Mientras, esos polis conducen por ahí riéndose de nosotros.

Todos los haitianos crecían escuchando los viejos cuentos sobre el tonto y ávido Bouki y el astuto Ti-Malice, un manipulador que siempre se llevaba la mejor parte. Aunque supuestamente uno debía compadecerse de Bouki, Syto había notado las sonrisas de placer con que muchos se tomaban los timos y embustes de Ti-Malice.

—Bueno, yo no me arrepiento de nada —dijo Syto. Sentía la misma amargura que Lulu pero no iba a admitirlo—. Tratamos de hacer lo correcto.

—Tratas de hacer lo correcto y te mueres correctamente de hambre. —Lulu encendió un cigarrillo—. Bouki se muere de hambre mientras Ti-Malice engorda y reluce.

Syto no necesitaba que Lulu le recordase cuán degradante podía ser la vida, pero por otro lado sabía esto: que después de la muerte de Marie-Lucie se habría vuelto loco de no haber sido por las monsergas de Lulu en la barca, sin su munición de chistes sobre la suerte que les tocaba, la pesca, el mundo; o sin Lulu de rodillas poseído por el ritmo

de las olas, sentado en la popa diciendo cosas como «Creo que el hombre es la sombra de Dios»; o sencillamente fumando como un gandul, con lo que Syto tenía que saltar a regañarlo en vez de pescar tranquilamente hasta partirse en dos de dolor. Pero una mañana Lulu había anunciado que era un artista, y ahora se pasaba la mayor parte de los días pintando lo que soñaba por las noches, haciendo grumosas pinturas sombrías como surgidas de un reino subacuático que llevaba en la cabeza. Cuando tenía tres o cuatro se estacionaba en la plaza Jacmel para tratar de vendérselas a los *blans* que pasaban por allí, cooperantes sobre todo, a veces un turista inocentón o dos.

—Dime una cosa —siguió Lulu, ahora entre dientes. Estaba enrollando la red de *pisket*, lo que le exigía sujetar la línea de tracción con la boca; entre la cuerda y el cigarrillo en la comisura no le quedaba mucho espacio para hablar—. ¿Esther sabe lo de la droga?

Syto lo pensó.

—Creo que sí.

—¿*Crees* que sí? ¿O sea que se lo contaste?

—Hombre, no.

—¿Ha estado hablando?

—Sabes que no.

Con una flexión de los brazos Lulu desplegó la red por encima de la borda. Centelleando, la red tocó el agua como un beso de enamorada.

—Pues si tú no se lo dijiste y ella no ha hablado, ¿cómo sabes que lo sabe?

—Puede que no hable, Lulu, pero sorda no es. Va al mercado, escucha la radio. Está al corriente de lo que pasa.

—Demasiado *chagrin* —dijo Lulu—. La red se hundía en el agua como si se estuviese adormeciendo—. Demasiada tristeza. Lo siento por ella, de veras. Supongo que si pudierais tener otro crío…

Syto negó con la cabeza. La comadrona había dicho que no habría más niños; el parto de Marie-Lucie había dejado a Esther muy desgarrada. Por un rato Lulu miró el agua en silencio. Luego dio un tirón exploratorio.

—¿Cuánto podía valer esa droga?

—No lo sé. Mucho, me figuro. De creerle a la radio.

Por un momento solo se oyeron el golpeteo musical del agua y el crujido del palo como de un hueso dislocado. Los dos hermanos estaban pensando en lo mismo y cada uno sabía en qué pensaba el otro, pero ninguno quería expresarlo con palabras.

—Esther necesita un cambio de vida —dijo, y empezó a recoger la red—. Y tú también, Syto. Te estás asfixiando. —La red afloró con un puñado de sardinas al final—. Pero cambiar siempre es difícil, eso es

cierto. Y si hablo por mí, soy de los que se lo toman con calma.

Por dos semanas Lulu no faltó a la barca un solo día y habló de dinero tan continuamente que Syto se preguntó si no estaría *boujwa*, pasta-maníaco.

—En cierto modo tener dinero a montones sería terrible, ¿sabes? Con tanta gente zumbando alrededor y tantas mujeres en tu cama, nunca sabrías si te quieren a ti o a tu bolsillo.

Dinerodinerodinero, como una comezón en la lengua, esto en boca de un hombre que aseguraba oír a los perros reírse entre dientes, un hombre a quien los dioses del vudú favorecían con frecuentes posesiones y sueños. Un día, mientras acarreaban las trampas para langostas, dijo:

—Mira, Syto, yo creo que el que tentó a Jesús no fue el diablo. No creo que el diablo estuviera con él esos cuarenta días en el desierto, qué va. Fue Jesús mismo, *oui*. El único que tentó a Jesús fue Jesús.

A Syto le preocupaba su hermano. Le preocupaban los dos, pero cuando encontraron otro cargamento —esta vez cuatro bolsos a la sombra de los árboles del borde de Pointe Boucan— Lulu estudió la situación un momento y dijo:

—Yo ya no quiero esa mierda.

—Hombre, yo seguro que no la quiero —dijo Syto—. ¿Entonces qué hacemos?

Una libélula negra y verde pasó casi rozándoles las cabezas. El mar susurraba contra las rocas como vaca restregando el lomo.

—A los polis ni hablar.

—No.

—Vale. ¿Y habrá algún *politicaille* de quien fiarse? Aunque solo sea esto. —Lulú mostró la punta de un dedo.

—¿Qué tal Méreste? —sugirió Syto.

Lulu hizo un ruido de arcadas.

—En un tiempo fue cura.

Lulu lo concedió con una inclinación de la cabeza.

—Es del Lavalas —dijo Syto, invocando el una vez venerado partido del presidente Aristide.

—Creí que era del MPP[2]•.

—Lo que tú digas. Yo ya no puedo controlarlos a todos.

—De acuerdo, bien podemos probar. Probablemente sea la mejor opción.

El senador Jean-Mario Méreste recibió a Syto y Lulu en su amurallado complejo de las afueras de Jacmel. Vestido con una guayabera blanca y pinzados pantalones de lino, aceptó el contrabando arrugando el ceño y elogió el firme civismo de los hermanos Charles y su respeto por la ley. A los pocos días, como por

coincidencia, la custodia del senador se desplazaba por la ciudad en flamantes furgonetas Toyota ostentando ametralladoras Uzi. El senador Méreste había adquirido un Mercedes SUV y la radio lo mencionaba como posible candidato presidencial.

Bueno, y qué iba uno a hacerle. Los atardeceres en que no salía a pescar, Syto se sentaba en su sitio de meditación bajo el almendro, y mientras las hojas caían a su alrededor como pájaros exhaustos intentaba quitarse el asunto de la cabeza. Los vecinos se acercaban a chismorrear y compadecerse, y a menudo Esther se sentaba bajo el árbol con él a remendar calladamente las redes que él traía rotas. Esther nunca hablaba —desde la muerte de la hija tenía la enfermedad de *pa-palé*—, pero ahora Syto sabía que su silencio no era torvo ni airado. Al principio había pensado que estaba enfadada, y la comprendía —¿no estaba él furioso consigo mismo?—, aunque no habría podido decir exactamente por qué. Pero con el tiempo empezó a sospechar que aquello no tenía nada que ver con él, que era un acto de devoción intensa como el de las monjas que, con la promesa de plena atención a Dios, se entregan a una pasión tan pura y estricta que toda su vida se eleva a una forma de plegaria.

Exigía respeto, un silencio así; él ya no intentaba enredarla para que dijera unas palabras, aunque la vida con una mujer que nunca hablaba, se hacía solitaria. Un atardecer estaban bajo el almendro a su callada manera cuando unos vecinos se precipitaron cargando a Lulu en una angarilla. No podía abrir los ojos tumefactos, la cara parecía fruta pisada y por el silbido del pecho Syto supo que tenía varias costillas rotas. Los vecinos lo habían encontrado tirado en la plaza mayor de Jacmel, gimiendo de dolor en un delirio de rabia. Lo habían subido a un tap tap rumbo a Marigot y por el camino, reanimado con agua y un par de sorbos de ron, les había contado que había ido a plantarse a la puerta de Méreste y lo había denunciado en términos tan furibundos que los gorilas del senador no habían tenido más alternativa que salir corriendo y molerlo a golpes en la calle. A medida que contaba, Lulu parecía recobrar las fuerzas; cuando el tap tap llegó a Marigot, milagrosamente ya había reunido bastantes para dejar a sus amigos y lanzarse a la jefatura, donde un enfrentamiento con Michelet le había valido su segunda paliza del día.

—Yo creo que los polis lo habrían matado —dijo Alcide, uno de los que lo habían encontrado en Jacmel—. Pero les dijimos que está mal de la cabeza y no sabe lo que hace.

Lulu agarró a su hermano del brazo y lo acercó.

—No estoy loco —siseó apretando los dientes—. Busco un poco de justicia en la vida.

—¿Te das cuenta? —dijo Alcide poniendo los ojos en blanco—. Totalmente chiflado.

En los días siguientes las amigas de Lulu se turnaron para atenderlo durante los infernales dolores de la curación. Llegaban siguiendo un horario tácito, y no había casi una aspereza entre ellas, al menos hasta que se aseguraron de que viviría. Después de varias semanas tuvo suficiente energía para volver a su casa; mientras tanto, en las ardientes noches de verano Syto salió a pescar por los dos. En esa época del año los peces siempre estaban aletargados; el *baret* y el pargo aún tenían que empezar sus correrías. Para hacer una captura decente Syto debía navegar cinco o seis kilómetros mar adentro, donde malignos chubascos lo azotaban varias veces cada noche y salvas de peces voladores estallaban de la oscuridad, punzantes como manojos de fustas minúsculas. Un atardecer apiló los aparejos en la barca y se hizo al mar, primero entrando a remo en la cala de Cayes Caiman a arrancar de las rocas erizos para carnada. Era un día caliente, luminoso, con una luz de un duro azul actínico. Después de subir la barca al trocito de playa, buscó *chadwon* entre aguas vertidas y charcos de marea, mientras las olas golpeaban los peñascos con un chasquido agudo. Estaba recogiendo sin pensar mucho cuando los bolsos le llamaron la atención: tres en fila al borde del bosque como barras de pan enfriándose. Trepó desde la playa y se paró a mirarlo, parpadeando, oscilante, raramente corto de aliento. El sol pulsaba en el agua con destellos como púas. En el bosque que ceñía la playa cantaban las cigarras; los grandes, solemnes árboles se alzaban a espaldas de Syto como un congreso de ancianos del pueblo. En varios momentos pensó en Michelet y Méreste, en las salvajes golpizas a Lulu y en la risa cruel de los soldados y la vergüenza de ser un Bouki, pero en realidad no necesitaba convencerse. En el mismo instante de ver la mercancía había sabido que iba a quedársela.

—¿Y *a mí* me lo preguntas?

Lulu estaba sentado bajo el cobertizo de su patio, un tosco abrigo de hojas de palmera entretejidas para trabajar con la cabeza a salvo del sol y la lluvia. Tubos de pintura retorcidos, viejas latas llenas de pinceles, cuadros a medio acabar apoyados en caballetes endebles: sentado entre todo eso, Lulu pintaba.

—Anda, Lulu. Solo te estoy pidiendo una ayudita.

—Olvídalo, hermano. Yo ya tuve lo mío con la droga. Hice lo correcto y casi me matan.

Syto se arqueó, acercó una silla y ojeó la última pintura de su hermano. Un negro alto y flaco en frac y con sombrero de copa sonreía mientras al fondo un cañaveral ardía en llamas. Por la ropa lujosa, las gafas de sol y el bastón elegante tenía que ser Guédé, el dios vudú de la muerte que se duplicaba como hipersexuado señor del desgobierno. Parecía bailar una giga, de espaldas al fuego enardecido,

deleitándose como siempre con el caos y la conmoción. Papa Guédé era uno de los *Iwa* que había llegado de África con los ancestros y los había sostenido durante los tiempos amargos de la esclavitud y en adelante. Aun ahora, en el interconectado mundo global de los ordenadores, los teléfonos móviles y el delito transnacional, los *Iwa* se negaban a desaparecer; se negaban a abandonar a sus *serviteurs*. A Syto le costaba tanto imaginarse tratar con la vida sin ellos como sin ojos o la guía de la razón.

—Lulu, me está matando. No tengo idea de qué hacer con eso.

—Tendrías que haberlo pensado antes de cogerlo.

—Escúchame: lo único que pensé fue que no quería que se lo quedaran esos tipos.

Con eso Lulu pareció ablandarse. Se había puesto a dar toquecitos de rojo al lóbrego cielo nocturno; desde la paliza usaba mucho el rojo y el negro.

—¿Ahora dónde está?

—Cavé un pozo en la casa de la Erzulie, debajo del altar.

—¿Cuánto es?

—Tres bolsos, como la primera vez.

Lulu desinfló los cachetes y buscó otro pincel. Pequeñas siluetas humanas cobraron forma dentro del fuego, difícil decir si bailando o muriendo.

—¿Esther lo sabe?

—Ella me ayudó a esconderlo.

Por un minuto Lulu siguió pintando; al fin suspiró.

—Vale, hermano. Te escucho.

—Bueno, se me ocurrió que deberíamos contactar con Nixon. Quizá conozca gente que pueda ayudarnos.

—¿Nixon? ¡Si es un crío!

—Te olvidas, Lulu. Ya es un hombre. Y es de la familia. Necesitamos alguien de confianza.

Lulu lo pensó mientras, retocando la boca de Papa Guédé, iluminaba los dientes de modo que la sonrisa proyectaba la impúdica lascivia de una calavera.

—Okey. Nixon.

—Pero no puedo ir yo. Michelet me está vigilando. Y apuesto a que a ti también.

El pincel se congeló en el aire.

—¿O sea que lo sabe?

—Creo que si estuviera seguro ya me habría atrapado, pero sospecha. No paran de rondarme coches con sus hombres.

—Mierda, Syto. Esto es serio.

—Y que lo digas. Por eso, más vale que mandemos deprisa a alguien a Puerto Príncipe.

Enviaron un mensaje a Nixon con una de las amigas de Lulu, una *marchande* que viajaba a la capital todas las semanas cargando naranjas y limas para vender. Entretanto Syto, con su más indolente cara de Bouki, siguió con sus asuntos, que por el momento incluían arrastrar la barca a la playa para calafateo y pintura, una tarea anual que lo mantenía cerca de su casa y a la vez en circulación entre los vecinos. Si Michelet quería pillarlo, razonaba, iba a aprovechar cuando lo viera solo. De momento, Land Cruisers llenos de lacayos policiales se paseaban por la ciudad varias veces al día, una presencia en aumento que naturalmente despertaba comentarios. Trabajando en la playa municipal, Syto, como todo el mundo, oía rumores de que un local se había apoderado de una carga de contrabando. Y notó cuánto les gustaba la historia a los vecinos, cómo se reían, histéricos de nerviosismo, cuando hablaban de engañar a los polis.

Cuando apareció Michelet fue a plena luz del día, solo, después de aparcar a la puerta su camioneta Nissan con matrícula oficial. Syto y Esther estaban terminando de almorzar bajo el almendro. Esther miró a Syto con absoluta calma, los ojos más elocuentes que varios años de conversación.*No puede hacernos nada*, daba a entender su cara, y él comprendió que era cierto: desde la muerte de la hija no tenían nada que perder. Sintió que el miedo se le iba de golpe como un sombrero arrebatado por viento.

—S'ior jefe de policía —dijo acercándose a la camioneta con una formalidad de bobo—. Es un verdadero honor.

—Hola, Charles —dijo Michelet con bastante corrección—. Quiero hablar contigo. —Desde la camioneta inspeccionó el pequeño *lakou*: el patio despejado, la casa de habitación única con su esmerado jardín cocina y más atrás, ladeada entre los arbustos, la cabaña que Syto había construido años atrás en honor de la diosa Erzulie.

—Por supuesto, s'ior jefe de policía.

—Quiero que me cuentes sobre la cocaína —dijo Michelet.

—Por supuesto, s'ior jefe de policía. ¿Qué cocaína, por favor?

Los dientes de Michelet emitieron un lento chirrido decalcificador. Por muy poderoso que fuera, sentado en la camioneta se lo veía fustigado, como un hombre en serios problemas con su esposa.

—Hemos oído que la semana pasada dejaron una carga de contrabando en Cayes Caiman. El miércoles. Y tú estuviste allí el jueves, nos dicen.

—¿Ah, sí? Mmm, no sé, s'ior jefe. Sí, claro, de vez en cuando voy a Cayes Caiman; es un buen sitio para recoger *sirik* y *chadwon*. Pero ya sabe que los días no son mi punto fuerte. ¿El jueves, dijo usted?

Michelet lo miró con ojos embozados, amenazantes.

—Te vieron, ¿de acuerdo? Sabemos que estuviste ahí. Así que si sabes algo sobre ese contrabando más te vale decírmelo.

—Desde luego, s'ior jefe. Si encuentro droga, sea la que sea, se lo contaré. Siempre que vea algo iré derecho a la jefatura, como la vez que mi hermano y yo le llevamos los bolsos. Por favor, s'ior jefe, guíese por el pasado. Usted sabe que somos gente de honor.

Michelet puso una decidida cara de saurio.

—Pse —gruñó—. Hablemos de tu hermano. ¿Cómo está de salud?

Syto cabeceó con fervor.

—Bien, por cierto, excelente. Va a ponerse bien. No hay problema con eso, s'ior jefe.

—Se lo tuvo merecido, sabes. El castigo que recibió, digo. Estaba diciendo cosas muy feas de mí.

—Ay, mi hermano —gimió Syto, ladeando la cara hacia la límpida luz acuosa de los árboles—. Escuche, a veces mi hermano pierde un poco la cabeza. ¿Usted sabe que es artista? Sí, uno de esos alocados. Pero descuide, jefe, nosotros lo tenemos vigilado. No va a fastidiarlo más.

Ceñudo, Michelet caviló un momento; luego alzó la nariz e inspiró.

—Charles, meterse conmigo no es buena idea.

—No, s'ior jefe.

—Con este asunto tenemos el aliento de los americanos en la nuca; no paran de gritarnos que rechacemos las lanchas. Así que si sabes algo será mejor que me cuentes. —Puso la marcha atrás—. Y si no vas a contar nada, hazte a un puto lado.

Syto ya sentía nostalgia de su vida anterior, cuando su único cuidado era ganarse la vida en las ya improductivas aguas de las afueras de Trois Pins.

—¿Coges incluso pececitos tan pequeños? —le había preguntado una vez un *blan*, uno de los cooperantes que de tanto en tanto se acercaban a molestar con preguntas estúpidas.

Algo intimidado por el *blan*, Syto había encogido los hombros y bajado los ojos.

—Hombre, claro —había respondido—. Si no te los llevas tú, se los llevará otro.

Y a eso empezaba a reducirse todo, había reflexionado: o agarrabas lo que podías o te morías de hambre, pero la pesca era un ruedo relativamente oscuro. Por otro lado, el mundo entero enloquecía por las drogas. El dilema le preocupaba tanto que sintió que iba a estallarle la cabeza, y cuando al fin Nixon apareció, él ya estaba más que dispuesto a librarse del material.

Llegó a medianoche con tres amigos, los tres macizos, adustos

jóvenes negros como el carbón con elegante ropa de seda y cadena de oro al cuello. Los acompañaba Lulu. Hacía años que Nixon no visitaba Trois Pins y a oscuras no había logrado orientarse, hasta que al fin había topado por casualidad con la cabaña de Lulu. Nixon había nacido en Puerto Príncipe bajo *père* Duvalier, cuando circulaba el rumor de que el presidente de Estados Unidos planeaba visitar el país; la madre, hermana mayor de Syto y Lulu, lo había llamado como el gran hombre americano con la esperanza de obtener una audiencia y acaso un provecho para el niño. La visita no se había materializado nunca, y provechos solo los que Nixon había podido conjurar para sí del aire haitiano de oportunidades. En años recientes, por canales de la familia habían llegado noticias de la fortuna que Nixon había hecho durante el embargo comprando gasolina en la frontera dominicana para llevarla a Puerto Príncipe en camiones armados.

Ahora se decía que era dueño de gasolineras y de una flota de tap taps. El pequeño Nixon, pensó Syto mirando al duro con cuello de toro sentado al otro lado de la mesa; Nixon el chico esmirriado, enfermizo, cuya madre solía despacharlo a Trois Pins cada vez que necesitaba engordar. Primero pidió un vaso de agua, que Esther le puso delante. Él tomó una pizca del polvo, lo dejó caer en el agua y empujó el vaso a la luz de la única vela. Los cristales precipitaron y antes de tocar el fondo desaparecieron. Acto seguido puso algo de polvo en un trozo de papel metálico de tabaco y lo sostuvo sobre la vela, con lo cual la sustancia se fue fundiendo y empezó a burbujear como jarabe de caña hasta licuarse en un pringue marrón. Después pinzó una cantidad mayor de cristales y los alargó sobre la madera. Sacó del bolsillo una fina caña dorada, se inclinó sobre la mesa y procedió a introducirse la droga en la nariz.

Lulu le disparó a Syto una mirada de horror: *¿Te lo sorbes por la nariz?* Nixon se reclinó con una sonrisa distante; era como si le flotaran luciérnagas en los ojos.

—Tío —dijo—. ¿De dónde has sacado esto?

Syto se lo contó. Nixon parecía saberlo todo sobre las lanchas.

—¿Cuánto hace que lo tienes?

—Hará una semana.

—¿Quién más lo sabe?

—Solamente nosotros. Pero los polis andan rondando. Sospechan.

—¿Y alguien más? Quiero decir, ¿algún *étranger*?

—No, solo haitianos. Nadie más que nosotros y los polis.

—¿Cuánto vale? —preguntó Lulu. A la luz de la vela los ojos le brillaban como laca.

—El precio actual es de cuatro mil —dijo Nixon—. Cuatro mil dólares USA.

—¿Por un bolso? —exclamó Lulu, alborozado, pero Nixon miró a sus amigos arrugando el ceño. Luego se volvió hacia sus tíos y habló muy despacio.

—Cuatro mil —tocó la bolsa de kilo que estaba sobre la mesa— son por cada por una de estas.

Syto supuso que iba a morir. Había demasiado dinero en medio, demasiada gente desesperada. Pero un momento después estaba pensando: ¿es esto lo que tiene que hacer un negro para que lo respeten un poco? ¿Jugarse la vida, como Lulu denunciando a los ladrones del Gobierno? ¿Como Nixon contrabandeando gasolina? Y el mismo argumento lo percibía en Méreste y Michelet: se habían tomado la droga como una cuestión de respeto por sí mismos. En este mundo no había más alternativa que ser un estúpido o un ladrón. Syto se desesperó; sabía que nunca iba a poder explicar la intuición de que, por improbable que fuese, estaban todos del mismo lado.

Miró a Nixon por encima de la vela.

—Necesitamos ayuda —dijo—. Solos no nos las arreglaríamos.

—Ya —dijo Nixon—, pero hay un problema. Creo que conozco a los que trajeron esto. Llevarlo a Puerto Príncipe cuando todavía van a reclamar que es suyo… Eso no lo puedo hacer. Es demasiado directo, no podría caminar por la calle. Hay una manera, pero a Puerto Príncipe lo tienes que llevar tú. Una vez que esté allí nosotros lo lavaríamos; hasta ese momento yo no puedo tocar el material.

Syto quería llorar.

—Son trescientos kilos —dijo, agitando la mano hacia los bolsos, que parecían grandes como camiones cisterna—. La policía me controla hasta el menor paso.

Nixon arrugó el ceño; lo comprendía, hasta cierto punto.

—Tío, espero que se te ocurra algo pronto. Y si no, te sugiero que pongas estos bolsos en tu barca y los tires al mar.

Era tentador. En ciertos momentos de los días siguientes Syto tuvo ganas de tirar la droga al mar o tirarse él, lo que trajera alivio más rápido. La gente empezó a hablar de unos extraños que recorrían la carretera, personajes de pinta resbaladiza que husmeaban en las calas y playas locales. Los polis seguían con el acoso a Trois Pins, y Michelet empezó a presionar de otras formas: durante varias noches un helicóptero del ejército de Estados Unidos atronó el pueblo, segando palmeras y cabañas con el reflector mientras el altavoz bramaba en creole un mensaje enlatado. Los americanos ya habían hecho algo así antes, cuando durante la invasión habían desatado una lluvia de mensajes conciliadores; ahora aleccionaban a la gente de Trois Pins recordándole el deber patriótico de entregar drogas y delincuentes a la justicia. A veces a Syto le parecía que el helicóptero estuviera

plantado sobre su techo para destrozarle la mente con su *guaj guaj guaj* mientras la voz zumbaba como la locura misma.

—Pues sí —dijo Lulu una tarde—. Tratan de meterse en tu cabeza. Quieren desquiciarte.

A Syto aún le hormigueaba la mandíbula, secuela de la percusiva visita de la noche anterior.

—Pues lo están consiguiendo. No sé bien cuánto más puedo aguantar.

Lulu lo estudió con ojos solemnes; luego volvió a sus pinturas. Estaba trabajando en cuatro al mismo tiempo, diversas encarnaciones de Guédé apoyadas en sillas y caballetes, en medio de las cuales pivotaba en un taburete. Se había pasado el mes entero pintando Guédés, en previsión del aumento de la demanda por parte de los inexistentes turistas para la próxima fiesta del dios y el Día de Muertos.

—¿Entonces qué vas a hacer, hermano?

—No sé. —Syto empujó una silla a la sombra del cobertizo. El aire estaba espeso como paté; un par de casas más allá alguien improvisaba en un tambor—. Estoy vacío, tú. No puedo ni pensar.

—¿Michelet sigue rondando?

—Ayer Esther llevó al mercado unos manojos de berenjenas. El tipo la paró y revisó todas las cestas.

—Será malnacido.

—Es solo cuestión de tiempo, Lulu.

Lulu estaba pintando un cortejo fúnebre de Guédés danzantes que transportaban el ataúd en alto meciéndolo en un ángulo jubiloso.

—Te diré lo que creo —dijo—. Creo que deberías tirar eso. —Syto gimió—. Sí, sal en la barca cuando todo el mundo esté con Guédé y lánzalo al agua. Despréndete ya de esa mierda.

—No puedo.

—¿Qué dices, Syto? No me jodas. —*Bop bu bop bop brrrp*. El tamborilero ardía en el *beat* voluptuoso de la banda, la canción de Guédé. Las manos de Lulu temblaron un segundo, no más—. ¿Quieres morir por un fardo de basura que te metes por la nariz?

—No, pero tampoco quiero vivir como un idiota.

—Vamos, Syto, nadie te está llamando idiota. —*Brrr-rup bop bop*. Lulu parpadeó, los ojos en blanco; el tambor ya empezaba a poseerlo, pero dio una boqueada, sacudió la cabeza y se zafó—. Nosotros no estamos hechos para esta materia. —Se aclaró la garganta—. Fíjate que hasta Nixon evita liarse, y eso que es más duro que un *macoute*. Y nosotros somos simples *paysans*, ¿vale? Es lo que somos y no tiene nada de vergonzoso; nacimos para servir a Dios y vivir vidas corrientes. Así que olvídate de la droga. Que lo resuelvan a tiros esos

ladrones.

—No quiero se la queden ellos, nada más.

—*Yo tampoco* —soltó Lulu en una voz pulsante y nasal, la que tomaba Guédé cuando poseía a alguien. Se desplomó como sin conciencia; luego despertó con un espasmo—. Así que tira esa mierda —dijo, más o menos él mismo de nuevo—. Tírala ya y acabemos con esto.

—No es suficiente. Ellos casi te matan.

Arrugando la frente, Lulu se volvió hacia otra pintura, un Guédé inclinado hacia delante con las manos en el bastón, el trasero asomando entre las colas del frac. Le estaba sacando la lengua rosa, algo delicada, a un grupo de burguesas distinguidas.

—Eso fue un asunto mío —dijo Lulu, vidrioso, irritado—. *Brrr-bup*. Aquel día enloquecí.

Se levantó de golpe y el taburete voló hacia atrás mientras él se removía y piafaba como un caballo asustado. Estaba tratando de combatir al dios que le ocupaba la cabeza, pero sucumbía tan fácilmente a la posesión que bastaba un corto tamborileo, o un poco de baile y de ron, y a veces ver poseído a otro.

—Mira —dijo, con la voz como un zumbido de alta tensión—, esto es asunto tuyo. Fuiste tú el que agarró esa droga. Cuéntame el plan y yo te ayudo, pero no entro en ningún trato. Tienes que decidir tú, Syto. —Intentó caminar, pero se le había arraigado una pierna al suelo. Se esforzó por arrancarla como un tocón porfiado y con una sacudida echó a andar arrastrándola—. Pero te diré algo —dijo por encima del hombro—: más te vale resolverlo cuanto antes. Porque cuando últimamente te miro a los ojos lo que veo son cruces.

Entró pesadamente en su cabaña; Syto lo oyó derrumbarse en la estera y luego flotó de puertas para fuera un rezongo embotado, impaciente, el hipado *ke ke ke* del águila real. Syto sintió que le escocía la piel sobre la columna, como si le clavaran cien agujas en el hueso. Miró las pinturas. Piensa algo, se dijo. Piensa.

En la víspera del Día de Muertos Syto Charles compró un asiento en el último tap tap desde Jacmel, a la hora en que los Guédés empezaban a aparecer en las calles. Esperando el autobús con el ala del sombrero baja, los miró surgir en sus ropas absurdas, los rostros embadurnados de grosero maquillaje blanco. Daban vueltas hostigando a la gente con burlas y canciones estúpidas, frotando contra las mujeres sus caderas fluidas. Las víctimas chillaban y les seguían el juego, pero al mismo tiempo se endurecían y hurtaban, inquietas en presencia viva de la muerte.

A la puesta del sol el tap tap se puso al fin lentamente en marcha.

Syto inclinó la cabeza y rezó en silencio una oración de gracias. Su gran caja de cartón iba bien segura en el techo, sellada con cinta adhesiva, atada además con cordón sisal y etiquetada como «Café» en todas las caras. Lo asombraba haber logrado salir de Marigot, mucho más de Jacmel, pero había contado con que la confusión de la fiesta le diese cierta cobertura. A medida que dejaba la ciudad y subía por los cerros, el tap tap iba pasando frente a raudales de gente toda vestida de blanco, grupos de *dévoués* del vudú camino a sus templos, a veces con un Guédé provocándolos con meneos. En los valles y las cumbres de las colinas empañadas de niebla Syto veía palpitar fogatas, y la oscuridad subir desde pliegues y hondonadas como una ciénaga gris filtrándose de la tierra.

Ya muy abajo, con las vueltas del camino, las acurrucadas luces de Jacmel se perdían de vista y reaparecían, hasta desaparecer del todo cuando las montañas se echaron el tap tap al hombro. Syto procuró no tener esperanzas, lo que con el paso de los kilómetros se convirtió en un acto de voluntad como contener el aliento: cada tanto tenía que ceder. En ningún momento dejó de rezar a Jesús, María y los *Iwa* del vudú, pidiendo no ya tener éxito, ni siquiera salvar el pellejo, sino una verdadera liberación, fuera la que fuese.

La que ya llegaba, supuso cuando sonaron los disparos de aviso, y estaba bien. Dando un amplio rodeo, el Land Cruiser adelantó al autobús en una desolada curva de la montaña, con los policías agitando las pistolas por las ventanillas, gritándole al conductor que parase. Era pues esa liberación superior por la que debía pelear; al bajar del autobús Syto se sintió extra-
ñamente aliviado, casi sabio, como si al fin hubiese dado con el sentido de la vida y lo único que ahora quisiera de veras fuese ver a Esther una vez más. Michelet ordenó a los pasajeros que se alinearan con su equipaje, y, mientras la gente se organizaba, los policías, presos de una especie de ataque de autoridad, empezaron a cargar por toda la carretera, a patadas, a gritos, esposando a mujeres y niños no menos que a los hombres. El propio Michelet se plantó a un lado, temblando en silencio, cociéndose en su mundito de ira. Poco a poco los pasajeros formaron una fila, de espaldas a la barrera de seguridad, que bordeaba un barranco en sombras con la tallada silueta de las montañas más allá. Syto cobró conciencia de un débil repique de tambores en el barranco, mientras Michelet recorría la fila y se paraba frente a él.

—Syto Charles.

—Sí, s'ior jefe.

Michelet echó una mirada aparentemente amable a un lado, antes de girar y darle un golpe como un latigazo. Los otros pasajeros volvieron la espalda con un gemido de resignación.

—¿Esto qué es? —aulló Michelet pateando la caja de cartón.

Syto intentó sacudirse las chispas azules de los ojos.

—Café, s'ior jefe. Para vender en Puerto Príncipe.

Pensó que Michelet iba a pegarle otra vez, pero después de una pausa horripilante chasqueó los dedos indicando a sus hombres que abrieran la caja. Uno de ellos trepó al techo con una navaja de aspecto desagradable y en un momento los otros bajaron dos pesados sacos de loneta. A una señal del jefe, el ayudante los desgarró de un solo tajo; estaban tan llenos que la tela reventó como tocada por un relámpago, lanzando un denso, curvo borbotón de…

Café. Michelet se quedó mirándolo perplejo. Bajó al camino, escarbó entre los granos y al fin sacudió los sacos hasta que la última partícula rodó traqueteando. Boquiabierto, se volvió hacia la gente como si estuviera soñando, y luego los ojos se le fijaron, endurecieron y fusionaron con un plan. Avanzó hacia Syto sacando la pistola. Los otros pasajeros dieron un paso atrás y hasta los policías parecieron encogerse y desviar la mirada. Syto había alzado la cara hacia las estrellas y encomendado su alma cuando de pronto dos autobuses aparecieron bramando por la curva, con las bocinas al viento y, por debajo de todo, la música de los radiocasetes como un gorgoteo de calderas a punto de estallar. Se detuvieron con las luces altas encendidas, bamboleándose, dejando una estela de humos de gasóleo. Las puertas se abrieron; policías y prisioneros escrutaron el vacío y al momento siguiente un enjambre de Guédés bajaba dando tumbos e iba hacia ellos como una horda de sepultureros dementes.

No, pensó Syto, *no te detengas*, pero enseguida vio que se le había ido todo de las manos. Los Guédés bailaban en el camino, cantaban, castañeteaban los dientes, y regodeándose en pedorreos se dirigieron hacia los oficiales. Muchos de los pasajeros, poseídos al instante, echaron a andar bamboleándose hasta que sus vecinos los sujetaron, y entonces volvieron en sí con los ojos como platos y las mejillas chupadas para intercambiar con sus camaradas saludos rituales, tomarse de ambas manos, dar vueltas y vueltas soplándose mutuamente rocío de ron picante a la cara. Pronto el camino estuvo lleno de lascivos Guédés cantores, la mayoría pavoneándose en ropas del siglo XIX. Llevaban fracs raídos con gruesas hombreras, sombreros de copa, pecheras con pajarita; varios hombres lucían velo y vestido largo de noche. Antes que nada les birlaron las gorras a los oficiales; después exigieron comida y dinero e intentaron hurgar los bolsillos de los policías. Un grupo de seis o siete Guédés daba toscos empujoncitos a Michelet; la crisis había cambiado tanto a Lulu que Syto casi no lo reconoció en el Guédé particularmente locuaz que estaba elogiando la formidable mordacidad del *coco*[3] de madame Michelet, el sabroso aguijón que era su *langèt*.[4]

—¡Largo de aquí! —gritó Michelet—. ¡Dejad actuar a la policía! — De inmediato los Guédés hicieron pomposos saludos y bastón al hombro marcharon en torno al jefe vociferando órdenes idiotas. Otros corrieron hacia la multitud fingiendo intimidarla, lo que causó chillidos de risa en toda la fila. Michelet levantó el arma, sin convicción, porque ¿cómo matar al dios de la muerte? Sus asistentes boqueaban agarrándose la garganta, efecto de haber inhalado el rocío de ron pimienta —más nocivo que los cartuchos de gas colgados de sus cinturones— que los Guédés seguían bebiendo y escupiéndose. Al *chef* le había desaparecido la gorra y tenía la camisa manchada de ron y de baba; dio un paso vacilante hacia Syto, pero de pronto apretó los dientes y empezó a girar con un sonido de arcadas y los ojos desorbitados, peleando contra el dios que le tomaba la cabeza. La último que Syto vio del *chef* fue que pedía ron a los gritos mientras sus hostigados agentes lo metían como un fardo en el refugio de su camión.

—¡Venid con nosotros! —le gritó Syto a la gente—. ¡Vamos al palacio a ver al presidente!

Los pasajeros lo aclamaron, recogieron sus paquetes y pronto el convoy rodaba por el campo con los Guédés asomados a las ventanillas cantando coplas sucias, espoleando pueblos de las montañas rumbo a la capital. Syto tenía la dirección donde supuestamente debían ir, pero ni Lulu ni el encantado conductor quisieron oír nada de eso hasta que hubieron subido por el Champ de Mars y parado frente al palacio. El parque estaba lleno de juerguistas trasnochados, el núcleo de un desmadre de placer colectivo que estalló cuando los Guédés se derramaron de los autobuses. Los azorados guardias se negaron a abrir las puertas, pero la muchedumbre cantaba con tal energía que al fin sacó al presidente del palacio. Flanqueado por guardaespaldas, riendo y gesticulando como si todo fuera una gran broma, dio un discurso breve e insulso sobre la manifiesta singularidad del pueblo haitiano y luego, a través de las rejas, pasó un billete de cinco gourdes a cada Guédé.

Así que hasta los presidentes debían reconocer la primacía de la muerte. Habiendo recibido ya su homenaje, los Guédés partieron de bastante buen grado. Syto los persuadió de subir a los autobuses y dirigió al conductor a la casa de Bellevue donde Nixon y su banda los arrearon a todos dentro. Al abandonar el dios cada cabeza, un algo aturdido pescador de Trois Pins tomó su lugar: una vez recobrado, se quitó la chaqueta y el pantalón y, volviéndolos del revés, reveló un sistema de compartimentos cosidos debajo del forro. Después de pasarse la vida zurciendo redes y velas maltrechas, las mujeres de Trois Pins eran costureras expertas. Cada nicho estaba cerrado y acolchado de modo que el forro quedara liso, sin que desde fuera se

notase el menor bulto. Cada hombre había pasado entre ocho y diez kilos en la ropa; el extravagante traje de Guédé había cargado con el peso y, si bien la posesión no había sido parte del plan, a todos los puso eufóricos enterarse de que habían llevado al dios en la cabeza. En breve dio comienzo una fogosa *bamboche* con cantos, danzas y galones de ron. Nixon se subía a las sillas para dar discursos sentimentales; Lulu lloraba y reía y abrazaba a su hermano cientos de veces; cada dos minutos se brindaba por Syto, que acabó apoyando su silla contra la pared para que no pudieran palmearle más la espalda.

Syto estaba feliz, por supuesto. Pero sobre todo quería irse a casa.

A veces Lulu se ríe de él. Está sentado mirándolo y de pronto, sin razón aparente, se echa a reír y dice:

—Todavía no me lo puedo creer.

—¿Qué cosa? —pregunta Syto.

—Nada, hermano. Es que eres raro, nada más.

En cierta forma la vida es más fácil, aunque como siempre llena de preocupaciones y riesgo. Ahora en Trois Pins todo el mundo tiene casa nueva; son estructuras de bloques de cemento con agua corriente y firme techo de zinc que cuando llueve ronronea. A las semanas de estar en la de ellos Esther empezó a tararear, y últimamente ha estado cantando en voz baja, cautelosa; el cambio le ha hecho bien, como había predicho Lulu, aunque Syto sabe que debe ser paciente. La mayoría de los vecinos tienen también barcas nuevas con grandes motores fuera de borda que los transportan en un rugido, pero Syto ha conservado su viejo velero de cangreja. De todos modos ya no sale mucho a pescar. Cada mes Nixon le envía dinero de la gasolinera Texaco que tienen a medias, más dinero que el que podría ganar pescando todo un año. Le da más de la mitad a Esther y el resto lo regala o lo gasta en ceremonias para su *Iwa*.

La vida es más fácil, pues, pero Syto sabe que no puede relajarse. De tanto en tanto hay Land Cruisers demorándose junto a su casa, y de noche helicópteros estadounidenses zumban sobre Trois Pins en vuelo hacia el mar; ahora los tiradores, colgados de la escotilla, disparan sus fusiles de alta potencia contra las lanchas rápidas, aunque últimamente las lanchas responden. Syto sabe que esos desfiles nocturnos son un mensaje, como sabe que Michelet va a cazarlo si le da la oportunidad. Y aunque no sabe nada de los documentos secretos que hay en Langley, Virginia, sobre la franquicia de narcotráfico de un tal «Cito, Charle», a veces sufre de «ojos», la inquietud y el ansia general que se siente cuando hay demasiada gente hablando de uno.

Sabe que tarde o temprano irán a por él, los americanos tal vez, o las bandas o la policía. Entretanto se cubre las espaldas, y por la noche

da gracias a Dios por un día más de vida y reza al cielo por el alma de su hija. La última vez que Marie-Lucie se le apareció en sueños tenía catorce o quince años; era una chica guapa, esbelta, con mocasines y el uniforme a cuadros de la École Supérieure. Llevaba libros y una carpeta de anillas y entró en el patio sonriéndole.

—¿Cómo va la escuela? —le preguntó Syto en el sueño.

—¡Estoy estudiando matemáticas! —respondió ella, resplandeciente.

—¡Matemáticas! —exclamó él, impresionado.

Marie-Lucie se sentó a su lado bajo el almendro y hojeando juntos los libros, él se sintió feliz aunque comprendiese que era solo un sueño.

LA BOCA DEL LEÓN

Cada día Jill llegaba a eso de las seis al Royal Sierra, ocupaba un taburete frente a la tele en la barra exterior y mataba el tiempo viendo las noticias y bebiendo hasta el desmayo mientras Starkey hacía negocios en la terraza. En apenas un puñado de semanas se había aficionado a eso, a mirar noticias por cable y beber mientras el día se evaporaba, con la sensación de tener a Starkey a su espalda en la tibieza de la cama. Se había hecho una teoría al respecto, la certeza más o menos seria de que podía percibir su presencia sin tener que girarse, como si él emitiera un calor o un aroma sutil a los que ella se había hecho particularmente sensible.

—*Kushay-o*, señorita. —Bazzy estaba engalanando una bandeja con trozos de piña y cerezas y sonrió mientras Jill se deslizaba en el taburete. Era una buena clienta: paciente, educada, bonita, blanca. Y amiga de Starkey. Que era como pertenecer a un club.

—¿Qué tal ese cuerpo, padi?

—No puedo quejarme. ¿Y usted, señorita?

—No puedo quejarme. ¿Me servirías un ron-cola?

—Sin problema, señorita.

Una brisa como de terciopelo húmedo sopló desde el mar y durante unos cuantos minutos, tras el ocaso, el cielo se llenó de una brillante luz azul plata, como queriendo quitarse de encima el corrosivo reflejo del día. El Royal, una barata carcasa de cemento con una hermosa playa y una ruinosa fachada de lujo tropical, estaba situado en uno de los puntos más remotos de la península. Nadie se acercaba a la piscina por temor al cólera; las malas hierbas y los residuos empezaban a invadir las abandonadas instalaciones y el moho formaba complejas ampollas en las paredes, como países de fantasía en un mapamundi con vida. En cualquier caso, el Royal era quizá el sitio más seguro de toda Freetown y, a ojos de Jill, también el más degenerado, el hotel predilecto de la sórdida comunidad de extranjeros para los que Sierra Leona era una oportunidad. Un racimo de putas negras como el carbón ocupaban un sofá junto a la barra, estudiando ostensiblemente a cada hombre blanco que atravesaba la puerta, y algunas más deambulaban por la terraza. El año anterior el

frente estaba a pocas millas al sur y, aunque los rebeldes habían retrocedido meses atrás, de noche aún se oían disparos, tal vez de las escaramuzas de las tropas de la ONU contra los resistentes o las pandillas de renegados. De vez en cuando, por las mañanas, la marea arrastraba un cadáver fortuito a la perfecta playa de postal del Royal.

—Ron-cola, señorita.

—Gracias, padi.

Las noticias pasaron de la campaña electoral estadounidense a un reportaje sobre el efecto de la riqueza, la triunfal opulencia que disfrutaban los EE. UU. gracias a su poderío tecnológico y al tirón alcista de los mercados. Jill sintió una desazón, aunque breve; estaba dejando pasar la mejor cosecha de dinero de la historia, pero bien sabía que si hubiera estado en casa se habría esmerado por ignorarla. Tenía una desconfianza congénita hacia el dinero y el lujo, y la baja tolerancia al aburrimiento acentuaba aún más su ascetismo militante. Además, ¿cómo traer el dinero desde allí? Para empezar, te tenía que importar, y eso, que te importara, según entendía Jill, era un accidente de nacimiento, como lo era su propia predilección, un número aleatorio que le había tocado. A su padre le importaba el dinero, y mucho; ella se había criado más que cómodamente en la costa dorada de Connecticut. Tenía un hermano en Salomon Brothers al que parecía importarle también, y una hermana empresaria que se estaba forrando con *elsoftware* que maquinaba en un *loft* de Tribeca. Tanto para unos y tan poco para otros; en ocasiones Jill se preguntaba qué cosa impedía que el mundo ardiera en llamas. *¿Tú crees que me cortarían la beca si hubiera gente blanca muriendo?*, le había escrito a su madre. Y ella le había contestado: *Vuelve a casa. Aquí también hay gente que pasa hambre.*

Se giró en el taburete y captó la mirada de Starkey; estaba muy concentrado conversando con un reluciente hombre negro, aunque no tanto como para no concederle una pequeña señal a Jill, un imperceptible mohín en la comisura de los labios. Probablemente estarían hablando de diamantes, aunque podía tratarse de cualquier otra cosa, aceite de palma, bauxita, titanio, caucho… Para ser un país en ruinas la cantidad de negocios atractivos era notable y Starkey, que había vivido allí, yendo y viniendo durante años, parecía tener un papel destacado en casi todos. Y hacía que pareciera tan fácil, lo cual era una revelación para Jill, que siempre había contemplado la obtención de dinero en términos de esfuerzo y culpa.

—No te rompas el lomo, rómpete la mollera —solía decirle en su untuoso acento británico, y eso también era parte del asunto, la dulzona y alegre voz en la cual todo sonaba razonable. Le daba esperanzas a la gente, la hacía sentirse cerca de algo real, sobre todo en un lugar que siempre estaba al borde del abismo.

Al rato Starkey se disculpó y fue hasta la barra. Físicamente no era gran cosa: un tipo bajo y grueso, de piernas robustas y una cara franca y carnosa, con un pelo raleante y teñido de un improbable negro azabache. Tenía una vergonzante pasión por los accesorios de oro y su uniforme habitual de negocios consistía en bermudas, alpargatas y camiseta de golf Hugo Boss; en fin, ropa de resort turístico en uno de los antros más turbios del mundo entero. Sin la ropa resultaba aún peor de lo esperado, blanquito y suave como una masa de harina, atravesado por los vestigios de un pasado fibroso. Pero lo más sorprendente para ella era lo poco que todo esto le había importado.

—¿Cómo va eso, Bazzy?

—Hey, jefe, me arreglo poco-poco. ¿Quieres Sassman's?

—Tú échale sin miedo. —Starkey rozó la mano de Jill, un gesto a la vez íntimo y casual—. ¿Qué cuentan las noticias de casa, amor?

Era su modo habitual de provocarla, el juego de ver en su devoción por las noticias el genuino interés de una chica lista en la actualidad, cuando ambos sabían que las miraba más que nada por su efecto sedante.

—Bueno, siguen haciéndose ricos —dijo Jill—. Y preguntándose qué país tercermundista van a bombardear esta vez. Ser americano hoy en día es como ser una especie de chiste con patas, ¿no?

—Vamos, no seas así. Nadie te hace responsable a ti. ¿Has comido algo?

Jill sacudió la cabeza.

—Entonces ven con nosotros. Cena algo y olvida las noticias.

—Iría —repuso ella con fingido fastidio—, pero nunca sé qué decirles a tus amigos.

—Tonterías, eres un verdadero encanto. Todos mis amigos te adoran.

Adorar, seguro. Las mujeres blancas de cualquier tipo eran un bien escaso.

—¿Quién es el tipo negro con el que estabas hablando?

Starkey aceptó la copa que le ofrecía Bazzy, aferrándola con unos dedos gordos como filetes de carne.

—Se llama Kamora. Es el encargado de diamantes del helipuerto.

—Ya me parecía que me sonaba de algo. ¿Y él también es amigo?

—En cierto modo. Se acercó a contarme un par de cosas.

—¿Buenas o malas?

—Bueno, esto te va a gustar. Al menos, más que a mí. —Starkey le lanzó una mirada; en aquella luz tenue sus ojos parecían de color vino —. Ayer detuvieron a un hombre en Amberes, del equipo de Ferrin. Al parecer, trataba de colar un lote de diamantes de Salona.

—Bromeas.

—En absoluto —dijo Starkey con rostro grave—. Fuerte, ¿verdad? Todos pensábamos que el veto era pura política de relaciones públicas, pero a nadie se le ocurrió que irían en serio.

Durante meses había ido creciendo la presión para forzar el embargo del sector de los diamantes no registrados que salían de Sierra Leona, los «diamantes sangrientos» que mantenían activos a los rebeldes. Años atrás, el Frente Revolucionario Unido había irrumpido desde Liberia con una vaga retórica marxista sobre la liberación nacional, que era su manera de fundamentar una agenda que básicamente consistía en robar, violar y asesinar a todo campesino que se les pusiera a tiro. Mantenían bien avitualladas a sus columnas con *ganja* y coca, y la infantería rebelde —adolescentes en su mayoría, algunos de ellos menores de diez o doce años— llenaba de amputados los campos de desplazados. «Trinchado» era como llamaban a esa práctica autógrafa de cortarles uno o ambos brazos a sus víctimas. «¿Manga corta o larga?», se decía que preguntaban con sorna al alzar el machete.

—Adelante, Jill. Puedes relamerte.

Jill miraba absorta la tele. No creía estar ante ningún dilema; no existía el menor conflicto, máxime después de haber presenciado tanto sufrimiento.

—No me relamo. Solo que no entiendo cómo lo conseguirán.

—No podrán —acordó Starkey—. Pero sí reducir mucho el ritmo. Y el tráfico ya había bajado bastante en los últimos meses.

Jill tomó un trago de ron.

—¿Y qué harás?

—Pues no voy a entrar en pánico —dijo Starkey sin dudarlo—. Me mantendré atento, a ver si la cosa va en serio.

—¿Y si fuera así?

—Supongo —dijo él tras consultar a su copa— que tendré que ir tras el negocio. El río Mono o Guinea, que es donde aparecerán las piedrecitas.

—Anda, Starkey, ¿nos vas a dejar colgados? Piensa en toda la diversión que te estarías perdiendo.

Él lanzó una risotada flemática, tosca, más áspera que la batidora de Bazzy picando hielo.

—Pues sí, supongo que tendré que pensármelo. Toda la diversión que puede proporcionar la vieja y querida Salona.

Se fue enterneciendo a medida que la risa menguaba, con los ojos húmedos clavados en los de ella como si quisiera sonsacarle un atisbo de verdad terapéutica. Jill los dirigió a la tele y sintió, más que oírlo, el débil sesgo de su suspiro, la risita acaramelada acercándosele.

—¿Sabes lo guapa que estás ahora? Eres como un regalo, Jill, eso

es lo que eres para mí. Eres maravillosa, amor.

A Jill le invadió una mezcla de calor y flojera, y la mirada se le desenfocó ligeramente. ¿Sentirse amada era eso? Antes de Starkey no había dejado a nadie hablarle así, y últimamente le costaba recordar por qué.

—*Quiero el lugar más peligroso* —había dicho al firmar el contrato. Había estado dos años en Guatemala con los Cuerpos de Paz, luego tres años en Haití con Save the Children, y después de todo eso solo se podía sentir satisfecha escogiendo el peor destino. *Quiero el lugar más peligroso*: por entonces eso equivalía a Sierra Leona, un pequeño y oscuro país del oeste africano conocido sobre todo por la alta calidad de sus diamantes de kimberlita y la impactante crueldad de su guerra civil. La habían contratado como directora de proyectos de World Aid Ministries, un paraguas de organizaciones protestantes especializado en ayuda alimentaria a largo plazo. El trabajo no requería vocación religiosa, solo cierta tolerancia a lo que podía llamarse benévolamente una vida espartana y una predisposición masoquista al trabajo. Así que esa era la broma: había ido a Salone en busca de una vida auténtica y en cambio había descubierto todos los lugares comunes que la habitaban. Quería ser tonta. Quería ser rica. Quería ser perezosa, mantenida, mimada; hacia allí la estaban llevando sus fantasías, a la exploración mental de una vida sin culpas. Starkey era rico y tan viejo como su padre, otro paquete de lugares comunes para compensar los propios. Había intentado pelearse con él en la fiesta de la embajada donde se habían conocido, porque cualquiera que anduviera metido en diamantes tenía que ser su enemigo natural; pero algo benigno en su mirada y la mueca paciente de su rostro parecían reflejar una decencia de fondo. Se sentía sosegada junto a él, se sentía segura. Aquella noche se había dejado llevar por él al Royal Sierra, sin mayores aspavientos, y enseguida la cosa se había estabilizado, con Jill presentándose cada atardecer en el hotel para pasar la noche juntos. Sus amigos del mundillo de las ONG creían que se había vuelto loca. Tal vez sea así, se decía ella, tal vez la locura sea esto. Despreciar precisamente aquello que más nos atrae.

—A ver, Jill, ¿de verdad te gusta ese tipo?

Estaba sentada en el porche de hormigón que daba a su oficina, hojeando la carpeta que Dennis Hatch había traído de USAID. En pocas semanas Jill estaría a cargo de un pequeño convoy en dirección al sudeste que pretendía hacer llegar material de reasentamiento antes de que empezara la repatriación de refugiados. Eso si la situación se mantenía estable, es decir, si el FRU respetaba los Acuerdos de Lomé, si los Cuerpos de Paz podían aferrarse a sus armas, si la estación de lluvias no se adelantaba y los conductores de Jill permanecían sobrios.

Si un sinfín de cosas que escapaban a su control confluían en un lugar y un momento.

—Supongo —dijo Jill, pasando las hojas. Cada página contenía las estadísticas vitales de una determinada familia. Edad, altura, peso, perímetro braquial… Cifras inertes.

—Es evidente que te quiere. —Dennis estaba admirando, a través de la puerta abierta de la oficina, el inversor de corriente que Starkey había donado—. ¿Crees que se podría aplicar aquí el término «calzonazos»?

—No me queda claro cuánto arroz va en cada paquete.

—Bueno, aún estamos evaluando esa información. —Tras diez años en el terreno de la cooperación, Dennis había desarrollado una variante sardónica de burocratismo que Jill encontraba a veces divertida y a veces desquiciante.

—¿Podrías darme al menos una fecha concreta?

—Negativo.

Dennis se acurrucó en una silla con asiento de paja junto a la de Jill. Tenía el cuerpo chupado, casi escuálido, de los corredores fanáticos, y era guapo al estilo pulcro, que no estaba lejos del estilo de la propia Jill. Su inteligencia y su aversión a la autoridad lo convertían en su aliado natural en el sistema, y desde su llegada a esa zona interior hacía ya un año los dos habían trabado una amistad que siempre amenazaba con convertirse en algo más. Pero su tiempo había caducado, o su ritmo, ese intangible no sé qué, tras noches y noches transcurridas en interminables charlas y tragos sin que él se atreviera a dar el paso definitivo. Jill sabía que no era gay; ¿en qué lo convertía eso entonces? En alguien apenas relevante, así era como lo había empezado a considerar de un tiempo a esa parte.

Jill estudió el presupuesto, al principio de la carpeta.

—Uno cuarenta por tonelada de carga.

—¿Lo podrás sobrellevar?

—¿Tienes una oferta mejor?

—Nop.

Jill cerró la carpeta.

—Entonces tendré que sobrellevarlo.

Varias costureras de la cooperativa pasaron con sus tentempiés comprados a los vendedores de la entrada y saludaron a Jill y Dennis con tímidos holas. La cooperativa ocupaba un edificio al fondo del complejo y operaba como un satélite del proyecto central de ayuda alimentaria. Un año atrás, en un absurdo derroche de tiempo y energía, Jill se había dejado llevar por la inspiración y había montado la cooperativa, adaptando el espacio del almacén, escatimando suministros básicos, arrancando a cuarenta mujeres de los campos de

refugiados y poniéndolas a coser *lapas* para hacer faldas. El almacén principal del proyecto, que se alzaba frente a la oficina, era una gran estructura de bloques de hormigón, techo de placas metálicas y puertas giratorias de metal en ambos extremos. Todo lo que estaba a la vista reflejaba la obsesión de Jill por el orden: los senderos de piedra, los refugios y sombrillas con sus impecables cubiertas de paja, los flamboyanes que había hecho plantar como árboles de sombra. Al otro lado de los muros se abría un mundo miserable y caos, pero Jill había logrado esculpir allí una pequeña isla de control.

—¿Y cómo anda tu galán últimamente? —preguntó Dennis con voz alegre.

—Bien.

—¿Qué dice del embargo?

—Que es malo para el negocio.

Dennis rio.

—Ya. Pero bueno para el país. En principio.

—No lo niega.

—Ya sabes que la ONU ha puesto controles en todas las carreteras que salen de Kono. Y que cualquiera que vuele desde el interior es firme candidato a ser registrado de pies a cabeza.

—No deja de ser una bobada; no tienen cómo pararlo. Puedes esconder piedras por valor de un millón de dólares en un tubo de pasta de dientes sin tener que dejar casi nada de pasta fuera.

—Bueno, supongo que ya eres toda una experta.

—Es puro sentido común, Dennis, no hace falta ser ningún experto.

Él le lanzó una mirada hosca, sin proporción con lo que Jill acababa de decir. Ella tuvo que reprimir el impulso de disculparse.

—Por Dios, Jill, ¿qué le ves a ese tipo? Te lo digo como amigo…

Ella le dio la espalda.

—… como alguien que se preocupa por ti. No es buena gente la que frecuentas, ¿sabes? Están metidos en muchos asuntos feos, no hacen más que chuparle la sangre al país y eso va totalmente en contra de nuestro trabajo. Me pregunto dónde tienes la cabeza.

Jill estaba tranquila; tenía la sensación de estar flotando por encima de la discusión.

—Ahá. ¿Y a quiénes tengo que frecuentar, entonces?

—Oye, lo único que digo es que estoy preocupado por ti. No me encaja, tú y ese tipo. Cada vez que trato de buscarle una explicación, me quedo a oscuras. Para mí, que estés con él es como un síntoma de algo.

—Pues sí. El sexo suele ser un síntoma de algo.

Dennis hizo un gesto de dolor.

—Bueno, de acuerdo. Ya me callo. Me estoy metiendo donde no me llaman. —Dennis se pasó una mano por el pelo—. Además, lo que yo diga tampoco importa mucho.

Jill asintió con una media sonrisa; se daba cuenta de que últimamente Dennis más que nada la entristecía.

—Oye —dijo él—, ya que tienes al tipo este en tus manos, al menos podrías sacarle una contribución para la cooperativa.

—No. No funciona así.

—¿Os ha llegado algo estos días?

—Handicap International nos cerró el grifo la semana pasada. Supongo que no se creen que haya costureras con un solo brazo. Los católicos del CRS dijeron que no, Auxilio Global también, todos. Ahora todo el dinero va para Kosovo.

—Bueno, Kosovo está en el candelero. Y mucha gente prefiere dar Salona por perdida. —Dennis estiró una pierna e hizo sonar su rodilla con delicadeza—. ¿Cuánto tiempo crees que podrás mantener esto en marcha?

—Un par de semanas. Tal vez un mes si lo estiramos mucho.

—Dame las cifras y veré si puedo rascar algo. Al menos para que aguantes hasta recibir una ayuda.

—Aisha lleva los libros —dijo Jill, poniéndose de pie—. Vamos.

La cooperativa ocupaba un estrecho edificio de hormigón con ventanas enrejadas en un lado y rústicas mesas de madera colocadas en hileras. Había cestas de mimbre llenas de telas locales y *gara* en cada hilera, y las mujeres trabajaban por parejas: una cosía y la otra estiraba. En un par de semanas habían progresado tanto que cualquier pareja podía coser tan rápido como la mejor costurera con dos brazos. En una jornada buena, la cooperativa llegaba a producir más de doscientas prendas, pero el género se vendía muy lentamente al menudeo y los comerciantes libaneses no querían comprar al por mayor hasta no tener la seguridad de que la paz sería duradera.

Jill siempre sentía una especie de opresión al entrar en el edificio, una concatenación de alarmas que la tensaban y enmudecían y, a la vez, la elevaban por encima de sí misma. Un poco como cuando la gente muy creyente entra en la iglesia; Jill sospechaba que tenía algo que ver con el sufrimiento, pero le faltaba energía para ahondar en el análisis. Mientras Dennis y Aisha repasaban los libros, Jill fue haciendo el recuento y apilando la producción matinal de prendas sin dejar de pasear la mirada por todo el recinto. No pudo evitar fijarse en los muñones de las mujeres; de un modo u otro nunca había dejado de pensar en eso, aunque por mucho tiempo se hubiera empeñado en negar esta obsesión, esta cosa suya, vergonzosa y vagamente pornográfica, de visualizar su propia mutilación.

—Se pone rojo cuando te trinchan —le había dicho una de las mujeres—. Todo se pone rojo, rojo, como si se incendiara la cabeza.

Jill estaba convencida de que moriría de horror si se lo hicieran a ella, cosa que les pasaba a muchas, tanto por el *shock* como por la hemorragia; no podía explicarse cómo habían logrado sobrevivir esas mujeres. Y no solo sobrevivir: todavía tenían fuerzas para vivir momentos de verdadera alegría. En los últimos tiempos Jill las había observado reír y charlar durante el trabajo, regresando poco a poco a algo así como la vida normal. No tenían ni idea de que estaban a dos semanas de que Jill tuviera que bajar la persiana.

—No te puedo prometer nada —le dijo Dennis cuando lo acompañó por el recinto hasta donde estaba su jeep. Al otro lado de los muros el fragor callejero rugía como un lento alud.

—Sabes que te lo agradezco —dijo ella, y hasta tuvo ánimos para intentar un chiste—. Y no te cortes, pon todos los ceros que te parezca.

—A ver, eso nunca es buena idea —respondió Dennis sin sombra de sonrisa. ¿La habría tomado en serio? Al llegar al jeep se volvió y la miró con tal intensidad que ella temió que fuera a montar una escena penosa.

—Jill.

—Qué. —Jill desvió la mirada.

—¿Seguro que estás bien?

—Está todo bien, Dennis.

—No sé, últimamente se te ve muy cansada. Yo creo francamente que estás deprimida, aunque no es asunto mío. Pero es algo que nos preocupa a muchos.

Esto la afectó más de lo esperado. Necesitó tragar saliva e hizo un esfuerzo consciente por controlar la respiración, pero aun así su ironía sonó un poco fuera de lugar.

—Bueno —dijo—, será que estoy reaccionando a este sitio como una persona normal.

—Sigue siendo una depresión, Jill. Yo en tu caso me pararía a pensarlo.

Algunas noches, cuando estaban a solas en su habitación, Starkey sacaba un puñado de diamantes y la instruía sobre los secretos de la tasación. Parecía disfrutar con la inyección de ego que le producía la situación profesoral, el juego de roles y el no muy sutil subtexto erótico, y Jill le seguía el juego, divertida y hasta curiosa, aunque los diamantes en sí le resultaban decepcionantes. En estado bruto eran como pedacitos de tiza, nadas gaseosas que se arracimaban en la palma como dientes de bebé, y sin embargo ponían a Starkey en el

centro mismo de un asunto vital. Por la noche ella lo observaba vaciar los bolsillos al desvestirse, soltar papelitos arrugados, servilletas de bar, cajas de cerillas con nombres y teléfonos garabateados. A las ocho de la mañana su móvil ya empezaba a sonar y a las nueve ya estaba reuniéndose con gente, recibiéndolos en la terraza como un reyezuelo. Jill empezaba a pescarle la vuelta, a entender que hacer dinero podía llegar a ser interesante y hacer más, más interesante aún. Además, en los últimos tiempos, había experimentado otra revelación: Starkey solo era responsable de sí mismo. Lo cual era, según ella, lo realmente lujurioso de los negocios, de una vida dedicada únicamente al dinero; y aunque le sonaba extraño, o exótico en el sentido de las cosas prohibidas, no tardó en recordar que así era como vivía la mayoría de la gente.

Pero Starkey, a su manera, se ocupaba de muchísima gente… ¿O era pura estrategia profesional? Se deshacía en regalos y favores, era generoso con los mendigos y repartía propinas como si la subsistencia del personal dependiera de él. Había estudiado en un instituto comercial —dibujo técnico, según propia confesión— y hablaba lo suficiente sobre su pasado como para que Jill se hiciera la idea de una infancia de penurias, muy distinta de la suya. No vivía esa circunstancia con amargura o rencor; al contrario, se lo veía encantado con el relato que hacía Jill de lo que él denominaba su «vida americana»: la casona grande, las caballerizas, la educación privada, la universidad. En la cama tenía claro lo que deseaba, aunque nunca presionaba o insistía. Ni falta que le hacía, se decía Jill riendo por dentro, mientras el rubor le invadía el cuello y la cara. Suponía que era eso lo que todo buen hombre debía hacer por una.

—Mira esos cabrones.

Jill estaba en la barra, sorbiendo su tercer trago de la tarde. Dennis Hatch se agenció el taburete de al lado, dirigiendo la barbilla hacia la tele. La CNN emitía un reportaje sobre la última camada de tecnomillonarios.

—¿Qué haces aquí?

—Una reunión. —Dennis no apartó los ojos de la pantalla—. Dan ganas de vomitar, ¿no crees?

—Hasta cierto punto tiene mérito. Están llenos de energía, lo persiguen. Y lo sacan adelante.

—¿Tú tienes dinero en eso?

—Ni un céntimo.

—Yo tampoco —se rio él—. No veo el momento de que todo estalle.

Jill supuso que lo entendía, incluso que estaba de acuerdo.

—¿Y con quién te reúnes?

—Con unos mandamases de la WFP de Conakry. Estamos ajustando el plan estratégico de suministros con los pentecostalistas. Por si acaso.

—Podría ser una buena jugada.

—Ponme una Star —le dijo Dennis a Bazzy e hizo girar el taburete para echar un vistazo a la terraza. Las mesas estaban a reventar de una mezcla heterogénea de blancos y africanos. Un bajo machacón sonaba en los altavoces y los camareros iban y venían por las escaleras con bebidas. Una imponente prostituta con trenzas rubias pasó a menos de un metro de Dennis, mirándolo de reojo. Él le dirigió una sonrisa sarcástica a Jill.

—En el Royal siempre hay fiesta.

—Alguien tiene que ocuparse de ello.

Jill siguió la dirección de su mirada hasta la mesa de Starkey, donde había gente y sillas hasta en tercera fila.

—Está en horario de oficina —dijo ella.

—¿Y?

Y… que se sentía como una puta cuando se sentaba en la mesa.

—Prefiero quedarme aquí.

Dennis volvió a encarar la barra y hablaron del trabajo, intercambiaron chismes sobre algunos compatriotas y especularon acerca de la situación política. Jill no mencionó la cooperativa; prefería que Dennis sacara el tema y, al ver que no lo hacía, comprendió poco a poco que el Gobierno no iba a soltar ningún dinero. Asintió desesperanzada mientras sorbía su trago, sin desfallecer, minimizando la parte personal: había aprendido a automatizar la reacción. En eso se acercó Starkey a la barra, le dirigió a Dennis una sonrisa insulsa y pidió un Sassman's. Jill los presentó.

—Ah, USAID —dijo Starkey. Se dieron la mano con Jill en medio —. Una industria aún en desarrollo, ¿no?

—Por desgracia, sí.

—Y quizá la única de Salona hoy por hoy.

—No sé, tengo entendido que a los de los diamantes no les va nada mal.

—Más bien lo contrario: nos han vetado el producto. Imaginé que lo sabrías.

—Nunca pensé que una nimiedad como la ley fuera un obstáculo para vosotros.

Jill, bebida en mano, no despegaba los ojos de la tele. No le sorprendía tanto que se enfrentaran sino que hubiesen empezado tan pronto.

—Por favor —dijo Starkey—, permíteme ilustrarte. Tengo un tipo sentado allá en Koidu con las piedras de los últimos seis meses encima

y no puedo llegar a él por más que quiera. Y aquí estamos todos en el mismo barco, nos estamos desangrando de a poco. Un par de meses más así y se cierra el chiringuito.

—Llórame un río —farfulló Dennis entre dientes.

—¿Cómo dices?

—Llórame un río. Es una expresión. Significa básicamente que os den por culo a todos.

—Vaya, es un gesto terriblemente cariñoso.

Dennis resopló de risa en su cerveza.

—¿Crees que estoy de broma? Te lo digo muy en serio, todo este asunto del embargo es una gansada sentimental. A los muchachos de derechos humanos los pone calientes y babosos, pero en verdad se trata de que De Beers le ponga un cerrojo al mercado. Es muy modélico de su parte, apoyar el veto y todo eso: eliminan a los pequeños en nombre de la moral y las buenas costumbres y después vuelven a meterse, abren el grifo y listo. Es pura farsa, querido, un montaje. No me digas que un tipo listo como tú necesita que se lo expliquen.

—Nunca es del todo limpio —dijo Dennis—. Solo me falta que vengas tú a contármelo, joder.

—Pues, sí, muy bien dicho: nunca es limpio. Pero te equivocas si crees que algo cambiará. La gente seguirá comprando y vendiendo diamantes como siempre, amigo mío. Serán otras personas, nada más. Pues bien —Starkey alzó su copa—, brindemos por eso. Salud.

Starkey se giró con intención de marcharse, pero Jill lo tomó del brazo.

—Quédate —murmuró, aferrándolo más—. No le hagas caso. Quédate conmigo.

Dennis puso los ojos en blanco. Jill se preguntó si tenía algún significado que, por primera vez, no sintiera la menor compasión por él. Dennis les dio la espalda y al instante, como si no pudiera evitarlo, los miró por encima del hombro.

—Que os jodan —murmuró al fin, y se fue.

—Caray —se preocupó Starkey, viendo a Dennis atravesar la terraza—. Espero no haberte estropeado nada.

—Da igual —sonrió Jill y lo empujó a ocupar el taburete a su lado. Casi se echa a reír; era la primera vez en meses que empezaba a ver las cosas claras—. Si consigues que tu hombre vaya hasta Bomi —dijo —, yo te traeré los diamantes.

—Qué dices. ¿Y cómo piensas hacerlo?

—Tenemos que llevar varios camiones allá arriba la semana próxima y algún día pararemos en Bomi. Haz que el tipo se encuentre conmigo allí y te traigo los diamantes.

—De verdad, Jill, no tienes ni idea… ¿Cómo vas a pasar los controles?

—¿Tú crees que me revisan alguna vez?

Starkey lo aceptó con un gesto pensativo.

—Sabes bien que la ONU no es el único riesgo.

—Pues págame. Págame por el riesgo. —Él contempló su bebida—. Son negocios —siguió ella—. Tomémoslo como un trato de negocios. ¿Qué se paga por algo así?

Starkey dudó.

—Un tres por ciento.

—¿Y cuánto es eso?

—Pues bastante, si Petrik tiene lo que dice que tiene —dijo Starkey, apartando la vista de su vaso—. Esto es para tu proyecto, ¿no es cierto?, para tu taller de costura. Por Dios Santo, ya te doy yo el dinero.

—Suponiendo que lo tuvieras, que no es el caso. Además, tampoco lo aceptaría.

—Digamos que te dejo ir. ¿Qué medidas de seguridad tomarías?

—Iré con tres camiones y el personal habitual. De lo contrario, llamaría demasiado la atención.

Starkey parecía devastado, como alguien que asiste a su propio funeral.

—¿Y qué hay de tus objeciones morales?

—Como dijo el amigo, nunca es del todo limpio.

Starkey se mordió la mejilla por dentro. Ella comprendió que tenía que estar desesperado para plantearse algo así; era eso o que lo estimulaba el reto, la mera salvajada de dejar que lo hiciera ella sola.

—Tendré que bajar a Joburg a buscar dinero en efectivo, y tú tendrás que llevarlo. Ya ves, vas a estar expuesta en la ida y en la vuelta. Sin mucha seguridad que digamos.

—Voy a estar bajo el radar: piénsalo así. —Jill rio y le apretó la mano, preguntándose cuánto de ron había en su osadía—. Puedo ocuparme, ¿OK? He hecho montones de cosas peligrosas en la vida, no veo por qué no podría con esto.

—Bueno —dijo él con un dejo de tristeza mientras se llevaba el vaso a los labios—, nadie dijo nunca que te faltara potencial.

Como suele ocurrir, la cosa empezó con rumores: se iniciaron varios días antes de que Jill saliera de Freetown: amagos de movimiento, algo que se cocía país adentro, historias que bañaban la capital en oleadas apenas perceptibles. Los rumores crecieron y cobraron forma cuando los camiones ya rodaban hacia el sudeste, y al poco tiempo Jill lo escuchó en la radio: el FRU había rodeado a los

Cuerpos de Paz en Magburaka y Makeni, tomando a los dos pueblos como rehenes, y había rechazado a los que venían por la carretera de Bendu. Tropas regulares derrotadas por una panda de críos con armas automáticas, que chinchaban, provocaban, probaban cuán lejos podían llegar antes de que la ONU los hiciera retroceder otra vez. Al menos esa era la visión racional de Jill, aunque la explicación del cura irlandés del depósito de Kabili la había sacudido como un bofetón: «El diablo vuelve a tener hambre». El diablo o vaya a saber qué dioses psicópatas habitaban la zona; Jill los odiaba a todos. La gestión de las noticias se convirtió también en su responsabilidad, junto con mantener la moral de sus conductores, lidiar con una logística absurda, sufrir el drama eterno de los pinchazos y averías. Tras docenas de trayectos similares, había desarrollado la estrategia de seguir adelante hasta que algo la obligara a dar media vuelta, y cuando el oficial ghanés se le enfrentó en el depósito de Falla, Jill creyó que había llegado ese momento. Pensó que estaba jodida: el tipo era el típico ceremonioso que te amenazaba con su minúsculo escuadrón a la cola, y Jill estaba hecha polvo por el calor y cuatro noches casi sin dormir. El oficial se embarcó en un discurso sobre *kammajohs* encubiertos y centros de desarmamento e informes de «manifestaciones» en la zona, y a Jill le llevó un tiempo comprender que hablaba de los rebeldes. Estuvo a punto soltar una carcajada: Ah, ¿ellos? En el mismo tono brusco y formal, el tipo le preguntó si aceptaría una escolta armada hasta Makela.

Para entonces ya tenía los diamantes. Estaban en una bolsita de paño embutida al fondo de su morral; los había recogido el día anterior, mientras los camiones descargaban en el depósito de Bomi. Se había escabullido con la excusa de que tenía que mandar algunas cartas, había atravesado la plaza flanqueando una pequeña mezquita de hormigón y se había internado en calles de casas de ladrillo y jardines embarrados. Salvo por algunos niños de barriga hinchada, estaba sola en la calle; la gente, los perros, las cabras, toda otra criatura viviente se había cobijado del sol, y por debajo de la visera de su gorra de béisbol Jill veía vibrar el suelo bajo la ferocidad de la luz, con los bordes desdibujados como un espejismo incompleto. En dos minutos se le había empapado la blusa de sudor. Nadie podía aguantar un sol así durante mucho más tiempo, así que Jill se concentró en su respiración y en el ritmo de sus piernas, retrayendo la conciencia hacia dentro para economizar fuerzas. No sentía, pensó no sin satisfacción, demasiado temor; los densos fajos de dinero en el morral la dotaban de un propósito y era agradable notar el peso en el hombro, como si eso la centrara. Finalmente dio con lo que buscaba: a un lado de la calle, amarrado con alambre a un tamarindo, un cartel pintado a mano anunciaba el CHAZ=3 BAR. Se metió por una

abertura en la valla de paja y siguió el sendero hasta el bar, una pequeña estructura de madera con un techo de metal medio herrumbrado y un porche sostenido por ramas de arbusto. La puerta estaba abierta; el interior era un moretón de sombras. Jill no se detuvo hasta que oyó voces y en ese momento le entró el miedo pese a todas las garantías, pese a las serenas instrucciones de Starkey y a su propia audacia. Miedo y un súbito cansancio descorazonador; aquello ya era parte del trueque, un lastre añadido de temor. Durante el resto del viaje también tendría que acarrear eso.

Siguió avanzando porque no se le ocurría nada mejor. Allí estaba Petrik, un ruso de cabellos revueltos a quien el negocio parecía resultarle más bien secundario, una mera distracción de su principal empeño del día, que consistía en convencer a Jill de que se volviera a Koidu con él.

—Soy rico —declaró, inclinándose hacia ella.

Estaban sentados muslo con muslo en un banco de tablones. Cuatro soldados sierraleoneses compartían la mesa con ellos, unos tipos oscuros y corpulentos en uniforme de camuflaje que se partían de risa con todo lo que decía Petrik. Su seguridad, supuso Jill, la ayuda contratada; Petrik fruncía el ceño pero en general ignoraba sus puyas.

—Soy rico —insistió en medio de las risotadas de los soldados—. Sé que parece no posible pero es verdad, ¡siete años no hago otra cosa que trabajo! Siete años en este pocilga, año más y me voy con dinero a casa.

—Bien —dijo Jill. Había aceptado una Fanta naranja algo caliente. Los soldados y Petrik se servían ginebra de una roñosa jarra de plástico y todo el mundo se veía torpe y grasiento en la canícula. La vieja que regenteaba el bar, una minúscula mujer de cabeza moteada y lóbulos enormes estaba sentada en la mesa de al lado. De vez en cuando agarraba la jarra y ella también se servía un trago.

—Dices a Starkey, yo hago un año más para él.

—Se lo diré —dijo Jill.

—Quédate —rogó el ruso, con ojos de cachorro mojado—. Yo vuelvo loco por ti, nena, yo cuido a ti. Cuando estás conmigo no preocupas por nada, ¿okey?

—Me tengo que ir. Lo siento.

—Te doy todo, nena, ¡sabes que no miento!

—Lo siento. Le prometí a Starkey que en dos días estaba de vuelta.

—¡Que jodan Starkey! Él no es jefe aquí. —Los africanos aullaban y golpeaban la mesa—. ¡Yo! ¡Solo Petrik es jefe en Kono! Quédate una noche, nena. Me vuelvo loco por ti. Solo una noche Petrik pide a ti.

—No puedo —dijo Jill, preguntándose qué margen de maniobra tenía.

—Una noche solo. Por favor, nena.

—Lo siento. Hay gente esperándome.

Para horror de Jill, el tipo se derrumbó sobre la mesa y empezó a sollozar, lo cual generó una nueva oleada de carcajadas africanas. La vieja hacía comentarios alegres en sherbro; para ella y los soldados, Jill y Petrik no tenían mucho más interés que un par de perros callejeros. Cuando quedó claro que la cosa iba para largo, Jill se dirigió al soldado con más galones.

—Por favor —le dijo—, habla con él. Dile que me tengo que ir.

El soldado la estudió un instante y luego se reclinó sobre el ruso y le metió la mano en el bolsillo con una familiaridad casi sexual de tan brusca. Extrajo una bolsita de paño azul y se la pasó a Jill por encima de la cabeza de Petrik; ella sacó los fajos de divisa americana envueltos en plástico y se los pasó al soldado, y acto seguido metió la bolsita al fondo de su morral. Se disponía a salir cuando el ruso la tomó del brazo.

—Por favor, nena. —Tenía la mirada perdida, patética; hilillos secos de baba algodonosa le colgaban de los labios partidos—. Dame un beso y dejo ir. Solo un beso, nena, no es tanto.

Parecía el camino más corto y sencillo, pero al inclinarse para besarlo reparó en que le tenía cierta lástima. Cuando los labios se encontraron pensó que nunca había besado a un hombre sumido en llanto. Sintió un escalofrío, pero no apuró el paso; los africanos aplaudieron y silbaron. Seguían partiéndose de risa cuando Jill se fue por el sendero.

Dejaron Falla a las dos de la tarde, rumbo al oeste por un paisaje frondoso y monótono de restos de selva tropical y arrozales abandonados. Jill iba en el Mazda de doble cabina con Pa Conteh, y el hijo de Pa, Edmund, los seguía en un viejo Mercedes con plataforma. Jill había salido de Freetown con nueve camiones, que habían vuelto a la capital a medida que vaciaban su carga. A partir de Falla, el Mazda y el Mercedes también iban vacíos; estaban cubriendo el primer tramo de la ruta de vuelta y, mientras se dejaba zarandear por los baches y zanjones, Jill pensó en la cruda ironía de su situación. Allá delante, la escolta de la ONU; a sus pies, los diamantes sangrientos. Jactarse, o incluso detenerse a pensarlo podía parecer agorero, pero ella sabía que a Starkey, un temerario coleccionista de ironías tercermundistas, le iba a encantar el relato. Estaba convencida de que en estas cosas siempre le fallaría como aprendiz.

Pa marchaba pegado al guardabarros del jeep de la ONU, tratando de apresurarlo. Los soldados ghaneses los miraban de vez en cuando con una indolencia mordaz.

—Estos tipos… —dijo Pa, disgustado—. ¿Qué les pasa a estos tipos?

—Calma, Pa. No queremos atropellar a la ONU.

Pa gruñó; como la mayoría de los sierraleoneses, le tenía miedo a la oscuridad y odiaba la perspectiva de viajar de noche. Era un hombre enjuto y bajo, con rasgos mendé y nariz chata, de lejos el mejor de la irregular cantera de chóferes de Jill: buen mecánico, con fluido manejo del mendé y el inglés, y tan ferozmente leal que llegaba a ponerla incómoda. Si Pa tenía un defecto era su tendencia al pesimismo, aunque Jill debía reconocer que en la mayoría de los casos solo trataba de ser realista.

—¿Vamos a Makela? —preguntó Pa por tercera vez.

—Ese es el plan.

—Mucho soldado en Makela.

—Según el oficial.

—Pasamos la noche ahí.

—Creo que sería lo conveniente.

Algo más tranquilo, Pa le dio respiro al acelerador. El morral seguía en el piso del vehículo y Jill le daba empujoncitos distraídos con el zapato de tanto en tanto. Poco a poco se adentraron en una zona de colinas onduladas, de lomos redondos y mohosos como caparazones de tortuga. Un fuerte aroma mineral a tierra mojada llenaba la cabina; densos matorrales de jungla fétida alternaban con campos de hierba, desplegando un paisaje casi opresivo de tan desbordante. Racimos de chozas de bajareque puntuaban la carretera, con sus techos de paja recientes y sus campos alambrados, pero a Jill le bastaban los dedos de una mano para contar las personas que había visto. Enterados del peligro, se habían marchado, ya fuera a los poblados o a la espesura. La soledad del paisaje, su aire estanco y desolado, le llenaban la cabeza de un zumbido como de cinta virgen, y Jill se alegró de que los soldados ganeses los pusieran finalmente en manos de una patrulla hindú. Ya no había un jeep sino dos, cada uno dotado de ocho soldados; además, las tropas indias pasaban por ser las más profesionales de la ONU. El jeep que iba en cabeza hizo un giro y se puso a la par del Mazda. El calor brotaba de los motores como oleadas de celofán.

—¿Van a Makela? —le preguntó el oficial a Pa. Era un hombre atlético, de mediana edad, rasgos aguileños y bigote recortado. La polvareda le coloreaba de rosa la cara y el uniforme kaki.

—Correcto.

El oficial sonrió al descubrir a Jill en la cabina; sus siguientes palabras parecieron dirigidas a ella.

—Vamos a hacer una parada breve, hay un asunto cerca de Makela

del que tenemos que ocuparnos. —Su inglés almidonado y preciso le recordó a Starkey—. Nada para preocuparse. No creo que nos lleve mucho rato.

Siguieron al jeep a un costado de la carretera y se detuvieron bajo un puñado de algarrobos. Pues aquí estás, pensó Jill, usando lentamente los pies para encajar el morral bajo el asiento. Atrapada con la cabeza en la boca del león, sin nada que hacer salvo esperar sentada. Edmund se acercó a armar un cigarro y enterarse de las novedades. Se pasaron la cantimplora de agua y el muchacho regresó al camión a echar una siestecita. Jill apoyó la cabeza en el asiento y trató de relajarse. Un dolor sordo y reseco se le había enquistado detrás de los ojos y aunque todo el cuerpo le latía a causa del desgaste general, fue detectando zonas de dolor específico, como si la hubieran golpeado aquí y allá con un bate de béisbol. Necesitaba dormir, pero se le abrían los ojos, no dejaban de abrírsele y mirar a través de la mata de árboles para otear el campo abierto y, al fondo, las suaves colinas boscosas. El arco del horizonte, el cielo despejado y relumbrante, todo la hacía sentirse atrapada en un enorme cuenco de luz.

—Eh, señorita Jill, ¿cuánto vamos a estar acá sentados? —Pa acariciaba el amuleto que la colgaba del cuello y escudriñaba a los soldados, que no parecían tener la menor prisa. El oficial y el sargento se habían puesto a consultar un montón de mapas, y ocasionalmente el oficial se comunicaba por la radio del jeep. El resto de la patrulla permanecía de pie con los cascos en la mano, fumando y espantando las moscas.

—Ni idea, Pa. Deciden ellos.

—¿Qué hacen?

—Evalúan la situación, supongo.

—Hora de irse —murmuró Pa con pesadumbre, mirando el sol de reojo—. Mucho asesino aquí fuera. Quédate sentado y seguro que al rato te encuentran; seguro.

Jill pensó que viajar con su conductor estrella podía ser a veces bien deprimente. Descansó la cabeza en el respaldo y observó una bandada de garzas que revoloteaban sobre el campo, prodigiosamente blancas contra el fondo verde. Su elegancia, las serenas y fluidas curvas de su vuelo, parecían fundirse con el torrente de la añoranza de ella, el deseo real —y no admitido hasta entonces— de volver a casa. Había elegido esa vida porque no se le ocurría ningún otro camino, pero con el discurrir del tiempo, y sin que ella tuviese mucha conciencia, las miradas ausentes de los miles de amputados habían acabado por disecar todo el fundamento de su trabajo. Aquellas miradas, el aura de desolación que imperaba en los campamentos implicaban que esa gente sabía algo que a ella se le escapaba, un dato

básico que le había llevado años vislumbrar. Estaban acabados, sus vidas no tenían perspectiva, quizá no inmediatamente, pero sí en un futuro muy próximo, y eso podía aplicarse prácticamente a todos los demás sierraleoneses. Su tarea servía como mucho para retrasar el desenlace, brindar confort y esperanza a unos pocos: les estaba alcanzando un vaso de agua a través de la ventana mientras la casa se derrumbaba en llamas sobre sus cabezas. No podía salvarlos, no podía salvar a nadie excepto a sí misma, lo cual transformaba su presencia allí en la peor clase de autoindulgencia y su misión, en una dilatada fantasía. Bajo esa luz, Starkey empezaba a parecerle puro, y su carrera, un ideal al que ella podía aspirar. Había algo de verdad en ese tipo de vida, una claridad de bordes gruesos. A diferencia de la gente que conocía, él parecía operar con un discernimiento firme de lo que era o no posible. Ese saber se le antojaba a Jill como la clave de la felicidad o, de no serlo, al menos como una manera de ser más factible, y por unos instantes, sentada allí en la sofocante cabina, Jill sintió que esa posibilidad estaba a su alcance.

Podía hacerla suya, pero tendría que dejar atrás la vida que llevaba, y la cooperativa era el trueque que le permitiría marcharse. En esa secuencia se concentraba Jill allí en el camión, como si una cosa no pudiera ocurrir sin la otra, como si toda la cuestión moral pudiera despacharse con un soborno. Se quedaría con su parte del negocio de Starkey para entregársela a la cooperativa, y solo entonces se sentiría autorizada a partir.

No recordaba haberse dormido; en su memoria había un espacio en blanco y luego aquello que la había arrancado del sueño, un despertar a medio camino del miedo. Al abrir los ojos vio que las grullas aleteaban hacia el bosque.

—Shhh —siseó Pa Conteh—. ¿Oyes eso?

Un débil tableteo a lo lejos, ráfagas de armas automáticas como una lluvia de clavos sobre un techo de lata. A una orden del sargento, los soldados sacaron sus armas del jeep y formaron un amplio perímetro en torno a los algarrobos. El oficial hablaba por radio sin parar, tomaba notas, repasaba los mapas. Jill observó que nadie se mostraba nervioso o asustado; simplemente, se movían con mayor eficiencia.

—Cohete —susurró Pa cuando empezaron las explosiones. RPG, de uso frecuente entre los rebeldes. Jill se había familiarizado con los tipos de proyectiles el año anterior, mientras se refugiaba de los combates en el sótano del hotel Cape.

—¿Se acerca? —preguntó Pa.

—Creo que sí.

Durante los siguientes veinte minutos permanecieron sentados y a la escucha, mientras los disparos ganaban en sonoridad, un ejercicio

demoledor de autocontrol. Pa refunfuñaba y sacudía la cabeza; Jill metió el morral aún más atrás bajo el asiento y se obligó a sentarse inmóvil. Finalmente, el oficial bajó de su jeep y se acercó al camión. Llevaba el nombre inscrito sobre el bolsillo superior derecho: *Sawhey*; venía plegando un mapa, invirtiendo los dobleces mientras se aproximaba a la puerta de Jill.

—Perdón por el retraso —dijo con voz serena y distendida; sin proponérselo, Jill soltó un suspiro.

—No hay problema.

—Al parecer, la situación es bastante seria —continuó en el mismo tono coloquial—. Me temo que habrá que olvidarse de Makela por hoy. Pero contamos con una base en la espaciosa Güendu —apoyó el mapa en el marco de la ventana y señaló una población— y nos consta que los accesos están despejados. Mi recomendación es que nos dirijamos hacia allí.

—¿No podríamos volver a Falla?

—No. Al parecer allí también la situación ha empeorado.

—Uau —rio Jill, sin poder evitarlo—. Qué rápido ha sido.

—Sí —dijo Sawhey en tono tajante—. Entonces, ¿vamos a Güendu?

—Vamos a Güendu. Lo que usted diga.

—Nos gustaría poder dar un rodeo por aquí. —Volvió a señalar un punto en el mapa—. Nos han pedido que evacuemos a un pequeño grupo de cooperantes en esta localidad. ¿Podrían llevarlos ustedes en sus camiones?

—Por supuesto.

—Nos sería de gran ayuda. Procedamos, entonces.

Siguieron el jeep de Sawhey, que pegó media vuelta y encaró hacia el este, en sentido contrario al que llevaban. Cuando el Mazda giró en U dando tumbos, Jill alcanzó a ver las columnas de humo que surgían al oeste. Recorrieron unos cuantos kilómetros antes de doblar hacia el sur por una senda que atravesaba la campiña desierta y era poco más que solo una conjunción de lechos secos y rodadas superpuestas. Una hora después de traquetear en marchas cortas llegaron a una autovía cuya calzada estaba invadida por gajos de asfalto y rocas sueltas. Por ahí fueron en dirección oeste, cegados por el sol bajo de la tarde, una bola naranja que flotaba apenas por encima del horizonte; varios kilómetros más allá accedieron, siempre tras el jeep de Sawhey, a una carretera de tierra demarcada por un ruinoso pórtico de piedra. El camino serpenteaba a lo largo de una estrecha franja de pasto cortada a pico por la jungla, como si fuera la pared de un cañón montañoso. Más adelante Jill divisó un pórtico de piedra algo más pequeño que el anterior con un vallado de alambre a cada lado y, detrás, un conjunto surrealista de casas al más puro estilo rancho. Pistas de tenis, un aro

de baloncesto, un trampolín vencido… Había visto sitios como aquel antes, retazos estancos de suburbios plantados en el monte para alojar al personal extranjero de los ingenios mineros o madereros. Jill iba a preguntarle a Pa si conocía el lugar cuando un movimiento veloz le llamó la atención. Un hombre descamisado y con pantalones de camuflaje rotos emergió de los árboles y, al instante, quince, veinte, treinta tipos con aspecto salvaje se desplegaron en el linde del bosque, agitando rifles y machetes y dando voces a los camiones.

—Mierda —dijo Jill. Pa Conteh mascullaba hoscamente para sí. Parecía que no solo se estuviera rebobinando su cabeza sino todo su ser. Como si lo observara todo desde una lejanía remota, Jill vio que uno de los rebeldes alzaba el rifle y disparaba al aire. Pa, Jill, los soldados en los jeeps, todos encogieron el cuello, lo cual produjo la risotada general de los rebeldes. Sin moverse de los jeeps, los soldados apuntaron sus rifles hacia ellos, con los cañones a cuarenta y cinco grados. Jill se preparó para oír más detonaciones, pero nadie disparó.

—Dios mío, Pa.

El chófer musitaba algo sin parar, sacudiendo la cabeza como si se resignara a lo peor. Atravesaron el pórtico de piedra y siguieron el jeep de Sawhey hasta las casas. Jill observó que había gente arracimada en el patio interior, un gran grupo de africanos sentados o en cuclillas. Algo no cuadraba: a medida que el camión avanzaba se iba acentuando esa sensación. El lugar estaba destartalado, se sostenía de pura casualidad, y esa visión de la multitud le había puesto los nervios de punta. Pa estacionó el camión de tal modo que ya no pudo verlos.

—¿Te suena este sitio?

Pa sacudió la cabeza, incapaz de emitir palabra. Miraron atrás y vieron a los rebeldes avanzar al paso hacia la valla, riendo y lanzando burlas mientras atravesaban el campo.

—Creo que no volveré a ver a mi mujer —dijo Pa.

Jill se sintió tan desdichada que habría querido abrazar al viejo. Sawhey y dos de sus hombres desaparecieron entre las casas; el resto de la tropa formó una línea entre los jeeps y camiones. Sawhey no tardó en regresar con una mujer mayor blanca y bastante corpulenta del brazo; la mujer sollozaba e imploraba en un balbuceo gutural. Era una monja: sin la toca, vestida con ropa de trabajo masculina, pero monja al fin y al cabo. Tras años en el mundo de la ayuda humanitaria, Jill las detectaba al instante. Los soldados venían detrás con otras dos monjas, ambas gimiendo confusamente como la primera. Un puñado de mujeres negras los seguía con pasos rápidos y cautelosos, sin mirar a los lados mientras se apresuraban hacia el camión.

La primera monja tropezó y cayó de rodillas. Sawhey emprendió

un complicado número de vodevil, tironeando de aquí, conteniendo por allí, esforzándose por controlarlo todo; Jill lo miró hacer unos instantes y finalmente se apeó del camión y trotó hacia ellos. Al superar la esquina de la vivienda más próxima, fue ganando perspectiva del patio: la multitud nerviosa y apretujada como un termitero. Algunos lloraban, otros farfullaban o se reían para sí, otros más se balanceaban hacia delante y atrás o se estrujaban las manos… El proceso de cobrar conciencia fue para Jill como una lenta descarga eléctrica, una sacudida progresiva que finalmente la dejó cortocircuitada. Para entonces tenía a la monja bajo el brazo, pero ella se tambaleaba, descompuesta por tantos rostros trastornados.

—Vamos —masculló Sawhey—, ayúdeme.

Jill tironeó y la monja recuperó la verticalidad. Por fin, los tres llegaron trastabillando al camión.

—¿Habla neerlandés? —jadeó Sawhey.

Jill sacudió la cabeza.

—Son holandesas —logró decir el oficial, recuperando el aliento—, se suponía que eran más. —El resto de mujeres estaban subiendo a la parte trasera del Mazda—. Creo que todo el mundo huyó menos estas.

Con Pa ayudando desde dentro, consiguieron meter a la monja en la cabina del Mazda. Jill se dio vuelta para otear el patio.

—Métase en el camión —le dijo Sawhey.

—¿Qué?

—Métase en el camión —repitió Sawhey.

—¿Y ellos? —Jill señaló el patio.

—Nuestras órdenes son evacuar al personal.

Jill dio un paso hacia Sawhey.

—¿Va a dejarlos *aquí*?

—Nuestras órdenes son evacuar al personal.

—Dios Santo.

Más allá de los camiones, desplegados contra la valla como cuervos rabiosos, los rebeldes chillaban, se agachaban para mostrar el trasero, golpeaban la malla de metal con los machetes. Sabían que los soldados no dispararían si no los atacaban.

—¿No sabe lo que van a hacerle a esta gente?

—Está fuera de mi control. Métase en el camión, por favor.

Jill dio media vuelta y corrió hasta el patio. Se detuvo frente el enjambre de hombres e hizo el amago de contarlos, aunque sabía que ni en sueños cabrían en los camiones. Se los veía en buenas condiciones físicas, bien alimentados, vestidos y calzados en general, pero más allá de esa línea de pensamiento, se esforzaba por encontrar un nexo, algo que le explicara qué clase de compromiso la unía a ellos. Se preguntaba hasta qué punto estaban desahuciados, cuántas

carencias tenían, cuán profunda era su falta de materia humana esencial y, además, si podría vivir tranquila si se marchaba dejándolos a merced de esa fastuosa carnicería. Allí no habría límite a la crueldad, eso lo sentía hasta en los huesos. Lo que habría allí sería un infierno a lo Brueghel: cretinos y lunáticos dejados en manos de torturadores compulsivos. No tenían un uso de la razón que los protegiera, una escasa, quizá infinitesimal defensa de poder enfrentar a sus verdugos con una mirada sana. Casi era mejor, pensó Jill, matarlos allí mismo a tiros. Que los soldados los ametrallasen antes que dejar que los rebeldes los desollaran vivos.

—Señorita. —Sawhey apareció a su lado con uno de sus hombres. ¿Pensaban arrastrarla a ella también?—. Por favor, señorita, tenemos que irnos ya.

—¿Qué distancia hay hasta Güendu? —preguntó ella secamente.

—Catorce kilómetros —respondió el oficial con paciencia infinita —. Por favor, insisto en que nos acompañe ya.

—Los sacaremos a pie. Metemos a los que podamos en los camiones y el resto tendrá que caminar.

Sawhey parpadeó; fue como si ella lo hubiera pinchado con un alfiler.

—Mis órdenes son evacuar al personal.

—Y va a evacuar al personal, nadie le dice que no lo evacúe. Pero puede llevarse a todos los demás también.

Él contuvo el aliento mientras contemplaba la multitud.

—No es factible.

—Por supuesto que sí. Formaremos una columna. Pondremos los jeeps y camiones al frente y detrás y el resto irá en medio. Será lento, pero podemos lograrlo.

Durante una décima de segundo la disciplina de Sawhey pareció resquebrajarse y el rostro se le desmoronó como si hubiera recibido un puñetazo desde dentro.

—¿No cree que los habría salvado si pudiera? —estalló—. No puedo controlar a tantos, no tengo suficientes hombres. Y aunque lo intentemos, esa panda de allí nos disparará antes de que alcancemos el primer pórtico.

—No lo harán si saben que ustedes van a devolver el fuego.

—Es que no tengo hombres suficientes, ¿no lo ve? —casi le rogaba el oficial—. Tal vez esperen a que oscurezca, tal vez dejen que nos vayamos. Pero en cuanto caiga la noche nos masacrarán.

Era algo que la sobrepasaba, que la llevaba en volandas; en algún tenso rincón de su alma notó cierta sorpresa, un débil colofón de asombro mientras todo se encadenaba.

—No —le dijo a Sawhey—. Puedo arreglarlo yo. Estos tipos no van

a tocarnos.

Más tarde, dándole vueltas en la cabeza, descubrió que había extraviado bloques enteros de memoria. No lograba recordar cuándo había sacado su morral del Mazda ni haber dejado atrás la protección de los camiones y la flaca formación de soldados. Debió de existir un intercambio, una especie de entendimiento, porque Jill partió por la carretera con una vaga sensación de seguridad y la huella mental de sus rifles apuntando hacia abajo. El resto eran parches y retazos de cosas, fragmentos empalmados uno tras otro: el calor espantoso, el canto afilado de los pájaros en la selva, sus propias náuseas y un áspero sabor a cobre en la boca. El sol que arrojaba fajas de luz naranja a través de la carretera, luces y sombras alternándose como escalinatas planas, el silencio de los rebeldes cuando la vieron acercarse a ellos. Como si los hubieran desenchufado, así de repente, y enseguida su propia desazón cuando se recompusieron y empezaron de nuevo a aullar obscenidades y apremiarla a que avanzase.

En cierto punto perdió la sensación de estar tocando el suelo con los pies. Las cosas se sucedían, girando al pasar como si la gravedad ya no las sujetase; se trataba sobre todo de no mostrar el miedo precisamente cuando más miedo se tenía. Ojos, boca, voz, un control estricto de los puntos de presión, porque el miedo era una forma tácita de consentimiento. Estaba tan cerca como para verles las cicatrices en la piel, las suturas juju con que se marcaban. Vestían harapos y restos de prendas, pero armas no les faltaban; eran niños, adolescentes la mayoría, de ojos enrojecidos, que giraban las cabezas a medida que fluían hacia el pórtico. No paraban de soltar risitas; alguna cosa habían consumido, obviamente. Varios la apuntaron con sus rifles y se desternillaron.

Jill se detuvo en un punto intermedio entre los dos pórticos de piedra.

—¿Quién manda aquí? —exclamó en un tono neutro, a medio camino entre la petición y la orden. Estallaron más risas.

—Tú muy lejos de casa —le respondió una voz.

—Claro, padi. Y no sabes el esfuerzo que estoy haciendo por volver.

El chico que había hablado señaló la carretera con su arma. Era alto y desvaído, llevaba el pecho descubierto y el delgado rostro fulá orlado de cicatrices. Las bandoleras le envolvían el cuerpo como una declaración estética: *gangsta*, ese era el estilo al que aspiraban. Tupac Shakur era su Haile Selassi.

—Sigue, sigue —dijo en tono burlón—. Nadie te está parando.

—Sí, sería genial, te lo agradezco. Pero lo que yo pregunto es si dejas que mis amigos vengan conmigo, sabi. Déjalos ir, toda buena

gente. No tienes problemas con ninguno.

El joven se rio. Ella lo observó mirar por encima de su hombro y evaluar a los soldados que esperaban a sus espaldas. El resto de la pandilla seguía allí con sus risitas y las mandíbulas caídas; Jill sentía sus miradas como quemaduras de cigarro en la piel.

—Tú y soldados se van, por mi buen corazón. Resto se quedan, es la orden. Nosotros a cargo seguridad aquí, ahora.

—Vamos, padi, esta gente enferma. Deja que vayan al doctor en Güendu.

—Nosotros tenemos doctor —dijo él, cosechando una salva de risotadas.

—Déjalos ir, es solo gente sencilla. Ninguno te trae problemas. —Y como el joven se limitó a mirarla, continuó—: Yo pago.

El rebelde permaneció inmutable.

—¿Qué pagas? —le espetó.

Jill sacó del morral la bolsita de paño, aflojó el cordón que la fruncía y vertió unos cuantos diamantes en el cuenco de su mano.

—Esto ahora —dijo extendiendo la mano hacia él. Luego le enseñó la bolsita—. Y esto luego, cuando lleguemos a Güendu.

El joven se le acercó varios pasos, los suficientes como para que ella oyese su respiración de asmático. Cuando vio lo que le ofrecía, se quedó en blanco unos instantes.

—Ahá. —El joven tragó saliva y se le acercó aún más—. Si das todo ahora, te puedes ir. Me das todo ahora y estos también pueden ir.

Como ella se negó, él hizo el gesto infantil de arrebatarle las piedras y simuló que era una broma al ver que Jill reculaba. Se reía y temblaba ligeramente mientras su mirada iba y venía de ella a los soldados, haciendo cálculos febriles. Qué pasaba si se los quitaba y qué oportunidad tenía de sobrevivir a un combate. ¿Estaría entre los afortunados cuando todo acabase?

—Acepta el trato —dijo Jill con calma—. Tú hombre muy rico si aceptas.

Los ojos del chico no paraban de moverse: de los diamantes a los soldados y de nuevo a los diamantes. Tanto le giraban los números en la cabeza que Jill podía oírlos rechinar. Finalmente se relamió, lanzó una última mirada a los soldados y con mucho cuidado extendió la mano.

La mayoría eran dóciles. Las monjas les decían que caminaran y ellos caminaban, entregados a una marcha catatónica en la que solo importaba el paso siguiente. Otros, aunque fueran mansos, tendían a deambular o a sentarse en el suelo, y daba trabajo mantenerlos concentrados y acoplados al grupo. Los incontrolables —los violentos,

los antagónicos, los desbocados— iban atados y sujetos en los camiones, donde pasaron la noche aullando como perros enjaulados. Jill se preguntaba qué pensaría una persona oculta en la espesura que viera pasar esa aparición de pesadilla conjurada por quién sabía qué brujo, esa andrajosa caravana de demonios y trastornados. Los rebeldes se habían sumado alegremente al espíritu de la cosa, alborotando la formación con sus zaparrastrosos carros artillados, lanzando alaridos como ángeles apocalípticos, cantando canciones, espoleando a los caminantes, ensayando imitaciones perfectas de los enfermos mentales. Con Jill y los soldados gastaban una camaradería absurda, les gritaban consignas o señalaban oficiosamente a los rezagados.

La oscuridad voraz y los frágiles haces de los faros de los camiones creaban en Jill la sensación de estar atravesando un túnel o una tubería, un espacio bajo y polvoriento de luces y sombras discontinuas. De vez en cuando, Sawhey se apeaba del jeep y recorría la columna para buscarla. Le daba de beber de su cantimplora y juntos se iban al final a pastorear a los dispersos. Las monjas y su personal marchaban delante, dispuestas a intervalos para mantener la cohesión de la columna.

—La verdad es que siguen caminando —le dijo Sawhey en una de sus visitas.

—Sí —asintió Jill. Le dolía todo, piernas, pulmones, pies. Pero agradecía el dolor; esperaba que le llenara todo el espacio interior.

—¿Usted cree que entienden lo que pasa?

—No.

—Yo también lo pienso —repuso él—. Tampoco ninguno de nosotros, en realidad. Es la conclusión a que he llegado últimamente.

Caminaron en silencio durante un rato.

—¿No desea subirse al jeep?

—No.

—Piensa seguir caminando hasta Güendu.

—Sí, eso es lo que pienso hacer.

—¿Sabe una cosa? —dijo Sawhey después de pensarlo—. Usted me hace avergonzarme de mí mismo. No creo ser una persona especialmente mala, pero usted hace que me avergüence.

Le dieron ganas de pegarle. Para entonces ya se había convencido de que algo en ella no funcionaba bien, y era eso lo que pensaba decirle a Starkey: «Estoy enferma, tengo un trastorno mental. Por eso entregué tus diamantes, se me jodió la cabeza». A las mujeres de la cooperativa en cambio no tenía idea de qué les diría; nada, con suerte, si podía evitarlo. Si podía resistir esa compulsión idiota de explicarse. Al alba, un destacamento de cascos azules les salió al paso a las

afueras de Güendu y cuando la columna ya empezaba a andar por la localidad adormecida Jill sacó el morral de debajo del asiento de Pa Conteh y se lo arrojó al joven fulá. Lo lanzó sin mayor cuidado, como un atajo de ropa sucia, feliz de saber que ya no le haría daño a nadie con eso. Después, todo se fue sucediendo como en un borroso torbellino: la entrada a la ciudad con los cascos azules abriéndoles paso, el derrumbe general en la plaza polvorienta. Pa Conteh la encontró apoyada en un muro de cemento; la llevó hasta el Mazda, la acomodó en la cabina y fue en busca de comida. Ella seguía ahí, medio dormida y con la puerta abierta, cuando advirtió que se acercaba alguien.

—Señorita. Disculpe, señorita.

Jill abrió los ojos y vio a Sawhey con un grupo de oficiales. Dejó caer la cabeza contra el respaldo. El humo de un centenar de fogones se alzaba sobre el pueblo en finas columnas que parecían brotar de los techos de adobe y de chapa y se rizaban delicadamente en la nada más allá de las palmeras. Durante unos instantes Jill siguió el trazo del humo, intentando captar el punto exacto donde se disolvía en el aire: allí, era allí donde ella existía, donde había vivido toda su vida. Girarse otra vez hacia los soldados se le hizo lo más difícil del mundo.

—Disculpe, señorita —dijo Sawhey—. Necesitamos saber qué hacemos con esta gente.

ENCUENTROS FUGACES CON EL CHE GUEVARA

1. EL AMOR Y LA REVOLUCIÓN

Cuando yo tenía seis años mi padre fue nombrado rector de una universidad de Virginia, una pequeña, bien dotada institución episcopaliana a la cual generaciones de pudientes familias sureñas habían enviado a sus hijos y que, si bien desde comienzos de los cincuenta había admitido mujeres, en buena medida expresaba aún esa rancia mezcla combustible de sentimentalismo y brutalidad tan vital para el macho sureño acomodado. Vivíamos dentro del campus en la mansión del presidente, una enorme estructura al estilo neogriego de las viejas plantaciones, con columnas imponentes a lo ancho de la amplia galería delantera, una soberbia escalinata central digna de la realeza y habitaciones formales de techo alto cuyos suelos de madera noble tenían la cualidad acústica de una bolera. La tradición de la escuela demandaba que mis padres ofrecieran varias recepciones al año para el cuerpo docente, y fue en estas reuniones —primero espiando con mis hermanas desde lo alto de la escalera, luego como participante marginal, sirviendo ponche y luciendo chaqueta y corbata— que tomé conciencia de mi atracción por Mona Broun. La señora Broun, esposa de un profesor, era una mujer espigada de poco más de treinta años que durante un tiempo confundí con la actriz Natalie Wood. Tenía el mismo aspecto saludable que la famosa estrella de cine, el mismo limpísimo, tenuemente exótico *sex-appeal* y el pelo beige suelto y maleable; esto en un tiempo —mediados de los sesenta— en que los peinados de las mujeres, al menos en el Sur, parecían construcciones de merengue pesadamente lacadas. Pero eran sus ojos lo que me llamaba la atención desde lo alto de la escalera: intensos ojos castaños de tonos espléndidos como sorbos de bourbon o almíbar de maple enmarcados en pestañas afiladas, de arco exagerado como espinazos de gatos furiosos o aterrorizados.

—Parece sorprendida —dijo una de mis hermanas.

—Está aguantando el aliento —dijo otra hermana.

—Odia al marido —dijo mi hermana mayor y más sabia.

Siendo el más pequeño y único varón, no se esperaba que yo dijera algo, pero cada vez que veía a la señora Broun, en mi cabeza se disparaba una ópera. Por supuesto, esa ópera era el sonido del sexo, y la noticia de que ella odiaba al marido me causó una excitación secreta, aunque probablemente *odio* fuese una palabra demasiado fuerte; a esas alturas los Broun debían de haber pasado por suficiente ardor dramático como para consumir toda emoción ampulosa. Años atrás, apenas comenzados los sesenta, habían vivido en Cuba como parte de un intercambio académico, uno de los últimos antes de la ruptura de relaciones diplomáticas. Bien inspirada por la Revolución, bien harta de su marido, bien por ambas cosas —quizá hubiera conocido al apuesto Che y ya estuviera enredada—, al marcharse el marido, la señora Broun se había quedado en Cuba. Durante un par de semanas su defección fue una noticia sensacional, un escándalo de la Guerra Fría dentro del género de interés humano, y una humillación pública para el doctor Broun, que había regresado al campus más abstraído y distante que nunca. Había retomado su antiguo cargo en el Departamento de Sociología y rehusado hablar con la prensa; cuando años más tarde la señora Broun había vuelto abruptamente a unirse a él, también había alzado un muro de silencio y reanudado la vida de esposa universitaria convencional sin más alboroto que si hubiera pasado un fin de semana en la playa. Con semejante material, la comunidad no había tenido otra remedio que atiborrarse de chismes. Se decía que le habían lavado el cerebro, o que era espía, o que en La Habana la habían suplantado por una doble quirúrgicamente alterada, pero el chisme más tórrido e insistente concernía al *affaire* que presuntamente había tenido con Ernesto Che Guevara, el famoso revolucionario.

Según la ortodoxia de la época, el Che estaba en lo alto del panteón de enemigos de nuestra nación, pero para mí era un signo, un jugador clave en cierto misterio humano esencial que nos vinculaba a los dos con la señora Broun y por lo tanto al uno con el otro. Como fuese, yo estaba abrasado; en las recepciones de la facultad no podía apartar los ojos de ella. La miraba comer, miraba sus gráciles malabarismos con el plato y el bolso de mano, y la veía darse cada tanto un toquecito en las orejas para confirmar que seguía llevando los pendientes. Le estudiaba la ropa, los vestidos de corte perfecto, el suave bulto del trasero bajo la falda. Rara vez hablaba; prefería ser una oyente cuidadosa y atenta, aunque cuando más comprometida daba la impresión de estar, de pronto cobraba un aire de distracción o inquietud, como si sintiera a alguien demasiado cerca del hombro, una presencia íntima, vagamente hostil, hacia la cual a veces se volvía por

un instante. Ahora sé que era el aura trágica que la seguía por todas partes, aunque entonces solo tenía una muy tosca presunción de que no sería feliz nunca más. Sin duda *yo* no podía hacerla feliz, y para mí eso era parte de la tragedia. El hecho de que terminara exactamente donde había empezado, como esposa de profesor en un pequeño y conservador colegio universitario del Sur, hoy me abate como esa clase de infierno peculiarmente específico que la vida tiene su modo de pergeñarnos. Recuerdo cómo me alarmé al oír la noticia de que habían matado al Che: ¿qué le diríamos a la señora Broun? No se me ocurrió que la gente pudiera actuar como si no hubiera pasado nada, pero cuando al final de ese año la vi en la fiesta de Navidad, ella seguía siendo la misma. Se movía por la sala como siempre, diciendo poco, comiendo menos, dando la impresión de mirar a su alrededor cada diez minutos con un parpadeo. Yo trataba de establecer un ferviente contacto visual, de transmitir algún mensaje urgente de solidaridad o de amor, pero la mejor oportunidad la tuve cuando se acercó a la mesa por una copa de ponche. Llené esa copa temblando y reverentemente se la pasé, y cuando el ponche cambió de manos sus ojos se encontraron con los míos. Mirándome como si acabara de materializarme, ella se quedó helada y al instante pareció saberlo todo: por lo menos, comprender lo que yo quería decir, porque detrás de los ojos se le desató un leve relampagueo. Creo que si hubiera abierto la boca me habría abofeteado. Así de implacable era, así de cuidadosa de su épica vergüenza y su dolor, y ningún mocoso iba a mancillar el gran amor de su vida hablando de lo que no tenía idea.

Yo me desesperaba por decirle algo, pero aquella mirada me frenó en seco. Me asustó tanto que recuerdo haber pensado que no quería enamorarme de nadie, nunca, si alguien podía hacerte algo así.

2. MUERTE EN BOLIVIA

A los veinte años dejé la universidad y conseguí ganarme un salario mínimo repartiendo muebles para oficina. Por entonces vivía en el noreste, en una ciudad fría, sucia, técnicamente en quiebra, donde cada noche había docenas de asesinatos inesperados, pero mi preocupación principal era encontrar un tipo de trabajo que me permitiera dejar de pensar por una temporada, lo que parecía aconsejable después de un segundo curso de desvelo casi total en que había caído presa de ciertas compulsiones, como tratar de leer hasta la última palabra que hubiera escrito Ezra Pound. Así que acepté un empleo en una empresa mayorista de muebles para oficinas, encontré un apartamento barato en un barrio peligroso y empecé a ir al trabajo

en bus cada mañana. Era una época de mi vida solitaria y desorbitada, pero repartir muebles daba sus satisfacciones. Por empezar, se podía aparcar en doble fila en toda la ciudad; y a mí me gustaba cargar las cosas e ir por ahí con el camión, y a los otros cargadores yo no les importaba gran cosa. Pienso que el instinto les decía qué tenían entre manos —un blanquito estresado con la vida descarrilada—, pero mis problemas debían parecerles bastante insignificantes. El primer día me mandaron con Clifton Weems, un negro de mediana edad con el tórax en forma de tonel y un paso artrítico y quebrantado. Tras un par de horas de cavilación se volvió hacia mí y dijo:

—Oye, chico, ¿sabes qué?

—No, qué.

—Cuando tu mujer te dispare, tú ponte de lado; así le cortas más de la mitad del blanco.

Me consideraban raro por mi formalidad boba, porque automáticamente trataba a los mayores que yo de «señor» hasta que me gritaban que parase. Durante el día cargaba muebles y tragaba una buena cantidad de paridas; de noche oía disparos como ladridos de una punta a otra de mi calle y soñaba con el Sur. Había llegado a aquel lugar por voluntad propia, siguiendo una vía perfectamente honorable de la tradición sureña, la de ir a educarse al Norte, pero, no sé cómo, había hecho de mí un exiliado. «Buena suerte», había dicho mi padre cuando llamé para decirle que abandonaba. Para entonces él dirigía una universidad más grande y hasta más prestigiosa. «Ven a vernos cuando tengas ganas de ponerte serio otra vez».

La vida se volvió elemental. Trabajar, comer, dormir: al amanecer, en cuanto sacaba el cuerpo de la cama, todo parecía suceder por su cuenta. Un día, haciendo el reparto con Luis Batista y Clifton, iba sentado entre los dos en el sitio del peón. Luis conducía surfeando seis columnas de tráfico. A mi otro lado Clifton, el brazo flojo fuera de la ventanilla, canturreaba en la brisa de comienzos de primavera. Oímos que en la caja del camión se movía algo y luego un ruido de vidrio roto. Clifton se estiró a apagar la radio.

—Eh, ¿sabéis que Gustavo es el tío que mató al Che Guevara?

—Bromeas —dije yo, mareado de nostalgia al instante. Era como abrir un viejo baúl lleno de naftalina—. ¿Dices Che Guevara el guerrillero?

—Hombre, no, Che Guevara el cantante de *night club*… Joder, ¿de quién diablos crees que hablo?

—Yo…

—¿Te sorprende que sepa quién es el Che? Tú piensas que soy un negrata ignorante, ¿no, chico?

—No, Clifton, es que…

—Joder, tío, yo conocí a Malcolm X. Solía juntarme siempre con Adam Clayton Powell Junior, ¿te enteras? Estuve en medio de toda esa mierda de los sesenta.

Como no podía decir si Clifton estaba tomándome el pelo o realmente loco, me callé. Luis nos miró y tranquilamente cambió de marcha.

—Sí —dijo—. Oí decir eso de Gus.

—¿Y crees que es cierto? —preguntó Clifton.

—Seguro, ¿por qué no? Estuvo allá abajo con las tropas. Es un tipo duro.

—¿Alguna vez se lo preguntaste?

—Hombre, no jodas. De lo que pasó allá no se habla. —Luis era chileno, y también exsoldado; que todos los latinos del servicio de entrega hubieran estado en el ejército parecía una coincidencia vagamente siniestra.

—Tendría que escribir un libro. Ganaría una pasta.

—No. —Luis no cedía—. Nada de libros. Acaba de venir agobiado de pena.

Hablaban de Gustavo Torres, un boliviano taciturno de chatos rasgos indios y larga nariz triste que daban a su cara la autoridad moral de una máscara funeraria. Gus exhibía actitudes que desconcertaban a la mayoría de los norteamericanos —modestia, reserva y cortesía por nombrar unas pocas— y con cada gesto transmitía una seguridad educada que me hacía pensar en los grandes jugadores de las películas. Tenía una esposa e hijos en Bolivia, y en nuestra ciudad una ristra de amigas, todas damas con clase, además de un Montecarlo que guardaba en un garaje a un precio inimaginable. Nadie sabía cómo se las ingeniaba para vivir tan bien con un salario de trabajador, algo que ampliaba su halo de misterio.

Por supuesto, le pregunté por el Che; la pregunta ardía en mí como una mecha encendida. La siguiente vez que salimos de reparto juntos, reuní fuerzas.

—Ah, Gustavo, no es que quiera sondearte ni nada, pero he oído unos rumores sobre ti y me preguntaba…

Estampó la mano en el salpicadero, *paf*, y la levantó como en un juramento:

—Son rumores ciertos.

—Estamos hablando del Che, ¿no?

Se estremeció como si le hubiera tirado ácido a la cara.

—El Che Guevara, claro. El *revolucionario*.

—No quisiera entrometerme —dije a modo de invitación.

—Haces bien —dijo él, seco, los ojos fijos en la calle—. No deberías curiosear mucho en estas cosas.

—Vale —convine, y luego le conté sobre la señora Broun y su presunto romance con el Che, porque hablar del Che me hacía bien: más auténtico, más asentado y menos nostálgico del hogar, supongo. Gus se limitó a resoplar, pero un par de días más tarde se me acercó en el almacén.

—Es cierto —dijo en voz baja—. Lo de esa señora que conociste y el Che. Hubo un romance.

—¿Síí?

—Sí. —El inglés de Gustavo era de comisuras tensas y bordes crujientes—. Ella vivió en La Habana dos años. Él la mantenía en un apartamento de la Ciudad Vieja. Es un milagro que saliera con vida, sabes.

—Y tú cómo…

—Bueno, ya —dijo con una tosecita ordenada—. Solo quería que lo supieras.

O sea que daba el asunto por zanjado, pensé, y lo archivé hasta dos semanas después, cuando a la salida del trabajo fuimos en grupito a beber a un bar de barrio, de esos serios, sin florituras, donde las paredes sudan lágrimas de nicotina y las camareras tienen el aspecto entrecano de ex niñas-novia. Yo bebí tres cervezas seguidas, como de costumbre demasiado rápido; a mitad de la cuarta levanté la vista y me encontré con los ojos de Gustavo a punto de implosionar.

—Es como la Pietà —entonó. Cuando Gustavo bebía, la cara se le desbastaba como un muro de mampostería erosionado y la nariz se volvía más dominante y antigua que nunca.

—¿Qué cosa?

—La foto del Che muerto, el cadáver sobre la mesa. ¿La has visto?

Claro que la había visto: la famosa imagen de Freddy Trigo del Che tendido en una camilla después de una ejecución chapucera es uno de los íconos fotográficos del siglo xx. El Che tiene los ojos abiertos, fijos en un punto lejano, y los labios entreabiertos en una semisonrisa soñolienta. El pelo y la barba revueltos hacen pensar en una suerte de Cristo; del torso desnudo, picado aquí y allá de balazos, parece emanar luz. En los sosegados, sedosos tonos del blanco y negro el Che tiene un aura de trascendencia destilada.

—La he visto —respondí, tratando de igualar la gravedad de Gus.

—La Pietà —repitió él—. Qué bello es cómo los ojos atisban más allá de la cámara; parece tan sereno y comprensivo, tan en paz. Pero para cualquiera que aquel día haya estado ahí, esa foto es una maldición.

—Ugh —murmuré, temiendo asustarlo, pero no hacía falta que me preocupara. Gustavo estaba hablando desde un confesionario interior.

—Jesús no habría sido el Cristo sin su Judas, ¿no es así? Y también

para el Che alguien tenía que hacer ese papel, para que el Che hombre se transformara en el Che mártir. Pero carajo, esa foto del demonio me vuelve loco; nosotros solo tratábamos de probar que el Che estaba muerto. Fue la orden que nos llegó ese día: ¡manden pruebas de que está muerto! Así que buscamos la mejor luz, le quitamos la camisa para mostrar las heridas e hicimos que la enfermera le recortase la barba y le peinase el pelo hacia atrás. Lo único que queríamos era tomarle una foto decente; ¿quién iba a saber que estábamos haciendo la nueva Pietà?

Mientras bebíamos me describió la operación militar: cómo su unidad —la mayoría indios— había hostigado y perseguido a los guerrilleros durante semanas, cómo al fin habían acorralado a los supervivientes en la Quebrada del Churo. Después de un tiroteo habían capturado al Che y lo habían llevado al pueblecito de La Higuera, donde lo encerraron en la escuela toda la noche. Cuando al día siguiente llegó la orden, los oficiales subalternos echaron a suertes quién iba a disparar.

—Esa mañana estuve con él —dijo Gus—. Le llevé café y hablamos un momento; le conté que yo era el que lo había rastreado por el monte todo ese tiempo. Para entonces el Che era una ruina humana: estaba famélico y enfermo, los pies eran un amasijo de sangre y por culpa del asma parecía que se le moviera una serpiente por la garganta. Pero seguía peleando; el hijo de puta seguía dando guerra. Nomás me miró por un minuto y al fin dijo: «Mira alrededor, teniente. Mira este pueblo. ¿Qué ves? No hay médico, no hay agua corriente, ni electricidad, ni un camino pasable. Esta gente no tiene nada; vive como la mierda. Y en todo el tiempo que anduviste tratando de matarme, hermano, ¿alguna vez te paraste a pensar qué es esta guerra?». A veces sueño con esa conversación —continuó Gus—: Estamos en la escuela de La Higuera y él se ha sentado en el suelo con la ropa mugrienta y los pies asomando entre los trapos sanguinolentos ¡Pero está muerto! Tiene la piel de un azul pálido y la camisa rota y agujereada por los balazos. Hablamos un rato y me dice que no está enojado conmigo. Yo le pregunto si estar muerto duele mucho y él dice: «No, no mucho». Y luego junto coraje para preguntarle por el cielo y el infierno, si existen de veras y en dónde está él exactamente. Cuando le hago esa pregunta siempre sonríe un poco y dice: «¿Sabes, Gustavo? Hay algo muy interesante que aprendí acá; yo no tenía idea de que Dios y el diablo viven tan cerca uno del otro. En realidad, son vecinos, las casas están pegadas, y a veces, cuando no tienen nada que hacer, juegan a las cartas para pasar el rato. Pero nunca por dinero: ¿de qué va a servirles? No, lo único que les interesa son las almas, las almas de los pecadores que andan por toda la Tierra. Juegan a las cartas con nosotros de pozo». «Bueno, ¿y entonces yo?», le pregunto.

«¿Alguna vez apostaron conmigo?». «Por supuesto», dice él, pero cuando le pregunto si ganó Dios o el diablo nunca contesta. Se queda ahí sentado, mirándome.

3. COMPAÑEROS DE ARMAS

A los treinta y pocos años empecé a viajar a la atribulada nación isleña de Haití. Con la caída del régimen de Duvalier la veía como un sitio interesante en donde estar, y tenía razones acreditadas, más o menos creíbles, para hacerlo —escribir artículos y con suerte un libro —, aunque los verdaderos motivos parecían más relacionados con el hecho de ser sureño, y blanco, y sentir una afinidad natural con el atolladero de la raza. Para entonces tenía una hermosa mujer y dos niños maravillosos, una familia que me quería, y yo no había hecho nada especial para merecerlo, pero solía dejarlos semanas enteras para ir a dar vueltas por un país perpetuamente al borde de devorarse a sí mismo. Después de varios viajes conocí a un haitiano joven, médico, con quien trabé amistad; Ponce, por cierto, tenía bastante del Che: era un mulato intenso, guapo, a menudo desmelenado, que ejercía cerca de uno de los barrios bajos de Puerto Príncipe y a la mayoría de sus pacientes los trataba gratis. Como ganaba tan poco, tenía que vivir con su esposa y sus dos hijos en un apartamento estrecho y viciado en medio de la ciudad, unas pocas habitaciones talladas en una antigua, recargada mansión de madera que, si en su tiempo debía de haber sido grandiosa, ahora parecía más bien una pila de huesos de elefante descompuestos. Ponce insistía en que me alojase allí cuando iba a la ciudad, y muchas veces yo aceptaba, aunque con cierto recelo. Por un lado, el apartamento no tenía agua corriente; por otro, siempre estaba atestado de amigos, parientes pobres y desconocidos misteriosos cuya conexión con él nunca puede dilucidar. Llegaban, se quedaban un par de días y se iban; me dio la impresión de que muchos de ellos vivían así.

Fue en el apartamento de Ponce donde conocí a un haitiano mayor que afirmaba haber sido compañero de armas del Che. Laurent era un viejo alto, dinámico, lleno de vida, con ictéricos ojos amarillos y una piel de ébano que relucía al calor del pequeño apartamento, y supongo que no tiene sentido ocultar que estaba totalmente chiflado. Se presentaba varias veces a la semana, habitualmente por la mañana, en busca de una taza de café. Con su guayabera, sus pantalones amplios, sus mocasines blancos de charol y el portafolio encajado bajo el brazo, era la figura misma del hombre de negocios tropical; pero no bien abría la boca, uno quería salir corriendo.

—Hoy tengo una cita con Mandela —podía decir, dando un golpecito astuto en su inseparable portafolio.

Otro día podían ser Thatcher o Mitterrand, o una convocatoria al palacio para deliberar con el presidente Aristide. La cuestión es que si uno lo escuchaba lo bastante, sus delirios empezaban a tornarse plausibles. Había pasado la mayor parte de su vida flirteando en las orillas del poder, desde que fuera capitán del ejército haitiano e impulsara un golpe prematuro y fallido contra Papa Doc. Era capaz de hablar muy razonablemente de política e historia y había en su locura una astucia de tahúr, un viso de autoconciencia lúdica que nos impedía adivinar cuán en serio se tomaba a sí mismo.

Le gustaba pinchar a los *blans*, sobre todo a los extranjeros. Si en el apartamento había periodistas, y con frecuencia había ya que Ponce hablaba inglés y vivía cerca del Holliday Inn, Laurent les daba la mano y con toda solemnidad declaraba:

—¡Soy el líderr del poblo haitiano!

Lo cual era absurdo, desde luego, pero con el tiempo me descubrí ajustándome a la idea de que, locura aparte, Laurent habría sido un presidente tan digno como cabía desear. Hablaba cinco idiomas, tenía licenciaturas en gestión empresarial y economía, y se jactaba de una carrera militar breve pero distinguida; y en el curso de treinta desgarradores años de exilio había sobrevivido en cuatro continentes. Pero su primera parada había sido Cuba, donde había ofrecido sus proteicos talentos al recién ungido ministro de Industria, el Che.

—Reconocimos al instante que éramos hermanos —le contaba Laurent a quien quisiera escucharlo—. Me puso a cargo de la oficina del Buró de Estadísticas y cuando recorría el país inspeccionando proyectos de industrialización, yo solía acompañarlo. En esos viajes hablábamos de muchas cosas: de su vida, de filosofía, de mi sueño de liberar Haití, que él apoyaba totalmente. «Laurent», me preguntó una vez, «¿cuál es la prioridad principal de un Gobierno? ¿Qué es lo primero que harías si fueses presidente de Haití?». «La educación», dije yo enseguida, «Construiría escuelas, comandante Guevara. Para elevar la conciencia del pueblo». «Buena respuesta», dijo él, «pero equivocada. Antes que escuelas, antes que medicina, antes que nada tiene que haber seguridad. La seguridad es la condición previa a todos los demás progresos». ¡Por eso —continuaba Laurent levantando la voz para una imaginaria multitud— cuando yo sea elegido presidente mi prioridad número uno será la seguridad!

Más tarde Ponce me dijo que no me riera cuando Laurent hablaba así.

—Nunca te rías si un haitiano te dice que va a ser presidente, porque puede suceder. Y si sucede, no olvidará que te reíste de él.

Ponce tenía razón, claro. Como prueba estaban las elecciones de

varios años antes, cuando solo una carambola histórica había dejado a Laurent fuera del cargo. Al cabo de treinta años de exilio, al regresar poco después de la caída de Baby Doc, se había postulado como candidato al senado, uno del tropel de contendientes por las tres bancas de Puerto Príncipe. Había cumplido una campaña lúcida, aunque poco notoria hasta la semana final, cuando los duvalieristas recalcitrantes lanzaron una ofensiva terrorista que amenazaba con frustrar las elecciones. Entre el ya familiar panorama de mentiras, la consternada inacción internacional y el creciente número de cadáveres, Laurent causó sensación apareciendo en la TV, donde anunció que iba a bailar por la paz. «¡Todos los haitianos a bailar!», exclamaba allí adonde fuese, rompiendo a menear las caderas en un caliente *shuffle* que ponía eufórico a un electorado rendido a él de inmediato. «¡Más baile y menos pelea! ¡Todos los haitianos tienen que bailar!». El día de las elecciones acabó siendo un desastre, con escuadrones asesinos fuera de control por todo el país, pero antes de que se cancelara la votación, observadores destacados en Puerto Príncipe informaron de que una gran cantidad de ciudadanos había elegido la papeleta de «el hombre que baila».

Asustaba pensar en lo cerca que había estado del poder real, aunque los políticos cuerdos habían hecho tal estropicio, que la idea favoreció no pocas risas vengativas. Pero en cuanto al pobre Laurent, había perdido su oportunidad; ahora pasaba los días dejándose caer por casas de amigos para enrollarse con historias del Che. En Bahía de Cochinos se había jugado la vida por la Revolución al frente de un destacamento de milicianos. También había estado junto al Che durante las humillantes secuelas de la crisis de los misiles, cuando furiosas masas cubanas cantaban «¡Nikita, mariquita, lo que se da no se quita!». En aquel apartamento bochornoso sin agua corriente, Laurent describía la mente luminosa del Che, sus hercúleos hábitos de trabajo, el gusto por las bromas pesadas, la condena del asma, y los relatos se iban apilando, uno sobre otro, hasta que nosotros caíamos en una especie de trance histórico. Entonces el viejo se detenía y miraba el reloj.

—*Bon* —decía, tras un sorbo más al café—. Hagan el favor de disculparme, pero tengo que acudir a mi cita. —Y allá marchaba, como si fuera a encontrarse con Carter o Yeltsin, despidiéndonos con un gesto del portafolio vacío.

4. LA VOZ CONSOLADORA

Durante toda mi década de los treinta seguí yendo a Haití, convencido de haber encontrado la zona de impacto de toda la estupidez, el desperdicio y el horror infligido en el hemisferio desde que Colón y los españoles habían montado la tienda. Entretanto Ponce, como parte de sus tareas para una comisión médica nacional, hizo varios viajes a Cuba, de donde volvía con cintas de discursos del Che que pasaba por las noches en un radiocasete barato. La voz se expandía por la antigua mansión de madera con la resonancia propulsora del metal repujado. A medida que crecía en prestigio y prominencia, Ponce empezó a desatender a su esposa, una bella mujer de penetrantes ojos de antracita y piel de chocolate al coñac. Ella venía de una familia pobre, pero era directa, resuelta, y tenía una mente rápida e intuitiva que dejaba mi título en zona de vergüenza. Había conocido a Ponce poco después del golpe contra Aristide, cuando el país estaba bajo el control de un régimen militar feroz; el romance había florecido en una atmósfera vertiginosa de represión y resistencia mesiánica, pero hacía mucho ya que las rachas de adrenalina de aquellos días se habían disipado. Ahora se pasaban casi todo el tiempo discutiendo por dinero. Nunca había suficiente, claro, y ellos gastaban demasiado, y crecían las deudas, y así continuamente, y viéndolos pelearse empecé a pensar que Marx, aunque se hubiera equivocado en muchas cosas, tenía razón en cuanto al implacable genio del dinero para invadir todas las facetas de la vida humana.

Ponce, no precisamente práctico en asuntos financieros, lidiaba con el problema engañando a su mujer, y me describía sus aventuras eróticas en un susurro urgente, sibilante, que sonaba como una fuga de aire en el amor de los dos. Me lo contaba todo; a ella se lo negaba, aunque era muy evidente qué estaba haciendo. «¡Salgo a comprar unas Cocas!», gritaba, y desaparecía tres horas. Así que ella y yo nos sentábamos a oscuras en la mesa de la cocina, bebiendo ron sin Coca-Cola y charlando hasta tarde mientras su familia roncaba en colchones esparcidos por la habitación.

«*Je suis une femme deçue*», me decía: «Soy una mujer decepcionada». Sabía que estaba en una posición endeble; aunque Ponce la presentaba como su esposa, nunca llegaron a casarse y, además de carecer de este estado legal ella no tenía dinero, ni recursos familiares, por no hablar ya de educación. Nada está claro, decía. Yo ya no sé qué estoy haciendo. Volvía una y otra vez a una historia quimérica sobre un grupo de resistencia que había formado con unos amigos poco después del golpe. Al principio todo era *blof*, puras reuniones y charla, me contó una noche, pero luego había entrado en el grupo un *blan* que empezó a enseñarles cosas: cómo usar un arma, cómo hacer una bomba. Cómo planear una emboscada. Cómo desaparecer.

¿Y quién era ese?, le pregunté.

Encogió los hombros. No sé, un hombre. Un *blan*. Americano.

¿Militar? ¿De la CIA?

Volvió a encoger los hombros.

¿Dónde lo conociste?

En Carrefour, dijo vagamente, en la casa de una amiga. De noche.

A mí me sonaba a fantasía, una forma tosca de realización del deseo; por otro lado estaba el 38 que llevaba siempre en la cartera y con el cual parecía tan competente como la habitual ama de casa americana con el móvil. Así que tal vez era yo el que soñaba, el que vivía en una ilusión. Cuando le pregunté qué había pasado con el grupo, me contestó: Me fui; me entró miedo. Una noche el *blan* les había dado una pila de carteles de Aristide diciéndoles que fueran a tapizar el barrio. Divididos en equipos de dos, se habían deslizado por las calles con sus fajos de afiches y botes de pegamento y a los pocos minutos a ella y su compañero los había pillado un pelotón de *attachés*. La habrían matado si el muchacho que iba con ella no los hubiera convencido de que era una extraña, solo una chica que pasaba por allí y se había parado a hablarle. Así que los *attachés* le habían dicho que se largara; que se perdiera. Al día siguiente el cuerpo del muchacho había aparecido en una alcantarilla de la Grande Rue. Y unos días después ella había conocido a Ponce y se había ido a vivir con él a una zona de la ciudad donde no la conocían.

—Él me salvó la vida —dijo—. Me sacó de allí.

Cuando alguno de los dos estaba solo conmigo hablaba del otro con ternura; cuando estaban juntos no podían parar de discutir, hasta que al fin Ponce hizo la maleta y se fue. De vez en cuando le pasaba algo de dinero, pero nunca bastante, y siempre que yo estaba en Haití iba a verla y si podía le llevaba unos billetes. A veces, al llegar, me encontraba con la voz del Che sonando en el casete. Al principio me había sorprendido, porque ella no entendía esas palabras más que yo, pero después comprendí que el simple sonido, los tensos, floridos arabescos del español del Che eran para ella baladas de amor. Eso era lo que elegía poner cuando estaba sola, la música que expresaba la nostalgia, la verdad y el dolor de que no hablamos en una conversación común; los secretos que guardamos, aun si no son tan secretos. Cuando medio en broma yo le preguntaba si estaba aprendiendo español, se reía y miraba hacia otro lado.

5. ¡SEREMOS COMO EL CHE!

«Sean como el Che», exhortó Fidel a sus compatriotas el día que anunció la muerte del *Comandante*. Pasarían treinta años hasta que el hallazgo de la anónima tumba del Che pusiera fin a uno de los mayores misterios de la Guerra Fría. Durante dieciocho meses un equipo de expertos forenses había picado la pista de aterrizaje cercana a Vallegrande, Bolivia, en busca de los restos del famoso revolucionario; yo seguía la historia a cinco mil kilómetros de distancia, con interés prudente, receloso de adjudicar al tema más carga personal aún. Los enemigos del Che habían mantenido esa tumba ignominiosa en secreto, temerosos de convertirla en altar y punto de congregación de la izquierda militante, pero una vez que se descubrió, parecía que todo el mundo la quería visitar. El Gobierno Boliviano presionaba para mantenerlo en Vallegrande, donde daba por seguro que generaría millones de dólares en turismo. Los argentinos, con su salvaje «guerra sucia» ya a buen recaudo en el pasado, lo reclamaban como hijo nativo. Los cubanos, que habían ignorado sus llamadas de auxilio en los desesperados últimos días, insistían en su derecho como compatriotas adoptivos y hermanos espirituales.

Se lo quedaron los cubanos, aunque no sin ciertas disputas desagradables. Yo seguía la historia en los periódicos, espoleado por la idea de que en el desenlace se jugaba algo mío. En cualquier caso, el descubrimiento y nuevo entierro de los restos de Guevara provocaron un espasmo de reflexión mundial sobre su legado. Se publicaron docenas de libros nuevos y se reeditaron otros tantos. Salieron a la luz miles de sórdidos documentos de la CIA. Fidel dio una retahíla de discursos interminables, al tiempo que el Che inundaba los mercados libres del mundo en oleadas de productos con su imagen. La revolución global que había profetizado sigue sin cumplirse, aunque seguramente él habría encontrado las razones tan apremiantes como siempre. Pobreza, injusticia, opresión y sufrimiento siguen siendo las condiciones básicas de la vida en la mayor parte del planeta: si acaso algo ha cambiado desde su muerte, esto no; porque si a los demás la vida se nos ha vuelto más placentera y acomodada, los pobres parecen más remotos que nunca y su invocación a nuestra humanidad cada vez más débil.

Yo ahora ando por los cuarenta; en la mitad del camino al cielo, como se dice. Los años pasan más rápido, ganan velocidad. Hace poco se me ocurrió que he gastado un montón de energía y mucho tiempo tratando de aprender muy pocas cosas elementales, que al fin podrían resumirse en opiniones más bien rudimentarias. Hay poquísimo en el mundo de lo que podemos estar seguros, y puede que esa falta, ese defecto o deficiencia, si ustedes quieren, guíe nuestras compulsiones más fuertes. La última vez que visité Haití, Ponce estaba agobiado y exhausto como de costumbre, con la misma amargura por las terribles

condiciones de trabajo. «¡Soy un piloto de caza sin avión!», gritaba. Había más enfermos que nunca y menos médicos para atenderlos; lo que quedaba de la clase profesional haitiana estaba liquidando sus bienes y se largaba rumbo a Estados Unidos.

—Yo no —proclamaba Ponce—. Yo me quedo. Todos dicen que estoy loco, pero me quedo.

Le dije que quería ver a Laurent, saber qué pensaba del capítulo final de la historia del Che; tal vez fuese un ejercicio de historia interesante, dije, aunque secretamente esperaba un indicio o clave que parecía flotar en el aire, apenas fuera de mi alcance. Muy mermado de salud como estaba, por entonces Laurent rara vez salía de su casa, pero Ponce sabía dónde era y una calurosa, soñolienta tarde de domingo compramos ron y unos dulces de regalo y fuimos en coche a visitarlo. Vivía en el antiguo barrio de Salomon, cerca del centro de la ciudad, lo bastante cerca del palacio para mantener vivo, si la proximidad contaba para algo, el sueño de gobernar el país algún día. Ponce se perdió en la maraña de calles del siglo XVIII, dio unas vueltas al azar, maldijo y pareció reencontrar el camino. Rayadas de sol y sombra, las callejuelas parecían pieles de tigre; las viejas, encostradas casas tenían ese aire de abatimiento de los restos de naufragio en el fondo del mar. Después de una nueva andanada de tacos, unas vueltas más, Ponce se detuvo frente a una cabañita de carcomida estructura de madera. El estado lamentable de la casa, las pilas de basura en el patio, daban la impresión de desdecir el fundamental deseo humano de arreglárselas con todo. En la calle había dos equipos de muchachos jugando al fútbol como fieras y bajamos del coche envueltos en el remolino del partido.

—Seguro que está en casa —dijo Ponce cuando cruzábamos—. Ya no sale casi nunca. —La luz de la tarde tenía un matiz cobrizo, salobre. Al contacto con nuestros pies parecía que las hierbas secas restallasen—. Puede que no nos reconozca —me previno al cruzar el patio—. Está muy senil, pero a lo mejor el ron consigue que nos deje entrar.

Pasamos del sol a la sombra cavernosa de la galería, cuidando de no pisar tablas podridas. Golpeamos la puerta, esperamos y volvimos a golpear. Yo me volví un momento a mirar la calle, los chicos que gritaban entregados a su partido, la lenta procesión de domingueros de paseo. El muro de sol que bordeaba la sombra de la galería era liso y definitivo como una losa de mármol.

—¿Estará enfermo? —se preguntó Ponce en voz alta—. Dios mío, ¿se habrá muerto?

Volvimos a aporrear la puerta, y llamamos, y recorrimos la galería golpeteando cada ventana, tratando de animar alguna señal de vida. Nos dijimos que podía estar durmiendo, o que tal vez se había

quedado sordo o estaba mareado y no encontraba la puerta. Así que seguimos golpeando, aunque al cabo de un rato ya sabíamos que era inútil. Y sin embargo ahí nos quedamos, dando voces y golpeando hasta hacer el ridículo, pero nunca respondió nadie.

FANTASÍA PARA ONCE DEDOS

Tan poco se sabe sobre el pianista Anton Visser que su figura pertenece más al mito que al azaroso dominio de los hechos históricos. Nacido en 1800 o 1801, precedió en media generación a los virtuosos románticos que transformarían para siempre las ideas de música y de ejecutante. Liszt, más caritativo que la mayoría, habló de él como «nuestro hermano mayor espiritual», aunque menos generosamente calificó su forma de tocar como «afectación de primer orden». Parece que buena parte de la confusión que había acerca de los orígenes de Visser se debía a él mismo, que algunas veces afirmaba que era de Brno, otras de Graz y otras más de Telc o de Iglau. «Los franceses me consideran alemán», se cuenta que le dijo a la condesa de Koeniggratz, y los alemanes me consideran judío, pero en realidad, querida señora, pertenezco únicamente al reino de la música».

Hablaba con fluidez alemán, eslovaco, magyar, francés, inglés e italiano y con igual fluidez podía olvidarlos todos cuando la situación lo exigía. Con las cartas le iba tan bien que se rumoreaba que era un fullero; le gustaban las mujeres y tuvo varias aventuras apasionadas con esposas y amantes de sus mecenas; tocaba el piano como un rayo humano, enlazando ciudades de Europa con su diabólico dedo extra y dejando una estela de guantes azul lavanda como suvenires. Hacia el final, durante el apogeo de la Vissermanía, la mera exhibición de su mano derecha desnuda podía llevar al público a la histeria; sus conciertos degeneraban en bacanales de chillidos, con mujeres desvanecidas o lanzadas al escenario para arrojar flores y joyas al gran hombre. Pero a comienzos de la década de 1820 Visser era apenas uno de los virtuosos que vagaban por Europa ofreciendo su muestrario de hazañas pianísticas. Era antes que nada un *salonista*, un maestro de los *morceaux* y el popurrí ostentoso que embelesaba fácilmente al público adinerado; algo así, se diría, como un súper pianista de cóctel aristocrático —mucho de lo que sabemos de él proviene de diarios y memorias de la nobleza—, aunque no desdeñaba consentir gustos inferiores. Al parecer se especializaba en la rapidez, y en una ocasión aceptó apostar a que tocaría seis millones de notas en doce horas. Se alquiló una escuela de equitación, se imprimieron folletos y vendieron abonos, y durante ocho horas y veinte minutos Visser incineró el

teclado de un robusto Érard mientras el público, a sus anchas, charlaba, reía, comía, jugaba a las cartas y deambulaba, disfrutando tanto de la ejecución que después de la seismillonésima nota pidieron un bis. Visser se encogió de hombros, hizo un ademán displicente como diciendo «¿Por qué no?» y continuó tocando una hora más.

No ha sobrevivido ningún retrato del virtuoso, pero ciertos contemporáneos los describieron como un hombre alto, de buena figura, penetrantes ojos negros, un rostro atractivo y nariz prominente, pero de forma elegante. Que era judío se aceptaba ampliamente y publicitaba a voz en cuello por sus rivales; no hay pruebas de que Visser se molestara en negar el consenso. Su rasgo más distintivo, por supuesto, eran las manos. La primera edición del *Grove's Dictionary* afirma que Visser tenía manos de pianista nato: palmas anchas y elásticas, dedos espatulados y meñiques excepcionalmente largos. Podía abarcar una duodécima y tocar con la mano izquierda acordes como la bemol- mi bemol- la bemol- do, pero lo que en última instancia lo destacaba era la anormalidad hipnótica de la otra mano. «Los dos anulares de su mano derecha», escribió el crítico Blundren, «son gemelos idénticos, mutuas imágenes especulares tan exactas que causan un efecto de ilusión óptica, y en acción poseen una perturbadora agilidad de cangrejo. Sin duda, frente a la singular mano de Visser es difícil reprimir un escalofrío».

Difícil, por cierto, frente a esa visión que —como suele suceder con la deformidad— a la vez cautivaba y repelía. En las primeras etapas de su carrera parece no haber puesto de relieve la singularidad de su mano, pero con el tiempo la velocidad a la que tocaba, con tan catastrófico efecto, suscitó historias inquietantes. Tenía el don peculiar de establecer la melodía de una pieza con los pulgares en el registro medio del piano y luego rodearla de arpegios, trémolos, notas dobles y otros recursos, recorriendo el teclado de un extremo a otro con una rapidez demencial que daba la sensación de que tocaran cuatro manos. El sonido era tan asombrosamente raro que una suerte de leyenda empezó a seguir a Visser como una sombra. Unos decían que el mismo Satán tocaba con él; otros aventuraban que le había vendido el alma al diablo a cambio del dedo extra que le permitía tocar a una velocidad intimidante.

Que Visser hubiera surgido del misterio de la retraída Europa del Este daba a esas historias un aura de plausibilidad. «Hay en Visser un elemento oscuro, esquivo y malsano», remarcó Field; por su parte Moscheles dijo que la forma de tocar de su rival no alentaba «pensamientos respetables». Las pocas composiciones suyas que nos han llegado muestran una postura armónica agitadamente oblicua, una resquebrajada caja de Pandora de disonancia y chispas atonales junto a ecos plañideros de canciones gitanas y descarriladas melodías

de Galizia. Se lo llegó a conocer como el Fausto Bohemio y estuvo muy solicitado; ni el aroma siniestro de su presencia escénica ni su ristra de aventuras amorosas parecían entibiar las bienvenidas de los salones elegantes.

Sin embargo en 1829 hubo un corte. Algunos dicen que fue a causa de un incidente en casa del conde de Gobet, donde Visser fue acusado de hacer trampas jugando a las cartas: hacía tiempo que el éxito legendario y el dedo extra lo habían convertido en objeto de sospecha. Otros decían que lo habían descubierto tomándose libertades con la hija quinceañera de un barón. Cualquiera que fuese el motivo, Visser fue rechazado por la sociedad y tuvo que salir a ganarse la vida frente al *Grand public*, esto en una época en que no había muchas salas adecuadas para virtuosos itinerantes y los empresarios adoptaban escrúpulos de tratantes de esclavos. Él empezó a anunciarse como El Hombre de los Once Dedos, haciendo explícito por primera vez el lado de fenómeno circense del virtuosismo, y en los siguientes dos años de conciertos en cervecerías tumultuosas y óperas inflamables perfeccionó su florida puesta en escena: entrada señorial, pomposa prescindencia de los guantes lavanda, luego una pausa aterradora hasta que las manos caían sobre el teclado como un alud. Pronto se observó que entre la concurrencia había una desmedida mayoría femenina; más notable era el delirio que inducían las interpretaciones, rasgo este que se hizo más pronunciado cuando Visser añadió al repertorio *laFantaisie pour onze doigts*. Hummel, que la escuchó en una sala de baile de Stuttgart, la describió como «pieza sumamente extraña y conmovedora, con destellos de disonancia surgidos de la mano derecha como latigazos o agudísimos cortes de navaja». Kalkbrenner, que se topó con ella en una cervecería de Mainz, comparó el frío de las tensas armonías de la cargada mano derecha con «un goteo de agua helada bajando por la espalda», y agregó: «Creo que Visser ha capturado el sonido mismo del limbo».

El efecto entre el público era pasmoso. Desde la primera función de que hubo noticia se refirieron arrebatos, desmayos y ataques de epilepsia entre los espectadores; aunque algunos acusaban a Visser de contratar actores para que fingieran y alentaran las convulsiones, parece haberse aceptado que el fenómeno era genuino. Hoy el diagnóstico más probable sería histeria motriz colectiva, aunque un médico como Gossl, que fue testigo de un concierto, adujo teorías relacionadas con el contagio eléctrico; otros vincularon la *Fantasía* con el Síndrome de la Capilla Sixtina, la histeria que a veces se apoderaba de ciertas mujeres —principalmente solteronas inglesas— al ver los tesoros artísticos de Italia. Como fuese, Visser ejecutó la obra unas treinta veces. Al parecer iba de viaje a París para tocar en el salón de la princesa Tversky —la fama de la *Fantasía* había puesto su

reputación en libertad condicional—, cuando en una taberna de Colonia fue estúpida, fútilmente apuñalado en medio de una pelea de naipes. Así se cuenta.

Naturalmente la gente creyó que la *Fantasía* había muerto con él; incluso Liszt, con todo su excepcional talento, rehusó hacer la prueba; se defendió desdeñando la pieza como «una pérdida de tiempo, una rareza basada en una formación anormal de la mano». Uno podría estudiar la partitura como los especialistas estudian los textos de una lengua muerta, pero se pensó que el sonido en vivo se había perdido para siempre hasta aquel día de 1891 en que Leo y Hermine Kuhl llevaron a su hija de seis años al gabinete vienés de Herr Moritz Puchel. Herr Puchel escuchó a la niña tocar «El arpa eólica», uno de los *Estudios* de Chopin; le dio un pasaje de la *Sonata en La bemol* de Beethoven para que la interpretara a primera vista, cosa que hizo sin tensión; confirmó que, como le había dicho la profesora Frau Holzer, Anna Kuhl tenía oído absoluto. Por último, le pidió que se pusiese de pie y apoyase las manos en las palmas abiertas que le tendía.

—Sí —dijo gravemente, a la manera de un médico que da un diagnóstico aciago—. Un día tocará la *Fantasía* de Visser.

Herr Puchel había sido él mismo un prodigio, alumno de Czerny, que a su vez había estudiado con Beethoven; aunque era un músico de brillantez innegable, el infortunio de unas manos flacas, huesudas, le había frustrado la carrera de virtuoso. En cambio, se había labrado una gran reputación como maestro, y a los sesenta años había alcanzado tal eminencia que solo aceptaba estudiantes en condición de responder afirmativamente las tres preguntas siguientes:

¿Eres un prodigio?

¿Eres de ascendencia eslava?

¿Eres judío?

Tal era la fórmula de la grandeza en la que creía el católico Puchel, y Anna Kuhl calificaba en todos los puntos. Los Kuhl provenían de Olomouc, Moravia —una ciudad, como se señalaría a menudo, con cierto derecho a reclamarse lugar natal de Visser— donde el abuelo de Anna había fundado la fábrica textil que cimentaba la fortuna de la familia. Para el momento del nacimiento de Anna, Leo y sus hermanos habían erigido un imperio de suficiente peso para establecer su sede central en la capital austríaca. Los Kuhl eran típicos judíos de clase alta: políticamente liberales, alemanes por cultura y lengua, su judaísmo era poco más que una piadosa memoria familiar; y, a falta de un rango social que siempre se les negaría, se consagraban a los logros artísticos e intelectuales. Y sin embargo el deseo de asimilarse, de ser vistos como ciudadanos cabales, era fuerte. Vivían en un mundo donde todo lo que se apartara de las convenciones daba miedo —bien que esforzadamente decoroso—, y la deformidad de Anna había

horrorizado tanto a los Kuhl que, en las horas que siguieron al nacimiento, habían contemplado la amputación. Como el médico no pudo asegurarles que la criatura sobreviviría al *shock*, los padres transigieron, aunque cabe preguntarse si alguna vez se libraron por completo de la repulsión instintiva, o el miedo más gaseoso, pero no menos desesperado, de que la anormalidad de Anna amenazara su endeble posición en la sociedad.

Los grandes pianistas manifiestan su impulso tempranamente, por lo común a eso de los cuatro años; para Anna Kuhl el momento decisivo llegó a los dos, cuando Frau Holzer, mientras le daba una clase al hermano mayor, descubrió que la pequeña tenía oído absoluto. En exámenes posteriores le encontró asombrosas habilidades de memoria y control musical, así como una sensibilidad profunda al estímulo del oído: al escuchar por primera vez a Chopin rompió en feroces sollozos agonales como si llorase por un recuerdo incipiente pero poderosamente sentido. Frau Holzer emprendió la tarea de formar aquel talento; hacia los cuatro años Anna había compuesto su primera canción, «Buen día», y a los seis había dominado el *Versuch,El clave bien temperado* y la mayoría de los *Estudios* de Beethoven. Aquel año tocó en una presentación de los pianistas jóvenes de la ciudad, con tal maestría que se vio a Grunfeld, el notoriamente almibarado pianista de la Corte, abandonar la sala mascullando algo entre meneos de cabeza.

«Un prodigio», escribió Frau Holzer en su recomendación a Herr Puchel. «Memoriza al instante; una técnica y una madurez expresiva sorprendentes; receptiva al trabajo esforzado, a la instrucción, a los retos». Respecto a lo que Frau Holzer había elegido describir como «anatomía única de la niña», Puchel fue pragmático hasta la brusquedad: si bien ideó ejercicios técnicos adecuados a la conformación de Anna, por el momento prefirió concentrarse en el repertorio tradicional. Tras cuarenta años de enseñanza, Herr Puchel —un hombre robusto, de barba tupida, enorme fresa por nariz y pies entrañablemente minúsculos— había concluido que sus alumnos nunca serían felices de verdad a menos que se los convenciera a sopapos de llegar a esa cumbre de la ejecución en que la crisis nerviosa es un riesgo constante. Los alumnos, por definición, no podían alcanzar el Parnaso solos. Eran demasiado débiles de voluntad, soñaban demasiado y se distraían fácilmente; había que cultivarlos en un rígido, tenso estado sin el cual el arte puro y perdurable no existía. Y así, los visitantes del estudio de Herr Puchel podían oír el continuo grito de «Falsch!» en la sala de clases. «Falsch!», bramaba el *Meister* a la primera nota equivocada, «¡Todo de nuevo!». En verano sus gritos interrumpían el ¡zas! del matamoscas con que defendía su territorio de la plaga vienesa. En momentos de extrema crisis estética empujaba a

un lado al alumno y se sentaba al piano para levantar las piernas y descargar los primorosos piececitos en el teclado pataleando como un escarabajo de espaldas. «¡Así suenas tú!», le aullaba al delincuente, aunque su áspera ternura podía ser igualmente efectiva. «No temas sacar el cuello», se cuenta que le dijo a un alumno después de una arriesgada polonesa surcada de rubatos. «Tal vez encuentres que en vez de cortártelo te lo acarician».

Un peligro, Herr Puchel, pero de resultados colosales, y al parecer Anna respondía a esa clase de trato. Según los testimonios era una niñita portentosamente seria, segura de sí, tendente al silencio, pero de palabra precisa, con un aura de inaccesibilidad que desalentaba a todos menos a los muy decididos o los muy frívolos. Una foto tomada por entonces muestra una niña delgada y grácil como un tallo de tulipán, con largos rizos de cabello negro, profundos ojos oscuros, pómulos altos de eslava y una piel blanca como nieve de enero. A esa edad parece inconsciente de su singular mano derecha, aunque quizá sea mejor decir que le tiene confianza; se ha permitido posar con los dedos tendidos a plena vista sobre el respaldo de una silla Roentgen.

«Una brisa de muchacha»: así describió a la joven Anna el *Salonblatt*, el periódico de la sociedad esnob vienesa. «Una brisa perfecta que al sentarse ante las ochenta y ocho teclas blanquinegras se transforma en una tormenta exquisita». Puchel creía que las más elevadas cumbres de la música solo podían alcanzarse a través de la terrible prueba de la interpretación; quería que Anna empezara a tocar en público de inmediato, y mediante contactos en la corte organizó su debut en sociedad en una velada de la princesa Montenuovo. *Salonblatt* habló extasiado de las ejecuciones de esa chica «mística» cuyos arpegios «destellaban como brillos de champán», mientras que en su diario la baronesa Flotow dio cuenta de una niñita de un aplomo encantador que no solo había devastado a la concurrencia con nocturnos de Chopin, comido pastel y bebido café turco con las damas, sino también se había quejado de la calidad del piano.

Durante varios años siguió despertando un asombro reverencial en la impresionable aristocracia hasta que Puchel juzgó que estaba lo bastante curtida para dar su primer concierto. En octubre de 1895 la Filarmónica de Berlín tenía previsto tocar en Viena; cuando se informó de que Julius Epstein, el pianista titular, había caído enfermo, Puchel arregló que Anna lo reemplazara, y al final del monumental programa del Concierto en Do Mayor de Beethoven, una serie de variaciones de Rameau, la *Pollacca* de Weber-Liszt y una selección de Chopin consistente en la *Berceuse, elNocturno en Mi bemol mayor* y el *Vals en Mi menor*, la niña prodigio había dejado a Viena sin aliento. Esa noche, en un banquete que debía honrar al súbitamente olvidado Epstein, Brahms brindó por ella *in absentia*. Mahler derramó

entusiasmo sobre sus sonoridades y su tono de oro, mientras que tanto los críticos tradicionales como los secesionistas se maravillaron de su técnica luminosa y refinada y de su espontánea emoción sin cálculo. Un hervidero de representantes y empresarios fue a buscarla. Después de entrevistar a numerosos candidatos, Leo y Hermine alcanzaron un acuerdo con el famoso agente Sigi Kornblau, que parece haber sido la clase de administrador seco y expeditivo que necesita todo genio, aunque, según se cuenta,Anna les dijo a sus primas que las visitas de Herr Kornblau «no eran muy divertidas» sino «más bien como ir al dentista». A las pocas semanas la joven virtuosa y su compañía —la madre, la institutriz francesa, una criada de nombre Bertha y Herr Puchel, que transportaba un teclado de imitación para practicar en el tren— emprendían su primera gira europea, y durante los tres años siguientes ella alternó largos períodos de apretadas fechas de concierto con lapsos de estudio y práctica no menos exigentes, aunque más solitarios.

Muchos han especulado sobre el efecto insensibilizador de semejante vida en alguien que, al fin y al cabo, no dejaba de ser una niña. Se diría que controlar la agenda de Anna debía estar en manos de sus padres, pero parece que Leo y Hermine no eran menos susceptibles que sus iguales burgueses a la validación de la aristocracia. Por medio de Anna podían cruzar, al menos por breves momentos, el foso que los separaba de la remota nobleza. La labor de su hija les proporcionaba aceptación, y cualquiera que fuese el precio para ella en términos personales, no parecía que la tensión redujera —¿tal vez incluso ampliaba?— el notable mensaje de sus ejecuciones. Como todos los virtuosos, poseía una técnica ejemplar: la crítica le elogiaba la claridad fluida, casi casta, la precisión indefectible de los anchos saltos y acordes galopantes, la integridad instintiva del rubato y la amplitud de la gama dinámica, del *pianissimo* sigiloso al *forte* de artillería. Pero por encima de todo eso estaba su sonido sin igual, el «sonido dorado» que los críticos no se cansaban de describir, junto con la ternura expresiva que embelesaba a los oyentes. No se trataba de otro prodigio robótico disparando notas como una máquina de coser eléctrica; en las interpretaciones de Anna había una índole de inocencia, una efusión de confianza y vulnerabilidad tanto más excepcionales porque las transmitía con una destreza suprema.

«Esta niña», escribió Othmar Wieck, un crítico no famoso por su benevolencia, «es un verdadero ángel descendido a la Tierra». Y en Viena, una ciudad que más que amar el arte lo ansiaba como escape a la languidez y el pesimismo que pesaban sobre el Imperio en los años finales del siglo, tal vez fuese natural que la gente proyectara sus miedos y anhelos en la joven virtuosa. Altos burgueses y melómanos lloraban en sus recitales; para otros se había convertido en objeto de

obsesión y su nombre surgía con arcana frecuencia en notas de suicidio o en desvaríos vertiginosos de perturbados mentales. Pero incluso los caracteres más resistentes, menos agitados, caían en una melancolía profunda después de escucharla, como si hubieran estado a punto de aferrar una información crucial para la existencia, solo para sentir que se les escapaba con la última nota.

La primera «fase», como la familia denominó cuidadosamente esos episodios de Anna, parece haber ocurrido en el otoño de su decimotercer año. Compromisos en Bruselas, París y Berlín se cancelaron súbitamente, debido a «una enfermedad pasajera» según la nota emitida por la oficina de Herr Kornblau, donde médicos con guantes blancos y chistera de seda administraban lo último en terapias eléctricas y de inmersión. Como fuera, la reaparición de la joven virtuosa varias semanas más tarde señala la primera ocasión conocida en que mantuvo la mano derecha oculta ex profeso. A finales de octubre, junto a sus padres y un grupo de amigos de la familia, Anna asistió a la inauguración de una muestra en la Kunstlerhaus; se la observó vestir un traje sastre de bengalina gris acero, cuyas largas mangas, que rozaban las palmas, se habían extendido más aún con un frunce de encaje irlandés. Además llevaba la mano derecha envuelta como por distracción en un pañuelo de seda bordado, y desde aquella ocasión nunca la mostraba en público hasta que se sentaba ante el teclado.

En esta excentricidad varios comentaristas han advertido todos los rasgos de un síntoma neurótico. Sin duda el compulsivo ocultamiento de la mano, así como las «fases» de retiro del mundo exterior, indican un estrés significativo en la vida de la muchacha, Algunos han interpretado estos síntomas como una respuesta al tratamiento de la prensa pangermana, que, mientras abogaba por la unión de todas las regiones germanohablantes con el Reich, había empezado a reseñar sus conciertos en forma de diatribas antisemitas. Otros suponen que eran reacciones de una jovencita sensible al malestar más generalizado que pendía sobre la ciudad, aunque la búsqueda artística, con su permanente y debilitador riesgo del fracaso, por no mencionar la soledad y el narcisismo pernicioso que necesariamente conlleva la concentración sostenida, basta, aun en las mejores circunstancias, para inducir un espectro entero de psicopatías. Que Anna era implacable consigo misma, y sufría en proporción, se hace patente en los diarios de su primo Hugo. En la entrada del 11 de noviembre de 1898, por ejemplo, encontramos a Anna diciéndole:

«Solo cuando estoy contigo se me permite no trabajar».

Y el 5 de diciembre, en respuesta a los ruegos de Hugo de que no

se presione tanto:

> Se miró los zapatos y sonrió para sí, como si yo fuera un niñito algo denso que le pidiera que detuviese el río.
>
> «Tocar bien… Bueno, supongo que siempre acepté que es un asunto de vida o muerte».

Era a Hugo al que recurría la familia cuando Anna sufría una de sus crisis. Hugo Kuhl estaba destinado a ser una celebridad menor de la época: folletinista irónico en la prensa liberal, deliciosamente flemático y autor de una serie de comedias de salón, de las cuales *El artista de la fuga* y *Cena con extraños* aún son frecuentadas por los estudiosos. Pero en la época en cuestión era un simple estudiante universitario, conocido en su círculo como un ingenio elegante, atractivo, sin meta vocacional definida, y también como un consumado pianista *amateur* con un toque *sec*. Parece que solo él entre todos los hermanos de Anna y sus numerosos primos podía dar cierto principio organizador a la deriva en que ella se sumía cuando sufría una de sus fases, durante las cuales a duras penas podía vestirse y alimentarse sola.

> 21 DE MARZO
>
> En el apartamento de tío Leo por la tarde.
>
> Anna apática, casi catatónica, Hermine apremiada como una pescadera, hostigándola para que practique.
>
> «Vergüenza debería darte, Anna, ¡vergüenza! ¡Herr Puchel se pondrá furioso!».
>
> Anna callada, con lágrimas en los ojos. Yo de buena gana habría estrangulado a la querida tía. En cambio, opté por poner a A. al sol de la tarde, junto a la ventana, en el sofá de terciopelo. Estuvo sentada una apacible hora, con la cabeza apoyada en mi hombro mientras yo leía Tantchen Rosmarin en voz alta. Para mí, una hora perfecta. Para ella, imagino que la existencia se hizo casi soportable.

En realidad Hugo estaba esencialmente indefenso para hacer frente a las fases, y así lo admitía en sus diarios. Su terapia consistía en sacarla a dar largas caminatas por la Ringstrasse o entre las más joviales diversiones del Prater. A menudo se veía a los dos primos paseando del brazo; una joven pareja despampanante, vestida a la moda, y sin embargo desigual pese ser ambos guapos y a todas luces ricos: Hugo obviamente demasiado mayor para ser el pretendiente de Anna, Anna demasiado joven para ser la esposa de Hugo. Aun así, hay quienes han sugerido que la devoción mutua excedía el vínculo usual

entre primos que congenian, y, por cierto, hay aspectos de los diarios que insinúan un enamoramiento. Hugo toma nota del contacto físico más superficial, como cuando Anna apoya un brazo en el suyo o cuando en un carruaje las piernas se rozan por un instante. Hace continuos comentarios sobre la belleza de ella, calificándola diversamente de «radiante», «precoz» y «arrebatadora», y una vez comparándola, sin su acostumbrada ironía, con los sublimes retratos de Rembrandt de mujeres judías. Y luego están las perspicacias de la observación atenta, como cuando trata de desentrañar la severa voluntad artística de ella.

> Cuando uno está asqueado de la fealdad, el tedio, la estupidez, los falsos sentimientos —es decir, de la vida diaria—, para sobrevivir tiene que alzar barreras rigurosas de tacto y de gusto.

Paseaban en todos los climas, a veces todo el día, en ocasiones cubriendo los cuatro kilómetros de la Ringstrasse. Después de una de esas excursiones Hugo escribió esta tersa entrada:

> Todo el día de caminata con Anna por la Ring.
> En el parque frente al Reichsrat un acto de matones insolentes coreaba a voz en cuello canciones de la infame Unión Panalemana.
> Gritos de «Ostjuden»: ¡hasta nos amenazaban!
> Nunca en mi vida me he sentido tan furioso.
> Escribo esto temblando todavía seis horas más tarde.
> A. en estado de colapso.

Ciertos testigos dieron una versión decididamente más áspera del incidente, que se produjo no en un «acto» de partidarios de la Unión Panalemana, sino con una manifestación de ciertos matones socialcristianos por el acta de derechos de la lengua que por esos días paralizaba al Parlamento. Esos testigos —incluido un Dietsmann de descanso y el mensajero del Primer Lord Chambelán del emperador— dijeron que unos treinta manifestantes habían salido del parque pavoneándose para acercarse a la pareja de jóvenes al canturreo de «Judío, ¿dónde está tu parche? Judío, ¿dónde está tu parche?», en obvia referencia al triángulo amarillo que se exigía usar a los judíos antes de la emancipación. Se ignoraba si la pandilla había reconocido en concreto a los Kuhl o simplemente había deducido que eran judíos por sus rasgos; como fuera, siguió gritando mientras rodeaba a la pareja, tan apretada que, como dijo un cochero que estaba cerca, había habido «mucho manoseo, no exactamente golpes». Con un brazo

alrededor de Anna y el otro rechazando a la turba, Hugo mantuvo un lento pero decidido paso hasta dejar el parque atrás. Al fin la turba rompió a reír y se alejó, manifestando, al menos por aquel día, un ánimo más revoltoso que resueltamente sanguinario.

Meses más tarde Hugo seguía rumiando en el diario, claramente humillado; en cuanto a Anna, si el incidente le había provocado un colapso, se recuperó pronto. Antes de una semana había viajado a Budapest y presentado un programa con el *Concierto en Do menor* de Beethoven y *lasVariaciones Paganini* de Brahms. En especial fue apabullante su novedoso tratamiento de los glissandos en octava: la manera de *atacarlosprestissimo, staccato* y *pianissimo* de una sola vez causaba un nerviosismo febril, casi insufrible, que electrizó a los críticos no menos que a la multitud.

«La niña», escribió Heuberger en la *Neue Freie Presse*, «no toca como una niña sino con la maestría del genio propulsado por un largo período de estudio serio». La prensa pangermana reseñó la presentación en un tono típicamente viperino: «Como cristal haciéndose añicos», dijo el *Deutsche Zeitung* de los sonidos que producía la chica. «Tiene un pelo tan hermoso como el de Paderewski», observó con sarcasmo el *Deutsches Volksbatt*, y añadió: «Uno ve la posición de sus dedos sobre las teclas y piensa en arañas». Sus dedos: aunque los ejercicios técnicos de Puchel aseguraban que todos se desarrollaran por igual, hasta aquel momento el maestro había preferido no acentuar la acción del sexto en las ejecuciones; con todo, se lo podía oír, o acaso más precisamente sentir, en las cascadas de los arpegios, las metalizadas notas dobles y la vertiginosa elevación de helio *delaccelerando*. Pero en algún momento de la primavera o el verano de 1899 Herr Puchel sentó a Anna ante la *Fantasía*. Ya desde el comienzo las sesiones de práctica dedicadas a esa obra tuvieron lugar en la privacidad del cómodo apartamento de los Kuhl en la Salesianergasse antes que en el más accesible estudio del profesor cerca del Rathaus. Interesado en llevar al máximo los ingresos de taquilla, Kornblau había declarado al círculo íntimo de Anna que la adormecida y presuntamente perdida *Fantasía* sería presentada al público con todo el dramatismo y el misterio de un estreno de Strauss.

«Qué pieza más rara», registró Hugo después de escucharla por primera vez. «E innecesariamente difícil; los acordes enroscados de Visser parecen imposibles hasta para las manos de Anna». Varios días más tarde escribe lo siguiente:

> Almuerzo en Sacher Garden c/Anna, Hermine, madre.
>
> Cuando saqué a colación la *Fantasía*, lo excéntrica que es, Anna solo sonrió. «Visser disfrutó escribiendo eso», dijo. «Estaba siendo él mismo, a lo mejor por primera vez en la vida.

Supongo que se sintió como si respirase hondo después de aguantar el aliento durante años».

«¿Pero a ti te gusta?», le pregunté. «Cómo suena, quiero decir».

Respuesta: «Me gusta él. Me gusta él en esa pieza particular, aunque me asusta».

«¿Te asusta?».

Se rio. «Sí, porque está alardeando. De lo que lo diferenciaba. Y eso parece peligroso, en cierto modo».

Para el otoño había programados compromisos por toda Europa, entre ellos una serie en Londres en la cual Anna tocaría veintidós sonatas de Beethoven. En medio de los preparativos, funcionarios del Ministerio de Cultura la abordaron para solicitarle que, como joven prodigio y orgullo de Viena, participara en un concierto especial con un programa de Wagner. En un intento de disipar crecientes tensiones políticas, el Gobierno estaba promoviendo aspectos de la cultura que compartieran todas las facciones políticas en contienda. No era pues casualidad que se le pidiera a Anna, una judía, que tocara Wagner, el adalid del vigor pagano y el misticismo teutónico tan amado por los fanáticos pangermanos.

Y ciertamente amado también por Anna, que aceptó. La velada se acercaba con bombos y platillos; hasta el emperador Francisco José asistiría, saliendo de su duelo por la difunta emperatriz, a quien el año anterior había apuñalado el anarquista Luccheni. El concierto empezó bastante bien. Winkelmann levantó a los oyentes con «Der Augen leuchmes par», de *La valquiria*; Schmedes y Lehman los exaltaron con «Heil dir, Sonne!», *deSigfrido*. Anna ocupó el escenario y estaba bien avanzada en el preludio de *Tristán e Isolda* cuando del público surgieron abucheos y un chusco «Hep! Hep!». En unos segundos todo el mundo lo entendió: un contingente de pangermanos había tomado una sección de butacas cerca del escenario y, a una señal convenida, se había puesto a cacarear entre risotadas el clásico insulto antisemita. Otros asistentes intentaron callarlos a gritos, mientras una falange de policías entraba corriendo por el pasillo. Entretanto Anna apretó los dientes y siguió con su pieza, dotando así al disturbio inminente de un fondo musical embriagador. En el último instante, justo cuando los policías se preparaban para avanzar entre las butacas, los pangermanos se levantaron y salieron en columnas cantando el «Deutschland über Alles» a todo pulmón.

Hasta entonces la prensa pangermana, si bien tenuemente, había velado sus ataques dentro de la retórica crítica musical, pero desde esa noche se regodeó en encarnizarse con Anna. «Ningún judío», afirmó un reseñador, «puede esperar jamás entender a Wagner»; y a la lista

de banqueros judíos, mercachifles judíos, ladrones judíos y periodistas subversivos judíos, añadía a «esta niña judía, este metrónomo ejecutante con mano de bruja e improvisaciones estrafalarias». Y cuando se filtró la información de que el enero siguiente pensaba tocar la *Fantasía*, sus enemigos enfurecieron. «Una obra pervertida», chilló el Kyffhauser, agarrándose enseguida del putativo origen judío de Visser; «una composición inmoral nacida de los fétidos gimoteos y melancolías del gueto», mientras que el *Deutsches Volksblatt* la calificó de «música degenerada, antisocial, repleta de desprecio por todos los grandes ideales y aspiraciones». La prensa liberal contraatacó con acusaciones de revanchismo y demagogia, los pangermanos respondieron el fuego en un frenesí de paranoia racista y muchos se unieron a la batalla.

Herr Kornblau, por supuesto, no habría podido estar más contento. El contrato para el recital de Anna el 20 de enero en la Opera Real ya estaba firmado; interpretaría la *Fantasía* en un programa que, a calculados efectos de equilibrio, incluiría piezas conocidas como los *Sueños de amor* de Liszt y la sonata *Claro de luna* de Beethoven, además de obras de Mozart, Schumann y Chopin. Entretanto ella continuaba con su riguroso calendario de práctica y presentaciones. En el Kroll Hall de Berlín se impuso a la acústica deficiente, y luego tocó en Leipzig, París y Londres, lo que a mitad de noviembre la llevó de nuevo a la irritable Viena con una tos feroz y ojeras como cardenales. Hugo estaba muy preocupado por su prima. «Elle travaille comme un negresse», le confió a su diario, y el 29 de noviembre está la entrada siguiente: «Tengo la sensación de que están moliendo a Anna lentamente». Su nombre figuraba en los debates parlamentarios sobre el nuevo arte acusado de decadente; el *Deutsches Volksblatt*,el diario de los socialcristianos, advertía que «el 20 de enero tendrán que entrar en acción los puños»; al tiempo, los escritores del movimiento de la Joven Viena publicaron un manifiesto pro-Kuhl prometiendo enfrentarse a la «barbarización» de la vida pública con igual empeño.

En diciembre dio su concierto final del siglo en el Real Teatro Alemán de Praga. Fue, a insistencia de ella y contra las objeciones de sus representantes, un programa dedicado por completo a Chopin. Los que estuvieron allí dijeron que se la veía pálida y crispada; los críticos notaron en la ejecución una propiedad frágil, casi de celofán, que más que disminuir el efecto emocional parecía acrecentarlo. «Anna Kuhl estaba soñando», se lee en las memorias de la condesa Lara von Pergler, «y nos permitió soñar con ella. Es un sueño que después de tantos años todavía me embruja». Y por cierto, da la impresión de que aquella noche Anna capturó la rara esencia de Chopin. Romántico y expresivo, no obstante aristocrático y reservado, aun para los maestros resulta difícil transmitir el espíritu de Chopin, que en el fondo es la

tristeza. No la de la gran tragedia, sino la irredimible tristeza del tiempo: los días pasan, el mundo cambia y todo lo más preciado para nosotros se perderá.

MIÉRCOLES 20 DE DICIEMBRE

En casa del tío.

Fingí leer mientras Anna practicaba, luego la envolví en su capa y a la calle, gracias a Dios, antes de que Hermine *et al.* pudieran llegar.

Cielo gris, frío cortante. Los plátanos de la Ring iluminados de nieve.

Caminamos un kilómetro en un silencio apacible. ¡Benditos momentos! Entendemos el silencio, mi prima y yo.

«¿Cómo lo haces?», pregunté al fin. «¿Cómo creas en el piano? ¿Cómo?».

A.: «Me concentro, y lo escucho. Pero tengo que concentrarme mucho: en realidad para eso vale la práctica, para aprender a concentrarse como se debe, pero en cierto modo no soy yo la que lo hace; es algo que viene a través de mí. Si me concentro mucho viene a través de mí».

«Luego está esto».

Sacó la mano del manguito y, tirando de la manga, la sostuvo en el aire para examinarla como si fuera una fruta.

«Ya lo ves». ¡Sonreía! Sonreía meneando el dedo extra, con el aliento entrecortado y ruborizada. Yo también estaba agitado. «Esto tampoco es mío».

«Pamplinas», dije yo. «Es tuyo y es maravilloso, como es maravilloso todo en ti». Pero solo se encogió de hombros y volvió a deslizar la mano en el manguito.

En esos días Anna estaba tratando de dominar la digitación casi imposible de la *Fantasía*, una tarea aún más dura por el hecho de que tenía manos mucho más pequeñas que Visser: podía sobrepasar apenas una octava con la izquierda, y abarcar ligeramente más con la derecha. En medio de sus esfuerzos llegó y pasó la Navidad, seguida por el cambio de siglo. Hugo anotó debidamente en su diario los fuegos artificiales y los bailes, junto con las últimas crisis del Parlamento, nuevas ideas para obras y su obsesivo recuento en marcha de los suicidios en la ciudad, una preocupación nada inhabitual en Viena: para desconcierto e inagotable fascinación de los ciudadanos, la capital de Austria estaba a la cabeza de Europa en las estadísticas de muerte por suicidio. Con cierta sequedad registra también su compromiso con Flora Lanner, la rubia, guapa y fabulosamente rica hija de Oskar Lanner, fabricante de conservas de frutas. Según las

apariencias sería una pareja brillante, no en último lugar gracias al terso pragmatismo de las familias con respecto a cuestiones de fe; aunque judíos, los Lanner estaban tan totalmente asimilados que dos de los hermanos de Flora se habían bautizado para poder entrar en el cuerpo imperial de oficiales. Si el compromiso de Hugo tuvo alguna relación con el destino de Anna —si, dicho sin rodeos, estaban enamorados y a ella el compromiso la desesperó— es imposible decirlo en fecha tan tardía; el caos de dos guerras mundiales, por no hablar de un programa de genocidio altamente eficaz, ha borrado una barbaridad de pruebas que de otro modo podríamos haber tenido, y en los diarios que nos llegaron, Hugo muestra un talento excepcional para omitir su propia turbulencia emocional.

En todo caso, pronto su famosa prima se encontró siendo objeto de una desquiciante histeria pública. Los pangermanos continuaron con las amenazas de boicotear el concierto, justificándose en las crisis y síncopes «ocultos» que la *Fantasía* había inducido setenta años antes. Los secesionistas y la Joven Viena se apropiaron de la pianista como adalid, mientras un hatajo de barbudos del conservatorio la acusaba a ella y a sus agentes de sensacionalismo por fomentar un conflicto vano con fines publicitarios. Un fan obsesivo urdió una mareante correlación matemática entre la fecha de la muerte de Visser y la del nacimiento de Anna que *Abend-post* ofreció en un artículo de portada. Neurólogos y musicólogos fueron invitados a proponer teorías explicativas de los violentos efectos de la *Fantasía* en los oyentes, al tiempo que Sigmund Freud, oscuro, resistente, ya no joven, rechazado por el *establishment* médico e ignorado para la enseñanza, seguía la controversia desde su estudio en la Bergstrasse, donde, en los largos intervalos entre pacientes, leía los periódicos y escribía *La interpretación de los sueños.*

«No estás obligada a hacer esto, ¿sabes?», le dijo Hugo a Anna el 11 de enero. «Nadie va a culparte por dar marcha atrás». «Ni a ti», es la escueta respuesta que apuntó él —¿en alusión a Flora?—. Mayor Lueger, del Partido Social Cristiano, alegando la existencia de «fuerzas incontrolables salvo para el Todopoderoso», advirtió que la noche del veinte no podría garantizar la seguridad fuera de la Opera. Pero pese a todo la joven virtuosa no vacilaba en su decisión. Los que en aquel momento accedían a la casa familiar relataron que Anna era la esencia misma de la compostura. Aunque al parecer había un amplio temor a que sobreviniera una fase, y en su círculo íntimo quizá se deseara, ella practicaba infatigablemente todos los días: su Beethoven, su Liszt, su predilecto Chopin y la *Fantasía*, sobre la cual sus dedos ganaban un control paulatino. Los pianistas nos dirán que practican para reducir el peligro de una catástrofe, pero saben que tocar totalmente a salvo es un insulto a su vocación. La música exige riesgo, un requisito que

Anna parece haber abrazado con fervor casi maníaco, como si entregándose a los demonios inherentes a su arte pudiera destruir todo derecho que esgrimiesen sobre ella.

Hubo fanáticos exaltados, y en varias ocasiones periodistas, a quienes se sorprendió infiltrándose en el edificio donde vivían los Kuhl con la esperanza de oír las prácticas de Anna. En Lvov se descubrió que un anciano, un tal Zolmar Magg, había escuchado a Visser tocar la *Fantasía* en 1831, y la sociedad melómana de la ciudad hizo una colecta para enviarlo a Viena para el resurgimiento. Y el 16 de enero Hugo escribe esta entrada:

> En casa del tío por la tarde. Ya casi no soporto escuchar esa *Fantasía*, esa pesadilla; es como cuando en un sueño uno intenta huir de una criatura espantosa y pese al terror, las piernas se niegan a moverse.

Al día siguiente el Ministerio de Cultura anunció que cancelaba unilateralmente el compromiso de Anna con la Ópera Real, alegando cuestiones de seguridad y el descalabro de Wagner del otoño previo, del cual, sugería el comunicado, Fraulein Kuhl había sido responsable en parte. Mientras la conmoción se resolvía con un clamor indignado, fue emitido un segundo anuncio, esta vez del Theater an der Wien, una de las salas más antiguas de la ciudad y la principal dedicada a la opereta. La empresaria Alexandrine von Schönerer, propietaria y directora del teatro y, dicho sea de paso, distanciada hermana del notorio antisemita George von Schönerer, había ofrecido suspender su producción en curso de *El murciélago* para que Anna pudiera interpretar la *Fantasía* como estaba previsto. Kornblau anunció públicamente que los Kuhl aceptaban el ofrecimiento, resaltando que el Theater an der Wien había resuelto generosamente respetar todas las entradas vendidas para la función de la Ópera Real; al día siguiente, el 18, la prensa pangermana, presa de convulsiones, llamó a vengarse de «los vampiros semíticos y sus insípidos parásitos» y una vez más prometió impedir el concierto. Esa tarde el general adjunto anunció que se desplegaría al Primero de Húsares del emperador en los aledaños del teatro con órdenes de asegurar la más rigurosa tranquilidad.

> MARTES 18 DE ENERO
>
> Anna distante, muy lejos del caos exterior. Lo que Kornblau, Leo y todos temen más es que caiga en una fase —Puchel está tan angustiado que parece al borde de un infarto—, pero a ninguno se le ocurre que una fase podría ser la respuesta más normal a todo esto.

Y sin embargo sigue adelante: comidas, lecciones, estudio, ejercicios, todo con la mayor serenidad imaginable. Un método para almacenar energía, supongo. Esta noche, después de la cena, toqué para ella las *Soireés de Vienne* y leí en voz alta el *Viaje a Italia* de Goethe.

«Estaré a tu lado en cada paso», le dije. Lo agradeció con un leve asentimiento: «Dios te bendiga, Hugo».

«Dios te bendiga…». Si el verdadero bendito tuviera una pizca de coraje la sacaría de aquí.

Para la función eligió un vestido negro de falda amplia con un brocado de rosas oscuras, talle fruncido y cuello alto de muselina de seda. Cuando esa noche ella y su comitiva partieron hacia la Salesianergasse, nevaba levemente y los copos finos y secos como ceniza rodeaban las farolas de una brillante aureola plateada. Cerca del teatro empezaron a ver en las esquinas húsares a caballo, soberbios soldados de capa azul y sable a la cintura, casco emplumado y botas de montar con ribete de oro. Pronto las calles se llenaron de carruajes que avanzaban hacia el teatro en una corriente espesa pero apacible. Como habían prometido los pangermanos, la virtuosa tuvo dificultades para llegar a su destino, pero el único impedimento resultó ser la masa de coches, no el nacionalismo viril; en efecto, si algo demoró a Anna fue el atasco que creó ella.

Frau von Schönerer la recibió en una oscura entrada lateral al teatro junto con un capitán de húsares, seis policías uniformados, tres asistentes musculosos y dos agentes de paisano de la policía secreta del emperador. Primero la escoltaron a su camerino para quitarle la capa, luego a un espacio de ensayo en el sótano donde la esperaba un Bösendorfer de gran cola para el calentamiento final. Puchel entró con ella y cerró la puerta, dejando que los otros soportaran el frío del pasillo mientras Anna repasaba fragmentos de su repertorio y a las gloriosas explosiones de notas de notas y ágiles enlazamientos seguía la voz amortiguada del profesor dando las últimas instrucciones.

«Era tan menuda», observaría el capitán de húsares, después de ver a Anna saliendo de la sala de ensayo, «tan menuda y frágil… Parecía imposible que esa muchachita delicada pudiera causar semejante furor». Con el conserje del teatro y la policía a la cabeza, y Puchel y Frau von Schönerer a los flancos, Anna volvió al camerino en medio de un vasto séquito, treinta o más personas serpenteando por el laberinto de los bastidores. El capitán le seguía los talones, luego iban los padres, los tíos, Hugo y varios primos más, Kornblaun y su amante y, por último, una cola residual de tramoyistas y periodistas bien conectados. Durante treinta minutos estuvo sentada en un rincón del camerino, mientras se dejaba al público mezclarse para picar del

suntuoso bufé de carnes y quesos y contemplar las flores y telegramas enviados por los admiradores. Hermine y Kornblau, aún con un miedo mortal a la eventualidad de una fase, procuraban distraer a la pianista hablándole de trivialidades. Hugo se mantenía cerca, sin decir nada, mientras Frau von Schönerer aportaba periódicas actualizaciones sobre la cantidad y relevancia de los asistentes.

«Era como si se hubiese retirado en sí misma», escribiría Hugo más tarde, «como si buscara un lugar profundo, insondable dentro de su alma, un refugio de ese alboroto ridículo». Finalmente, a las ocho menos diez, Anna anunció que deseaba estar sola. Temiendo un colapso, sus padres y los agentes protestaron pero ella no cedió.

—Estos últimos minutos debo tenerlos para mí.

—Pero al menos Herr Puchel… —comenzó Hermine.

—Nadie.

—Entonces Hugo, el querido Hugo…

—Nadie —insistió Anna—. No voy a pisar ese escenario a menos que pueda pasar este tiempo sola.

Con dificultad, entre ruegos y protestas ansiosas, la habitación fue despejada y la puerta se cerró. Durante varios minutos los miembros de la comitiva tuvieron que mirarse entre sí en el pasillo; pronto el regidor de escena fue a avisarle a Frau von Schönerer que el público ya estaba sentado y era la hora prevista. Kornblau retransmitió la información a través de la puerta cerrada. Para algunos, lo que ocurrió fue inmediato; para otros, pasó por lo menos un minuto; en cualquier caso, lo oyeron todos: del camerino llegó un crac, una detonación seca.

«Como de una pistola de poco calibre», dijo después uno de los policías; el capitán la comparó con el chasquido de un latigazo hábil; Hugo la describió como el ruido de un bloque de hielo que se parte en dos de repente. Por un momento no se movió nadie; luego varios de los hombres se lanzaron hacia la puerta, contra la cual se apretaron en un montón absurdo porque se negaba a ceder. Cuando el conserje se estaba abriendo paso con su manojo de llaves, Anna habló desde dentro.

—Estoy bien —dijo en una voz chata, de leve disgusto—. Me he caído, nada más. Estoy bien.

El conserje titubeó. Aún estaba de pie allí, helado, cuando Anna abrió la puerta y salió al pasillo, los ojos firmes, el porte irreprochable, el rostro pálido y fijo como una máscara de carnaval. Avanzó por el pasillo con el paso mesurado de una novia; Hugo, que por azar estaba cerca del conserje, echó a caminar a su lado, la tomó del brazo y la guio entre la legión, que cerró filas tras ellos en un torbellino de susurros. Más tarde contó que mientras caminaban hacia

la zona de bambalinas le había hablado varias veces, que le había preguntado si estaba bien, si se había lastimado; la concentración de Anna era tal que parecía no oír. Él se paró a su lado entre bastidores, en tanto Frau von Schönerer, con toda la fuerza de su experiencia dramática, hacía una introducción prolongada y elocuente en la cual se destacaba con toda justicia la trascendencia del concierto. Una vez hubo concluido, y tal como se había acordado, Anna no entró enseguida; esperó a que Frau von Schönerer dejara el escenario para avanzar hacia una plataforma vacía de todo excepto el piano y el taburete.

Para los que estaban entre bastidores, la ovación que saludó a Anna barrió el escenario como una onda de choque. El público se puso en pie como impulsado por una fuerza física; una oleada de gritos agitó el tronar de las manos: «¡Valor, muchacha! ¡Niña preciosa!». Anna caminó hacia el piano, luego incomprensiblemente giró hacia el frente del escenario y fue hasta el borde extremo del proscenio como para reconocer e incluso alentar el volcánico clamor. Despacio, casi tímidamente, se quitó el pañuelo que le ocultaba la mano derecha y extendió esa mano hacia el público. Testigos de la velada dijeron que el efecto fue de un horror indescriptible, que los aplausos de los que no se habían percatado se mezclaron con jadeos y alaridos de los que comprendían, hasta que al final pareció que del público se alzaba una suerte de estertor, un suspiro plural.

Porque al fin todos vieron y entendieron: una refulgente rosa de sangre había echado raíz en la mano de Anna y brillaba en el muñón del dedo extra cercenado. Aquella fue, en efecto, la función final de la virtuosa, su última aparición en público que se haya registrado; sin duda desde aquella noche Anna desaparece de la historia tan completamente como si la hubieran arrancado de la faz de la tierra. Nunca habría una explicación del motivo de que se mutilara; ni suya, ni de la familia ni de la industria de la organización de conciertos que había dirigido con tanto rigor la mayor parte de su vida. Algunos han conjeturado que la principal causa fue el desengaño amoroso; otros, que fue la presión de tocar en una atmósfera tan cargada y venenosa, de encontrarse acosada por una nueva política del odio particularmente tóxica. ¿O acaso habrá percibido, a través de la desgarradora susceptibilidad de su arte, adónde nos llevarían esas fuerzas en el nuevo siglo? Pero hoy lo seguimos ignorando tan lastimosamente como su público, que durante mucho tiempo no pudo hacer más que mirar la mano arruinada. Estaban conmocionados; algunos se hundían en las butacas, como entumecidos; otros se tambaleaban hacia las salidas en una bruma, y solo más tarde, mucho más tarde, se les ocurriría que desde aquella noche la *Fantasía* se había perdido para siempre y la partitura era inútil como un artefacto mudo

o la vaporosa reliquia de un sueño olvidado.

NOTAS

1 «Sueño haitiano». [N. del T.]

2 Mouvman Peyizan Papay (Movimiento Campesino Papay), organización de base reconocida como el movimiento campesino más grande de Haití. [N. del T.]

3 Creole: «coño». [N. del T.]

4 «Lengüita». [N. del T.]